



Franck Thilliez Luto de miel

A mi hermana Delphine

Capítulo 1

Un año... Un año desde el accidente.

Un momento de descuido. Un segundo. Ni siquiera eso. Una pulsación. Arcén de carretera nacional. Un pinchazo. Me agacho, recojo una tuerca que ha rodado hasta debajo del chasis. Me levanto. Demasiado tarde. Mi mujer corre por la calzada, mi hija cogida a sus dedos. Un vehículo que surge, demasiado deprisa. Azul. Aún veo ese azul demasiado chillón, mientras me lanzo vociferando. El chirrido de los frenos sobre el asfalto anegado. Y luego, nada más...

Un día, vuelves a aprender a vivir.

Y, al día siguiente, todo se va a la mierda...

Delante de mí, en el hueco de las murallas de Saint-Malo, un tipo deambula tranquilamente, cabello al aire, el rostro embellecido por las tonalidades rojas de un crepúsculo llameante.

Es él, lo he reconocido sin ningún tipo de duda. Francia no es lo suficientemente grande, tengo que cruzármelo en el camino, al final de mis vacaciones. El que les arrancó la vida.

El loco al volante.

En ese instante, algo se quiebra en mi interior. Un desgarró abominable...

Y pensar que creía que estaba mejor, mi Suzanne, tras seis años de tratamientos embrutecedores y de gritos en la noche. El trauma de su secuestro¹ parecía atenuarse. Había aprendido a sonreír de nuevo, por lo menos ante mis ojos. Había conseguido hacer de nuevo las cosas sencillas de la vida. Lavarse, vestirse, ocuparse un poco de nuestra pequeña Éloïse. Por supuesto, ya no era la luchadora de antaño, tan lejana a veces, tan desconectada de la realidad y dependiente de otro. Recorriendo sin cesar la frontera de la locura. Pero había percibido en sus ojos la renovación, la sed de vivir sobreponiéndose a la de marcharse.

Suzanne... ¿Por qué te lanzaste en una nacional con nuestra hija? ¿Qué demonio se apoderó de ti, en esa triste mañana de otoño?

¹ *El Ángel rojo*, Marlow, 2008.

Esas preguntas me las he repetido miles y miles de veces. Un libro que nunca se cierra...

Delante, el hombre, Chartreux, se llama Patrick Chartreux, se apoya en una piedra antigua y saca el teléfono móvil. Se vuelve bruscamente hacia mí, giro la cabeza y simulo un interés repentino por el mar. La ola tranquila, sus barcos apacibles. No sé cómo reaccionar. Un odio creciente me quema la garganta y me siento capaz de hacer cualquier estupidez. Se me crispan los puños, mientras Chartreux se adentra en un bar moderno. Verlo desaparecer me tranquiliza. Podría haberme marchado, olvidarle. Entonces, ¿por qué he decidido esperarlo, fumando pitillo tras pitillo? No es buena señal...

La frente empapada, las manos sudorosas, abro y cierro la cartera con un gesto nervioso. Mi placa de poli vuelve a ocupar su sitio. Después de tantos años lejos de las calles y las batidas, he vuelto al oficio. Dejar el Norte, su cielo bajo, sus recuerdos demasiado hirientes. Y reencontrar el Gran Pulpo, sus calles sobrepobladas, esa vida de loco en la central. Leclerc, el comisario de división, me había puesto varias veces a prueba durante esos seis meses y yo no había fallado. Pensaba haber recuperado al comisario de antaño, su ímpetu en el combate. Seguramente tiene razón. Nunca ese ímpetu ha sido tan grande...

El comercial rico sale por fin, pimpante en su traje de marca. Huele el aire yodado, se reajusta el cuello de camisa de marca antes de ponerse en marcha. Unos flashes me atraviesan la mente. Su rostro de vencedor, en el juicio. Su falsa expresión de compasión. Sus lágrimas fingidas. ¡Treinta kilómetros por encima de la media, dos vidas robadas y un castigo tan pequeño! En esa época, unos brazos habían sabido impedir que lo destrozara. Ahora ya no. Acelero el paso y me acerco a él...

Tomar una callejuela desierta será muy probablemente su mayor error. Su cuerpo cede bajo el fuego de mi furia, mientras mis amadas gritan ahí, en mi cabeza... Más y más... Me levanto, temblando, el rostro en la sombra. Tengo los ojos inyectados en sangre y sudor...

¿Qué he hecho?

Huyo de repente y de forma precipitada hacia mi coche. Contacto. Radio a tope. Dirección, la autopista... Curiosamente, no siento ningún alivio..., lamentable... Sobre el volante, las manos tiemblan con fuerza.

Bajo la estela de los astros, dejo las suavidades del océano por las forjas rojizas de la capital. El calor que ningún soplo se digna aliviar ya no afloja, ni siquiera de noche. Entonces sufro en silencio, atravesado por una gran quemadura que me devora... La carretilla de acero que me sirve de vehículo se queja, pero de todas maneras me lleva a buen puerto...

L'Haÿ-les-Roses... Mi edificio... Su ácida soledad...

Arriba, en el tercer piso, se extienden cintas tiñosas de marihuana. Un atajo atrevido que ha encontrado mi vecino de rellano, un rasta solitario, para

traer de vuelta la exuberancia de la Guayana. Su abuela y yo estábamos unidos por una amistad sin fronteras. Ella también, con sus grandes conjuntos de madras, desapareció en condiciones espantosas.

El Ángel Rojo decididamente destruyó mi vida y eliminó a los que amaba.

Hoy una única palabra atormenta mi mente. *Batida*. Aprovechar el caparazón de poli para acosarlos, todos, uno tras otro. Aplastarles el cráneo bajo la suela, como a tantos mosquitos.

Sobre la moqueta de mi habitación, pulpos de hierro esparcen sus tentáculos hasta la orilla del comedor. Los trenes en miniatura, vapores vivos o motrices eléctricos, esperan la delicadeza de una mano para pasear sus vagones. Antes de acostarme, propulso dos de ellos, en pleno raíl. A pesar de esos ríos de color púrpura que han irrigado mi vida, queda un miedo que no domino, el del silencio... Con la ayuda de somníferos, lentamente me quedo dormido, en el furor del frotamiento de las bielas. El rostro de Chartreux se me aparece una última vez, con una burbuja de sangre entre los labios...

Tarde por la mañana, me arranco de la cama, despertado por el teléfono. Se supone que vuelvo al trabajo mañana, pero un mensaje en el contestador cambia las cosas. El comisario de división me pide que vaya a una iglesia. Un cura ha descubierto en el reclinatorio de un confesionario a una mujer muerta, desnuda y rasurada de los dedos de los pies a la cima del cráneo. Todo mi ser se abrasa de un fuego peligroso.

En el momento en que apago el transformador ardiente que agita la red de trenes, en que las locomotoras agotadas por su carrera nocturna avanzan los últimos metros, entonces, en ese momento, el hombre, el ser humano, se adormece, mientras se despierta el poli.

La batida.

La batida vuelve a empezar...

Capítulo 2

Desde el accidente de mis amadas, ya no había vuelto a entrar en la Casa de Dios. Así que la cicatriz interior se volvió a abrir cuando me adentré, esa tarde abrasadora, en la iglesia de Issy-les-Moulineaux. En el corazón del pasillo central, entre el rigor demasiado duro de los bancos, aún distinguía los ataúdes, de los que uno, tan pequeño, había levantado la bocanada ahogada de los sollozos... Todo, en el edificio de piedras, rezumaba mi sufrimiento.

Una voz se deslizó hasta mi oreja. Martin Leclerc, el comisario de división, se precipitaba hacia la salida, con el móvil aullando.

—¡Dejo en tus manos la gestión! —añadió echando el ojo a mi pelo cortado al ras—. ¡Tenemos luz verde del procurador de la República Kelly para levantar el cuerpo y practicar la autopsia! ¡Nos vemos luego para un balance!

Asentí y me dirigí hacia una aglomeración de donde se alzaban voces y crepitaciones de flashes. Enfrente, Jesús lloraba, arrastrando tras de sí sus siglos de calvario.

El teniente Sibersky me abordó con esa expresión grave de los malos días. A su izquierda, los dos rangers del forense sobresalían del confesionario.

—Buenos días, comisario —dijo sin sonreír—. Hemos visto regresos de vacaciones más alegres...

Su voz vibraba con una seguridad muy moderada.

—Cuéntame.

—Vale. La puerta, tras el altar de la izquierda, ha sido forzada con una cuña. Según el cura, es la segunda vez que se produce una efracción; la última, sin consecuencias, se remonta al trimestre pasado. Los técnicos de la científica han recogido huellas un poco por todas partes. La investigación de proximidad está en curso, los inspectores interrogan a los habitantes de los alrededores.

—Háblame de la víctima.

—Mujer blanca, de unos cincuenta años. Ningún rastro aparente de heridas o abusos. Los tobillos siguen atados, pero las manos han sido liberadas de la cuerda, abandonada en el suelo. Los ojos estaban tapados con esparadrapo. El sacerdote ha encontrado el cuerpo arrodillado, a las ocho y treinta y cinco esta mañana, en el camerino de los penitentes del confesionario. El cráneo rasurado estaba cubierto de... mariposas.

Fruncí el ceño.

—¿Mariposas? ¿Muertas?

—Vivas. Siete mariposas grandes con largas antenas, con... el dibujo de una cabeza de muerto sobre el abdomen. Cuando intentaron cogerlas con un cazamariposas..., gritaron. Un chillido aterrador.

—¿Dónde están?

—Han salido hacia el laboratorio. La lámpara de ultravioletas ha desvelado, sobre la cabeza de la víctima, manchas blanquecinas, invisibles a simple vista, que quizás expliquen la presencia de esos bichos. El entomólogo nos dirá más...

—Vale, vale, vale... Un cuerpo desnudo, rasurado, los tobillos atados, pero no las manos. Insectos sobre el cráneo. Todo ello en una iglesia. ¡Todo un clásico!

—Exacto, no se puede pedir más clásico... Volviendo al confesionario, la parte central estaba abierta, contrariamente a la víspera. Tras el descubrimiento, el cura ha avisado de inmediato a la policía de Issy, que se ha presentado quince minutos después, seguida por nuestros equipos.

El forense salió del lugar de perdón. Van de Veld lo tenía todo del perfecto militar, con la inteligencia añadida. Uniforme, barba de un rigor matemático y un rostro bello y duro desprovisto de expresión.

—¿Vamos a por la charla, comisario?

Tras encajar las manos, me invitó a seguirle. El cadáver me apareció de espaldas, acurrucado, encogido por el peso de las carnes magulladas. La cabeza calva y los antebrazos se aplastaban sobre un reclinatorio, mientras que el índice de la mano derecha, cerrada, apuntaba hacia el lado. Bajo la luz cortante de un halógeno de batería, el cráneo inmaculado brillaba.

Van de Veld se deslizó en el camerino.

—Se puede ordenar el levantamiento del cuerpo. Sin autopsia, imposible determinar la causa de la muerte. No hay rastro alguno de hematomas o heridas. Ningún derrame nasal o bucal del que pueda deducirse un fallecimiento por asfixia. El rostro no está cianótico, no hay petequias, así que, a priori, no se ha producido un estrangulamiento.

Desde atrás, examinaba la tela humana con la mirada de un extraño apasionado. Olvidados los trenes en miniatura y las sensiblerías de barra. La máquina Sharko, empernada de insensibilidad, se volvía a poner en marcha.

—¿Relaciones sexuales?

—A primera vista, no. Sin embargo, la víctima ha perdido muchísima agua. Esos cercos, sobre el suelo y el reclinatorio, atestiguan una copiosa sudación.

—Uno no suda tras la muerte, ¿me equivoco?

—No. Trajeron a la mujer viva hasta aquí. Observación confirmada por el hecho de que el cuerpo no ha sido desplazado. Murió en este confesionario, sin que logre entender de qué. ¡Y me pone de los nervios!

—¿Puedo?

Me cedió el sitio en el confinamiento. Las cejas, las axilas y el pelo púbico de la víctima también faltaban.

—¿Los técnicos le han quitado la cinta adhesiva de los ojos?

—Sí. Chatterton, colocada por encima de los párpados. Lo verá en las pruebas fotográficas.

El médico continuó, mientras mi mirada seguía la dirección del dedo muerto.

—Dientes sanos y cuidados, físico limpio, pero uñas largas, incluidas las de los dedos de los pies. Cuatro, en la mano derecha, están rotas o arrancadas. Podría ser prueba de un encierro forzado... y prolongado...

Me incliné por encima del reclinatorio, con las ventanas de la nariz atentas.

—Sí —anticipó el forense—, se huelen olores de perfume o crema, presentes en la totalidad de la piel, incluso sobre el cráneo. En la boca y la comisura de los labios, he hallado rastros de un compuesto azucarado, oscuro, quizá miel. Seguramente es lo que ha retenido a esas mariposas. Los análisis de sangre y del contenido estomacal lo confirmarán...

La luz cruda del halógeno me cortaba las pupilas. Cuantas más informaciones almacenaba, más me invadía la turbación.

¿De qué había muerto esa mujer?

—¿Alguna idea sobre la hora de la muerte?

—Por la rigidez del cadáver y la temperatura rectal, diría que en plena noche, entre las dos y las cuatro de la madrugada... La autopsia lo precisará...

Van de Veld se quitó los guantes de látex; bajó la parte superior de su pesada maleta de instrumentos cortantes antes de tragarse media botella de agua.

Me giré hacia la cabellera rubia de Sibersky:

—Los tobillos están atados, contrariamente a las manos, que han soltado de forma voluntaria. El índice apunta esa parte del confesionario. ¿El técnico encargado de las recogidas de muestras no ha encontrado nada?

—Que yo sepa, no. Ni huellas, ni marcas particulares.

Ordené a los enterradores que se llevaran el cadáver al instituto médico-legal. Cuando se marcharon, Sibersky se metió las manos en los bolsillos de los tejanos.

—Bueno, comisario, ¿qué opina?

—Sobre todo me planteo preguntas. ¿Por qué aquí? ¿Por qué viva? ¿Por qué afeitada y desnuda?

El joven teniente me expuso sus impresiones en caliente.

—La víctima estaba en el camerino del penitente. En cuanto al asesino, se ha metido en la parte central, la del confesor, ya que la puerta estaba abierta. Todo, en la puesta en escena, indica, pues, el ritual de la confesión. El pecador de un lado, arrodillado; el confesor al otro.

—Salvo que nuestra pecadora no ha venido por voluntad propia.

—¡Eso está claro! Sus miembros atados demuestran que la han forzado a una determinada forma de sumisión; quizá física, ya que un esfuerzo ha podido generar todo ese sudor, o sino simplemente auditiva y verbal.

—Algo del tipo: «Háblame, confiesa tus pecados y Dios te perdonará...».

—Así es. En cuanto a la desnudez... Ver a una mujer desnuda, atada, arrodillada y reclamando el perdón, ¿no es el símbolo supremo de la dominación, de la relación amo-esclavo?

Entorné los ojos.

—Es una causa posible, por supuesto, pero...

Abracé el espacio, con los brazos abiertos.

—... Mira a tu alrededor. La iglesia forma un mismo bloque, orientado hacia una misión única: la plegaria, la entrega de sí, la fe. En fin, no sé gran cosa de religión, apenas si he leído la Biblia, pero sé que en el Génesis Adán y Eva estaban desnudos, tan desnudos como nuestra víctima. La pureza de los primeros días... La desnudez original, la de todas las criaturas de Dios...

Sibersky emitió un curioso silbido.

—¡Bueno! ¿Qué es lo que me quiere dar a entender con eso?

—Tan sólo que, en una escena de crimen, el entorno puede justificar los actos. Quizá la afeitó y desnudó no para responder a una fantasía cualquiera, sino con el único objetivo de traerla aquí, para prepararla para... una especie de ceremonia. ¿Acaso quería ofrecerla al juicio de Dios en su forma primitiva, en esa desnudez absoluta que vuelve a situar a todos los seres humanos en el mismo rango?

Miré fijamente una gran vidriera, enfrente de mí.

—Lo que quiero decir es que no hay que llevarlo todo al sadismo, a las fantasías de los perversos sexuales. Algunos intentan alcanzar un objetivo más... elaborado...

—Elaborado como la presencia de esas extrañas mariposas. ¿Qué pintan esos asquerosos bichos en esto?

Me enconguí de hombros.

—No tengo ni puñetera idea. ¿Qué se repite sobre ellos, casi siempre? Que simbolizan la belleza, el renacimiento, la transformación, cuando salen de las crisálidas.

—Ya. Quizá nos las vemos con un fan de *El silencio de los corderos*... El tipo de tío bien chalado.

—Chalado o no, da muestras de dominio y sangre fría. La escena es de tipo organizado. Basta observar la posición de la mujer, la presencia de la miel, el perfume, las mariposas. Por la manera como se ha cometido el asesinato, ninguna pulsión vino a perturbarlo, conservó la calma y, por ello, limitó los errores.

—Así que preparó la operación con antelación, con minucia. Conoce el lugar, el medio de entrar. Quizás es un adepto a las misas del domingo por la mañana... Anotó esa vía de investigación en su libreta antes de proseguir. —... Condiciona a su presa, a la que retiene varios días, la perfuma, la afeita, la limpia. Se procura esos insectos. Y procede. El confesionario, en plena noche... Me volví a acercar al lugar del perdón y prolongué la idea de Sibersky.

—Una vez perpetrado el crimen, del que por ahora ignoramos el modo, desata las manos a la penitente para colocar el brazo derecho de un modo peculiar. Es evidente que el índice de la muerte nos señala algo.

—Sin embargo, el experto ya lo ha comprobado... Y yo también... No hay nada particular sobre los revestimientos de madera...

—Hay que seguir buscando. No es la víctima quien se expresa, sino su asesino. Ese desgraciado tiene cosas que decir.

Regresé al interior del habitáculo, encorvado, oprimido por el espacio demasiado estrecho. La pared designada presentaba rayadas, algunos golpes, pero nada concreto. Ni siquiera, al golpear sobre la madera lisa, discerní ninguna variación de densidad.

—¡Joder! ¡Tiene que indicar algo por narices! Haciendo abstracción del confesionario, la dirección apunta... esa alineación de columnas, y luego, al final..., esa parte de la pared.

—No le he esperado, ya la he inspeccionado —replicó Sibersky—. Y el suelo, y las columnas... Nada fuera de lo normal, ninguna inscripción o marca extraña. Quizá deberemos hablar con el sacerdote...

—Un momento...

Avanzaba entre la perfección de los ornamentos, deslumbrado por la excelencia de la construcción. Mis dedos palpaban la piedra centenaria. En la dirección sugerida por el dedo muerto, no apareció nada. Amplié mi zona de búsqueda. Los bancos, la nave, las decoraciones esculpidas. Fracaso una y otra vez. El asesino nos hablaba y nos negábamos a escucharlo.

—¡Joder! ¡Odio esto!

Ultimo ensañamiento visual, última decepción.

—¡Bueno! Me largo a la central. Leclerc me espera para hacer un balance. ¿Quién está al cargo de la investigación de proximidad?

—Crombez, con cinco o seis hombres.

—¿Y de la declaración del cura?

—Yo, oficialmente. Y voy retrasadísimo.

—Hay que monopolizar a un chico para registrar la iglesia. ¡Y si hay que mirar bajo el vestido de la Virgen Santa, miraremos debajo del vestido de la Virgen Santa!

Al acercarme a la puerta trasera acordonada con una cinta amarilla, me interesé:

—Me has dicho que ya habían forzado esta puerta, el trimestre pasado. ¿Tienes más datos?

—¡Ah, sí! Finales de abril. El padre piensa que se trataba de gitanos, instalados en esa época a dos pasos de la iglesia.

—¿Qué robaron?

—Nada, sólo fue una visita nocturna...

Mi perilla crujió bajo un haz de uñas escépticas. —Curioso, tratándose de gitanos. He frecuentado un número suficiente de ellos para saber que la palabra «visita» no forma parte de su vocabulario.

—Ya lo sé. Y además debía de haber bastante material, del tipo grupos electrógenos. Una parte del edificio estaba en renovación; la bóveda y determinadas columnas se fisuraban...

Me paré en seco.

—¡La tercera dimensión! ¡Se te podría haber ocurrido! ¡Lo vertical!

—¿Qué?

Ya había vuelto al centro de la nave, la cabeza erguida, la mirada recorriendo la lejanía. Redes de sombra, arcadas discretas se entrecruzaban bajo el cielo de piedra.

—¡Busca! ¡Busca conmigo en las cimbras!

—¿Las cimbras? ¿Pero cómo habría conseguido subirse ahí?

—¡Como los obreros! ¡Utilizando los andamiajes!

De repente el corazón me dio un vuelco.

—¡Ahí arriba! ¡La fisura! ¡Y esa columna, señalada por la víctima! ¡La han restaurado en la extremidad superior! No es abajo donde hay que buscar..., ¡sino arriba!

El brazo extendido, los ojos clavados en esas alturas, exclamé finalmente:

—¡Prepárate a reunirte con Jesús! ¡Hoy vamos a subir hasta el cielo!

Capítulo 3

«—Nos hizo daño, ¿sabes?... Éloïse no deja de llorar. Lloro sin parar ahora.

»—Lo sé, cariño. Dile a Éloïse que la quiero, dile que sea fuerte.

»—Te echa de menos, no hay nada aquí. Te busca por todas partes. No entiende por qué no estás a nuestro lado. Debo explicárselo, constantemente...»

—... sario... ¡Comisario!

Contracción de las pupilas. Cielo azul, tejados rojos... En la plaza de la iglesia, inspiré una gran bocanada de aire, me pasé una mano sobre el rostro empapado antes de identificar a Sibersky. Señalaba mi zapato derecho, comido por una colilla rojiza. Sacudí el pie y aplasté el cigarrillo con el talón.

—¡Mierda! ¡Zapatos nuevos!

El teniente temblaba de impaciencia.

—¡He descubierto un mensaje! ¡Inscrito en la cima de uno de los pilares renovados! Estamos a la espera de que llegue una carretilla elevadora y un técnico de la científica. Me sumergí en el espacio fresco de luz tranquilizadora.

Sibersky me indicó la localización exacta antes de tenderme los prismáticos.

—Es en la cima... Desde aquí no se puede leer con precisión, pero con unos prismáticos lo he conseguido... Inténtelo...

—¿Qué pone?

—Es... difícil de explicar... Pero..., en cualquier caso, da mucho canguelo...

Me mostró un punto preciso de la bóveda.

Regulé las lentes, y las palabras grabadas en la piedra, a más de diez metros del suelo, aparecieron ante mis ojos.

Tras el tímpano de la Cortesana, encontrarás el abismo y sus aguas negras. Luego, de las dos mitades, el Meritorio matará la otra mitad con sus manos sin fe y la onda se tornará roja. Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá y, bajo el diluvio, volverás aquí, porque todo está en la luz. Vigila los males y, sobre todo, ten cuidado con el mal aire.

Permanecí un rato sin reaccionar, dividido entre un curioso sentimiento de furia y de excitación. Esa investigación apestaba al juego de la oca a tamaño natural.

—No entiendo gran cosa —confesé entrecerrando los ojos—, pero este texto huele a advertencia o a rompecabezas mórbido...

—Porque además, a priori, es de la época de las obras y no de ayer. Hace más de un trimestre que nuestro hombre prepara el golpe... Primero advierte... y luego actúa... ¡Eso es pura premeditación!

—Anota que habrá que encontrar e interrogar a los obreros. Es raro que no hayan informado de ese mensaje.

Sibersky tomó nota y propuso:

—Debería llamar al forense y pedirle que eche un vistazo a las orejas de la víctima: «tras el tímpano de la Cortesana».

Contacté de inmediato con Van de Veld, que se disponía a hacer una incisión en el cuerpo. Me prometió que me llamaría en cuanto pudiese.

—Ve a tomarle declaración al cura. Muéstrale esas frases, quizá lo vea más claro que nosotros... Si el asesino quiere hablarnos..., vamos a escucharlo...

—¿Cree que es un iluminado de la Biblia? —preguntó Sibersky—. ¿Uno de éstos que creen matar en nombre de Dios?

—Demasiado pronto para decirlo. Pero, ojo, estamos ante un caso largo y macabro.

Capítulo 4

A menudo las investigaciones nos llevan a conocer montones de personalidades interesantes. Científicos, psicólogos, locos de la informática, cirujanos...

Entre ese abanico de materia gris, apreciaba de forma particular a un doctor en teología, Paul Legendre, profesor y conferenciante en la Facultad Libre de Teología Protestante de París. Una enciclopedia religiosa, ese tipo, que atrapaba los versículos de la Biblia como se lee un periodicucho. Durante un caso sórdido de crímenes perversos, nos habíamos hecho amigos.

Tras haber intentado localizarlo por teléfono, le envié, desde el ordenador del despacho, un correo electrónico que contenía el extraño mensaje. Quizás esas líneas provenían de algún libro místico o de una corriente de pensamiento relacionada con la religión. Si ése era el caso, Paul lo descubriría.

Por su parte, Sibersky había interrogado al cura, un joven de veinticuatro años que sólo había descryptado un caldo de incomprensión. Empezábamos mal.

Apoyado contra mi viejo asiento de cuero, hacía rodar los trapecios y relajaba la nuca.

En ese despacho frío y sin colores se habían sucedido los peores casos criminales. Violaciones, pedofilia, torturas, asesinatos. El día a día de los polis de la Criminalística, el carburante de sus noches y el parásito de sus familias. Pero sin ningún tipo ya de vínculo, uno casi podía sentirse bien ahí.

Tras algunos minutos en la nebulosa de mis pensamientos, la saliva me afluyó sobre la lengua. Ya está, me temblaban las manos, la frente se me perlaba de sudor. Volvía a empezar...

Saqué una cajita que contenía unos comprimidos minúsculos y me tragué uno de mala gana, consciente de lo que esas malditas píldoras le habían hecho a mi mujer. Un embrutecimiento largo y sordo, un medio de acallar los fantasmas en su cabeza, pero también de aislarla del mundo. Ahora me tocaba a mí. El precio que había que pagar para que todo fuese mejor... El timbre de la línea interna me sobresaltó.

El comisario de división Leclerc quería verme en su despacho. Desprendía una cólera palpable.

En ese mismo instante, el entomólogo Houcine Courbevoix me llamó al móvil para hablarme de los insectos.

—Me has traído siete machos preciosos de *Acherontia atropos*, a los que más comúnmente se les llama «esfinge de la calavera» a causa de ese dibujo bastante espeluznante encima del tórax.

—¿Alguna idea de dónde pueden salir?

—Esas mariposas nocturnas frecuentan cada vez menos nuestros bosques. Es evidente que éstas provienen de un criadero.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! Por una parte, la vida del adulto es muy efímera, de siete a diez días; coger tantas en tan poco tiempo sería más bien una hazaña. Pero esos especímenes tienen todos la misma edad, de cuatro a cinco días. En el estadio de oruga, constituyen reservas en nutrientes que les permiten vivir sin alimentarse una vez se convierten en adultos. Es esa cantidad, medida en la hemolinfa, la que me ha permitido definir el consumo de nutrientes y, consecuentemente, su edad. También he encontrado restos de miel, que a las esfinges les encanta.

La píldora daba ya un buen latigazo interior.

—¿Y las manchas blanquecinas sobre el cráneo?

—Se trata de una hormona llamada feromona, que se encuentra en una glándula situada en la punta del abdomen de las hembras. Unas milésimas de gramo bastan para atraer a los machos de la misma especie a más de diez kilómetros a la redonda. ¡Todo un imán! Eso explica que tus mariposas permanecieran aglutinadas.

—Vale... Y esas... esfinges, ¿tienen alguna peculiaridad?, ¿connotaciones... religiosas, o... representan algún tipo de símbolo?

Mi interlocutor se tomó el tiempo de reflexionar y acabó por responder:

—Siempre han tenido muy mala reputación, en relación con esa calavera en el cuerpo y el grito inquietante que emiten cuando se sienten en peligro. Se supone que ver a una revoloteando en la puerta de una casa o en una ventana atrae el mal de ojo... Determinadas leyendas les asignan un papel de mensajeros de los difuntos, que quieren hacer una última solicitud a los vivos. ¡Pero, por supuesto, todo esto está totalmente infundado! En cuanto a la simbología... Es muy difuso lo que me preguntas, porque los lepidópteros suscitan sin duda alguna un gran número de símbolos, debido a sus transformaciones sucesivas. El más recurrente, pero creo que no te voy a enseñar nada nuevo, es la resurrección del ser, cuando sale de la crisálida... Quizás es lo que tu asesino ha querido resaltar, al colocar nuestras «esfinges de la calavera» en una iglesia. Resurrección, Jesús... Algo de ese estilo.

La línea interna volvió a sonar. Leclerc se impacientaba.

—Tengo que dejarte —me disculpé volviendo a coger el otro auricular—. ¿Me envías tu informe hoy mismo?

—Hecho.

—Apunta todo lo que se te pase por la cabeza, aunque no te parezca importante. Ya haremos la selección. Y no te olvides de añadir esa historia de resurrección...

Colgué y me lancé a los pasillos.

El comisario de división, con un movimiento de cabeza, me indicó que cerrara la puerta.

—¡Me acaban de dar la noticia! ¡¿Se puede saber qué mosca te ha picado, Shark?! ¡La Inspección General de los Servicios se nos va a echar encima!

Golpeó la mesa con un puño flaco pero incisivo.

—¡Le has molido la nariz! ¡Está en el hospital!

Lo observé con una expresión transparente.

—¿De quién está hablando?

Unas serpientes azules se le hincharon en el cuello.

—¡No me tomes el pelo! ¡Patrick Chartreux te ha reconocido! La semana pasada, Saint-Malo, ¿te suena de algo?

Hice crujir mi perilla recién cortada.

—¿Saint-Malo? Estaba por Brest, Hotel de Grands Salants. Podrá comprobarlo. Habitación trescientos dos, reservada a nombre de Franck Sharko...

Leclerc guardó silencio; dobló un chicle entre los dientes antes de soltar:

—¡Bretaña, qué casualidad! ¿Sabes que no necesitarán mucho tiempo para demostrar que estabas en Saint-Malo?

»Les importan un comino tus hojas de servicio, las recompensas. ¡El Ángel Rojo ha pasado a la historia! Eres un sanguíneo, Shark, tus métodos expeditivos, tus rondas en solitario, no lo aprecian mucho los de arriba. He puesto lo que he podido de mi parte para que te reintegrases en la central. ¡Y mira en qué mierda me metes! ¡No tenías ninguna necesidad de ir hasta ahí! ¡Ha pasado casi un año!

La boca se me hizo pequeña.

—Por qué no hablamos mejor del caso...

Mi sorprendente tranquilidad lo sacó de sus casillas. El flujo de sangre ya no le desapareció de las mejillas.

—¡No puedo dejarte solo en el caso! Eres un buen poli, el mejor que conozco, pero, entiéndeme, si consiguen demostrar que le has dado una paliza a ese desgraciado, te van a arrinconar y yo voy a cargar con un montón de problemas, Necesito un líder, alguien capaz de seguir el caso de principio a fin. Te... te pongo a las órdenes de la comisaria Del Piero...

Me levanté de un salto, las dos manos totalmente apoyadas sobre el escritorio.

—¿Yo, teniente de Del Piero? ¿Me toma el pelo? ¡Si acaba de llegar!

Leclerc colocó un informe ante sí.

—Razón de más para lanzarla en un caso de envergadura. Tres años en la brigada financiera del Servicio Regional de la Policía Judicial de Marsella, siete en la unidad de lucha contra las bandas de Lyon antes de ingresar en Criminalística. Conoce el oficio. Se meterá de lleno.

—¡Me la suda! ¡Deme luz verde! ¡Esta investigación es para mí!

Leclerc se hinchó de ira.

—¡Sólo tendrás luz ámbar! ¡Y es irrevocable! ¡De qué te quejas, coño, estarás sobre el terreno! Cuando vi flotar en sus ojos negros una frialdad de iceberg, supe que ya no cambiaría de opinión. Me levanté y le metí un viaje a la chambrana.

—¡Ahora te espera, antes de reunir a los equipos para hacer oficial la noticia! ¡Su despacho está al otro lado! —siguió chirriando.

—¡Lo sé! —contesté sin despegar los dientes—. Pero hoy sigo de vacaciones. Me voy a mi casa... Hasta mañana...

La puerta de Leclerc resonó y unos «¡Te estás comportando como un gilipollas, Shark, te estás comportando como un gilipollas!» se arrastraron tras la estela de mis pasos.

Fuera, un calor de sauna me empapó la camisa. Los transeúntes también sudaban con gotas gordas, la quemazón del aire los obligaba a asaltar las fuentes o a invadir las tiendas climatizadas. Y, a pesar de las prohibiciones, el Sena se tachonaba de bañistas inconscientes.

Nunca el sol había sido tan grande.

De camino, compré *gouaches*, pinceles nuevos y moldes de yeso en mi tienda fetiche, un viejo comercio de modelismo. Quería crear una familia de 1930, un hombre, una mujer y una niña embutidos en sus trajes de época, esperando un vapor Bassett-Lowke en uno de los andenes de mi red ferroviaria. Cogidos de la mano, una expresión de alegría en sus rostros. Una felicidad eterna, simplemente.

El móvil sonó cuando atravesaba el parque de la Roseraie.

—Van de Veld al habla. Me había dicho que volviese a llamarlo, por el tímpano...

—¿Tiene alguna pista?

—Por supuesto... El tímpano derecho de la víctima estaba perforado. He recogido un tubo de estaño en el interior, metido dentro de la trompa de Eustaquio. El asesino ha debido de encajonarlo ahí empujándolo por el conducto auditivo con una pinza extremadamente fina.

El asesinato desvelaba sus primeros misterios... Me pegué el móvil más cerca de la oreja.

—¿Y qué contenía ese estuche?

—Inscripciones, sobre un trozo de papel calco enrollado. Pero el conjunto es incomprensible... Barras horizontales, verticales, en diagonal. Parece un código al que le faltaron los pasajes clave.

Me detuve en medio de una alameda de rosas.

—¿Qué? ¿No hay nada más? En el oído izquierdo, ¿lo ha comprobado?

—¡Por supuesto! ¿Acaso me ha visto alguna vez hacer las cosas a medias?

—¿El laboratorio ha pasado a recuperar el tubo?

—El técnico llegará en cualquier momento.

—Dígale que escanee el mensaje y me lo envíe a mi correo electrónico personal lo antes posible.

Le deletreé la dirección electrónica y seguí con las preguntas:

—«Tras el tímpano de la Cortesana, encontrarás el abismo y sus aguas negras...» ¿Le inspira algo? ¿No ha descubierto restos de líquido o algún compuesto negro?

Al otro lado de la línea, un ruido de masticación. Me senté en un banco y saqué una libreta de la mochila.

A lo lejos, tumbada bajo la sombra de un sauce, una chavala leía.

—No... No, no veo nada. Es cierto que hay un líquido, tras la membrana, que transmite las vibraciones al nervio auditivo, pero es más bien de color blanco nacarado.

Apunté el comentario e invité al forense a proseguir sus explicaciones.

—Ese cuerpo alberga tantos secretos exteriores como interiores —me dijo—. ¿La quiere larga o resumida?

—Resumida, por favor. Lo esencial...

—En lo relativo al envoltorio carnal y el esqueleto, no he desvelado ningún hematoma, no hay lesiones, ni fisuras ni ningún tipo de fractura... Comisario, usted trabajó en la unidad de lucha contra las bandas en una época, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Supongo que ya ha llegado a algún sitio justo después de una explosión... ¡Pues aquí ocurre exactamente lo mismo! Este cuerpo ha implosionado como un petardo y, por ahora, sólo puedo dar fe de ello. Habrá que esperar el resultado de los análisis de sangre y toxicológicos para un veredicto más preciso.

Me centré en las palabras importantes y pregunté:

—¿De qué murió?

—Una cantidad espantosa de coágulos de sangre le han taponado las arterias, que podrían haber aparecido tras el estallido de los glóbulos rojos. Eso ha provocado, en un primer momento, el hinchamiento de los vasos y luego una disfunción del corazón y del sistema vascular de los pulmones, lo que provocó una congestión pulmonar. Además, nuestra víctima había cogido una broncopulmonía aguda, una bronquitis a la décima potencia, si lo prefiere. Extraño en plena canícula, ¿no le parece?

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Podría haber sido envenenada, podrían haberle inyectado alguna sustancia tóxica?

—De ninguna manera. Con el arsenal de reactivos que tenemos, es fácil detectar los signos del envenenamiento. Lo único que hemos encontrado en el estómago es... una enorme cantidad de miel.

—¿Miel? ¿En qué proporciones?

—Más de quinientos gramos. Prefiero decirle que el asesino ha debido de forzarla de mala manera para que la ingurgitase. Tenía el paladar y el fondo de la garganta dañados, como si le hubiesen hundido una cuchara o un embudo con fuerza en la boca.

—¿Tiene más datos sobre esa miel?

—La digestión seriamente empezada y las reacciones químicas nos impiden deducir el tipo o el origen.

Aproveché mi turbación para añadir:

—Créame, comisario, ¡esa mujer era una bomba biológica! Algo destruyó todo el interior. Una enfermedad, un virus quizá. A qué velocidad y en qué circunstancias, aún lo ignoramos, desgraciadamente. Pero visto el estado de los órganos internos, es evidente que el crimen no se perpetró en el exterior... sino en el interior del cuerpo...

Colgó con esa violencia propia de los hombres con prisas. Mi nuca se posó lentamente sobre el banco, mis ojos abarcaron ese cielo que ninguna nube venía a mancillar. Van de Veld había empleado el término «bomba biológica», el mensaje hablaba, de «plaga».

«Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá.»

¿Qué debía interpretar? ¿Había que leer en este asesinato un primer aviso? Me alejé del banco, las manos en los bolsillos.

A mi izquierda, escondida por un parterre de flores, la niña seguía leyendo. No era ella quien más me interesaba, sino su libro. Mis ojos ya no se despegaron de la tapa azul y verde, mientras mi corazón golpeaba cada vez con más fuerza.

Las hazañas de Fantomette, una historia de 1961. La preferida de Éloïse, mi hija...

Capítulo 5

El índice de un cadáver apunta hacia una advertencia, grabada a unos diez metros de altura del suelo. La víctima está desnuda, integralmente rasurada, arrodillada, explosionada bajo la carne. Sobre el cráneo, siete mariposas vivas, esfinges de la calavera.

El mensaje indica:

Tras el tímpano de la Cortesana, encontrarás el abismo y sus aguas negras. Luego, de las dos mitades, el Meritorio matará la otra mitad con sus manos sin fe y la onda se tornará roja. Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá y, bajo el diluvio, volverás aquí, porque todo está en la luz. Vigila los males y, sobre todo, ten cuidado con el mal aire.

Tras sentarme con las piernas cruzadas en el centro del salón, esparcí las notas a mi alrededor. Tras el «tímpano de la Cortesana», el forense había descubierto un tubo de estaño, que contenía un papel calco garabateado con signos incomprensibles. Tenía la copia escaneada bajo los ojos, que luego había reproducido también sobre calco, para simular el original.

Símbolos trazados a mano, sobre papel calco... ¿Por qué? ¿Por qué no papel ordinario? ¿Qué relación con un «abismo»? ¿Qué significaban las «aguas negras»?

Esos pensamientos me llevaron hasta Paul Legendre, mi doctor de teología. Me lancé sobre el pecé, comprobé los mensajes electrónicos. Salvo los anuncios publicitarios estúpidos, ningún correo interesante.

Nuevo telefonazo. Contestador. Qué le vamos a hacer...

Los símbolos reclamaban que los completasen. Esos trazos horizontales y verticales, esas barras oblicuas podían muy bien representar palabras que supuestamente podían constituir, también ellas, otro texto. Pero faltaba una parte... Una parte...

Las costillas se me contrajeron. Cogí la advertencia y leí, en voz alta:

«Luego, de las dos mitades, el Meritorio matará la otra mitad con sus manos sin fe.» ¡De las dos mitades! ¡Sólo disponía de la mitad del mensaje! ¡De ahí el papel calco! ¿Había que superponerlo a otro? Sin embargo, Van de Veld había despedazado el cuerpo. Corazón abierto, vejiga reventada, cráneo

serrado, cerebro cortado. Un buen trabajo, pero la Muerte no había revelado nada más. Entonces, ¿dónde diablos buscar esa mitad que faltaba? ¿Cómo remontar hasta «el abismo y sus aguas negras»?

El mensaje... Todo debía de esconderse en el mensaje, tras el repliegue de las letras. Volví a leerlo una, diez, cien veces; me impregnaba de cada término, cada coma, la menor mayúscula. Mayúscula a «Cortesana», la víctima. Mayúscula a «Mitad»...

¿Esa «otra Mitad» significaba el marido? Si era ése el caso, él también estaba en peligro. El asesino quizá no había atacado a una única persona..., sino a una pareja.

Eso cambiaba las tornas.

Me levanté bruscamente, sobreexcitado. ¿Para hacer qué, ir adónde? Tan sólo tenía retazos. La pizza que pedí en Speed Rabbit desapareció en mi estómago sin que notase el sabor. La radio zumbaba. Cambio de emisora. Una cualquiera. Nada de silencio. Sobre todo, nada de silencio...

Si no, podían volver. Las voces.

Todo estaba ahí, ante mis ojos. Bajé los párpados... Una sombra, subida a la cima de un andamio... En plena noche... Abril... Alrededor, figuras divinas... Vidrieras, la cruz de Cristo, el eco de las plegarias... ¿Por qué una iglesia? ¿Por qué tan arriba, invisible?

El gozo.

Para que fuese el único que lo gozase, en medio de la multitud.

Lo imaginaba, cada domingo, levantando los ojos hacia la advertencia, mientras los hombres de fe predicaban la palabra de Dios. ¿Expresaba con ello una forma de exaltación, de dominación? Anunciar un crimen, grabado en la piedra, en el mismo corazón de la casa de Dios y bajo la mirada de todos, un bonito gozo de perverso...

Mis ojos volvieron a centrarse en la redacción.

«El Meritorio...» ¿El asesino hablaba de sí mismo? ¿Por qué se empecinaba en abandonar los textos codificados? ¿Qué función desempeñaba en su juego esa mujer, con los órganos destrozados? ¿Qué significaba «bajo el diluvio, volverás aquí, porque todo está en la luz»? ¿Dónde había que regresar? ¿A la iglesia?

Una vez agotadas mis reservas de ideas, decidí ducharme, y luego me puse ropa ligera. Pantalones cortos y camiseta. Las ventanas, abiertas de par en par, salvadas de mosquitos. En el balcón, las plantas se morían de sed. Las regué con un agua bien fresca.

Las diez, ya. La noche que cae. La noche, la oscuridad. Solo. Solo en la cocina, solo en la cama. No recordarlo. Ocupar la mente. Tele, encender la tele. Frenazo, gritos.

«Ven con nosotras, Franck... Éloïse quiere verte... Ven... Ven... No nos dejes solas...» Suzanne... Seis años sin soltar una palabra...

Desde entonces..., esas atrocidades... ¿Por qué me acosa en la cabeza? No pienses, Franck, no pienses... Los trenes. Pon en marcha los trenes... Un decorado que terminar. Una familia que moldear, pintar, colocar... Mañana compro raíles. Ampliar la red. Más grande. Más locomotoras. Y ruido..., siempre ruido.

Puse una mano temblorosa sobre el pastillero, cuando llamaron a la puerta.

En el rellano, una niña, temblorosa y llorosa. La pequeña del libro de *Fantomette*, me pareció. Me puse en cuclillas.

—¿Qué ocurre?

Desde lo alto de sus nueve o diez años, con la cabeza inclinada y el rostro redondo de niña, ardía de una timidez conmovedora. Sus dedos minúsculos se retorcían en los pliegues de su camisón azul.

—Me... he quedado encerrada... fuera... Mamá se ha marchado... a trabajar. Quería... coger al gato, que salió al... mismo tiempo que... mamá. Y la puerta..., ¡la puerta se ha cerrado!

Una ternura se me perdió en los labios.

—¿Cuándo regresa tu mamá?

—Mañana por la mañana, es enfermera.

—¿Y tu papá?

—Se marchó... Hace mucho tiempo...

La invité a entrar con un gesto generoso.

—¿Acabáis de mudaros, tu mamá y tú?

—La semana pas...

La niña se quedó petrificada, extasiada ante la red ferroviaria, los túneles, las pequeñas locomotoras a vapor que sacaban pecho y bufaban de placer. Se secó las lágrimas con un amplio movimiento de brazo.

—Es bonito, ¿a que sí? —susurré arrodillándome cerca de las figuritas de yeso.

La contemplaba, suspendidos los minutos, con esa mirada simple que nunca pierden los padres cariñosos.

—¿Sabes en qué hospital trabaja tu mamá?

La niña movió la cabeza, sin contestar, los ojos de jade brillantes de tesoros secretos. ¿Por qué vino a verme, a mí, un poli perdido en sus recuerdos, con quien nadie se cruzaba y que no deseaba cruzarse con nadie? Un día vi en un reportaje a un león enternecerse con un antílope herido. ¡Esa pequeña me desestabilizaba tanto! Reflexioné durante un segundo y propuse:

—Vamos a dejar una nota bajo la puerta de tu apartamento, que pondrá que estás aquí, en el treinta y dos. Así, cuanto tu mamá regrese, vendrá a buscarte, ¿vale? Voy a instalarme en el sofá, y tú podrás dormir en mi cama.

Unió las manos sobre el pecho y aclamó un «Sííííí» victorioso.

La velada se consumó a la luz de nuestras mímicas cómplices. Le hablé de los trenes, le expliqué las reglas que debían respetar, la manera como animar a los personajes, Como, también, utilizar materiales del día a día para crear el decorado. Papel, tapones de corcho, cerillas, que, en el mundo de juguetes y sobre todo a los ojos de los niños, se transformaban en jardincillos, parterres de flores, campos de alfalfa... La paternidad no se olvida, crece sobre todo durante la ausencia.

—¿Quieres ponerme la mano sobre el corazón? —susurró, mientras la arropaba con ese gesto simple y tan doloroso.

Un poco sorprendido por la petición, puse suavemente mi manaza sobre el pecho, a la izquierda, y no sentí ninguna pulsación. El estómago se me encogía tanto como la sonrisa de la pequeña se agrandaba.

—Es a la derecha que se esconde mi corazón —confió en un suspiro.

Quise desplazar la mano, pero la apartó con un movimiento un poco seco.

—Se trata de una anomalía genética, pero, para mí, es una suerte inmensa. ¿Adivinas por qué?

Sacudí lentamente la cabeza.

—Antes, cuando mi papá me estrechaba entre sus brazos, nuestros corazones se situaban frente a frente, cada uno percibía los latidos del otro. ¿Y sabes qué? Llega un momento en que los latidos se producen exactamente en el mismo momento, al mismo ritmo. Es así como sabía que mi papá me quería...

La escuchaba con ternura, mecido por la miel de sus frases. Me dijo también, tendiendo un dedo:

—La pantalla del ordenador. ¿Por qué se pone a parpadear?

—¡Un mensaje electrónico!

Volé hasta el teclado, desplegué la ventana correspondiente al último mensaje de correo electrónico. Paul Legendre, el doctor de teología... Me tragué las líneas que me escribía, en apnea. La presión sanguínea me latía en las sienes.

—¡Tengo que salir! ¡Una urgencia! Yo... mi vecino te cuidará. ¿Conoces a Willy? ¡Es un chico con espaguetis en la cabeza! ¡Es muy majo, ya verás!

Se irguió con la postura agresiva de las cobras.

—¡No! ¡Quiero quedarme aquí, contigo! ¡No te vayas!

—¡Volveré!

Los ojos se le tornaron de color gris tormentoso.

—¡No te vayas, Franck! ¡Quédate conmigo! ¡Si la encolerizas, se marchará!

—¿De quién estás hablando?

Pero se metió bajo las sábanas, sin abrir más la boca...

Willy fumaba al otro lado del rellano, delante de su puerta cerrada, el rostro blando aplastado contra el hombro. Le conté lo de la niña. Bostezó, sopló en el peta y soltó:

—Vale, tío. Tráela. Pero te lo advierto, no hago de canguro. Me voy a ir al catre...

Me precipité a mi habitación. Sábanas deshechas, almohada reblandecida, pero ni rastro de la niña. Cocina, lavabo, salón. Nada. Quise llamarla, sin nombre que pronunciar. Pasillo vacío. Debió de escurrirse por el hueco de la escalera, como un ratoncito.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro, registré los rincones discretos y los escondites improvisados. En vano. Entonces pensé en la nota, depositada bajo la puerta número siete. «Su hija se quedó encerrada fuera. Está en mi casa, en el tercero, a salvo. Número treinta y dos. Soy policía.»

—¡Maldita sea!

Tiré veinte euros en la mano de Willy y lo exhorté a vigilar en el pasillo del tercer piso. Con el cigarrillo entre los dientes, refunfuñó antes de apoltronarse contra la jamba, con las piernas abiertas. Un negro espléndido en pijama. En cuanto a mí, tras haberme puesto una camisa limpia y un pantalón de tela fina, corrí hacia Meudon-la-Forêt, el Glock apretado contra el flanco izquierdo.

A las dos de la madrugada, Paul Legendre quería explicarme de viva voz lo que había descryptado en el mensaje.

Capítulo 6

El doctor en teología vivía en el lindero de un bosque, en el hueco de relieves tejidos de senderos salvajes y de eriales murmurantes. Su caserón neogótico respiró lentamente bajo la iluminación de mis faros.

Sentado sobre los peldaños de la entrada, Paul disfrutaba del gran pulmón forestal, pipa en los labios, su cara pesada matizada por la palpitación de un quinqué.

—¿Es que no duermes nunca? —bromeé tendiéndole la mano.

Me contestó con una sonrisa acompañada de una palmada en el hombro, y luego me invitó a seguirle.

Nos instalamos en una terraza rodeada de troncos tensos y hierbas prietas. Uno se habría creído bajo una noche tropical, en el corazón de una sauna malsana, de lo mucho que el trasudor mancillaba las camisas y embadurnaba las frentes.

Paul me sirvió un brandy con hielo, que acogí como una liberación.

Una vez la cazoleta de la pipa reavivada con aspiraciones minuciosas, se metió de lleno en el meollo del asunto.

—No he podido captar tu texto globalmente, pero he descubierto algunas claves que te interesarán. Hablemos primero de esa «Cortesana» y su «tímpano». ¿Te has fijado en la mayúscula de «Cortesana»?

—Exacto.

—Cuando habla de la «Cortesana», nuestro hombre habla de la Iglesia. Desde hace años, grupos de expertos de diversas nacionalidades analizan con detenimiento los treinta y nueve libros de la Biblia hebrea. Han descifrado los emblemas, las imágenes, los códigos ocultos. Desde el punto de vista simbólico, se representa a Cristo como el esposo de la Iglesia. En la recopilación final, el Apocalipsis, san Juan desmenuza el tema del adulterio. Para él, una Iglesia corrompida se considera como una Cortesana, ya que engaña a su marido, Cristo.

Mi lengua chasqueó bajo el ámbar delicado del brebaje, mientras los músculos se me distendían un poco.

—Es curioso —observé—. Uno de mis colegas interrogó a un cura, que pretendió no entender nada de esas frases. No entiendo muy bien cómo un hombre de fe podía ignorar eso.

Paul trazó un amplio arabesco con la mano derecha.

—Todo depende del ángulo de visión, del punto de vista. Tu cura predica y transmite la palabra santa, utiliza la Biblia como vector de su vocación... Nosotros, los especialistas, nos pasamos la vida en yacimientos arqueológicos, en las bibliotecas de los institutos católicos, en centros de estudios semíticos. Intentamos descifrar el simbolismo de los escritos bíblicos, pero sin por ello dejar de ir al culto todos los domingos. Así que, sí, tu sacerdote podía perfectamente ignorarlo...

Se bebió el alcohol de un trago y me ofreció otra copa, que rechacé.

—Perdona mi falta de cultura, pero ¿por qué «el tímpano de la Cortesana»?

Legendre enjugó su frente de acantilado con un pañuelo blanco. El calor nocturno rondaba bajo sus carnes húmedas, incendiando su rostro con un rojo de brasa.

—¡Consulta el diccionario! Un tímpano es una escultura, un fresco que se encuentra en la entrada de numerosas iglesias romanas, encima de la puerta. Materializa un mensaje de acogida, el paso del mundo terrestre a un lugar divino.

—¡«El tímpano de la Cortesana»! ¡La entrada de la iglesia de Issy! ¡Oculta algo! ¡Otro mensaje!

¡Lo habíamos conseguido! Pensaba en las inscripciones incomprensibles, descubiertas por el forense en el tubito, escondido en «el tímpano» de la víctima. Incompletas porque el otro trozo se escondía tras otro «tímpano», el de la iglesia de Issy. «Tímpano» de oreja, «tímpano» de iglesia. La carne, el espíritu. Solté, con el tono de un niño impaciente:

—¡Explícame el resto! ¡«El abismo y sus aguas negras», «la plaga», «el mal aire»!

Paul sonrió, mostrando los viejos dientes amarillos de fumador de pipa.

—Espacio, Franck, espacio. ¿Crees que te voy a traer a tu tipo en bandeja? Esas frases siguen siendo, en su significado general, un misterio, un amasijo de sinsentidos, pero no creo equivocarme al afirmar que tu... cliente se toma por un mesías o una figura religiosa con poderes... divinos.

Con la calma de una lápida, el teólogo bamboleaba el vaso delante de él.

—Ilumíname más, Paul. ¿Qué más has descifrado?

—No he descifrado, tan sólo he constatado. Parece ser, pues, que tu cómico se ha inspirado en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis de San Juan. ¿Conoces esa recopilación?

—Tan sólo de nombre... Seis, seis, seis, la cifra de la Bestia. El fin de los tiempos. Paul utilizaba profusamente el lenguaje de las manos. Rotaciones, barridos, brazadas de aire.

—Evoca a la «Cortesana», luego una «trompeta»... «Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá.» Me es imposible resumir ese argumento profuso y caótico que constituye el Apocalipsis, pero, a grandes rasgos, siete trompetas avisan a las siete Iglesias del Asia Menor de que van a extenderse siete plagas sobre la Tierra. A cada toque de trompeta, una plaga... En cuanto a «la onda se tornará roja», podríamos, de forma extrema, hacer una analogía con el castigo reservado a Satán, que sus propios discípulos tiraron, tras mil años de reino, en un pozo que se llena de lava. Una onda que se torna roja...

Las rarezas que Paul desvelaba me procuraban un placer peligroso, el frío curioso que siente el faquir tragasables.

—Siete plagas, siete Iglesias... Siempre esa cifra —observé frunciendo el ceño—. Descubrimos siete mariposas al lado de la víctima. Esfinges de la calavera. ¿Qué simboliza esa cifra?

—La perfección, la excelencia, la renovación. Es la cifra atribuida a las calidades de Dios, superior al seis, cifra de la Bestia. Se cita millones de veces en el Apocalipsis.

—Todo parece bastante inconexo.

—¡Te lo había advertido! Es un texto de códigos secretos, de mensajes ocultos. Todo está en profundidad, tras las palabras. Ese otro mensaje, entre tus manos, posee esa fuerza. Esa «profecía» contiene la dosis justa de indicios para hacerte avanzar, pero no muy deprisa. Y nuestro «profeta» quiere que progreses a la velocidad que te marca.

Hice rodar los trapecios, distendí la nuca cansada y le rogué a mi amigo que me volviese a servir un dedo de brandy. Me llenó el vaso.

—Háblame de esas siete plagas.

—El diluvio de granizo y fuego, que destruyó un tercio de la Tierra... El tercio de los animales marinos que muere... El tercio de la luna, el sol y las estrellas pulverizado... Un astro que cae del cielo, eliminando un tercio de las aguas de fuente... Nubes de langostas que se abalanzan sobre los seres humanos y los torturan... Otro tercio de seres humanos reducidos a polvo... Y, finalmente, los elementos que se desencadenan...

—A san Juan no le faltaba imaginación.

—Imaginación a medias. El miedo del cielo que cae sobre la cabeza ha recorrido todos los pensamientos, desde los celtas a nuestros más eminentes astrofísicos. Observa también que tu hombre habla de diluvio. «Bajo el diluvio, volverás aquí.» ¿Hace referencia al Diluvio del libro del Génesis? ¿A la destrucción de toda la vida sobre la Tierra, salvo las especies del Arca? Todo es tan vago...

Paul añadió tabaco en la pipa, bajó de la terraza y se metió en el bosque. Su voz se perdía lejos en la negrura.

—Sígueme, Franck. Hablemos un poco de tu caso. Cuéntame más cosas. Las mariposas, esa muerte... Tu mundo de sangre me fascina...

Cogimos un camino de piedras que se adentraba en el corazón de los gigantes de madera, donde la oscuridad crecía bajo cada uno de nuestros pasos.

En un intercambio de cortesía, le conté el descubrimiento en el confesionario, la posición del cadáver, los primeros resultados de la autopsia, los símbolos sobre el calco encontrado en el tímpano.

Paul permanecía silencioso. Ya sólo distinguía la sombra de su sombra, el eco de su presencia.

Entonces, al ritmo de nuestro avance ralentizado, seguí explicando... El caso... Mi vida, mi soledad, mis miedos... Paul había conocido a mi mujer, mucho antes de su secuestro. No la había reconocido después. Uno no puede ocultar lo que desvela la mirada. En esa época, había discernido en la suya la ausencia de un destello, de esa pequeña chispa que ya no encendía cuando venía a visitarnos. Lástima... Había sentido lástima...

Me animó a seguir hablando, a confiarme a esa naturaleza abierta y compadeciente que sabía entenderme...

Y hablé, hablé, hablé...

Una vez de vuelta a la luz, me sequé una lágrima, azorado, debilitado. Paul me sirvió un vaso de zumo de frutas fresco.

—Era una dimensión de árboles que quería hacerte descubrir. Suministran oxígeno, lo que exagera tu cerebro. Acércate a ellos cada vez que sientas la necesidad... Te escucharán...

Me bebí de un trago el zumo y respiré a pleno pulmón el aliento del bosque antes de pedir un último servicio. Paul me prestó una escalera, que amarré a la baca. Dirección «el tímpano de la Cortesana».

Cuando me despedí de Legendre, me puso un brazo en el hombro y me avisó:

—Ten cuidado, Franck. Si no me he equivocado y efectivamente encuentras la segunda mitad del código tras el tímpano, entonces serán el «Meritorio». «Luego, de las dos mitades, el Meritorio matará la otra mitad con sus manos sin fe...» Tu asesino se lo cree de verdad. Irá hasta el final de su misión.

De un brazo firme, me forzó a mirarlo a la cara.

—No eres creyente, Franck, ¿verdad?

—Lo fui, pero ahora «mis manos no tienen fe»...

Mientras cerraba la puerta, añadí:

—Las personas que más amaba en el mundo murieron ante mis ojos. ¿En qué podría seguir creyendo, actualmente?

Capítulo 7

Iba a toda mecha por los barrios soñolientos de la periferia, en esa bruma cálida de asfalto, los ojos escocidos por el cansancio y la aprensión. ¿Hacia qué sombrío desenlace iba a arrastrarme ese juego de pistas? ¿Otra víctima? ¿Esa famosa «Mitad»? La mente me hervía con mil preguntas, tan perdida en los versículos bíblicos como en vericuetos del informe de la autopsia. El rostro del asesino permanecía mudo. ¿Qué intentaba probar esa voluntad asesina que, mediante acciones meditadas, locuras disimuladas, daba muestras de un muy relativo refinamiento?

Al volante de mi coche, recorriendo la noche, me sentía ligero, aliviado. Ese caso llegaba en el momento oportuno. Patrick Chartreux, dientes rotos bajo una nariz destrozada, tan sólo representaba la parte visible de mi icerberg interior. Para ser honesto, esa mujer, afeitada de los pies a la cabeza, mutilada bajo la carne, había salvado a un poli a la deriva. En lo más profundo de mi ser, en la casa de Dios y bajo la mirada de Cristo, le había dado las gracias por ello...

En las alturas, el campanario de la iglesia se recortó de esa estela blanca de estrellas. El corazón me latió más fuerte cuando apoyé la escalera en la fachada y subí hasta alcanzar el tímpano de la Cortesana. Tres borrachines andrajosos me preguntaron si me encontraba bien antes de explicarme, en su lenguaje, que había formas más sencillas de acercarse al paraíso. Desaparecieron tras una esquina de la calle, con generosos tragos de insultos. Juventud decadente...

Frente a mí, deslumbrado por el haz de mi linterna, Jesús, amparado por siete ángeles, otra vez siete, imploraba al cielo. Tras haberme enfundado un guante de látex, metí los dedos en los intersticios de la escultura y registré con minucia las fisuras. Nada, salvo piedra fracturada. Seguí palpando, con los labios prietos, colgado sobre la punta de los pies. Además de sentirme ridículo, empezaba a perder los ánimos. Era evidente que me había equivocado de punta a cabo. Salvo que..., de repente, mis falanges se cruzaron con una forma cilíndrica, de unos pocos centímetros de largo. ¡El tubo de estaño! Paul había sabido, una vez más, inyectar adrenalina en mi cuerpo.

Guardé el material, me precipité en el habitáculo y, bajo la luz tímida, destapé mi descubrimiento. El calco me esperaba... La otra mitad... Los signos aparecieron, mezcla de barras horizontales y verticales. La carne me temblaba, de lo excitado que estaba. Me apresuré a superponer mi botín al que había reconstituido.

De una mágica combinación, surgió la luz.

—¡Maldita sea, no puede ser!

Demasiado absorto en mi descubrimiento, no vi venir nada. Las dos puertas se abrieron de forma simultánea, una botella vacía seguida por un puño bien prieto me golpearon, mientras un par de manos me robaba los mensajes, el estuche de estaño y algunos cedés. Desde lo más hondo del dolor, percibí:

—¡Te dije que no era pasta lo que escondía ahí arriba, el gilipollas éste!

—¡Cierra el pico! ¡Nos piramos!

Salí del coche tambaleándome un poco y desenfundé el Glock, apuntando a la oscuridad. Los tres marginados volvieron a aparecer bajo una farola lejana antes de fundirse en la calle anexa. El hilo de sangre que me caía de los labios y el dolor del cráneo me impidieron iniciar una persecución. Estaba cabreadísimo.

En la jerga, a eso se le llamaba un atropello. Una prueba importante en un caso criminal acababa de desvanecerse. ¡Adiós a la recogida de huellas, las tomas de muestras de ADN, los análisis grafológicos! ¡Bienvenidos los follones!

Llevado por la furia, abaté los dos puños sobre el volante. El airbag me explotó en la cara. Sin comentarios...

Recuperado de esa desafortunada peripecia, por fin di el contacto. Por suerte, tenía en mente el texto, ese frágil hilo de Ariadna que me tendía el asesino.

«Camino de Le Val. Chaume-en-Brie.»

El juego mortal continuaba, de etapa en etapa el asesino me hacía entrega de detalles suplementarios. Quería que su adversario se lo mereciese. «El Meritorio»...

Chaume-en-Brie. Según el mapa de carreteras, se trataba de un poblacho perdido en el departamento setenta y siete. En el mapa, localicé Meaux y luego Disneyland París. Tres cuartos de hora de carretera. Los neumáticos ardieron sobre el asfalto. Estuve a punto de marcar el número del servicio de guardia de la Criminalística. Solicitar la caballería a las tres de la madrugada. Cercar el sitio, penetrar a la fuerza, armar la pesada máquina judicial. Pero me eché atrás. Primero tenía que aclarar ese galimatías yo solo. La sangre atrae a los tiburones, esos grandes tiburones nocturnos a los que les gusta recorrer las venas del Mal. Autopista A4. Bandas blancas, rodeadas de tinieblas. A pesar de la excitación, los párpados me pesaban. Cuatro horas de sueño en dos días. Radio a tope. Céline Dion. Qué le vamos a hacer...

«—Conduces rápido, Franck. Odio cuando conduces deprisa. Mira adónde nos ha llevado la velocidad...» El caso, pensar en el caso. El confesionario. La mujer, afeitada. Los daños provocados en su cuerpo... Ocupar la mente, siempre. El mensaje, la dirección, el Apocalipsis, san Juan, las siete mariposas, el renacimiento del ser, la resurrección...

«—Ten cuidado, Franck. Tu atención se relaja. Estás cansado. Vigila la carretera...

»—¡Para, Suzanne! ¡Para de hablarme dentro de la cabeza!» La garganta en llamas. Me ahogaba. ¡Aire! ¡Aire! Abrí por completo las dos ventanas delanteras, las bocanadas calientes me revitalizaron. Una pastilla mágica, para calmar la angustia. Ahí, un cartel. La salida correcta...

Pleno campo. Pocas casas, adormecidas. Curvas, baches, conejos de ojos rojos que recorren la carretera... La noche, furiosa de oscuridad... La impresión aplastante de precipitarme en una trampa...

Finalmente, el panel de Chaume-en-Brie. Di con un plano del pueblo pegado en una parada de autobús. «Camino de Le Val.» Quedaban dos kilómetros.

Destino final. Bajo los faros, edificios en construcción, desgarrados de sombras. El camino se estrechó, los campos arrojaban sus tripas pardas sobre el asfalto, creí por un momento tener que dar media vuelta cuando se alzó, tras un foso, una fortaleza negra. Abetos altos, ordenados en cuadrado y prietos alrededor de una gran residencia.

Apagué los faros y, equipado con el inseparable dúo Maglite Glock, me adentré en las profundidades insondables.

Ahí donde había decidido llevarme. En la boca del lobo.

El silencio de las cosas muertas me asaltó. Nada de viento, ningún movimiento, menos luz todavía. Atajé por la pared del abetal, salvé un portal bloqueado para aterrizar sobre un césped que había crecido bien. Bajo el rumor de mis pasos, la rodilla golpeó un montículo de madera, del que rondaba un olor que conocía demasiado bien...

Putrefacción. Mi caja torácica no necesitó más para retraerse contra los pulmones. Uno nunca se acostumbra a esas cosas...

Una caseta había sido devastada, destruida. Planchas desclavadas por todo el jardín. Arrancadas por una fuerza sobrehumana. Bajo la mordedura del haz de luz abría el andamiaje de un dóberman, que albergaba extraños huéspedes. Larvas hinchadas, moscas hartas. Un enjambre de muerte me rozó el rostro. De un mal reflejo, estuve a punto de gritar.

Visto el comité de bienvenida, no me equivocaba de dirección... ¿Qué me reservaba el interior?

Un viento ligero subió a las cimas. Las grandes manos de corteza, por todo alrededor, hicieron rodar su negrura sobre el suelo. La impresión de que las ramas iban a cerrarse sobre mí...

Penetrar por efracción, sin orden judicial, podía causarme serios problemas, sin olvidar el asunto Patrick Chartreux, que ya había afilado los dientes del comisario de dimisión.

Así que marqué el número del servicio de guardia, esperé a que sonara dos veces y colgué cuando el pomo de entrada giró, bajo el impulso de la

muñeca. Chirrido de puerta... El ataque fue fulgurante. Patas ciegas sobre las sienes. Raspados de alas sobre las mejillas... Por todas partes, vibraciones.

En un primer momento, al observar las paredes con la linterna, pensé que se trataba de moho, de tan minúsculos e innombrables que eran.

Mosquitos.

Surgían de todas partes, se precipitaban sobre el raíl de fotonos en un bullicio de multitud presa del pánico. Racimos negruzcos se descolgaban antes de dispersarse en frescos alados. Los más hambrientos ya me chupaban la sangre de los antebrazos. Aplasté una buena cantidad al dirigirme hacia las otras habitaciones. Cocina, salón, cuarto de baño... Nadie. Ningún cuerpo, ningún olor, ningún desorden.

Encendí la luz del comedor. Los insectos se arremolinaban sobre la araña, algunos se asaban. Los más atrevidos preferían el contacto de mi mano a la hambruna. ¡Estúpidos insectos! Avancé haciendo aspavientos. En la pared, una foto. Una pareja, abrazada a orillas de una playa. Larga cabellera morena para ella, tripa incipiente para él. Me acerqué a la instantánea. No había duda... Delante de mí, la mujer acurrucada del confesionario.

Dos preguntas: ¿dónde estaba el marido? ¿Por qué el asesino me traía ahí? Tragué saliva con dificultad, apretando el Glock contra la mejilla...

La planta superior. Dos habitaciones. La de los padres. Y la otra. Destrozada. Pósteres de hombres por todas partes, lacerados a cuchillazos. Brad Pitt, Georges Clooney, Matt Damon, sin los ojos. En el suelo, cristales. Fragmentos de bombilla. Una lámpara rota, los vestigios de una lucha.

Tres... Eran tres. El hombre, la mujer, la hija. Una descansaba entre cuatro tablas. ¿Y los otros dos?

Regresé a la planta baja para seguir registrando, con el ímpetu de la desesperación. En el salón, las últimas cartas abiertas se remontaban a tres semanas... Viviane y Olivier Tisserand...

Van de Veld había observado, en la víctima, uñas largas, rotas. ¿La habían secuestrado todo ese tiempo? ¿En qué lugar? ¿Y su marido, la otra «Mitad»? En cuanto a la hija, Maria... ¿Por qué el asesino no la había mencionado en su mensaje?

A mi alrededor, el ladrillo temblaba, forrado de un enjambre de trompas mórbidas y alas zumbantes. ¡Jamás había visto tantos mosquitos!

Una alfombra. Una alfombra de insectos. Algunos yacían en el suelo, agotados por la escasez de sangre. Otros volaban con el estómago vacío, ebrios de hambre canina. ¿Por qué estaban todos ahí, agrupados en esa habitación? ¿Qué podía atraerlos en un número tan grande? Volví a lanzarme hacia la planta superior, en busca del abismo y sus aguas negras». ¿Se trataba de la bañera, los lavabos, el cuarto de baño, una fosa cualquiera? ¿Un pozo, en el jardín? ¡Podía ser!

Bajé a toda prisa, cogí un halógeno exterior. Nada. Hierba, árboles, campos... De tanto jugar, uno se cansa.

Los remilgos del asesino me daban vueltas en la azotea y me habían obligado a saltarme un buen número de normas. Al punto en que estaba, opté por ahondar la búsqueda en el interior...

Como último recurso, divisé álbumes de fotos que hojeé rápidamente... Playa, montaña, boda, gilipolleces de pareja... Primer plano de la hija. Dieciocho años, rubia incendiaria. Escultural... En otras instantáneas, el hombre, con un pez en la punta de un arpón. Otra vez él, con una máscara y un tubo de buceo... Siempre el mismo, con las aletas en los pies, a orillas de... ¡A orillas de un foso de buceo!

En un arrebató, volví al correo. Búsqueda visual... ¡Ahí! «Club de buceo de Meaux.²»

¡«Vigila los males»! ¡Con su fosa de buceo, «el abismo y sus aguas negras»! El mensaje escupía sus últimos cartuchos. Nuevo chirriar de neumáticos...

Treinta minutos después, al límite de quedarme sin gasolina, metí el vehículo en un aparcamiento de tierra roja antes de llegar a un pequeño local, perdido sobre un suelo calizo donde sólo se esparcían hierbas rebeldes y sílex erosionados. Unos paneles oxidados indicaban la dirección del foso.

Me hundía en los tramos de oscuridad, atento a los adoquines de tiza y los agujeros severos que, durante un buen rato, atravesaban el ojo de la linterna.

Delante, bajo las luces violetas del alba, el manto blanco de la carrera tocaba el horizonte. Una escalera tallada en lo vivo me propulsó aún más lejos.

Ahí, al fondo, salió el pozo de tinieblas, no más ancho que un depósito, con aguas de color negro ceniza. En los bordes, una inscripción: FOSA DE MEAUX. PROFUNDIDAD, 30 M.

Alrededor, las colgaduras sombrías de la noche que llegaba a su fin, llanuras calcáreas. ¿Qué había que descubrir aquí? ¿Otro mensaje? ¿Una pista? ¿O... un cadáver?

Un ruido, cercano, muy cercano. Apagué y me agaché, Glock a punto sobre pupila dilatada. Nada más. Sólo una brisa abrasante, rica en calor, hinchada por la ausencia de obstáculos. Con prudencia, me acerqué a la sima, y volví a encender la linterna, para escudriñar los abismos, morder diamantes

² En francés, *Meaux* se pronuncia igual que *maux*, «males». (*N. de la T.*)

de polvo que luchaban con partículas silenciosas. En cualquier momento podía surgir una mano y arrastrarme hacia siniestros infinitos.

Entonces volvieron a estallar. Las burbujas... A treinta metros de profundidad, «la Mitad» soplabla el aire únicamente de forma alterna. Bajo montañas de agua, Olivier Tisserand, profesor de buceo en el club de Meaux, administraba aire. ¿Qué fuerza maléfica lo retenía abajo?

Esta vez, ninguna indecisión. Llamé a la brigada, les pedí que contactaran urgentemente con la comisaría de Meaux, enviasen una ambulancia y preparasen una cámara hiperbárica.

Las burbujas otra vez, perlas de vida. ¿Qué hacer? ¿Esperar?

Me lancé hacia la planicie de rocas, subí con pies y uñas las cuevas áridas, arañándome las palmas, agotándome los pulmones, atravesando recto por la cantera hacia el local de buceo.

Habían forzado el candado. Rodé sobre la pared interior, destrípela sala con diagonales luminosas, me acerqué a unas formas sombrías, vibrantes, que golpeaban con saña el cristal polvoriento de una ventana.

Se me apareció el rostro de la muerte. Las esfinges. Siete grandes esfinges negras. Aglutinadas sobre un cristal.

Jadeando, me apoderé de una botella de aire comprimido y una linterna sumergible. No había tiempo para enfundarse un traje. Escondí mi arma encima de un armario, me desvestí en un abrir y cerrar de ojos, me puse la botella en la espalda con la ayuda de las correas y, con las aletas en la mano, el cuchillo de buceo anudado alrededor de la pierna, hice el trayecto inverso. En calzoncillos y mocasines.

La inmersión... Había obtenido el certificado de nivel dos en la unidad de lucha contra las bandas, pero databa del siglo pasado.

¡Treinta metros! Un edificio de diez pisos invertido. La profundidad de todas las trampas. Vértigo, sensación de soledad, trastornos de la vista. Los gases intestinales que se comprimen, el aire que se desliza entre los empastes y hace explotar los dientes. Mi cuerpo corría el riesgo de pasarlas canutas.

Mi mirada abarcó los alrededores. Nada en la lejanía de las rocas. Ni rastro de girofaro, ninguna sirena. Bajo mis pies, las burbujas de aire escaseaban. Diez segundos entre las expiraciones. Final de botella.

Pegarse bien la máscara. Regular el descompresor. Inspirar por la boca, expirar por la nariz... Inspira, expira, inspira, expira...

Unos segundos más que transcurren... La esperanza de oír voces, de no tener que hundirme solo en el coloso de agua...

Ya no me quedaba otra. Pronto las burbujas desaparecerían. ¡Adelante!

Cuando mi rostro golpeó el agua, el oxígeno de la botella me secó la garganta, la angustia me conmocionó, esa angustia de los claustrofóbicos que priva de aire y hace mella en los sentidos. Una inmersión nocturna es un

descenso al interior de uno mismo, a un universo peligroso poblado de monstruos demoníacos.

Estaba totalmente majara. No tenía arma, salvo el cuchillo. Podía pagarlo con la vida.

Diez metros. Negro arriba, negro abajo. El tímpano que se hunde hacia la oreja media. Dolor... Maniobra de Valsalva: boca cerrada, nariz apretada, expirar.

El silencio... Rompe el silencio. Expira... Concéntrate en el baile de las burbujas, el ronquido de la sangre que hincha las arterias... El fondo... Objetivo: el fondo... Vencer esa falla mortal. Encontrar la fuente de vida.

Trampa. ¿Has pensado en la trampa? Delante, detrás. Podían alcanzarme desde cualquier lado. En cualquier momento. Cuchillazo. Descompresor cortado. Muerto.

Veinte metros. Una luciérnaga. Una luciérnaga en un gran cielo hostil. Bloques de agua intentando aplastarme, triturarme, pulverizarme. La máscara me oprimía el rostro, me aspiraba los ojos. Todo el organismo se contraía. Pulmones, tubo digestivo, estómago.

Ganas de vomitar. Bajaba demasiado deprisa. Quince metros por minuto, dicen las tablas. No más. No más o reventarás, implosionado... El silencio... Rompe el silencio...

Borbotones de las burbujas. La sangre que corre. Tam-tam del corazón.

¿Cuánto queda por bajar? ¿Cuánto? Estaba perdido. Las nociones de arriba y abajo se invertían... Las burbujas, céntrate en las burbujas. Suben, así que bajas. Claustrofobia. El frío de los abismos que paraliza los músculos, petrifica la carne. Los oídos que zumban, sangre en las sienas... Expirar. Expirar. Cinco por ocho, cuarenta. Seis por ocho, cuarenta y ocho. Nueve por ocho... Ochenta... No... Setenta... Setenta y dos... Miedo, muerte, dolor. Risas. Metal... Éloïse. Te quiero, te quiero... Franck... Franck Sharko, comisario en la Brigada Criminalística. Shark, el tiburón. El tiburón vive en el agua... Inspira... Vivo en el agua... Expira... Mosquito, trompa, picada... Inspira. Negro dentro, negro fuera. Expira...

La blancura de un pie se me apareció. Un rumor, un destello de pesadilla. Luego una pierna entera. Instantánea multiplicación por tres del ritmo cardíaco. Sesenta, ciento veinte, ciento ochenta... Pánico. Me ahogo. ¡Aire, aire! ¿Cómo se respira? ¡Aire!... ¡La boca! Inspira por la boca, expira por la nariz... Otra vez. Vuelve a empezar... Escucha tu corazón..., bum, bum..., bum, bum..., bum, bum... Inspira, expira, inspira, expira..., inspira..., expira... Ya está... Respira profundamente... Sigues vivo.

El hombre yacía bajo mí, en traje, los miembros encadenados por una gruesa cuerda unida a mosquetones soldados a las paredes. Sólo lo percibía a trompicones, al azar de la linterna. Ahora respiraba sin cesar, soltando rastros plateados de burbujas.

Al lado tenía dos botellas de oxígeno, dos chispas de vida de donde serpenteaba un descompresor.

Mi linterna iluminó unos ojos fuera de las órbitas. Inyectados en sangre. Un terror de animal agonizante brillaba en su interior. Preso de un pánico fulgurante, agitó la cabeza, se retorció para deshacerse de su prisión de cuerdas. El descompresor patinó, especies de gruñidos apagados. El agua se adentró en su boca a la velocidad de una presa que se rompe.

Le bloqueé la barbilla, retuve la respiración y lo obligué a ingurgitar mi aire. Mordió el descompresor, intentó arrancarlo. ¡Joder, respira, vas a palmarla! No tenía otra opción. Puñetazo en la sien. Aturdido, absorbió un gran trago de aire. Ya está. Tranquilízate...

Mi turno... Respiraba. Su turno... Mi turno... Su turno...

Cuchillazo, amarras que saltan... No le solté ni las manos ni los pies. Porque libre, intentaría ahogarme. Su turno... Mi turno... Inspira, expira. Tienes que vivir, ¿me has oído? ¡Vive! Su turno... ¡Traga el aire! ¡Trágate! ¡Empápate de esa puta vida! Lo cogí por las axilas y di vigorosas patadas. Percibí una fuerte resistencia, algo se bloqueaba. No era normal. ¿Qué le seguía reteniendo? Un último aletazo nos alejó del fondo.

Entonces el hombre desapareció tras una pantalla de burbujas. Miles de burbujas. Vociferaba, tan fuerte que parecía romper las paredes del silencio. Rechazaba el oxígeno, los ojos se le movían bajo la máscara. El fondo. Miraba fijamente el fondo.

Dirigí la linterna hacia el fondo. La luz se tornó naranja. Mezcla de amarillo y rojo. El amarillo de la linterna, el rojo de la sangre. La pierna izquierda le sangraba. A chorros.

¡Ya no había tiempo para reflexionar! ¡Lanzarse! ¡Lanzarse hacia arriba! ¡Deprisa! ¡Lo más deprisa posible! ¡Olvidarse de las paradas de descompresión! Treinta metros... El nitrógeno acumulado en su cuerpo iba a precipitarse en las arterias. Se le hincharían burbujas en el corazón. Los pulmones podían explotar. Pero era eso o la caricia cálida de una hemorragia... En cuanto a mí, también podía pasarlas canutas. El nitrógeno no libraba a nadie...

Aleteé como si fuese a romperme los tendones. Todos mis órganos pedían socorro, los pulmones me quemaban, el cerebro se dilataba bajo el cráneo. El diafragma se contrajo. Imposible respirar... ¡Oxígeno! ¡Inspira! ¡Inspira!

¡Imposible!... La apnea. Quedan diez metros... El hombre se había desmayado, saturado de agua.

Un dolor increíble en los oídos. Los tímpanos a punto de estallar...

Luces, arriba. Haces cruzados, vivos, palpitantes... Pétalos de voces... Gritos ahora... La superficie del agua que estalla... La cabeza que me da vueltas... Una sensación de alejamiento.

Y luego... nada más...

Ojos abiertos. Ahí, en la nebulosa, expresiones ateridas, miradas agobiadas. Una máscara de oxígeno sobre la nariz. ¿Cuánto tiempo grogui? Alrededor, la tiza. La cantera...

Me levanté, un poco aturdido. A mi lado, Tisserand, inmóvil. Electrodo, pegados con ventosas, sobre el torso. El traje de buceo recortado. Un choque eléctrico, el cuerpo que se arquea... Se acabó.

El día ardió sobre un baño de sangre.

Bajo los rayos del astro, la roca porosa bebió lentamente la serpiente roja, languidecida alrededor del hombre inerte...

Capítulo 8

Deberían haber caído trombas de agua, hacer un viento que arrancase los árboles y despegase los tejados. Debería haberse arremolinado en el aire un monstruo furioso, un tornado, un ciclón. Entonces, a lo mejor, me habría sentido acorde con esa forma de revuelta, quizá mi cólera se podría haber liberado, en vez de acurrucarse bajo mi piel hasta el punto de hacerla temblar.

En un espejismo de tiza, los ambulancieros engullían en la funesta funda su cadáver, cuya mano izquierda de dedos crispados aún sobresalía. El terror lo acompañaba hasta en la muerte, esa muerte espantosa surgida como una gran mandíbula blanca bajo edificios líquidos.

Un hilo de pesca enrollado alrededor de su muslo, en el interior del traje, había desencadenado la hemorragia. Pequeños agujeros practicados en el neopreno habían permitido introducir el invisible cabo y atarlo a la rejilla del fondo, bajo el agua. Una estratagema temible que había seccionado limpiamente la arteria femoral, una vez iniciado nuestro ascenso.

Sin duda el mártir, con sus gritos de agonía, había intentado avisarme...

A lo lejos, dos rostros de un negro intenso, sostenidos por cuerpos firmes, tensos, que incluso el sol naciente no lograba iluminar. Leclerc y Del Piero desembarcaban, mancillados por un despertar de lo más brutal. El comisario de división no esperó ni siquiera a estar a mi altura para soltarme:

—¡Me has sacado del catre enchufándome un cadáver entre los brazos, así que ahora vas a tener que explicarme muy despacio qué ha ocurrido!

En cierto sentido, la situación podía desestabilizar a cualquiera. Dejaba a Leclerc el día antes en un estado cercano al de un neumático reventado y me recuperaba a sesenta kilómetros de ahí, en un caos de piedras, emergiendo de los abismos para extraer a un tipo cuya existencia, claramente, había acortado.

A su izquierda, Del Piero se ajustaba su impecable traje sastre. Incluso sacada del sueño de forma precipitada, se había dado el tiempo de hacerse la raya negra con el delineador de ojos y retorcer su cabellera pelirroja en un grueso moño. El orden y la belleza.

Retomé la historia desde el principio... El mensaje grabado en una columna de la iglesia... Mi visita a casa de Paul Legendre... «El tímpano de la Cortesana»... La superposición de los códigos, que me había llevado a Chaume-en-Brie... Y luego allí, ante el abismo y sus aguas negras.

—¿Y dice que le han robado ese segundo trozo del código, lo que implica que no tenemos ningún rastro de él?

Con la clase de una buena bruja, la comisaria golpeaba ahí donde dolía.

—Fue mala suerte... —repliqué sin disimular un gran cansancio—. En el lugar inapropiado..., en el momento inapropiado...

—De ahí la utilidad de intervenir en equipo. ¿Por qué cree que existen los procedimientos?

—Me...

—¿Me permite? —intervino Leclerc llevándome aparte. De un movimiento seco, Del Piero se giró y encendió la llama de un mechero.

—Escucha, Shark —dijo el comisario de división—. Vamos a hacer lo habitual en este tipo de situación. Vas a acompañarnos a la central para que grabemos tu declaración e intentemos aclarar este follón.

—Un interrogatorio como es debido, ¿verdad?

—Pero, ¿qué te has creído? ¿Que estás por encima de la ley? ¡Pierdes indicios, penetras en plena noche en casa de la gente sin orden judicial, registras la barraca y venimos a encontrarte, cubierto de sangre, con un moribundo en brazos! ¡Cualquiera estaría ya en retención! ¡Considérate afortunado de que lo tomemos con calma! ¡Joder! ¿A qué juegas?

A pocos metros, en la orilla del foso ensangrentado, Del Piero pataleaba, brazos cruzados y pitillo en los labios. Por supuesto, disfrutaba de toda la conversación.

No le caía bien, no me caía bien. Cuando nuestras miradas se habían cruzado, la primera vez, percibí la violencia de un flechazo..., en el sentido bélico del término.

—¡No me quedaba otra que sumergirme! ¡El tipo contenía la respiración, podía faltarle el aire en cualquier momento! ¡Tan sólo quise evitar que se ahogase!

Leclerc removió el aire con un gesto amplio.

—¡Lo evitaste superbién, que se ahogara! ¡Pero ésa no es la cuestión! Del Piero tiene razón, deberías haber avisado a los equipos. ¿Quién respetará nada, si nosotros mismos no nos atenemos a las reglas?

—Todo se encadenó demasiado rápido... Ese mensaje era una verdadera trampa, avanzaba a tientas, sin certidumbre... Esto no es lo que quería. Nunca... Su hija... Tenemos que buscar a su hija... La tiene... Y sólo Dios sabe lo que...

Leclerc ya se alejaba, dejando bajo sus pasos una estela de pequeñas nubes blanquecinas.

Era casi mediodía y sólo me apetecía una cosa, evadirme, huir lejos de esos lúgubres tormentos. En la central, los asaltos de preguntas de los inspectores me habían vaciado de cualquier forma de energía. Uno cree hacer el bien, pero, en definitiva, prolonga ese brazo asesino que, por todos los medios, intenta extender sus iras.

Hoy acababa de matar a un inocente cuyos ojos desorbitados contra el cristal de su máscara se añadirían al catálogo de mis recuerdos más sombríos.

Muertos... Todavía más muertos...

Leclerc me había despedido hasta nueva orden, a la espera de pruebas formales sobre la veracidad de mis declaraciones. Se acabó, pues, acceder al expediente de lo que ya llamaban el caso Tisserand. Una investigación que, por su carácter particularmente elaborado, había abrasado los parqués de la central, relegándome al papel de vulgar espectador. Un espectador decepcionado, que regresaba a su apartamento para verlo todo negro.

Llegado al rellano, pensé de repente en la niña, encerrada fuera desde la víspera.

Bajé el torbellino de escaleras. No contestaban ni en el 7, ni en casa de Willy. Definitivamente, todo se me escapaba.

Interferencias en el televisor. Apoyaba el dedo sobre el interruptor, cuando:

—¡No! ¡Déjalo encendido!

Me sobresalté. Sentada como los indios, rodeada de trenes jadeantes, la niña no levantaba la vista de la nieve gris del televisor.

A su lado, *Fantomette contra el gigante* esperaba una mano curiosa. Mis rodillas golpearon el suelo al verla.

—¿¡Pero!?

Señalé la puerta.

—... ¿Cómo has entrado? ¡Había cerrado con llave!

Me contestó sin desviar la mirada de los parásitos.

—Nunca salí. Cuando te marchaste a ver a tu vecino, me escondí debajo de la cama. ¡Ji, ji, ji!

—Pero de qué...

—¡Sshh! ¡Cállate!

¡Alucinaba! Franck Sharko, los cuarenta ultramaduros, empequeñecido por las reflexiones de una chiquilla de diez años. Apagué la tele, sorteé los raíles para arrodillarme delante de ella. Bajo la cabeza, los ojos húmedos.

—¿Qué te ocurre?

Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Te has ido mucho tiempo... No tienes que dejarme sola, ¡he tenido tanto miedo!

¿Cómo reaccionar en momentos así? Quise acariciarle el pelo, estrecharla entre mis brazos, reconfortarla con palabras torpes.

Pero... no podía... Demasiado dolor, aún, a flor de piel. Éloïse. ¡Oh! Éloïse... Mi niña... Estuve a punto de entrar en su juego de lágrimas. El corazón se me oprimió de tristeza, tuve que resarcirme inspirando profundamente.

Hacerme el duro.

—¿Y tu mamá? ¡Debe de estar preocupada!

—¿Mi mamá? Ve a un señor —contestó en tono de reproche—. Un señor raro, que no es bueno. ¡A menudo es después del trabajo, cuando pasa tiempo en su casa!

—¿Qué? ¿Pero quién se hace cargo de ti? No me digas que...

—¡Ya soy mayor! ¡Sé espabilarme! ¡Mamá me lo dice siempre!

He perdido a mi familia en condiciones espantosas, daría mil veces la vida por, ni que fuera un instante, saber si son felices ahí arriba. Y, al lado de ese sufrimiento mudo, hay madres que abandonan a sus hijos y padres que los maltratan.

—Tienes mala cara —me reveló también—. Deberías meterte en la cama.

Me dio un extraño ataque? de risa. A esa chiquilla no le faltaba audacia.

—Tengo que dar con el medio de ponerme en contacto con tu mamá. ¡No sé yo, decirle que estás bien, que te has quedado encerrada fuera! ¡En fin, avisarla! ¡Créeme, una madre presa del pánico es peor que un maremoto!

Se metió un dedo en la nariz.

—Oye, ¿puedes volver a poner la tele?

Obedecí, cediendo a su voluntad con la indolencia de un padrazo.

—¡No, vuelve a la otra cadena!

—¿La que tiene nieve en la pantalla?

—¡Sí! ¡Nos has estorbado en plena conversación!

Además, con una imaginación desbordante. Rasqué una cerilla.

—¡No se fuma delante de los niños! —sermoneó moviendo el dedo—. Tengo los pulmones delicados. ¿Sabes?, ya lo he calculado. ¡Un paquete al día es como si fumases un cigarrillo de un kilómetro en un año!

Los ojos le brillaban con el destello raro de las piedras brutas. Se parecía a esas hijas de miserables, magníficas, criadas en la precariedad y surgidas de la mezcla de sangres.

Me agaché hasta percibir su tierna respiración, esa respiración común a todos los nenes. Me bastaba cerrar los ojos...

Éloïse...

Me repuse de repente.

—¿Y con quién estabas hablando?

Descubrió una partitura de esmalte a la que le faltaban notas.

—¡Qué tonto eres! Es ella la que me ha pedido que ponga en marcha los trenes. Hubiese preferido los de vapor, el Distler 1940 y el Buco magenta, pero no sabíamos cómo ponerlos en marcha. Entonces nos hemos conformado con las locomotoras eléctricas. ¿Por qué nunca tenía derecho a tocarlas? ¡Los juguetes son para los niños, no para grandes bobos como tú!

La garganta se me contraía con cada palabra que pronunciaba esa chiquilla. Mis sonrisa se volvió inquietud.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo?

—¡Los nombres de los trenes! ¡Ayer lo ignorabas todo!

—¡Pero para de gritar! ¡Es Éloïse quien me lo ha contado! Le gustaba mucho cuanto jugabas con ella, Éloïse... Las piernas se me doblaron bajo el peso de la sorpresa. Algunos nombres comportan raras alegrías; otros, como Suzanne o Éloïse, destruyen, conmueven, hacen correr sangre por el corazón.

Una explicación... Encontrar una explicación. A pesar de mi gran esfuerzo de memoria, ese rostro joven permaneció mudo.

—¿Cómo conoces a mi hija? Yo... ¡Yo ya no vivía aquí los últimos años!

Mi móvil vibró. Leclerc... Caballero de lo inoportuno, como siempre.

—¡Un momento! —espeté señalándola con el dedo—. ¡No te muevas de aquí esta vez! ¡Tú y yo tenemos que aclarar ciertas cosas!

Antes de contestar a la llamada, sus ojos se llenaron de ira.

—¡Vas a dejarnos solas otra vez! ¡Vas a ponerla de mal humor y se marchará!

Sin escucharla ya, me aislé en la cocina, lejos de la respiración de las locomotoras y de la respiración ruidosa de los pequeños saltos de agua. Al otro extremo de la línea, el perro Leclerc ladraba.

—¡Tienes que venir lo más deprisa posible! ¡Para un reconocimiento médico! Es... Espera...

Tras el auricular, peleas de voces, timbres de teléfono, portazos... En el bullicio, me dio una dirección, la del Laboratorio de Biología Parasitaria de París.

—¡Esto es un follón! —gritó—. Hemos caído todos en la trampa como principiantes. ¡Joder! ¡Ven! ¡A las tres de la tarde en el laboratorio! ¿Qué? ¡Qué!

Cortes más claros. ¿A cuántas personas hablaba al mismo tiempo?

—... ¡Puede que ese chalado nos haya metido una porquería en la sangre! ¡El «mal aire», joder! ¡Estaba escrito claramente en el mensaje! «El mal...»

No entendía nada de nada. Un reactor de Concorde zumbaba entre nuestros oídos.

—¡Diga! ¡Diga!

El follón más absoluto.

—¡Diga! ¡Diga!... ¡Maldita sea!

Colgué y volví a marcar su número. Buzón de voz. Al móvil le faltó poco para salir volando por la ventana.

No había captado gran cosa, pero había percibido en su voz el terror de los condenados a muerte.

Un laboratorio parasitario... Se me hizo un nudo en la garganta.

Dirección el salón, la mente en efervescencia. La chiquilla... ¿Dónde se había vuelto a meter, ésa? Sobre los raíles, los trenes eléctricos zumbaban a perder las bielas. Corté la corriente de la red, apagué la maldita tele y me agaché bajo la cama. Nadie.

—Ya está bien, pillina. ¡Venga, sal de tu escondite! ¡Tengo que marcharme!

Preso de la furia, moví los armarios, revolví el trastero y los armarios empotrados. Con su silueta de ratón, podía meterse en cualquier lado, ¡incluso entre las paredes! No lograba encontrarla. ¡A hacer puñetas! Me refresqué la cara y, en el momento en que me cambiaba de ropa, mi mirada se centró en una picada de mosquito, en medio del antebrazo izquierdo. Sin avisar, las palabras del forense me restallaron en la cabeza: «el crimen no se perpetró en el exterior..., sino en el interior del cuerpo». Entonces recordé, en casa de los Tisserand. El batido de las alas en el silencio glacial. Ese centenar de insectos...

De todo corazón, esperaba equivocarme...

Capítulo 9

A las tres en punto, Leclerc nos reunió en una sala de consulta del laboratorio parasitario. Del Piero, Sibersky, tres técnicos de la policía científica, dos inspectores y yo mismo.

Una bruma de inquietud corría por las miradas, porque a un grosor de pared, tipos de blanco echaban el ojo en microscopios electrónicos o inyectaban malos besos químicos a ratones. Allí, en pleno corazón de la capital, se estudiaban los ciclos epidemiológicos de las enfermedades parasitarias de transmisión vectorial. Se investigaba para entender, por ejemplo, por qué determinados animales infectados, los vectores, escapaban de las enfermedades mortales para los seres humanos.

En esos territorios de baldosas blancas, puertas blindadas y rostros enmascarados, olía a esterilizado, a demasiado limpio. Apestaba al peligro invisible.

El comisario de división carraspeó para aclararse la voz. La frente le sudaba a gotas gordas.

—Voy a retomar las explicaciones desde el principio, porque no disponéis todos del mismo nivel de información. Los análisis de sangre de Viviane Tisserand, la víctima del confesionario, así como las últimas conclusiones de la autopsia, han desvelado que había fallecido de una de las formas más violentas de la malaria, lo que llaman la malaria maligna o cerebral. El parásito se escondió en su hígado durante diez días, en fase de incubación, antes de liquidarla en menos de quince días. Como dijo Van de Veld, se trataba de una verdadera bomba de relojería.

Una ola de espanto recorrió la sala. Cada uno, de forma inconsciente, se rascó un brazo, una pierna, la nuca. Vi a Sibersky descomponerse.

Leclerc continuó.

—La malaria, «el mal aire», se propaga mediante unos mosquitos particulares, los anófeles. Es esa especie que nuestros ayudantes de laboratorio han encontrado en Chaume-en-Brie, en la casa de los Tisserand. Esos insectos inoculan la enfermedad al tomar su almuerzo de sangre.

El comisario de división estaba acostumbrado a los golpes duros, pero, esta vez, sus labios delataban un desamparo total. Del Piero se mordía los dedos; otros, y yo formaba parte de ellos, el puño entero. Los mosquitos no habían respetado a ninguno de nosotros.

Preguntas, tonterías.

—¿Qué nos va a ocurrir?

—¡Necesitamos medicamentos, antibióticos!

—¡No puede ser! ¿Vamos a tener que permanecer en cuarentena?

Leclerc atemperó la asamblea con la mano.

—Va a venir un especialista para detallarnos con precisión los medios de responder de la mejor manera a los riesgos que corremos.

—¡La malaria! ¡La malaria! ¿Pero cómo es posible? —dijo Del Piero, presa del pánico—. ¡Eso no existe en Francia! ¿De dónde salen esas porquerías? ¡Joder!

—Todo eso está por aclarar. Los servicios de salud pública, la OMS e investigadores de todo tipo están en el ajo. Nos mantendrán al corriente de los avatares.

—¿Los avatares?! ¡Que yo sepa, uno puede reventar! ¡Y si no revienta, se padecen fiebres hasta el final de la vida! No ando muy equivocado, ¿verdad, comisario...? ¿No me equivoco?

El comisario de división no contestó, se sentó solo en un banco, frente a nosotros, las manos entre las rodillas.

—¿Se teme que se propague? —pregunté rascándome la oreja.

—Por lo que me han dicho —replicó Leclerc—, esos insectos son endófagos, se quedan en el interior de la primera casa que infestan, lo que debería limitar los riesgos de infección a la zona de Chaume-en-Brie... En cualquier caso, ¡secreto absoluto en un primer momento! Nadie debe estar al corriente. Ni siquiera vuestra familia. Ordenes del Ministerio.

—¡Es una locura! —exclamó Sibersky—. ¿Cómo quiere que oculte eso a mi mujer?

—Ya te espabilarás. Una fuga y, de forma inmediata, nace el pánico. Saturación de los servicios de urgencias, seguida de la psicosis, relevada por una mediatización inevitable.

Apareció un tipo de expresión grave. Bata demasiado larga sobre piernas demasiado cortas.

—Buenos días a todos, soy el profesor Diamond, experto en parasitología.

Unas gafas pequeñas redondas, de montura de escama de serpiente, se balanceaban inestables sobre su nariz aguileña.

—Discúlpenos si no le aplaudimos —espetó un inspector virulento—, pero vaya directo al grano, ¡la espera me está matando! En pocas palabras, ¿vamos a morir?

—Haremos todo lo que está en nuestras manos para evitarlo. Curado a tiempo, el paludismo no es mortal.

—¡Sea preciso, doctor! ¿Qué va a ocurrir? ¿Va a darnos antibióticos?

—¡Los antibióticos no son la respuesta a todos los tipos de enfermedad y de ninguna manera al paludismo!

Se sentó sobre una mesa, la espalda bien recta.

—Sabed, en primer lugar, que un anófeles infectado no transmite necesariamente el parásito. Todo depende de un montón de factores complejos, entre los cuales, principalmente, la edad de los mosquitos.

»El cuarenta por ciento de las hembras que hemos analizado son portadoras del *Plasmodium falciparum*, el peor de los cuatro parásitos que inoculan el paludismo; el más extendido, también. Ironía de la suerte, el *Plasmodium falciparum* tiene la forma de un anillo de compromiso, lo que le permite, por su minúscula talla, meterse en los vasos sanguíneos más finos, y por lo tanto alcanzar los órganos cerebrales. Saben cuál es el desenlace.

Todos aguantábamos la respiración. Calvario mental, la impresión de hallarse en una sala de ejecución sin saber quién morirá.

—Vuestras probabilidades de contaminación son, diría, del veinte por ciento.

—¡El veinte por ciento! ¡Mierda! —exclamó Sibersky—. ¡Somos nueve en la sala! ¡Dos de nosotros pueden estar contaminados! ¡Una maldita ruleta rusa!

Del Piero se postró sobre una silla. Le daba un patatús.

—Perdonadme, pero... este... calor...

—Lo siento, pero estas salas no están climatizadas —anunció el científico—. Seguidme hasta el laboratorio, donde se está más fresco. Voy a explicaros en pocas palabras el funcionamiento de la enfermedad. Es primordial que lo entendáis bien antes de visitar a un médico que establecerá con vosotros un tratamiento apropiado.

Nos agrupamos unos detrás de otros, tipo animales destinados al matadero, y luego avanzamos en las arterias de tecnología, sin decir una palabra, los rostros cabizbajos, serios. Es de locos, cómo pueden cambiar las vidas. En el lugar inapropiado, en el momento inapropiado. Es en esos casos en que nos vienen ganas de matar a tiros. Matar a tiros a ese ladrón de existencias. Sin piedad...

Delante de nosotros, la celda dedicada a los *Plasmodium falciparum*, *vivax*, *ovale* y *malariae*. Alrededor, paredes blancas, suelos blancos, neones crudos y personal enmascarado. Sobre las paredes, amplios pósteres mostraban los períodos de desarrollo del mosquito. Huevo, linfa, larva, adulto... La lenta maduración de un asesino de seres humanos.

—El anófeles es el único vector del *Plasmodium falciparum*, el humano su único huésped —empezó Diamond—. El parásito existe porque existimos. Sin humanos, no hay paludismo...

Señaló la foto de un insecto, aumentado a la dimensión de un hombre. Ojos globulosos, pelos repugnantes, trompa devastadora, parecida a una broca de titanio.

—Mirad, cuando un espécimen infectado os pica, inyecta saliva que se diluye en la sangre. Es en ese momento cuando el parásito entra en vuestro interior. Un minúsculo organismo que podría recordar al Caballo de Troya de Ulises. En menos de media hora, se alberga en vuestro hígado, bien calentito e invisible, donde empieza a multiplicarse en centenares de miles de células parasitarias con una duración de incubación de seis a veinte días. Desde el punto de vista clínico, los síntomas son mudos.

—¿Quiere decir que durante ese período nos es imposible saber si estamos infectados, con toda la tecnología a su disposición? —se rio por lo bajo Sibersky—. Pero... ¿Y esos microscopios? ¿Esos montones de máquinas electrónicas?

—¡Ésa es la inteligencia de la enfermedad! El paludismo es un asesino perfeccionado. Si no lo habríamos vencido.

El teniente se llevó una mano a la barriga, los ojos húmedos. En nuestro interior, la multiplicación del parásito quizá se había desencadenado ya. ¿Cuántos miles? Diamond designó los dibujos que representaban los ciclos de evolución.

—El *Plasmodium* va a desarrollarse en un volumen hepático no mayor a una millonésima parte de un cabello. Conservando las proporciones, sería el equivalente a buscar una moneda en el fondo del Mediterráneo. Ahora entendéis por qué es imposible de detectar. Tras esos días de incubación, se pone en marcha la invasión. Las células blanco viajan a la sangre y hacen estallar los glóbulos rojos. Allí, la enfermedad se hace apreciable mediante una extracción de sangre y se manifiesta entonces por fiebres cortas y dolores de cabeza; parecido a una insolación. Desgraciadamente, en ese momento a menudo es demasiado tarde. Por eso cada uno de vosotros va a ver enseguida a un médico, que le prescribirá, según una posología adaptada, comprimidos que supuestamente matarán al parásito.

—¿Supuestamente? —repetí con una pizca de pavor.

—Los parásitos mutan y se adaptan. En determinadas partes del globo, especialmente en los países del Tercer Mundo, existen zonas de resistencia a la cloroquinina y de multirresistencia.

—¿Mosquitos resistentes?

—Es lo que estamos determinando. Si ése es el caso, entonces tomaréis mefloquina. Pero tengo que deciros que no triste ningún medicamento que garantice la curación.

Se alzó un breve clamor. Sibersky se giró de forma brusca, tirándose de los pelos. Ante sus tropas, Leclerc intentaba conservar el aplomo.

—En lo que incumbe a... nuestra actividad profesional, como... Quiero decir...

—Podréis seguir trabajando, a pesar de algunos efectos secundarios desagradables debidos al producto, como la diarrea o los dolores de tripa. De hecho, os aconsejaría que estuviésteis ocupados al máximo, para no... rumiar... Porque, salvo las medidas profilácticas, no se puede hacer nada, excepto... esperar...

—Es inmundos..., realmente inmundos... —gimió una voz.

Diamond hizo caso omiso del comentario.

—Dentro de diez días, deberéis realizaros imperativamente frotis cotidianos, durante un período de un mes, con el fin de asegurarnos de que el parásito no se ha propagado a la sangre. Con el tratamiento, probablemente no sabréis nunca habéis sido contaminados. Pero, por lo menos, habréis sobrevivido a esa trampa de lo más... diabólico... —Nos encarriló hacia cabinas individuales—. Por aquí, unos médicos van a establecer los cuidados apropiados.

Todos desaparecieron, casi a la carrera. Leclerc me puso una mano en el hombro.

—¡Un minuto! Vuelves a incorporarte, tu testimonio se sostiene. Con la tasa de nitrógeno presente en la sangre del marido Tisserand, tenemos la prueba de que fue sumergido exactamente dos horas antes de que lo subieses a la superficie. Y, a esa hora, una persona que vive cerca de la iglesia de Issy fue despertada por roturas de cristales y gritos. Anotó el número de matrícula de un tío que blandía una pipa... Tú, en este caso.

—¿Han localizado a mis agresores?

—Aún no...

Reflexioné durante un instante.

—Qué extraño... Descubro el mensaje, me atacan y, acto seguido, sumergen a Tisserand...

—¿Quieres decir que...?

—A Tisserand casi no le quedaba oxígeno en las botellas. Lo sincronizaron todo para que la palmase entre mis manos. Quizás informaron al asesino de mi descubrimiento, tras el tímpano. Entonces habría sumergido a Tisserand. Esos tres tipos..., quizá fue un golpe organizado...

—Pero... ¿por qué?

—Para que su profecía se cumpliera... Nos enfrentamos a un tipo que irá hasta el final de sus ideas... Somos la prueba más flagrante.

A ambos lados, encima de los boxes, se encendían luces rojas que indicaban «ocupado». Leclerc me abrió la puerta y añadió:

—Hemos metido a la OCDIP³ en el ajo. Tenías razón. Tiene a la hija de los Tisserand: María, diecinueve años... La ha tomado con una familia entera... Me temo que no tardaremos en topar con otro cadáver.

³ OCDIP: Oficina Central para la Desaparición Inquietante de Personas.

Entre dos frases, Leclerc se levantó una manga de la camisa y se rascó.

—Vamos a tener que ser profesionales y currar, a pesar de eso..., esa cosa... Con la esperanza de que... En fin, ¿sabes lo que quiero decir?

—Lo sé, sí...

—He obtenido la autorización de que un alto cargo acceda al corazón del laboratorio P3, aquí, bajo nuestros pies. Se analizan todo tipo de parásitos vivos. Estoy desbordado. Del Piero coordina las líneas de investigación. Tráenos algo. Observa y estudia a esos bichos asquerosos. Intenta sobre todo entender cómo ese desgraciado se lo ha montado para conseguir un ejército de mosquitos asesinos... Tenemos que trincarlo antes de que vaya más lejos.

Una vez solo en mi cabina, me desplomé sobre el banquito de madera, los brazos colgando. Los virus, las bacterias... Enemigos invisibles, invencibles incluso perseguidos por todas las policías del mundo. Programables. Capaces de matar sin ni siquiera tocar. Una nueva generación de asesinos. Un hombre la dominaba, en alguna parte, y nos había escogido entre sus víctimas... ¿Y si esas porquerías eran resistentes? ¿Y si había urdido el vicio hasta ese punto?

Pensaba en Viviane Tisserand, muerta en un confesionario por un último ataque de fiebre. Quizá la había infectado, y luego, lentamente, la había mirado morir, bajo los ojos de Cristo. Volvía a ver sus uñas rotas, imaginaba la sala oscura que la había retenido, durante días, mientras le explotaban los glóbulos rojos. ¿Y su marido? Esas dos horas horribles en las que, a treinta metros de profundidad, había debido de desfilarse la película de su vida... ¿Por qué tal castigo?

La profecía de la que Paul había hablado se hacía realidad. Palabra tras palabra, el mensaje desvelaba sus secretos y desembocaba en un baño de terror.

Todo empezaba. Visto el calvario sufrido por los padres, ¿qué suerte inhumana iba a reservarle a la hija?

Capítulo 10

Charles Diamond me esperaba sobre sus piernas igual de cortas, en su blusa igual de larga. Era un hombre interesante, muy instruido, que hablaba de esas minúsculas entidades con una pasión casi indecente. Tuve derecho a una pequeña exposición sobre la mosca tse-tsé, el bichito responsable de la enfermedad del sueño, antes de que me acompañara a las puertas de un ascensor ubicado tras dos compuertas protegidas por identificación retiniana. Unas cámaras se clavaron sobre nosotros.

—Calypso Bras lo espera en el sótano...

Me presionó el pecho:

—Conserve siempre esta identificación sobre usted, pase lo que pase y, sobre todo, siga las instrucciones. Va a penetrar en zona P3, donde se manipulan microorganismos patógenos peligrosos. Verá, en la parte más subterránea del laboratorio, insectos infectados evolucionar en condiciones cercanas a su medio natural. Paludismo, fiebre amarilla, dengue, encefalitis japonesa, ¡gente guapa! Infórmese, hágase una idea y vuelva a subir. Le esperaré. Dispone de una hora...

Bajada del ascensor... Embarque para otro planeta, un mundo hostil donde el ser humano, el mayor depredador de la historia, se veía relegado a la más inofensiva de las presas. Con el Glock y la placa de policía, tenía la impresión de parecerme a un inmenso chiste. Calypso Bras, ingeniera responsable del sector informático del P3, era una senegalesa tan grande como Diamond era pequeño. Bajo la luz pálida de los techos, su rostro liso jugaba con los reflejos, recordando, en parte, a las maderas preciosas de África. Desde lo alto de sus largas piernas, navegaba entre dos mundos, el de la mujer autoritaria, fuerte tras el gorro, las zapatillas y la bata, y el de esas tierras salvajes, tejidas de relieves imprevisibles.

Me explicó el procedimiento mientras me tendía un uniforme de marciano.

—Va a sufrir una molestia auditiva bastante importante, porque vamos a pasar por dos cámaras despresurizadas. En caso de comunicación accidental con el exterior, esas depresiones provocan entradas de aire que hacen retroceder a los agentes infecciosos hacia el fondo del laboratorio. Le aconsejo que se tape la nariz y...

—Sople por las ventanas de la nariz. Lo sé. He hecho bastante submarinismo...

Asintió. Mientras me disfrazaba, marcó un código y giró dos manetas de forma simultánea. Un silbido de aire...

Y a pesar de la nariz tapada, un buen dolor en los oídos.

—Ya está —dijo tras unos instantes—, ya puede respirar con normalidad. ¿Ha sido muy doloroso?

—Lo he pasado peor.

—Sígame, vamos a dirigimos hacia el insectario. Tan sólo toque con la mirada. Si le carcomen preguntas, no dude en planteármelas. Ahora, levante los brazos y cierre los párpados. Estas duchas le rociarán varios repulsivos. Es inodoro...

Acaté las órdenes, acogotado por el miedo empalagoso del niño que se aventura en su primer túnel del terror.

Bajo los chorros de aire, avanzamos por largos pasillos de cristal irrompible, cortados por pesadas puertas metálicas.

Al otro lado, hombres con escafandras naranjas evolucionaban en salas selladas del suelo al techo. Tras las pantallas de control, otros tipos los observaban, a los que a su vez seguían cámaras murales. El vigilante que vigila al vigilante que vigila al vigilante, todo vigilado por un vigilante.

—Menos visible que sus balas de revólver y mucho más mortíferos —sonrió Bras mostrándome tubos de ensayo llenos de cultivos. Entorné los ojos. —Llevamos a cabo el mismo tipo de lucha, pero nuestros asesinos son más... expresivos... Saber que esos organismos pueden estar en manos de chalados... es para estar asustado.

Avanzaba con paso seguro; yo no.

—No es realmente el bioterrorismo lo que más nos alarma. El gobierno Jospin puso en funcionamiento planes de envergadura, como *Biotox* para la viuela, o simulaciones del tipo *Piratox* en el metro de París. Las aguas están protegidas mediante el cloro, que aniquila las toxinas botulínicas; hay reservas de vacunas contra las grandes enfermedades contagiosas como la fiebre tifoidea, que están a punto para distribuir las a todos los hospitales ante la menor alerta. No, nuestro temor real proviene del «psicoterrorismo». Envíe a unas cuantas personas bien escogidas sobres que contengan ántrax y ya está. Sin embargo, la enfermedad del carbón no es contagiosa, se cura con antibióticos y sus vectores son muy difíciles de cultivar. Aun así, la psicosis permanece.

—Como la que podrían provocar nuestros estimados anófeles. La angustia injustificada de un paludismo francés. Por eso es tan importante guardar el secreto. Bras se puso a susurrar.

—Si supiese todo lo que ocurre, sin que les informen... ¿Se acuerda de Menad, uno de los hijos del imán Chellali Benchellali, que había fabricado ricina? La parte visible de un gigantesco iceberg terrorista, la red chechena. Lo hacen público cuando lo desmantelan; es decir, en menos del cinco por ciento de los casos. Si no, lo acallan...

Asentí, convencido.

—Hábleme de esa variedad de mosquitos. Si no existen en nuestro país, ¿cómo puede ser que hayamos encontrado varios centenares en casa de los Tisserand?

—A decir verdad, ocurre a veces que un puñado de anófeles se introduzcan en nuestro territorio, por falta de controles sanitarios. Viajan en las bodegas de los aviones antes de dispersarse por los alrededores de los aeropuertos. Se censa una docena de «paludismo de los aeropuertos» cada año. En el mes de mayo pasado, una mujer que vivía a quince kilómetros de Roissy contrajo el *Plasmodium malariae* sin haber salido nunca de suelo francés. Aparecen otros casos, inexplicados pero muy raros. Hace dos años, un hombre murió de paludismo, a seiscientos metros de altura; nunca se había movido de su pradera... Se emite la hipótesis de cepas multirresistentes, vehiculadas por los vientos o los medios de transporte. Pero los servicios de salud están de acuerdo en pensar que todo es muy vago.

Al final del pasillo interminable, marcó otro código.

—En cuanto a la cantidad recogida en casa de esa pareja... Esos mosquitos no pueden haberse importado en el equipaje. Aunque, por insensato que pueda parecer, estoy convencida de que provienen... de cría.

—Una cría... Como para las esfinges de la calavera...

Bras puso sus grandes ojos negros como platos.

—¿También ha descubierto mariposas?

—Siete mariposas cada vez, cerca de las víctimas... ¿Es posible robar agentes infecciosos en sus locales?

Levantó los brazos.

—¡Mire a su alrededor! ¡Todas esas cámaras! Sin olvidar las duchas de descontaminación, obligatorias, la despresurización y los diferentes controles antes de volver a subir a la superficie. ¡Es imposible!

—Nada es imposible... ¿Cuántos laboratorios de este tipo existen en Francia?

—Un solo P4, en Lyon, sobreprotegido e inaccesible, y un pequeño centenar de P3. Si sólo se toman en consideración los que se dedican a la parasitología, el número desciende a una decena, de los que sólo hay uno en París, el nuestro.

Anoté toda la información que pude. Llegamos al insectario, una jungla tropical bajo el asfalto parisino.

Tras las paredes de plexiglás retozaban tejidos de clorofila, lazos de lianas murmurantes. Nubes negruzcas de insectos libaban sobre charcas de agua, verde de tanto estancarse, mientras en el hueco de las ramas, unos capuchinos realizaban amplias mímicas curiosas.

—¿Por qué los monos?

—Es complicado. Digamos, para simplificar, que intentamos comprender cómo intervienen en el modo de propagación. Mire, esos primates son todos portadores del *Plasmodium* y, sin embargo, están perfectamente saludables. Un ser humano estaría muerto desde hace tiempo.

Apoyó la mano sobre un cristal. Un macho se precipitó para poner en el espejo sus cinco minúsculos dedos. Un intercambio inexplicable se operó entre el ser de pelo y el ser de ébano.

—Además —añadió—, suministran la sangre a los insectos.

Efectivamente, algunos insectos se bamboleaban, con el abdomen repleto de hemoglobina. Señalé un charco plagado de larvas y pregunté, rascándome el pelo:

—Si se excluye el robo en laboratorio, ¿es posible criar a sus propias colonias de anófeles?

Bras dio un vistazo a un ordenador en el que destelleaban miles de cifras antes de apagar la pantalla.

—Humedad, calor, sangre, el trío diabólico. Se necesitan aguas estancadas para la proliferación de las larvas que viven en medio acuático. Para el calor, no hace falta buscar muy lejos. La canícula... En cuanto a la sangre... Ratón, gato, perro, mono. Cualquier animal es válido. El resto se hace solo. Una hembra pondrá sistemáticamente doscientos huevos cada tres días en lo que dure su vida; es decir, un mes.

Estuve a punto de tragarme la lengua.

—Qui... Quiere decir que... ¿En pocas semanas, a partir de un macho y una hembra, uno puede fabricar un ejército de miles de insectos asesinos?

Desveló una sonrisa mitigada.

—¡Uy, uy, uy! ¡Qué va! ¡La transmisión del parásito no es vertical, las larvas siempre nacen sanas! ¡Gracias a Dios! ¡Si no, la raza humana habría sido aniquilada hace tiempo!

Fruncí el ceño.

—Sin embargo, el profesor Diamond hablaba de un cuarenta por ciento de anófeles infectados...

—Es turbio, en efecto. La única posibilidad para un espécimen de convertirse en portador es extraer sangre de un ser humano que sea él mismo portador del paludismo.

Me costó tragar. Dije, con voz temblorosa:

—¿Sabe que hemos descubierto a una mujer muerta de esa enfermedad?

—Por supuesto. En una iglesia, ¿verdad?

Mi mente se nubló. Mi cuerpo respondió a esos pensamientos con un intenso escalofrío.

—¿Se encuentra bien, señor Sharko?

Me apoyé contra una pared.

—Discúlpeme... No he dormido mucho. Y... no todos los días se entera uno de que quizá morirá de paludismo.

Se quitó el gorro, desplegó su increíble cabellera de jade antes de volver a ocultarla bajo la protección de algodón.

—Por el momento no corre ningún riesgo. Si en efecto está contaminado, el parásito está en fase de incubación. El tratamiento que sigue es muy eficaz, debería acabar con él muy rápidamente.

—Sí, debería. Con la condición de que los anófeles no sean resistentes y que no forme parte del porcentaje de incurables. ¿Es así?

—Es una manera de pintarlo todo negro, sí.

Con dificultad, conseguí meterme de nuevo en el caso.

—Según el forense, la víctima había ingerido grandes cantidades de miel. Atrae a las esfinges, ¿ocurre lo mismo con los mosquitos?

Asintió.

—La miel de flores, en estado natural, contiene ácido láctico, un compuesto orgánico que excita a los mosquitos y los atrae. Sin embargo, la miel absorbida, por su importante contenido en azúcares, la asimila muy rápidamente el organismo. El ácido láctico que transporta atraviesa los poros de la piel, al igual que las sales minerales, la vitamina C o el amoníaco, y va a parar al sudor. Es la picada asegurada.

A pesar del color de su piel, vi a Bras palidecer.

—Entiendo adónde quiere llegar... En su opinión, ¿esa mujer habría servido de... reservorio de *Plasmodium*?

—Cultive anófeles sanos, secuestre a una persona que sabe que está infectada de malaria y suelte una tropa de insectos sobre ella... Para aumentar las probabilidades de picaduras, atiborra a la pobre desgraciada de miel y... la afeita de pies a cabeza. Cráneo, cejas, pelo púbico. Y, cuatro o cinco días antes de la muerte presentida de la presa, y porque dispone de una reserva innumerable de vectores, la aísla. Las picaduras de mosquitos desaparecen, sin dejar rastro sobre el cuerpo, pero un gran trastorno en mis investigadores... Todo cuadra a la perfección...

No me atrevía a imaginarme el calvario de la muerta. Durante días, salvas monstruosas le habían torpedeado el rostro, la cabeza, el sexo, chupándola por todas partes, escalando las cuerdas de sus miembros atados. ¿Cuántos días había sufrido? ¿Cuánto?

Bras ya no sonreía, sus labios prietos delataban un malestar evidente. Su mirada se perdió en dos capuchinos que despiojaban a un tercero. Finalmente, anunció:

—¡Si el paludismo de su víctima se declaró, debe figurar obligatoriamente en su historial médico! ¡Busque a las personas que tuvieron

acceso a ese historial, médicos, epidemiólogos, personal hospitalario, informáticos! ¡Encontrará a su hombre! ¡Tienen que interrogarlo a toda costa!

Hice crujir mi perilla.

—No creo que sea tan fácil...

—¿Y por qué no?

Pensaba en el mensaje grabado hacía tres meses en lo alto de la columna.

«El tímpano de la Cortesana», en referencia a la asesinada... «El abismo y sus aguas negras», camino literario hacia su marido... Desde hacía un trimestre, «el hombre mosquitos» iba tras la pareja Tisserand, sabía que la esposa es a través de quien «la plaga se extenderá». Desde hacía un trimestre, cuando el paludismo no tratado podía matar en diez días.

—Cuando secuestró a Viviane Tisserand, estaba totalmente sana...

—Pero...

—Se lo inoculó...

Señalé el insectario de anófeles.

—... Imagínese. Uno o dos especímenes infectados, traídos de forma intencionada de un viaje, la pican y la contaminan... Mientras el parásito se incuba en el hígado de Viviane, nuestro hombre cultiva sus colonias. Las hembras ponen, los huevos eclosionan, las larvas crecen y se convierten en mosquitos. Diez días después, Tisserand está «lista», tiene la sangre infectada. Le quedan unos quince días de vida. Durante unos días, miles de insectos van a desfilar por su cuerpo... Y convertirse así en portadores...

Me llevé las manos a la frente.

—Es espantoso —dijo Bras—. Su razonamiento, aunque simplificado, se sostiene perfectamente.

—¿Por qué simplificado?

—Hay sincronismos perfectos que respetar para que un anófeles se infecte y se convierta en infectante. Intervienen numerosos parámetros. La edad de las hembras, los tiempos de incubación, los ciclos de reproducción a la vez en el insecto y el humano, todo regulado por condiciones exteriores. Con un cuarenta por ciento de contaminantes, obtiene un muy buen «resultado», si me permite decirlo así. Su asesino no es cualquiera...

—¿Podría tratarse de alguien del sector?

—Cualquiera en contacto con los insectos. Ayudante de laboratorio, investigador o también apasionado...

Eché un vistazo inconsciente a la cámara y desbloqueó la puerta de salida.

—Pero esté seguro de algo: uno no puede frecuentarlos sin que se impongan en su vida. Son misterio, extrañeza, sueño, presentan combinaciones de formas al infinito, con juegos de colores de lo más

extravagante. No existe ninguno, entre todos los científicos que encontrará aquí, que no posea un insectario en su casa o colecciones completas de obras sobre la materia. Para Diamond, son los fásmidos. Drocourt, su asistente, posee un vivero en el que cría a más de treinta especies de mariquitas. Para su hombre... Quizá son las mariposas... Pero... Las esfinges son bastante raras, sobre todo en esta región.

—¿Cómo ha conseguido las orugas de origen, en tal caso?

—Con tiempo y paciencia. Recorriendo los campos, los bosques, en las estaciones adecuadas... También existen lugares donde los aficionados se encuentran, para comprar o vender especímenes. Todo un mercadillo de bichitos...

—¿Y las tiendas especializadas, como en las que se pueden conseguir arañas?

—No son insectos, sino arácnidos, con ocho patas. No, los comercios de los que habla se dedican a la terrariofilia. Reptiles, anfibios, saurios, invertebrados... Nada que tenga relación con los insectos, que sólo interesan a los verdaderos entusiastas, los entomólogos.

Llegamos frente al ascensor.

—Una última pregunta. Hablaba de miel no tratada, antes. Quiere decir... ¿miel de apicultura?

—¡Ah, ya veo! ¡Una vía de investigación sería, debería haberlo pensado y hablarle antes de eso! Con lo que no habría sido un poli de maravilla...

Pulsó el botón de llamada, la mirada turbia.

—Las transformaciones químicas debidas a la acción del aire sobre la miel segregada hacen que pierda rápidamente el contenido en ácido láctico, diría que en unas doce horas. Pasado ese lapso, la miel, como ya no tiene ácido, seduce tanto a los mosquitos como un diente de ajo. Así que si su tipo efectivamente ha utilizado la miel para atraer a los anófeles, entonces puede estar seguro de que la ha recogido directamente de la colmena, día a día...

En efecto, se abría una pista. Pero reforzaba el horror de lo que era realmente el asesino. Un monstruo. Porque no se conformaba con matar. Llevaba la perfección de sus crímenes al detalle más ínfimo, los trabajaba, los perfilaba, como verdaderas obras de arte.

Y componía, con la muerte..., un lienzo magistral...

Capítulo 11

El sol emprendía su perezoso descenso hacia el oeste, temblando en las transparencias de polución.

Acababa de pudrirme dos horas en los atascos, agobiado por la mordedura de los gases, empapado hasta el punto de poder retorcer la camisa. El estómago me aullaba de hambre, tenía la garganta en llamas. Mi cuerpo entero parecía una antorcha furiosa.

Una terraza, por fin. Me invité a tomates con mozzarella realzados con un vaso de Chianti con, como única vista, el marco idílico de las aceras repletas de gente. Luego, a paso tranquilo, subí la larga cabellera gris del Sena, en dirección a la avenida de los Orfebres. Del Piero me esperaba en el agujero de su madriguera para una charla. Las 20.30, empezaba la jornada.

La poli parecía, ella también, agobiada por la quemazón de los grados. A pesar del ensañamiento del ventilador, su blusa no había sabido ahuyentar las grandes aureolas situadas bajo las axilas. Su rostro llevaba el cansancio de las jornadas demasiado pesadas, las pequeñas arrugas de joven cuádragenaria sin duda amplificadas por las preocupaciones de esas largas horas en blanco.

Me espetó una sonrisa, pero esa sonrisa lo tenía todo de la educación forzada.

—Póngase cómodo, comisario, por favor...

Bajó la tapa del ordenador portátil y desenchufó la batería con un movimiento cansado.

—Una jornada asquerosa, muy asquerosa...

Dedicó un rápido vistazo a la fregona que me servía de camisa, una ceja ligeramente alzada.

—En primer lugar, quería felicitarle por el golpe de la miel de colmena. He metido de inmediato a Sibersky en el asunto. No deben abundar los apicultores en la región.

—Tan sólo he sacado partido de las informaciones a nuestra disposición. Es esa... Calypso Bras quien me ha abierto la vía.

Asintió y se puso una mano sobre el vientre.

—¿Cómo se toma... esa cosa, en nuestro interior?

Cerré ligeramente los ojos, la piel acariciada por el aire pesado del ventilador.

—No va de maravilla... El asesino nos ha tocado de pleno. Una verdadera puñalada, una hemorragia interna. Un golpe... tan hábil como sutil...

Del Piero se palpaba los flancos en varios sitios, las pupilas enfocadas hacia ninguna parte. Remaches de luz le sacudían el cobre de la cabellera. En los tonos anaranjados del sol poniente, con sus mechas de una humedad refinada, los hombres debían de encontrarla guapa.

—No puede imaginarse hasta qué punto me repugna —se confió entre dos muecas—. Creo que es una sensación peor para nosotras, las mujeres. Me siento... mancillada..., casi violada...

Violada... La palabra me estalló en la cabeza. Violada desde el interior...

Se llevó un cigarrillo tembloroso a los labios y me ofreció uno, que acepté. Luego se quedó sin reacción, un poco ausente.

—¿Se encuentra bien —preguntó mientras le encendía el pitillo.

De repente se tensó.

—¡Sí, sí! No hay ningún problema. Señaló el teléfono.

—El laboratorio ha prometido llamar esta noche. Pronto sabremos si esos anófeles son resistentes o no. Una horrorosa tortura mental. No sé cómo reaccionaré si..., quiero decir que...

—Haga como yo, evite pensar en ello...

Asintió, amontonando carpetas que ya estaban amontonadas.

—¡Bueno! Vamos a por la autopsia de Olivier Tisserand... Asistí a ella, en parte... —Arrugó la nariz—.... Mire que he visto autopsias, ¡pero de este estilo! Se alcanza el sùmmum del horror.

Su voz había perdido el punto agresivo de la mañana. Estábamos allí, como dos guijarros en una playa, indiferentes el uno al otro y sin embargo unidos por las circunstancias. Esa jornada demasiado cálida nos había vaciado de cualquier gana de entrar en conflicto.

—¿Paludismo? —aventuré.

Sacudió la cabeza, con esa bonita mueca de recién nacido.

—Si sólo fuese eso...

—¿Es decir?

—El marido Tisserand presentaba una larga herida en forma de guadaña sobre el pectoral izquierdo. Causada por un instrumento cortante, tipo escalpelo, y luego cosida de manera artesanal, con hilo de seda. Van de Veld ha estimado la cicatrización en unos diez días.

Cintas de humo serpentearon entre nuestros rostros, pintando de gris nuestros rostros pálidos.

—¿Tortura? —soplé en una nube borrosa.

—Es una palabra todavía demasiado suave. No hay nada para definirlo. Véalo con sus propios ojos...

Me tendió unas fotos. El Chianti me subió hasta la garganta.

—Se parece a...

—Cuando Van de Veld hizo la incisión..., estaba plagado, miles de larvas no más grandes que pulgas, hundidas en la piel como tantas brocas... Se dirigían a una destinación común...

Fruncí el ceño, los ojos clavados sobre los primeros planos de esos repugnantes gusanos blancos.

—¿El corazón?

—Así es. Según el entomólogo del laboratorio, se trata de larvas de *Cochliomyia hominivorax*. Unas moscas de Centroamérica que aovan en las heridas o los oídos. Las larvas se alimentan de carne, excavando surcos internos en los cuerpos de los huéspedes. Unos diez días después, alcanzan un órgano vital. Corazón, cerebro, hígado. Un único desenlace...

—La muerte.

—Sí, precedida de sufrimientos abominables. Le dejo imaginar lo que Tisserand ha debido soportar. En definitiva, que acertó su calvario...

El diafragma me privó los pulmones de aire. Tosí y acabé por aplastar el cigarrillo con violencia.

—Y eso no es todo —añadió—. A ese pobre tipo lo molieron a palos. Desde el exterior, las equimosis ya no son visibles, porque se remontan a más de diez días, pero las estructuras de los tejidos de numerosos músculos estaban seriamente dañadas. Piernas, brazos, espalda, pecho... La forma muy localizada de las lesiones deja presagiar que le pegaron una paliza con un objeto contundente, como un palo o una porra.

Hice crujir mi perilla. Del Piero echó su larga cabellera hacia atrás, desvelando la suave bajada de sus hombros, y preguntó:

—¿Por qué se ensañó con el hombre sin tocar a la mujer? La había limpiado, perfumado, rasurado hasta el sexo sin siquiera violarla. La ausencia de picadas, cuando la descubrimos, demuestra que ya sólo la utilizaba para infectar sus mosquitos... Entonces, ¿por qué la conservó con vida hasta el final? Ilumineme, comisario. Parece que destaca en ese ámbito...

Mi interlocutora me miraba fijamente.

—Quería acompañar a esa mujer hasta su final, ponerla entre las manos del Señor para que Él decidiese. La llevó al purgatorio...

—¿El purgatorio?

—El lugar del juicio. Escoger el Paraíso o el Infierno. Según uno de mis conocidos, Paul Legendre, el asesino se habría inspirado en el Apocalipsis de San Juan para redactar el mensaje. Una «Cortesana» representa una Iglesia corrompida, que se aleja del camino recto de las Escrituras. Pero esa palabra,

«Cortesana», también designa a Viviane Tisserand. Quizás el vínculo es un atrevimiento, pero creo que a los ojos de nuestro asesino, esa mujer estaba corrompida o era culpable. Por eso la lavó antes de su muerte. La preparó para ese encuentro con el Señor, sin por ello dejar de castigarla con sus propias manos. Y murió..., por ella misma...

Del Piero parecía arrollada por mis conclusiones. Tras la textura oscura de sus pupilas, me miraba fijamente con una intensidad casi felina.

—Pero... ¿cómo podría haber sabido que a Tisserand sólo le quedaban unas horas de vida?

—No lo sabía, o no de forma precisa. El hecho de que haya sucumbido en ese momento ha debido de reforzar sus creencias, coincidiendo de forma perfecta con sus convicciones. Desde su punto de vista, es Dios quien juzgó y reclamó a esa mujer, no él.

Del Piero se apretaba las palmas de las manos bajo la barbilla.

—¿Y el marido?

—Según Legendre, cuando nuestro asesino habla de «abismo» y de «onda que se tornará roja», hace referencia a Satán, al que sus propios discípulos tiraron a un pozo de lava. Para la Bestia, no hay perdón posible, no hay confesionario. La muerte brutal es la única salida... El paralelismo con Olivier Tisserand, muerto en un foso, es evidente.

Aplasté el dedo índice sobre la mesa.

—Ese desgraciado no ha golpeado al azar. Un vínculo lo suficientemente fuerte lo unía a los Tisserand para llegar a tales extremos. Les dedicó tiempo, paciencia, se devanó los sesos para elaborar un guión diabólico. Piense en el mensaje, inaccesible, en las molestias que se ha tomado para bajar a Tisserand a treinta metros de profundidad. A ambos los mancilló desde el interior, con los insectos. Usted hablaba de una violación, estaba totalmente en lo cierto. Los violó, con el frío dominio del verdugo, del ejecutor. Una violación orgánica, espiritual. La carne, el espíritu. Piense también en Viviane, atada, rasurada, forzada a tragar miel y asaltada de picaduras. Imagínese por un solo instante el suplicio de su marido. La incisión en carne viva, la puesta de las moscas, esas larvas que le devoran las entrañas. Tortura física, tortura moral. En cuanto a Maria...

La comisaria adoptó una expresión de asco.

—¿Cree... que aún está viva?

—No salvó a los padres, no salvará a la hija. Todo es cuestión de tiempo. En su prosa, tan sólo habla de las dos «Mitades», Maria no está implicada y, sin embargo, la retiene. Desempeña un papel preciso en su recorrido. Un papel personal, que no quiere compartir...

Las ideas fluían, me cegaban las imágenes. Del Piero ya no despegaba los ojos de mis labios.

—Nuestro organizador de pistas persigue un objetivo y quiere que le acompañemos. Por eso ha utilizado dos medios. El mensaje, con sus enigmas,

y los mosquitos. Al contaminarnos, nos mete en su historia, nos implica. Formamos parte de su plan. Quiere demostrarnos algo. Quizás a través de esas siete mariposas, cada vez cercanas al lugar del crimen. Tenemos que hallar su sentido, si queremos avanzar. Del Piero arrugó una bola de papel, de rabia.

—¿El sentido de qué? Nos encontramos con dos cadáveres y una persona desaparecida, ¿qué hay que entender?

—El siete es un número muy poderoso, un símbolo de la renovación. Las mariposas hacen pensar en la resurrección. A Viviane la mataron en una iglesia. Todo nos lleva a... una especie de renacimiento. ¿Cuál es el sentido? Lo ignoro. Pero tenga siempre esto en mente: a los ojos de nuestro asesino, Viviane Tisserand está corrompida y su marido representa al diablo. Considera su muerte no un acto criminal, sino... una forma de justicia. A través de esa acción, nos señala que... renace... Me levanté.

—La persona a la que perseguimos está en muy buena forma física y es espiritualmente madura. Eso nos conduce a una edad incluida entre los veinte y los cuarenta y cinco años. Buscamos un hombre fuerte, capaz de dominar a una persona con la corpulencia de Olivier Tisserand, escalar andamiajes o bajar a treinta metros de profundidad, que domina las técnicas de submarinismo. Probablemente soltero, que vive en un lugar aislado para retener ahí a tres adultos. Asestó cuchillazos a las figuras de los pósteres de actores estadounidenses, le había vendado los ojos a Viviane. La mirada que le lanzan los otros lo molesta. Quizá presenta un defecto físico, un problema en el rostro. O bien se avergüenza de sus acciones. Es organizado, minucioso, debe de frecuentar las bibliotecas y le apasionan los insectos. Hace cría de mariposas, entre las cuales esfinges de la calavera. ¿Está abonado a revistas? Calypso Bras también me habló de mercadillos de insectos, valdría la pena investigarlo.

Los labios de la comisaria, un poco entreabiertos, soplaban una forma de solicitud.

—Finalmente, anotemos el aspecto religioso. La complejidad del texto, ese conocimiento profundo de los entresijos del catolicismo, el lugar escogido para «presentarnos» a su víctima. Por muy increíble que pueda parecer, ese hombre cree en Dios. Sus actos, convéznase, le parecen... justos, lo que complica muchísimo nuestro trabajo. ¿Por qué? Porque se comporta como usted y yo. Es el banquero, el cartero, el mozo de mantenimiento... Procure que se censen también los clubes de submarinismo. Seguramente es socio de alguno...

Cortinas de oscuridad apagaban lentamente nuestros rostros. La noche caía con sus grandes sombras movedizas. Concluí:

—Quería mi opinión... Se la he dado... Disculpe si me he extendido un poco...

Del Piero encendió una lámpara de trabajo.

—Lo que cuenta casa perfectamente con el entorno social de los Tisserand. Tengo que confesarlo, estoy... impresionada.

—No es nada del otro mundo. Ahora me toca a mí escucharla...

Esta vez, su sonrisa rozaba lo auténtico.

—Intercambio de buenos modales, ¿verdad?

—Colaboración inteligente, mejor dicho... Reunió un montón de hojas.

—Los Tisserand se casaron en 1970. Pasaron buena parte de su vida en Grenoble. En esa época, son psicoterapeutas en un hospital psiquiátrico. Dejan su región en 1982 destino a París, donde, tras el nacimiento de Maria, fundan una clínica de evaluación de la peligrosidad en Ivry. Una estructura especializada en el tratamiento de pacientes violentos, traídos por los servicios sociales o los establecimientos de salud que no poseen las instalaciones adecuadas. Los internos, de dieciocho a unos cuarenta años de edad, permanecen noventa días, vigilados por psicólogos, enfermeros y personal competente. Una última oportunidad antes del viaje de ida a un hospital psiquiátrico o a la pri...

De repente, se dobló y desapareció a toda prisa, antes de volver a aparecer con un rostro más ligero.

—Efectos secundarios sin consecuencia, decía Diamond, ¡y una mierda! Mi estómago no deja de rugir. No aguantaré un mes así.

Mis labios formaron un sucedáneo de risita. Tras sus aires de tótem inquebrantable, esa mujer cada día me gustaba más. El calor sofocante le alisaba la blusa de una transparencia discreta, un velo de sudor iluminaba sus formas ocultas.

—Sin embargo, tendrá que hacerlo. Volvamos a los Tisserand, por favor...

—Ah... Sí. Tuvieron que mudarse varias veces. Ventanas rotas, coche con pintadas, agresiones verbales y escritas. En los últimos tiempos, al marido lo agredió un tipo de veintiséis años. El hermano de uno de los «internos»... En definitiva, que ese gran berenjenal cuadra con sus palabras. Es evidente que tras eso se esconde una oscura historia de venganza.

—Opino lo mismo, pero una venganza muy elaborada, que implica también a su hija... Más concretamente... Le había pedido a Sibersky que interrogase a los obreros que restauraron la iglesia...

—Sin resultados. Ninguno recuerda haberse percatado del mensaje en la columna. Según el jefe de obra, vista la dureza del hormigón y la profundidad de las letras, se necesitaron por lo menos tres o cuatro horas para inscribir la advertencia. Nos enfrentamos a un amante incansable del buen trabajo, pero ya lo había adivinado...

—¿Y la investigación de proximidad? ¿Han podido interrogar a testigos? ¿Quién se encarga de establecer la lista de los fieles? Habría que...

Del Piero dio una palmada.

—¡Basta, comisario! ¡Conozco un poco el oficio, hombre! En Lyon también existen criminales. Esos puntos están en proceso, las informaciones van llegando. No desdeñaremos ninguna pista.

Me apoyé sobre la mesa, con las manos bien planas.

—¿A qué líneas de investigación da prioridad?

—La clínica y la red «insectos». Vamos a conseguir los historiales médicos de los pacientes, proceder a recortes geográficos, especialmente con Issy-les-Moulineaux. También disponemos de huellas digitales y genéticas, recogidas en el confesionario.

Encendí un último cigarrillo.

—¿A qué me destina?

Agitó la boca de izquierda a derecha, echando el humo por la nariz.

—¿Despacho o terreno?

—¿Usted que cree?

—Ha visitado el P3. ¿Le apetecen los insectos?

—¿Puedo escoger?

Levantó los hombros, mirando fijamente por enésima vez el teléfono mudo.

—Póngase en contacto con el entomólogo para las *Cochliomyia hominivorax*. Dese una vuelta por las aduanas, los aeropuertos, vea cómo se introducen esos bichejos en nuestro territorio. Meta las narices en los mercados, las tiendas especializadas. Y encuentre también la fuente de la miel... ¿Dónde la consigue? ¡Muévase, comisario, sé que eso le encanta! La calle y los monstruos que la habitan son suyos... Pero esta vez ¡manténgame informada de forma regular y respete los procedimientos! No admitiré ningún desliz de los chicos de mi equipo, por muy buenos que sean... Y... —Desvió la mirada hacia sus hojas.

—... Es muy bueno, comisario... Nuestras bases son sólidas, tengo confianza...

—Yo no. Una chica de diecinueve años se pudre en algún lado. Pululan centenares de anófeles infectados, dispuestos a atacar si no han empezado ya. El mensaje habla de plaga, de diluvio. Tengo la impresión de que este berenjenal no ha hecho más que empezar.

Y cuando me levantaba y los espectros de la noche devoraban los rojos del crepúsculo, restallaron los largos timbrazos obsesivos, que la comisaria se decidió a interrumpir tras una larga expiración.

—El laboratorio...

A veces tengo malos presentimientos. Pero nunca de tal intensidad...

Capítulo 12

«—Éloïse te sigue llamando, Franck. Cada vez es más difícil soportar sus llantos. Constantemente me repite que es culpa mía.

»—No, es culpa mía, cariño. Debería haber velado por vosotras. Todo es tan... doloroso para mí... Me gustaría tanto estar a vuestro lado. Ya nada tiene sentido aquí...

»—Hace frío y está oscuro a nuestro alrededor. ¿Por qué es así? ¿Qué ocurre, Franck? ¿Acaso hemos hecho el mal? Tengo frío... Tengo frío... Hay..., hay como presencias, a nuestro alrededor. Son... ¡Dios santo!

»—¡Suzanne! ¿Qué os está ocurriendo? ¡Suzanne!» Un grito. Oscuridad. Agua, por todas partes. Mi sudor. Jadeos. Los trenes. Bóldos en fusión que se arrancan las entrañas. En el agujero de la oscuridad, todos los miembros me temblaban, enlutados de frío. Una pesadilla...

La voz surgió.

—¡Mi querido Franck! ¿Qué te ocurre?

Un balazo en el pecho. Esa voz... ¡No! ¡No puede ser! Palpé el interruptor. Se erguía delante de mi cama, en bata, las manos pegadas al cuerpo. La pequeña del libro de *Fantomette*. Los ojos le brillaban con una luz plateada, el pelo, impecablemente peinado, le caía sobre los hombros. Se acercó más.

—¿Vas a morir?

Me protegí las pupilas de la luz cegadora. Mi reloj. Las tres de la madrugada... Ese sueño espantoso, con sabor a realidad. Suzanne en peligro. Presencias, a su alrededor y de Éloïse... Sacudí la cabeza.

—¿Co... cómo?

—La enfermedad, en tu estómago. ¿Te matará?

La corrosión de la sal sobre las retinas. Las perlas que gotean de la frente.

—¿Cómo has...?

... Entrado...

Había dejado la puerta sin cerrar, con la voluntad secreta de verla aparecer para que, cosa imposible, me acompañase hasta dormirme. Y de

repente, surgía de las tinieblas, en el corazón de los raíles, tan erguida como la figurita de un pesebre. Corté la corriente de la red y me senté sobre la cama, atontado por un despertar demasiado brutal. El pecho me vibraba bajo la cabalgada del corazón.

—No... ¡No puedes venir de noche a mi casa, así!

—Mamá está en el trabajo. No me gusta quedarme sola.

—Yo... Tu madre... Mañana, tengo que pillar a tu madre. Esto no puede seguir así... ¿Qué...? ¿Qué pensará la gente? ¡Piénsalo! ¡Piensa un poco si alguien te ve venir aquí! ¡Podría tener serios problemas!

Apuntó con un dedo acusador.

—¡Es culpa tuya! ¡Eres tú el que ha dejado abierto! ¿Me invitas y ahora me pides que me vaya?

Uní las manos a lo largo de mis calzoncillos, cabizbajo.

—No es eso, pero... Tienes una mamá. Es ella quien debe ocuparse de ti... ¡Y los niños no deben pasearse de noche! ¡Es peligroso!

Cerró la boca, inmóvil, frente a mí. Llevaba unos bonitos botines encerados. Botines rojos con una bata, una idea curiosa.

Quise ponerle la mano sobre el hombro, pero se apartó, el rostro impenetrable.

—Escucha —susurré—. Voy a acompañarte hasta tu apartamento, ¿vale?

No hubo respuesta. ¿Pero qué quería esa maldita niña? Su madre me oiría, ¡vaya si me oiría! Tras un bostezo diabólico, me dirigí hacia la cocina arrastrando los pies. Notaba sus pasos de ratoncito, detrás de mí. Mientras servía leche para ambos, una palabra me volvió de repente a la mente.

Me agaché y le tendí un vaso:

—Me has dicho que estoy enfermo, antes. ¿Por qué?

Giró la cabeza, rechazando la leche.

—No has parado de tener pesadillas —me confió—. Has contado muchas cosas... ¿Qué es esa historia de roble y fresno?

—Me... ¿has mirado dormir? ¿He hablado del roble y el fresno?

—¡Sí! ¿Qué es?

—Un secreto, entre mi mujer y yo, que no quiero compartir...

—Sé más de lo que crees.

El niño que vela por el adulto, el mundo al revés. ¿Qué tenía que ver en esto? ¿Todo el simbolismo sobre el desorden de mi vida? ¿O, en definitiva, se reflejaban, en esos ojos húmedos, las debilidades de un padre venido a menos?

—Nadie tiene que saber que estoy enfermo, ¿de acuerdo? ¿Podrás guardar silencio? Sólo me ha picado un mosquito malo y me voy a curar, porque estoy tomando un medicamento.

Se escupió en las manos.

—¡Prometido!

—Estupendo. Ahora... Vamos a bajar a tu casa...

Sacudió con fuerza la cabeza.

—¡No y no! ¡Ahora no! Yo... —lo observaba todo a su alrededor—. ¡Tengo que curarte! ¡Si no, te morirás! ¡Lo sé!

Me encogí de hombros, aunque leí en su rostro un pánico increíble.

—Que no, no voy a morir. Ya te lo he dicho. Tengo medicamentos, todo irá bien.

Se giró con esa impaciencia dura de los felinos enjaulados.

—¡Lo sé! ¡Sé como curarte! La sangre... Es tu sangre la que está enferma. Todo saldrá de aquí. ¡Hay que pararlo todo! ¡Rápido, muy rápido! Si no hacemos nada, se propagará por todo tu interior. ¡Te matará, te matará y me dejarás sola!

Hablaba sola, iba, venía, volvía a ir, en el movimiento perpetuo de esos sabios locos que buscan sin encontrar.

—¡Para de moverte así, vas a volverme loco!

—Te morirás... ¡Es Éloïse quien me lo ha contado! Te llama, Franck, te llama a su lado, ¡pero me niego a que me abandones! No tienes que marcharte, ¿lo entiendes? Una solución... Una solución... ¡Rápido! ¡Rápido! La sangre... Todo vendrá de la sangre...

El tornado moreno empezó a abrir los armarios, la puerta de la nevera, los cajones.

—¡Pero para ya! ¡Y para de pronunciar el nombre de mi hija! ¡Para, te lo ruego!

—¡La sangre! ¡La sangre enferma!

Se tiró sobre la luz y la apagó. La oscuridad total. Ruidos de chatarra. Un silbido. Un soplo. La mordedura del acero sobre mi brazo. El dolor que me dobla.

Ruido, sobre el suelo. Flop, flop. Un líquido pegajoso que me corre por el codo. Me levanté, lancé los dedos hacia la pared. El interruptor.

Rojo. Rojo por todas partes. Un corte, sobre la muñeca. Vertical, entre dos venas. El ojo de poli concluyó que era una herida superficial. No necesitaría sutura. Menuda suerte.

La niña había desaparecido, el cuchillo de hoja grande yacía en el suelo, sangriento de vida. Me enrollé un pañuelo alrededor de la muñeca y apreté con toda mi fuerza con la otra mano.

Y lloré, lloré sin contenerme, abatido por esas preguntas sin respuesta.

Me había agredido. ¿Por qué? Violencia instantánea. Comportamiento imprevisible. Miedo a la soledad. Abandonada a su suerte, noche y día. Sin padre, madre ausente. ¿Cómo no iba a perder el control? Tras haberme puesto un apósito, bajé a la planta baja, enfurecido contra esa progenitora irresponsable. Puerta siete. Cerrada.

—¡Abre, pequeña! ¡Abre la puerta!

No me abrieron. Subí refunfuñando, con los puños apretados. La niña estaba enferma y nadie se ocupaba de ella. Mañana, la madre se enfrentaría a mi furia.

Capítulo 13

La lenta respiración de las lamparillas en la central, destellos de vivos posados sobre informes criminales. En los pasillos, rostros descompuestos, ojos hinchados, bosques de bostezos.

Las cinco de la madrugada. Tras el episodio del cuchillo, no había conseguido conciliar de nuevo el sueño. Las voces habían vuelto a surgir de lo más profundo de mi ser, querían ser tranquilizadoras, reconfortantes. Suzanne me hablaba cada vez con mayor frecuencia, pero en cuanto dibujaba su rostro en mi cabeza, sólo surgía esa expresión de terror, impresa en las facciones de ambas antes de que el vehículo las arrollara... La presencia de esas voces se convertía en acoso.

Frente a mí, informes de autopsias, de entomología, de toxicología; horribles disecciones de existencias. A un lado, un tocho sobre la malaria, otro sobre los vectores de transmisión. Menos hojas sobre la vida de los Tisserand que sobre su muerte, un pequeño montículo de fotos. Instantáneas de la iglesia, del mensaje, primer plano de las heridas torturadas, larvas atareadas. Tan sólo el desayuno de un poli...

Y las horas que pasan volando...

—¿Es que ahora habla solo?

Me sobresalté, con las pupilas destrozadas, y lancé miradas perdidas a mi alrededor. Sibersky. Mi reloj. Las ocho y media. El teniente acababa de llegar, bien afeitado, aunque tenía profundas ojeras que delataban una noche bien corta.

—Esto..., estaba reflexionando en voz alta.

Señaló mi antebrazo izquierdo.

—Si hubiese sabido que el oficio era tan peligroso, habría dudado antes de firmar.

—Una lata —repliqué acariciando la costra.

—Del Piero me llamó, ayer por la noche... Me...

—Lo sé, estaba con ella. Los anófeles no son resistentes, menos mal. Pero no tenemos nada ganado. Recuerda lo que decía Diamond... Bueno, ¿y las colmenas?

Perdió el buen humor.

—Unos veinte apicultores en los alrededores. Hice las llamadas ayer por la tarde. Nada muy concreto. El gran problema es que muchas personas compran miel de colmena, impura y sin decantar. Conserva todo el contenido de vitaminas y sales minerales, así como las virtudes antisépticas. Según los profesionales, no hay nada mejor que un vaso de orina y tres cucharadas de miel bruta cada mañana. Me contentaré con creerlos. —Desplegó un mapa de la región parisina, moteado de puntos rojos—. Desgraciadamente, es la semana de las grandes mieladas —añadió—. La mayoría de los apicultores tienen jornadas sobrecargadas y no he podido contactar con ellos. Volveré a intentarlo durante la mañana.

Localicé Issy-les-Moulineaux y observé dos puntos en un radio de quince kilómetros.

—Verrières-le-Buisson... Sceaux... ¿Has podido contactar con estos dos?

—No, me salta un contestador.

Me despegué de la silla.

—Déjalo ya, voy a ocuparme yo mismo del asunto y acudir al lugar. Tú échale un vistazo a Internet, descúbreme si uno puede hacerse con bichitos un poco especiales, del tipo arañas peligrosas, mantis religiosas, insectos venenosos, investiga los mercadillos de intercambio y escudriña todo París para saber dónde y cómo se dan cita los apasionados de esos horrores con patas. Coge a Sánchez y Madison para que te echen un cable.

—También podemos hacernos cargo de las colmenas, si quiere. Seguramente tiene otras cosas que hacer.

Señalé con el índice el mapa.

—Existe una iglesia por ciudad. Nuestro asesino escogió la de Issy porque sabía que la estaban restaurando y que podía pasar por una puerta anexa para poner en escena su representación. Issy forma parte de su proximidad. Casualmente, encontramos dos tiendas de miel a... menos de veinte kilómetros del lugar del crimen.

Apilé los diferentes informes.

—La última vez que estuve en Verrières, fue con Suzanne, mucho antes del nacimiento de Éloïse... Me encanta ese pueblo y me hace mucha falta tomar el aire...

Cerré el programa de correo electrónico, apagué el ordenador y cogí las llaves del coche, mientras añadía:

—Ya has leído informes o estudios de casos de criminología. Ya sabes que los asesinos organizados, y más concretamente los de carácter perverso, evitan los paseos inútiles. Mucho, pero que mucho antes de actuar, acumulan la comida, añaden cerrojos a sus puertas, aíslan las habitaciones. Una salida supone un riesgo, ponerse al descubierto. Un vecino que viene a llamar a la puerta, las víctimas que sospechan de la ausencia y se ponen a gritar o a golpear las paredes, el miedo, también, de haber olvidado algo. ¿Me equivoco?

—No. Así es.

—De acuerdo... Calypso Bras, una de las ingenieras responsables del P3, me dijo que la miel perdía muy rápidamente las propiedades para atraer a los mosquitos, que había que recogerla diariamente. Eso implica que nuestro hombre insecto se ha visto obligado a salir de su guarida por lo menos una vez al día. Por tanto...

—Ha ido a lo más cercano... Y si vive cerca de Issy, se habrá desplazado a una de esas dos tiendas de miel...

Asentada al pie de las colinas, envuelta en los brazos de un valle, Verrières-le-Buisson desplegaba sus viejas murallas y sus alamedas verdes hasta las aguas límpidas del río Bièvre. Era la pequeña Provenza parisina, con aspecto de pueblo medieval donde, bajo la sombrilla de una mañana, uno podía olvidarse del negro de la goma y el barullo de los pitos. Tras más de veinte años, las calles seguían desprendiendo los mismos perfumes.

¿Y ahí? Oh... Suzanne... La tiendecita de cerámica donde habías comprado ese jarrón, con una protuberancia justo debajo del asa. ¿Su marca de originalidad, decías, su defecto encantador? Ese jarrón... ¿Qué habrá sido de él? Destellos anodinos de vida que, de repente, crecen y se convierten en fuegos artificiales desgarradores. Cuanto más nos aleja el tiempo, más me quema vuestra ausencia, queridas mías...

La granja apícola Roy Von Bart dominaba el campanario tras las colinas y las planicies. Un bonito remanso de paz, donde las abejas tenían como único límite el azul sombrío del cielo recostado sobre el azul verdoso de las cimas forestales. Una campanita despertó dos grandes ojos cuando entré en el antro de miel.

Una mujer delgada de larga cabellera gris levantó la cabeza de los cartones en los que amontonaba tarros de cristal vacíos.

—¿Señora Von Bart?

Sacó las manos de un cubo, se mojó el rostro alisado de finas arrugas antes de enjugarse.

—Sí. Perdóneme. ¿Puedo ayudarle?

Le expuse la situación. Buscaba a un hombre que hubiese comprado miel de colmena, cada día y sin tratar. Se echó el pelo ligeramente mojado hacia atrás, estimulando perfumes de flores cortadas.

—Tenemos muchísimos clientes que...

—... les encargan miel natural, lo sé. Pero intentará hacer un esfuerzo por recordarlo, porque seguramente ese individuo está casi implicado en un caso de homicidio.

Se llevó las manos esqueléticas a los labios.

—¡No puede ser!

—El hombre del que le hablo debe de tener entre veinticinco y cuarenta años, vino regularmente durante dos semanas pero desde ayer o anteayer ya no lo ve. Debe de ser fuerte, presenta quizás una peculiaridad física, un defecto en la cara... ¿No le dice esto nada?

A través de la cristalera, escudriñó la extensión de la finca, los ojos sumidos en la lejanía.

—¿Una peculiaridad física, dice? Mm... Me viene alguien a la memoria, un tipo muy original... Bueno, original no es el término adecuado, más bien diría... aparte. Mi marido y yo lo llamábamos el hombre sol.

Lo consideré con una mirada que pedía más explicaciones.

—¿El hombre sol? Empujó un embalaje bien lleno hacia un rincón antes de seguir hablando.

—Perdóneme... Sí, el hombre sol. Hace aproximadamente tres semanas, un hombre se plantó aquí con traje de apicultor. Guantes, buzo, pantalones, botas e incluso la máscara. Dijo que quería miel sin decantar y propóleos, que pagaría a buen precio si los extraía él mismo.

—¿Cómo? ¿Con traje de apicultor? ¿¡Pero!? ¿No le extrañó?

—¡Pues claro que sí! ¡Ya se lo puede imaginar! Pero me contó que era alérgico al sol, que no podía salir de día sin ir tapado de los pies a la cabeza. Una enfermedad rara, de la que me dio el nombre, el... «xeroderma pigmento» o no sé qué. ¿Tenía motivos para no creerle?

Sentí la impotencia de una planta verde en el fondo de un sótano. Había venido aquí, expuesto a la luz del día y sin embargo de incógnito.

—¿Así que nunca le ha visto las facciones?

—No, ni el menor centímetro cuadrado de piel. Ni siquiera podría decirle si era blanco o negro.

Bajo su larga frente redondeada, me calibró con una mirada viva.

—Físicamente, tenía exactamente su corpulencia. Alrededor de un metro ochenta y cinco calzado, bien ancho de espalda. Un tipo fuerte, con una voz grave, muy grave, como la de Ray Charles.

Apunté lo esencial en mi libreta. La punta del boli casi atravesaba el papel. ¡Con traje de apicultor! Maldito desgraciado...

—Deme la fecha exacta de su primera aparición.

—Mmhh... Debo de tener aún los tiques de pago... Un minuto...

Efectuó algunas operaciones informáticas tras el mostrador.

—Aquí tiene los tiques. Unos quinientos gramos de miel y trescientos gramos de propóleos, todos los días hacia las once desde el... dos de julio.

Rodeé la fecha de rojo en mi libreta.

—¿Supongo que le pagó en efectivo?

—Sí.

—¿Ninguna dirección, nombre, muestras de su caligrafía?

—En absoluto.

—El propóleos... ¿Qué es?

Señaló cremas, cápsulas, alineadas sobre los estantes.

—Un compuesto resinoso que las abejas recogen sobre las yemas y las cortezas de determinados árboles, al que aportan sus propias secreciones. Lo utilizan para reforzar la colmena, reparar fisuras, esterilizar los alveolos antes de que la reina aove. En los humanos, su absorción sirve para reforzar el sistema inmunitario. Mezclado con una preparación a base de plantas, también sirve para aliviar el reumatismo. Puro, aplicado en pomada sobre la piel, ayuda a cicatrizar más rápidamente las pequeñas heridas.

—Como las picadas de mosquitos, ¿por ejemplo?

—Exacto. Donde una picada tarda cinco días en desaparecer, sólo se necesitan dos con el propóleos. Me acerqué a los puestos y apunté los diferentes porcentajes y las propiedades farmacéuticas.

—Trescientos gramos al día, incluso para aplicarlo sobre todo el cuerpo, sigue siendo mucho, ¿verdad?

—¡Una barbaridad! Porque, por lo general, bastan unos pocos gramos. Pero el propóleos se conserva. Quizás está acumulando reservas para el invierno... O puede que tenga una tienda... Qué sé yo.

—¿Y en caso contrario? ¿Si lo consumiese a diario? ¿Si tuviese que «gastar» esos trescientos gramos?

Continuó con sus quehaceres, manteniéndose de cara a mí. Tarros en las cajas de cartón.

—No se me ocurre. Antiguamente, se usaba para otros propósitos, pero son tiempos pasados. No vale la pena que...

—Me interesa...

Se levantó y se llevó las manos a las caderas, como si tuviese una punzada en el costado. Una mueca le tensó los elevados pómulos.

—Perdóneme... Un asqueroso dolor lumbar...

—No se disculpe... Tómese el tiempo necesario.

Se postró sobre una silla de mimbre.

—El..., el propóleos es famoso por sus propiedades antisépticas y anestésicas, muy potentes, mayores que la novocaína. En la época de los faraones, se empleaba para evitar la putrefacción y embalsamar a las momias. Más adelante, especialmente durante las guerras invernales, se calentaba para hacerlo fluir al interior de las heridas. Al enfriarse, actuaba como pantalla aséptica que, además de evitar la infección, detenía la hemorragia. Una

solución difícil de aplicar en verano, porque al menor rayo de sol, el propóleo se funde y la sangre se escapa del cuerpo.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. El propóleo... El hombre sol, el hombre insecto, es decir, el asesino; seguro que no lo había adquirido para protegerse el organismo de las bacterias, ni el de sus víctimas tampoco. Entonces, ¿con qué propósito? ¿Acelerar el proceso de desaparición de las picadas de mosquito? Seguramente, pero sólo en parte. Trescientos gramos diarios es una cantidad demasiado grande.

«Embalsamar...» «Detener las hemorragias...» Viviane Tisserand no presentaba ninguna herida, su marido sólo una, en el pectoral, limpia y suturada con hilo de seda.

Todo el propóleo no les estaba destinado. Su hija... ¿Con qué propósito?

Mientras tomaba un montón de notas, proseguí con las preguntas:

—Describame su coche, con la mayor precisión posible. Color, modelo, características. Y le pago una caja de champán si me da el número de matrícula.

Señaló unas frondosidades imponentes, más allá de las cristaleras.

—Se lo va a ahorrar, el champán. Ningún vehículo.

»Llegaba a pie, pasando por un pequeño sendero que transcurre por el bosque y desemboca en una carretera nacional. Hay un aparcamiento, a unos quinientos metros del otro lado. Seguramente aparcaba ahí.

Me chirriaron los dientes. Ese desgraciado había sabido tomar precauciones. ¿Acaso se esperaba nuestra visita, tarde o temprano? La apicultora, de repente, midió el alcance de sus palabras: un criminal, quizá, entre sus colmenas. Se puso pálida, se quedó un instante sin reacción, los dedos temblorosos. Carraspeé y sus ojos volvieron a fijarse en mí.

—Cuénteme todo lo que se le pase por la cabeza, lo que recuerde. Su comportamiento, su manera de hablar, de moverse. ¿Era parlanchín o más bien discreto? ¿Parecía tranquilo o nervioso?

Sacudió la cabeza, confundida.

—Lo..., lo siento, pero estamos en pleno período turístico. He tenido muchísimo trabajo con la tienda, las grandes mieladas... Tendrá que preguntar todo eso a mi marido. Durante la recolección, bien tuvieron que hablar de algún tema, y otros...

Le dejé una tarjeta de visita sobre el mostrador.

—Muy bien, pero en cualquier caso, que le quede claro que la policía va a ponerse en contacto con usted muy pronto.

Respiró profundamente.

—Sólo me faltaba eso...

Me hizo cruzar la trastienda, recorrió el cerrojo de una puerta que daba a un arco iris de flores, varias hectáreas cercadas por paredes de verja.

—Va a ponerse este traje y un sombrero trenzado —dijo aludiendo a un conjunto de color blanco crema doblado sobre una mesa—. Siga ese sendero, encontrará las colmenas a doscientos metros, y sin duda alguna a mi esposo. Las pecoreadoras están en pleno trabajo, no las estorbe con grandes gestos o se pondrán agresivas.

Llenó un jarrón de tierra con agua del grifo.

—Beba un buen trago antes de salir. Una vez comprimido en las protecciones, se morirá de calor. Y, una vez ahí, le desaconsejo vivamente que se las quite...

Tras haberme puesto el traje de hombre del espacio, empezó a hablar, con un puño sobre los labios:

—Sus espaldas... ¡Tenía exactamente las mismas espaldas que usted! Así vestido, nada le diferencia del hombre que busca...

Me adentré en torrecillas de arbustos, lazos de helechos y flores de tallo alto. En todos los frentes las abejas estaban en plena faena, con el tórax repleto de polen.

Al final de esas vegetaciones exacerbadas, el espacio se resquebró y desveló una alineación de colmenas negras de vida. Una ciudad voladora palpitaba bajo el sol, poblada de minitorpedos pardos y amarillos que salían de edificios con ventanas de alvéolos. Un cosmonauta, inclinado sobre una de las colmenas, propulsaba un denso humo en el corazón de la ciudad presa del pánico. Se quedó paralizado al verme, miró el reloj antes de hacerme suaves señas con la mano.

—¡Llega pronto! ¡Ayer le estuve esperando! Tengo una bonita colmena para usted. ¡Con miel reciente!

Unas gotas saladas me hinchaban las cejas, la boca ya se me secaba. Me acerqué ligeramente, sin soltar palabra. El rostro de verja me encajó la mano y designó una cabañuela.

—Escuche —susurró—, voy a devolverle sus cositas. Es muy amable por su parte, pero... no las necesito, es demasiado arriesgado y... deshonesto.

Baile de máscaras. Me tomaba por el otro. Entré en el juego, me encogí de hombros y separé las manos enguantadas, como si dijese «¿Por qué?». Unos insectos de dardo poderoso se me posaron en la rejilla, a pocos centímetros de la nariz. Tuve que morderme la lengua para no gritar.

—Si hago eso, se..., acabarán por sospechar y entender que viene de mí —confió el hombre en el tono del secreto—. No, no, no puedo... Lo siento, no quiero esos horrores aquí, así que lléveselos o voy a deshacerme de ellos...

El tipo estaba tan nervioso como sus abejas. Rascó con una banda de caucho los agujones que tenía hundidos en la mano y me invitó a seguirlo a la cabaña, donde gruñía un calor de horno. Una púa de hierro ardiente me quemaba en la garganta.

El hombre se quitó la máscara y desveló un rostro de cráteres. El fuego lo había consumido en el cuello y hasta la punta de la barbilla, imprimiendo su surco cruel.

Hundió las manos en un cubo de agua, se las llevó al rostro atormentado e indicó una lona de plástico opaco.

—Están ahí debajo. Lléveselos —repitió.

Se mantenía apartado, con esa expresión devastada de los animales acorralados. ¿De qué tenía miedo? Me sostuve con una viga de madera, a la altura de una persona. Se me emborronaba la vista, el cuerpo entero se me rasgaba en jirones de agua. Tras dos o tres inspiraciones, avancé con prudencia y, con la punta, pero realmente con la punta de los dedos, levanté la tela plastificada.

Me esperaba a Goliat, y me encontraba a David. Dos pésimos escarabajos intentaban escalar las paredes de cristal de un tarro cerrado. Imposible disimular durante más tiempo, iba a reventar, ahogado, descompuesto. Me quité las protecciones, volví un segundo en mí y esgrimí mi placa de policía.

—¡Ah..., ahora me va a explicar... a qué... viene todo este follón!

Von Bart soltó la máscara de golpe al suelo. Se le abrió la boca, inmenso pozo de incompreensión.

—Es... ¿Era policía? ¿Desde el principio? Pero... ¿Qué significa eso? ¡No he hecho nada!

Estaba perdido, desconcertado y abatido. Le temblaban las mejillas. Señalé los coleópteros.

—¿Quién se los ha dado?

Cuando entendió que no trataba con la misma persona, se le relajó el pecho. Me volvió a servir el mismo discurso que su mujer. El tipo con traje de apicultor, afectado por una alergia al sol, que nunca se había quitado el traje. La recogida diaria de miel y propóleos.

—Tengo la impresión de poseer una bomba —dijo Von Bart—. Es increíble que existan esas porquerías.

Hablaba con asco.

—¡Explíquemelo!

—Son «pequeños escarabajos de las colmenas», unos parásitos temibles cuya existencia yo mismo ignoraba. Se reproducen a una velocidad espeluznante, las larvas matan la cresa de abejas, se alimentan de polen, miel y de los huevos de la reina. Los adultos son capaces de detectar los enjambres a varios kilómetros de distancia, colonizan las colmenas y las destruyen en menos de un mes. Toda una matanza.

Me incliné hacia el tarro y me incorporé enseguida.

—¿En... en qué región... viven? —balbuceé, una mano sobre la frente ardiente.

—¡Qué país, querrá decir! ¡Sólo se encuentran en lo más profundo de África y en Australia! No sé cómo las consiguió ese tipejo, pero la realidad es ésa.

Estaba empapado de mi propio sudor. Me zumbaban moscas en los oídos y se me oscurecían las retinas. El calor me aplatanaba tanto que tuve que quitarme la chaqueta rápidamente y sentarme sobre una esquina de la mesa.

—Perd... óneme un... instante...

Me apoyé sobre los muslos, inspiraba, expiraba. Inspira, expira. Una bofetada líquida me golpeó el rostro.

—No tiene buena cara —dijo Von Bart, tras haberme echado un torrente de agua sobre la cabeza.

—Es... estaré... bien...

Me levanté, tambaleándome. Los escarabajos... Los parásitos... África...

—¿Qué podría haber hecho con esos... bichejos?

El apicultor se acercó a una ventana y describió un arabesco con el brazo.

—Matar a la competencia, comisario. La granja de miel de Sceaux posee dos veces más colmenas que nosotros, lo que le permite proponer tarifas más atractivas en todos sus productos. Cera, miel, propóleos, jalea real. Una explotación apícola es una empresa muy frágil. Las condiciones meteorológicas, los parásitos, como el varroa, no nos facilitan el trabajo. Es difícil sobrevivir.

—¿Qué... sabe de ese individuo?

—Entablé... cierta amistad con él. Sabía más que nadie, me ha contado cosas que no había oído en mi vida. Me habló mucho de las abejas asesinas de África, de su capacidad para diezmar cualquier manada en menos de una hora. Era... espantosa y apasionante, esa manera de enfocarlo todo hacia la muerte, la destrucción. Estaba totalmente convencido de que un día u otro los insectos barrerían la humanidad. Son mil millones de veces más numerosos que la totalidad de los seres humanos, me decía, tan sólo la masa de hormigas es superior a la de todas las personas reunidas, ¿se lo imagina? Me hablaba de la multiplicación de las arañas, de la violencia de los venenos, de esas plagas que causaban pérdidas inmensas.

—¿Qué plagas?

—El paludismo, las invasiones de langostas, los pulgones.

—¿Los... pulgones?

—Todas esas especies disponen de un arma difícil de vencer, su increíble fecundidad. Los pulgones, además de ser los mayores ponedores,

son partenogenéticos, sus hembras no necesitan fecundación. Así que aovan sin cesar. Los jóvenes, a los pocos días tan sólo, aovan a su vez y así progresivamente. Entramos en el mundo terrorífico de las progresiones geométricas; sólo sus depredadores naturales, las hormigas, consiguen vencerlos. Sin ellas, la humanidad habría sido aniquilada desde hace tiempo... Ahora bien, los hombres buscan erradicar a las hormigas y los pulgones resisten cada vez más a los insecticidas. Se está rompiendo el equilibrio, ese tipo era perfectamente consciente de ello.

Me ofreció una botella de agua. Le di las gracias con un movimiento de barbilla antes de tragar varios sorbos.

—Siga, por favor...

—De ahí vino a hablarme de esos escarabajos, de su increíble poder destructor. Me confió que podía conseguirlos cuando quisiese, bastaba que se los encargase. ¿Por qué me habló del tema? Es un misterio... El caso es que el último día en que le vi, me los trajo anunciando, con esa misma voz grave, ahogada: «Regalo. Póngalos cerca de una colmena y harán el resto...».

Le rechinaron los dientes, círculo blanco en el corazón de un rostro de llamas. Se apoderó del tarro, lo abrió, lo forró con un trapo, dispuesto a aplastar a sus inquilinos.

—¡No..., no... toque nada más aquí! —ordené tendiendo la palma—. Van... a venir policías... para... tomar huellas... Repetirá... todo eso delante... de un oficial...

Me llevé las manos a la cabeza, mientras añadía:

—Aún no me lo puedo creer... Dos bichitos capaces de diezmar miles de abejas y el trabajo de toda una vida... Su tipo..., de oírlo hablar, puedo asegurarle que creía realmente en su teoría..., un verdadero fanático...

Capítulo 14

Tras visitar a Von Bart, informé de ello a Del Piero, quien de inmediato mandó equipos al lugar. Por su parte, exigió que regresara a la central, donde me esperaban dos tipos para hablar del caso Patrick Chartreux. Empezaban los fuegos artificiales.

Primero uno de la Inspección General de los Servicios. No tenía aspecto de ser del oficio, el tipo. Tan delgado como una cerilla. Pero un asesino de primera. Preguntas deflagrantes, mirada penetrante. Un detector de mentiras sobre patas. Así que me limité a contarle la verdad, omitiendo el pequeño rodeo por Saint-Malo. Después de todo, sólo había pasado ahí media jornada, en el camino de regreso... Nada premeditado. Me había topado con Chartreux por la mayor de las casualidades, le había dado una paliza. Nada del otro mundo...

El peor era el otro. Un loquero. Una perrería de Leclerc, que quería asegurarse del equilibrio de mi salud mental. No había durado más de un cuarto de hora, me parecía. Un cuarto de hora durante el cual no había abierto la boca. A los gilipollas se les responde con silencio...

Salí de ahí un pelín irritado, por no decir francamente colérico.

Sibersky no me dio tiempo a regresar a mi despacho, se coló frente a mí para bloquearme el paso.

—Me pidió que investigase sobre los insectos. No existen tiendas que los vendan, hablando con propiedad. Los únicos establecimientos en este ámbito son las tiendas de terrariofilia. Reptiles, anfibios, saurios, invertebrados, como la migala...

—Eso ya lo sabía. ¿Qué más?

—A unos cincuenta kilómetros de aquí está el CARAT, el Centro de Aclimatación y de Reproducción de Animales Tropicales. Una granja de cría especializada en la reproducción de reptiles, insectos y arácnidos, que luego se venden a particulares, laboratorios o facultades de ciencia. Vigilado de cerca por los servicios de salud, con controles muy estrictos. Cámaras, recuento diario de especímenes, fecundaciones limitadas. Yo creo que el fallo no viene de ahí.

Encendí un cigarrillo entre mis dedos temblorosos. La primera calada me recubrió la garganta de un terciopelo deseado. Maldita droga.

—¿Y sobre los mercadillos de insectos?

—No hay gran cosa. Se organizan todas las semanas, un poco por todo París. Las mercancías que se venden son legales e inofensivas, se llevan a cabo comprobaciones con frecuencia. También existe un gran volumen de intercambios por Internet. He husmeado en los foros públicos que tratan el tema. A priori, nada irregular. Te cedo mi mantis religiosa, me das tu mariposa. Sánchez y Madison están hurgando a mayor profundidad, nunca se sabe. —Sibersky sacó de una carpeta un montoncito de multas—. He guardado lo mejor para el final. La tenencia ilegal de animales...

—¡Suéltalo!

—Boas, pitones, lagartos, hay centenares y miles, pero sólo he recogido los casos más interesantes en la región, los más cercanos a... nuestros objetivos.

Me tendió la hoja superior.

—Éste se sale del lote.

—Ahora empiezas a gustarme.

—Me he puesto en contacto con el oficial de la policía de los animales, encargado del caso en esa época. Se remonta al año pasado. Una mujer, hospitalizada tras violentos accesos de fiebre, alucinaciones, náuseas graves. Los médicos observan, en su pantorrilla, dos agujeros minúsculos...

Sibersky se inclinó sobre mi mesa, apoyándose sobre el papel.

—Los exámenes toxicológicos fueron formales, a la señora mayor la había picado en su apartamento una... viuda negra europea, una de las arañas más peligrosas de Europa, ¡que no existe en nuestras regiones! De inmediato, la abuela piensa en su vecino de rellano. Ya lo ha visto entrar con cajitas atiborradas de saltamontes. Cuando los polis se plantan en su casa, sólo encuentran viveros poblados, en efecto, por saltamontes, documentos sobre insectos, pero nada más. Sin embargo, al registrar las basuras, en el sótano, descubren dos ratones muertos, afectados por venenos muy violentos. ¡Tras los análisis, se concluyó que se trataba de atraxina y robustina, proteínas características del veneno de la *Atrax robustus*, un arácnido australiano mortal para el ser humano!

—Muy, pero que muy interesante. Y acabó en...

—En nada. El tipo, Amadore, lo negó de plano. Biólogo, pretendió haber traído la pareja de conejillos de indias de su laboratorio. «Experimento sobre las neurotoxinas», decía. La investigación no prosperó mucho más, por falta de pruebas. No encontraron ni la viuda negra europea ni la *Atrax robustus*, y la legislación acerca de receptación ilícita de animales está tan sólo en fase de balbuceo... No se veía por qué se le podía realmente incriminar. Me hundí en el sillón, con expresión de complacencia.

—¡Buen trabajo! La red de detenciones ilegales de animales... No se me había ocurrido...

—Tan sólo he hecho mi trabajo.

—¿Sabes más de ese tal... Vincent Amadore?

—Biólogo en el laboratorio de zoología de artrópodos del Museo de Historia Natural de París. Vientiocho años, físico endeble. Desde que ocurrió ese cirio, se mudó y ahora vive al norte de París, en una aldea cuyo nombre es... Rickebourg. Vive en un antiguo... palomar...

—¿Un palomar?

—Sí, extraño, pero no sé más... Pero, bueno, está en su casa. He llamado y simulado un error de marcación...

Cerré durante un instante los ojos.

—Según tu documento, el incidente se produjo en octubre de 2003. Haz unas llamadas al museo. ¿Hay colegas de Amadore que hayan tenido noticias de un viaje a Australia? Pero creo que conozco la respuesta. Desde mi punto de vista, una persona o una red organizada pasa bichos peligrosos en nuestro entorno...

Chasqué los dedos, mientras él ya desaparecía por el pasillo.

—¡Espera! Déjame todas las demás multas, les echaré un vistazo.

—Por cierto, el tío del IGS... ¿Qué tal ha ido?

Le dediqué una sonrisa discreta.

—Sin problemas...

Una vez cerrada la puerta, bajé las persianas, puse en marcha el ventilador y engullí tres vasos de agua. Un loquero... Atreverse un loquero a darme una azotaina... A Leclerc no le faltaba audacia...

Tuve apenas el tiempo de cerrar los párpados, que Del Piero se plantó sin llamar, el rostro deformado por un desamparo de alienada.

—¡Comisario! ¡Venga enseguida!

—¡Qué! ¿Qué pasa ahora? ¿Otro interrogatorio chapucero?

Plantó el puño sobre la mesa.

—¡Que venga!

Giró en el pasillo y me empujó delante de ella. La puerta de su despacho, que era contiguo al mío, estaba cerrada.

—Han..., han entrado por la ventana, ¡hay una decena detrás de esa puerta! ¡Entre y mire a qué juega ese maldito desgraciado!

—¿De qué está hablando?

—¡Empuje esa puerta, por Dios!

Abrí con prudencia y me saltaron a la cara, hirientes en su blancura de mármol.

Las calaveras. Me rozaron antes de abatirse sobre la cabellera de Del Piero, que daba manotazos en todos los sentidos.

Entonces las grandes esfinges negras se pusieron a gritar...

Capítulo 15

Leclerc rechinaba los dientes, sus pies fustigaban el suelo de furia. Apretaba entre los dedos nerviosos un mensaje, fijado al tórax de uno de los lepidópteros.

—«Diluvio de mariposas, a la espera de que llegue pronto lo peor...» Ese listillo juega con nuestros nervios, quiere ridiculizarnos. ¡Eche un vistazo por la ventana!

Fuera, una bonita multitud. Flashes de todo tipo y curiosos estupefactos.

—¡Un periodista de *Liberation* ha recibido una llamada anónima, explicó, que le pedía que se presentase delante de nuestras oficinas a las cuatro de la tarde en punto, para ver «unas mariposas tomar por asalto las oficinas de la Criminalística»! ¡Menuda locura! ¡Este teléfono no para de sonar!

—Nuestro hombre es un tío original. Pero si hubiese querido hablar de los anófeles y el paludismo a la prensa, no se habría privado de ello. Tan sólo quiere demostrarnos que tiene las cosas bajo control. Es un jugador.

—¡Un jugador, sí! ¡Un puto jugador!

Del Piero volvió a aparecer de repente. Tenía la tez pálida.

—¿Y? —soltó Leclerc.

—El entomólogo ha pasado una lámpara de luz ultravioleta sobre la carrocería de mi coche. Ha encontrado minúsculos restos de feromona. He debido de impregnarme simplemente al tocar la puerta. Courbevoix me ha hecho una demostración. ¡Esas asquerosidades voladoras se precipitaban sobre todo lo que tocaba, incluso tras lavarme las manos!

Leclerc se hundió en el sillón.

—Vale, vale, vale... Bueno... ¿Me está diciendo que ese desgraciado ha podido soltar en cualquier lugar sus mariposas y que la habrían encontrado simplemente con... el olfato?

—Así es. Esa misma hormona que las atrajo al confesionario o en el local de submarinismo.

Levanté la vista hacia Del Piero.

—¿Cómo se habrá acercado a su vehículo?

—¡De cualquier manera! En las calles de París, en un semáforo, delante de mi casa o incluso aquí. La feromona no se recoge, hablando con propiedad. Pero deje por ejemplo un trozo de cartón varios días con hembras esfinges y se impregnará de la hormona. Luego basta frotar ese cartón contra un objeto cualquiera para atraer a los machos. ¿Entiende lo que quiero decir? No es como si el asesino rompiera un cristal. Es un gesto totalmente vulgar...

El comisario de división ya no podía estar quieto.

Se inclinó otra vez por la ventana y luego, al girarse, espetó:

—La iglesia de Issy, la cantera de tiza, la casa de los Tisserand, el laboratorio parasitario... Caminos bien marcados, adonde sabía que íbamos. Quizás actuó en esos momentos. Un poco de esa porquería sobre uno de nuestros coches y ¡ya está! ¡Ya está!

Del Piero levantó las cejas mientras centraba la vista en el mensaje, al tiempo que Leclerc abordaba ya otro tema.

—¡Bueno! ¿Y los historiales médicos de los pacientes de los Tisserand? ¿Esa clínica de la peligrosidad donde trabajaban? ¿Qué resultados ha dado?

—Tres retenciones de momento, tres coartadas comprobadas. No se ha escatimado ninguna pista. Más de una decena de inspectores curran sobre el tema, noche y día. La descripción sucinta suministrada por el comisario Sharko, en un metro ochenta y cinco, corpulencia ancha, voz muy grave, sin duda acelerará el proceso. Si el asesino se esconde en esas páginas, lo atraparemos.

El comisario de división asintió.

—Estupendo. Mirad de ampliar al máximo las investigaciones. Personal hospitalario, familia del personal, primos, primas e incluso el chucho del vecino, ¿me habéis entendido?

—Le hemos entendido —respondió Del Piero.

El diablo Leclerc se metió tres chicles en la boca.

—Hay que tomarse muy en serio esa historia de la plaga —añadió—. Los servicios de enfermedades tropicales de cada hospital universitario de la región tienen como directiva señalar a las autoridades sanitarias el menor caso sospechoso de fiebre o malestar. Se ha puesto en funcionamiento un equipo especial.

Nos dirigió una mirada tensa, primero a ella, luego a mí. Le contesté con la misma vehemencia.

—Hay que pillarlo pronto, muy pronto. Estoy andando sobre ascuas, tengo que rendir cuentas. Utilizad todos los medios necesarios... ¡A trabajar! Shark, quédate un momento en mi despacho... —Esperó a que se cerrara la puerta. Unas profundas arrugas le marcaban la frente—. ¿A qué has jugado con el loquero?

—¿Y usted?

—¡Escúchame bien! ¡Estoy en la cuerda floja! Me vigilan, igual que te vigilan. Nos vigilamos los unos a los otros, es así. Tu familia, la malaria, ese Tisserand que la palmó entre tus brazos, puede ser excesivo. Quiero asegurarme de que aún eres apto para dirigir una investigación.

—Es Del Piero quien dirige la investigación, no yo. ¿O es que ya lo ha olvidado? Y en cuanto a mi salud mental, está bien. Gracias por preocuparse.

—Hablemos de tu salud mental. El inspector de la IGS me ha dado un primer balance de tu entrevista. No ha notado ninguna señal de pánico, ni de engaño. Te has espabilado bien, pero... ha entrevistado algo en tus ojos. Algunas ausencias, de vez en cuando, durante las que, en su opinión, parecías... estar en otro lugar, como desconectado. ¿Te has dado cuenta?

Levanté los hombros.

—Puede ser... Estoy... un poco cansado.

Designó mi antebrazo izquierdo.

—¿Alguna preocupación en particular?

—Ninguna —repliqué deslizando los dedos sobre la herida—. Una simple lata... Así que es por eso que...

Leclerc hizo crujir la nuca.

—Los dedos te tiemblan un poco, ¿te habías dado cuenta?

—Lo sé... La cloroquinina...

—A mí no me tiemblan... Todos estamos afectados, no tenemos vidas fáciles, hace un calor de muerte y ese tratamiento antipalúdico no nos ayuda en nada. Pero... algunos... reconstituyentes sólo pueden empeorar las cosas.

Levanté una ceja.

—¿Qué está insinuando?

Sus pupilas dieron unas vueltas por el suelo antes de clavarse en las mías.

—Nada. Pero para seguir en este trabajo, debemos estar al ciento diez por ciento. Si te sientes... demasiado cansado, vete a descansar.

—Estaré bien...

—En cuanto al loquero, te volverá a aplicar el tercer grado, cualquier día de éstos. No dejo el caso y espero que la próxima vez colabores más...

Salí dando un portazo, con los puños apretados. Ausencias... A los cretinos de la IGS no les faltaban artimañas para sembrar la confusión.

Al regresar a mi despacho, me puse en contacto con Sibersky, que me anunció, según las palabras del director del museo, que Vincent Amadore jamás había hablado de un viaje a Australia.

Hoy sábado no trabaja. Desde el fondo de su... palomar, debía de esperarse cualquier cosa, menos la visita de un poli hecho una furia.

Capítulo 16

El aullido del girofaro y su azul vivo me habían permitido sobrevolar París y salir de la ciudad por el norte en dirección a Rickebourg. Con las primeras sacudidas del campo, unos latidos agudos en la cabeza me obligaron a detenerme en el arcén, donde me rocié la nuca con agua templada. Me prometí a mí mismo dejar, costase lo que costase, esas malditas píldoras. No habían salvado a mi mujer. No me salvarían...

El poblacho vivía al ritmo lento de las segadoras, en ese oro glorioso del trigo recién cortado y de la germinación de las tierras pardas. La capital, a lo lejos, prisionera de sus montones aplastados de viviendas, se asfixiaba bajo los fluidos grises de su propia respiración.

El palomar de Amadore bordeaba una carretera secundaria apenas registrada por los mapas. El caserón de piedras se enrollaba en una torre alta, coronada por un tejado de cuatro aguas y perforada de innumerables ventanucos con los postigos cerrados. El fantasma de un molino sin aspas desplegaba una lengua de gravas por las que introduje el vehículo. A mi izquierda agonizaba un viejo coche, resplandeciente de polvo bajo los rayos victoriosos del sol.

Mis golpes repetidos sobre la pesada puerta de entrada no obtuvieron respuesta. La bestia retirada había decidido no abrir. Giré el pomo, por si las moscas. Uno siempre puede soñar.

Ni hablar de dar media vuelta, Amadore tendría todo el tiempo de deshacerse de sus encantadores bichos. Golpeé los batientes de la parte delantera y solté a viva voz un: «¡Policía! ¡Abra, por favor!», antes de pegar la oreja contra el metal. Un lejano crujido de suelo traicionó una presencia...

Ni el más recio de los hombros hubiese podido echar abajo la puerta. La gran cerradura debía resistir a cualquier kit de manicura y los postigos metálicos estaban, por supuesto, cerrados desde el interior. Amadore se había encerrado.

Rodeé la fortaleza a buen paso; advertí una amplia aspillera en uno de los flancos, a la altura de dos hombres. A ojo de buen cubero, si comprimía, si de veras comprimía el pecho, mi carcasa podría pasar por allí.

Di media vuelta e hice saltar la grava al arrancar con fuerza. Protegido por una curva, más lejos en la carretera, giré en un camino de tierra, quité el contacto; esperé unos cuantos minutos antes de correr a campo traviesa, la

frente alzada y la espalda curvada. Acabé pegado contra la torre, justo debajo de esa aspillera que me ofrecía su boca.

Agarrado a una hiedra, apoyándome sobre una celosía de madera, ascendí dos metros antes de colgarme al borde de la abertura. Tras una dolorosa tracción de bíceps, volteeé hacia el lado; me contorsioné hasta casi cascarme los riñones, me arañé los muslos y los antebrazos antes de que se me tragase la rendija.

Tinieblas. Frente a mí, un agujero horizontal, un túnel tan estrecho que mi cuerpo encogido sólo podía respirar mediante el ínfimo movimiento de codos y pies. Los aludes de oscuridad me sepultaron, cualquier luz detenida de cuajo por la masa de mis hombros.

Progresaba al ritmo del soldado herido, la nariz en el polvo, la camisa deshilachándose en las paredes laterales.

De pronto, el corazón me explotó. Mis dedos palpaban restos con plumas, huesos desmenuzándose, picos afilados.

Rodamiento de piedra. El genio luminoso surgió del mechero. Entorné los ojos, mientras la llama ya se apagaba en una corriente de aire. En el medio segundo de claridad, los había visto. Y todos los órganos se me habían contraído.

Palomas fulminadas. Montones de palomas reventadas... Una palabra me restalló en la cabeza. «Araña.» En mi interior saltaron señales de alarma. ¡Huir! ¡De inmediato! La cadencia respiratoria se triplicó. «Viuda negra europea..., mígala..., *Atrax robustus...*» Imposible dar media vuelta. Marcha atrás. Meter la cabeza entre los hombros, empujar con los codos y rascar con los pies. Como un viejo navío, la inversión de los vapores empezó.

Mi cuerpo apenas había empezado a retroceder cuando ESO me cayó en la parte inferior de la espalda. Un murmullo de carne, que se empezó a mover en dirección a mi nuca. Una lentitud de depredador meticuloso. La guardiana de la tumba.

La descarga de adrenalina en las fibras fue fulminante, los músculos se negaron a hacer acopio de sangre. Mi nariz se alzaba a dos dedos de un pájaro podrido y círculos de porquerías me abrasaban los labios.

No moverse más. La muerte colgaba de la punta de su hilo de seda. Me subía por la columna vertebral. Las patas crujían prudentemente sobre mi camisa, en ese perfecto cuatro tiempos de las maquinarias de guerra, erizando surcos de pelos. La asesina se embriagaba con mi sudor, se deleitaba con mi horror. Si me pica, reviento. E iba a picarme... Y avanzaba, avanzaba, avanzaba...

De un tirón, me arqueé con un largo aullido ronco. La espalda y la cabeza chocaron violentamente contra la pared. La sustancia pringosa que atravesó el tejido me subió por el espinazo en un gran beso glacial. Volví a hacerlo una, dos, tres veces.

El latigazo del terror me propulsó hacia delante. Con la punta de los dedos, con la fuerza de las falanges, apartaba los cadáveres de los gorriones

hacia un lado, reptaba a través de telas gruesas que se me pegaron al rostro como máscaras de terror. Mis uñas chocaron por fin con un pestillo. Con los dientes apretados, hice bascular la barra de hierro hacia el lado y, bajo la desenfilada de una trampilla, un gran arco luminoso perforó los grosores atenebrados. Me deslicé en ese corazón de vida sin pensar, al borde de la asfixia, cegado por esa seda asesina. La caída me aspiró, un metro de vacío que me dejó en el suelo con los riñones destrozados.

En cuanto a entrada discreta, había fracasado.

El confinamiento, bajo el control de neones centelleantes, medía apenas un metro cincuenta de alto. Ni una sola ventana. Apestaba. A mierda, a orines podridos. A ras del suelo, nubes de ratones galopaban, los bigotes tendidos al frente de sus pequeños cuerpos de algodón. Prietas las filas, tenían una escaramuza sobre hojas de lechuga aún frescas. Cualquiera hubiese intentado deshacerse de ellos, pero Amadore los mantenía.

Desenfundé la pistola y me quité la camisa y la funda de la pistola. De la araña ya sólo quedaba un rumor blanquecino, entreverado de la finura de las patas y de la bolsa reventada del abdomen. Me puse derecho y con el espinazo curvado, más bien roto, me dirigí hacia una puerta de madera. Me sangraban los codos, las rodillas, un hilillo púrpura me rodaba por los labios y un hematoma de color azul berenjena me amorataba el flanco derecho. Y pensar que me había hecho todo eso yo solito...

Tras la puerta, un sólido entorchado de escalones de piedra, que se elevaba hacia los cielos o se precipitaba a las profundidades. Opté por la parte inferior.

Planta baja. Tres habitaciones. Salón, cocina, cuarto de baño. Muebles viejos, sartenes gastadas, bañera antigua, con los cuatro pies de latón. El gran vacío de las cosas muertas.

Otra puerta, en el recibidor circular, protegía la entrada a una boca cavernosa. Eché un vistazo. A lo largo de una escalera de caracol, las paredes se enlutaban de pulsaciones violetas. Del fondo de ese pozo de tinieblas emanaba la curiosa respiración de lámparas de luz negra. Debían de estar ahí, bajo la tierra... Habría que afrontar la multitud de arañas y sólo tenía, para reconfortarme, ese trasudor infernal, que corría del hueco de mis palmas hasta los rigores fríos del arma.

Al hilo del descenso, los ladrillos reventaban bajo el soplo tibio del moho, que perlaba con ese silbido pálido del grisú amenazante.

A diez metros bajo la superficie, mi Glock registraba el espacio de las bóvedas mudas. En los subterráneos más siniestros aún, entre las fortalezas de cristal, una silueta se detuvo.

—¡No se mueva! —grité, el cañón al final del brazo.

El espectro se enrolló lentamente hasta confundirse con la oscuridad.

—No... ¡No he hecho nada! —dijo una voz.

Las luces negras colgadas del techo encendían mis manos como los guantes blancos de un payaso. Avancé con prudencia hacia Amadore, acurrucado en un rincón, tembloroso como un cordero recién nacido.

Alrededor, hileras de viveros gigantes, ávidos de sombra y humedad, donde temblaban, de vez en cuando, las hojas de arbustos en miniatura. Brotaban ahí, por docenas, invisibles bajo murmullos de vegetales o virutas de madera. Las arañas.

Agité mi placa de policía y con una seña insté a Amadore a levantarse.

—No... ¡No tiene derecho! —cloqueó.

Tendió un ancho cuello de búfalo sobre un cuerpo de hombros caídos, tipo boxeador venido a menos, con unos pequeñísimos ojos de garduña donde bailoteaba el miedo.

—¿Qué contienen esos viveros? —espeté golpeando con la culata del arma el plexiglás.

—A... Arañas. ¡Nada me impide poseerlas!

—Depende. ¿Son peligrosas?

—En absoluto.

—Acérquese, señor Amadore. Despacio...

Obedeció. Una vena se le hinchaba a lo largo de la arcada derecha. No era un modelo de belleza, el tipo, una fealdad de insecto malo. Le rodeé el puño con la mano, quité la tapa de una jaula y metí nuestros dos antebrazos en el interior, el suyo ligeramente más adelantado, para ser corteses.

Se puso a gritar.

—¡Pare! ¡Pare! ¡De..., de acuerdo!

Solté la presión.

—Muy bien, señor Amadore. Volvamos a empezar con mejores bases. ¿Esas arañas son peligrosas?

Apretó los dientes.

—¡Sí! ¡Joder! Ha estado a punto de...

Dio un golpecito al cristal. Dos patas exploradoras atravesaron la alfombra de hojas.

—¿*Atrax robustus*? —me aventuré.

Los ojos le chisporrotearon.

—He tomado todas las precauciones, ¡incluso tengo sueros antivenenos! ¡Vivo en medio del campo, están encerradas y no pueden perjudicar a nadie!

—Se olvida de la amiguita del piso de arriba, en la especie de túnel que da al exterior...

—¿Mi *Steatoda nobilis*? ¿No me diga que la ha aplastado?

—Un buen puré blanco.

Lo acorralé contra el habitáculo de la *Atrax*, el pecho bien alto.

—¿Dónde las consigues?

El rostro del biólogo se descompuso.

—Yo... yo... ¿Qué va a hacerme?

Simpático, el joven, y maleable. Se imponía el tuteo.

—¿Sabes qué? —contesté apoyando una pesada mano sobre su hombro—, me importan un comino esos bichejos que escondes aquí. Si te apetece meterte el canguelo, es problema tuyo. A mí, lo que me interesa es cómo los obtienes.

Me miró dos veces.

—No..., no puedo hablar... Tendría problemas gordos.

—¡Por ahora, tu problema soy yo!

Amadore captó toda la sutileza de mi comentario cuando volví a rodearle el puño con la mano.

—¡No! ¡No lo vuelva a hacer! Es..., es en un mercadillo de insectos donde me lo encontré la primera vez... Debe de hacer cosa de un año...

—¿A quién?

—Un tío que no había visto nunca pero que, por lo visto, me conocía. Ese día se me acercó y me dijo que podía dar con cualquier variedad. ¿Lo entiende, señor...?

—Sharko...

Movió el brazo y acabé por soltarlo.

—... Señor Sharko, las pasiones llevan a veces mucho más allá de lo razonable. La gente tiene más miedo de las arañas que de la muerte y yo, en cambio, las admiro. Son modelos... perfectos. Actualmente, ningún acero, ninguna fibra sintética presenta una estabilidad comparable a la de su seda. Se estudia incluso para fabricar chalecos antibalas, ¿se lo imagina? Tenía la oportunidad de tener en mis manos los especímenes más extraordinarios del planeta; previo pago, por supuesto. Cualquier aracnófilo hubiese aceptado tal propuesta.

Los ojos de Amadore se iluminaban. Ante mí se desplegaba otro ser totalmente diferente, que había enderezado los hombros y abierto bien los ojos.

Pasé al tratamiento de usted.

—¿Qué sabe de ese proveedor?

—Nada de nada —contestó con un gesto resignado—. Es él quien se pone en contacto conmigo cuando hay mercadillos de insectos, cuando le parece bien. Entonces me pregunta si me interesa tal o tal otra especie. Si es el caso, me cita cada vez en un lugar diferente... A veces espero una, dos o tres

semanas. Esto... le va a parecer extraño, pero me he dado cuenta de que dependía del ciclo lunar.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que del ciclo lunar?

—He debido de ver a ese tipo una decena de veces. Siempre procedíamos al intercambio una noche de luna nueva. Lo he comprobado en un calendario. Justo en la luna nueva...

—Los ciclos lunares... No tiene ningún sentido... ¿Las arañas son sensibles a eso?

—En absoluto. Yo también he buscado una explicación, pero no he encontrado ninguna. Seguirá siendo un misterio...

Una tela vibró, a ras de mi cabeza. Dos patas oscuras rayadas de amarillo se despertaron al borde de una fisura. Di tres pasos hacia atrás.

—No tenga miedo —dijo el biólogo—. Son pequeñas arañas de la cruz, que se encuentran en todos los jardines. Nada del otro mundo.

Me desplazé ligeramente, las manos sobre el pecho.

—¿Cómo se abastece?

—Ni idea. Me muestra una lista de arácnidos y yo escojo.

—¿A cuánto se los vende?

Amadore desapareció en las tinieblas, metió lentamente la mano en un manto de virutas y recogió una migala de mandíbulas rosadas, a la que acarició.

—A su izquierda, la *Latrodectus mactans*, una viuda negra de Sudamérica, me costó más de mil euros. La *Atrax robustas*, el doble.

Me llevó debajo de otra bóveda, iluminada por bombillas rojas, cerrada por un gigantesco cristal de plexiglás. Del otro lado, el infierno. Pirámides de sedas entrecruzadas, insectos dentro de capullos, carcasas digeridas.

—Este magnífico espécimen de *nephila* es el más caro de mi colección, cerca de los cuatro mil euros. Es una variedad tropical que posee el hilo más resistente del mundo. Su tela es capaz de detener a seres humanos a ritmo de andar. Mírela trabajar, en el rincón, arriba a la derecha. Necesita una hora y cuarto para tejer ciento cuarenta metros de seda perfecta. ¡Una pura maravilla!

Se me erizaron los pelos, preso en ese frío intenso que me subía por el espinazo.

—Miles de euros que se pudren en un sótano. Confieso que me cuesta entenderlo —comenté con un gesto nervioso.

Amadore me clavó la mirada, y los ojos se le llenaron de furia.

—Y una litografía más fea que una cagada de paloma, ¿cree que tiene sentido? ¡Las arañas siempre han impuesto el respeto! Son arquitectos nobles, los indios navajos se inspiran en ellas para construir sus hogares. Los biólogos

utilizan el veneno de las *Atrax* para crear cereales que envenenan a los insectos. ¡Tenemos tanto que aprender de ellas! Están en todas partes. Se encuentran dos millones en un campo y más de treinta en las casas más limpias que pueda imaginar. Están fuera de nosotros y dentro de nosotros. En lo que dura una vida, aquí en Francia, una persona se traga una decena durante el sueño. ¡Es verídico! ¡Me encanta contar eso a las mujeres! ¡Imagínese la cara que ponen! ¡Diez arañas que uno se traga, en plena noche, sin darse cuenta!

Tragué saliva ruidosamente y me obligué a permanecer concentrado.

—¿Qué aspecto tiene su proveedor?

—Unos cuarenta años, no muy alto, quizás un metro setenta. Tipo mexicano, con acento hispano y muchas sortijas en los dedos. Un tío nervioso, del tipo que da miedo, bigote negro y mirada inquietante.

No se trataba del asesino, mucho más imponente según la apicultora.

Dejamos atrás los túneles de arañas, hacia la superficie, y acogí las grandes bocanadas ardientes del astro como una liberación.

—¿La llamada anónima... era usted, antes? —me preguntó el biólogo mientras abría los postigos.

Asentí entornando un poco los ojos.

—Hoy es sábado. Debe de haber un mercadillo hoy, ¿no?

Sacudió con fuerza la cabeza.

—No, no y no. Lo veo venir. ¡No pienso ir!

—¿No me va a decepcionar ahora, señor Amadore? Araña pequeña se volverá grande...

—Es usted...

—¿Qué?

Se tapó la boca. Proseguí.

—¿Dónde se lleva a cabo?

—En la plaza de Tertre, en Montmartre. Es un nectarno, de las nueve a las doce de la noche, pero...

Saqué el móvil.

—¿Qu... qué hace? —cloqueó Amadore.

—Van a venir unos colegas, vamos a formarle y poner un plan de acción en marcha. Esta noche, nos entregará a ese mexicano en bandeja.

—Y... ¿Y si no viene?

—Ya veremos... Mientras esperamos, vamos a bajar a su sótano. Acabo de tener una idea... mortal...

Capítulo 17

Un hombre con el torso al aire, agotado, agobiado por las secreciones de su cuerpo, que regresaba a su apartamento, muy solo en medio de su cansancio. Dentro de un puñado de horas, ese hombre volvería a recorrer las calles, bajo la noche pesada, con esa esperanza vana de cazar, una y otra vez, a esos fantasmas del crimen que teñían de rojo el asfalto con sus hojas relucientes.

Sábado, las siete de la tarde. El momento del ritual, mi pulso de esperanza.

Refrescado por la ducha, vestido, afeitado, se paseaba por las calles ya tranquilas del barrio hasta las paredes altas y rectas del parque de la Roseraie. A esa hora, las verjas estaban cerradas al público pero Marc, el vigilante, conocía mi historia y la importancia que revestía a mis ojos ese territorio de paseos. Pulsé el interfono, Marc apareció ante una de las ventanas de su casa y abrió dirigiéndome, a lo lejos, una amplia seña con la mano. Le contesté con la misma generosidad.

Mis amadas habían sido enterradas en su tierra del norte, en el vientre desgraciado del carbón gastado y de los almacenes abandonados. Así que, demasiado lejos de ellas, venía a recogerme allí, cada semana, sobre esos mantos vibrantes de la fuerza de las rosas y de la grieta de sus yemas. En ese entorno de soledad, paseaba por los senderos adelgazados por la abundancia de los pétalos, mis dedos rozaban las cortezas francas de los olmos, las maderas pintadas de los viejos bancos en que se habían relajado tantos enamorados. Y, como cada sábado, a esa misma hora, lloraba. Lloraba muy bajito, con ese llanto cálido de niño que rodaba desde hacía tanto tiempo por mi corazón. Sin odio, sin dolor, ¡pero con tanto amor!

Marc, a menudo, me veía regresar, las mejillas torpemente secadas, los ojos brillantes, y me veía alejarme sin decir palabra, con esa misma seña cálida en la punta de los dedos. «Adiós, comisario, y hasta la semana que viene...» Mi epopeya siempre acababa en el fondo del parque, a la vuelta de un parterre de flores donde un magnífico roble ridiculizaba un fresno poco fuerte. Con Suzanne, habíamos escogido ese último, su tronco abollado, para grabar ahí nuestras iniciales; simbolizaba la fragilidad interior de los seres y la pureza delicada de los sentimientos. Me gustaba acariciar esas letras de antaño, recordar, sacar del fondo de mi memoria los labios hundidos de mi mujer y el rocío de sus palabras... Paul Legendre tenía razón: los árboles desprendían energía.

Pero esa noche mis dedos palparon otra cosa que nuestras inscripciones. Laceraciones, desgarros de corteza, tan profundos que el fresno sangraba. La «F» de Franck, la «S» de Suzanne ya no existían, torturados por la violencia de un cuchillo. La savia aún corría.

Me giré bruscamente. El sol poniente me cegó, resplandeciente entre la hojarasca. Las sombras se alargaban. Troncos, rosales, extensiones de hierba. Nadie. ¿Quién había podido hacer algo así? Mi secreto...

Entonces, de repente, lo supe. Una íntima evidencia. La chiquilla del número siete. ¡Esa pequeña endemoniada! La que me había oído soñar con el roble y el fresno...

Me lancé a través de las alamedas, atajé por los céspedes cuidados, sustituyendo las lágrimas por la furia, y luego llamé a casa del vigilante.

Un poco sorprendido, me tendió la mano, que envolví entre las mías.

—¡Marc! ¿Has visto venir a una niña por aquí, sola? ¡Debe de tener unos diez años, pelo castaño, bastante largo!

Me miró de arriba abajo, con una expresión de curiosidad.

—¿Ha ocurrido algo?

Le apreté con más fuerza las falanges. Se concentró un instante.

—Hay muchísima gente que se pasea aquí durante el día, incluidas numerosas niñas. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No has visto a nadie después de cerrar?

Sacudió la cabeza.

—Eres el único a quien dejo entrar en el parque fuera de los horarios... ¿Quieres entrar a tomar un té?

—No, no tengo tiempo, lo siento.

Marc no ocultó su decepción.

—Bueno... Si puedo ayudarte, si necesitas... hablar, no lo dudes...

Incliné la cabeza, dispuesto a marcharme, cuando me preguntó:

—¿Ahora vienes dos veces por semana?

—¿Cómo?

—Pues sí, ayer, y ahora hoy.

—¿Ayer? ¿Cuándo?

Me miró de forma extraña.

—¡Pero bueno! ¡A las diez y media, casi de noche! Llamaste al interfono: «Soy Franck Sharko. ¡Déjame entrar!». ¿Ya no lo recuerdas?

Me rasqué la frente.

—¡Mierda! ¿Pero qué es esta historia? ¡Ayer por la noche no me moví de casa!

Los ojos de Marc se abrieron de par en par.

—Pero...

—¿A quién viste anoche?

—Pues... De hecho, no me fijé mucho. Estaba oscuro, distinguí unos hombros anchos, una estatura alta, como la tuya. No..., no levantaste la cabeza en mi dirección, me pareció extraño porque siempre me saludas. Pensé que debías de estar cabreado o distraído...

Mis dedos se estremecían sobre los labios.

—¿Y la voz? ¿La voz? ¿De qué tipo?

—¡El interfono funciona muy mal, ya he pedido miles de veces que lo cambien! Las voces siempre son las mismas...

Acerqué mi rostro al suyo, a un palmo. La unidad de mis sentidos hervía.

—¿No has observado nada más?

—No, nada. Llamaste..., en fin, llamó otra vez un cuarto de hora más tarde, sin ni siquiera decir buenas noches, y luego se marchó... Ese... Ese individuo, ¿qué vino a hacer a mi parque?

—No tengo ni puñetera idea, Marc, no tengo ni puñetera idea —repliqué, secándome el rostro con un pañuelo.

Y desaparecí por el asfalto tibio, arrastrando los pies...

Los trenes... Poner en marcha los trenes. Arabesca de bielas, figuritas de vapor. Reflexionar. Me coloqué en el centro de la red, en posición del indio, los puños bajo la barbilla. Primero Del Piero, con las esfinges. Ahora yo, atacando mis tesoros enterrados. Nos había contaminado, afectado desde el interior, y ahora trabajaba nuestras almas. ¿Cómo había conseguido alcanzar mi intimidad hasta tal punto?

Un balance... ¿Quién lo podría haber adivinado, para la Roseraie? Ese rincón... Nuestro rincón. Nadie lo sabía. Las inscripciones, marcadas a cuchilladas... Nuestro fresno... Todo debía de venir de la pequeña, a la fuerza. Le había contado la historia a alguien. Un tipo con las mismas espaldas que yo. ¿Quién?

«—¿No te encuentras bien, Franck? ¡Explícamelo! Estoy dispuesta a escucharte.

»—¡Déjame en paz! Ahora no es el momento, ¿vale?» Puse en marcha la armada de locomotoras eléctricas, empujé la potencia al máximo, despertando el clamor brusco del acero.

Tras la violación de mis órganos, quemaba los recuerdos de mi mujer, destrozaba mi pasado. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Nunca me habían temblado tanto las manos. Sudaba por todo el cuerpo, una sequedad de horno me rodaba por la garganta. Necesitaba una más, otra vez. Una píldora mágica. Una droga peligrosa, pero necesaria.

Un silbido, detrás de mí. Giré la cabeza. ¡La niña! Iba y venía al fondo del salón, su mirada de felino clavada en mí. ¿De dónde había vuelto a salir?

—¡Mierda! ¡Tú, ven aquí! ¡Tengo una par de cosas que decirte!

—No digas a nadie que me conoces, Franck. ¡Sobre todo! ¡Es un secreto entre tú y yo! ¡No debes traicionar nunca ese secreto! ¡Nunca! Si no...

Me levanté de un salto, furibundo, con los puños apretados. Quería lanzarme en su dirección, pero golpeé con el pie un convoy a toda mecha y di vueltas por los aires hacia delante, con ese último reflejo de evitar la catástrofe ferroviaria aterrizando sobre las palmas. Sin embargo, un túnel explotó, el hombro izquierdo pulverizó una estación y aniquiló cualquier forma de vida ficticia en los alrededores. Vacas, personajes, arbustos... aplastados.

Me puse de pie, me propulsé por el salón pisándole los talones.

Ya había escapado por el pasillo.

Di un violento portazo, cerré con llave y grité:

—¡No quiero verte más aquí, ¿me has entendido bien?!

¿Por qué, una vez más, había dejado la puerta abierta? Me desmoroné en el suelo, la espalda pegada al suelo, y me tapé el rostro con los brazos.

«—Te estás viniendo abajo, Franck, te estás viniendo abajo. Tienes que reponerte, mi amor. Es difícil soportar la vida sin nosotras, pero no puedes hacer otra cosa. ¡Es así! No hay otra solución, amor mío. Créeme, no hay otra solución...»

Me levanté, hurgué el bolsillo del pantalón pringado de telas de arañas y polvo. El pastillero... ¡Había desaparecido! Debí de perderlo en ese maldito túnel, en casa de Amadore... En el botiquín, nada de nada. El mueble del cuarto de baño, vacío. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Necesitaba una pastilla, de forma imperiosa. Todo, cualquier cosa. Una pastilla, poco importa la sustancia. Willy...

Sonó mi móvil.

—¡Sh... Sharko!

Era Sibersky.

—¡Comisario! ¿Qué demonios está haciendo? ¡Ya estoy en el lugar, con Amadore!

Eché un vistazo al reloj. Las ocho y cuarto.

—¡Mierda, no he... visto pasar el tiempo!

—Pero... ¿Aún está en casa? Con el tráfico, necesitará horas para...

—¡No... te preocupes... por eso y empieza sin mí! ¡Ya voy!

Una última vez, antes de salir de esa tumba devorada por la voracidad de los trenes heridos, me entretuve a mirarme las manos, los dedos azorados, agitados por ese temblor permanente e impulsivo de los drogados...

Golpeé la puerta de al lado, pero Willy no me contestó. Sin pastillas...
¿Cómo iba a reaccionar mi organismo?

Capítulo 18

¡Los pasos lentos de los noctámbulos subían por las calles, entre la respiración apacible de los arces y la ralentizada de los tilos. Es bajo el fresco rosa del crepúsculo que la colina de Montmartre arde de vida, más allá de las viviendas grises y nubladas del cerco parisino.

Atrapado en las arterias congestionadas de la capital, no había conseguido unirme a Sibersky hasta las diez de la noche, la nuca dura de tensión. Al hilo de un frenazo, había estado a punto de chocar contra vehículos, siempre molestado por esas voces de ultratumba. En algún lugar dentro de mi cabeza, mi hija canturreaba, mientras mi mujer me aconsejaba que prolongara el combate de la vida. Esas palabras llegaban, se marchaban, luego volvían de repente, engrandecidas por sus gloriosas intenciones. En definitiva, esas voces querían el bien. Pero ¿cuándo me dejarían en paz?

El teniente vigilaba en la terraza de La Crémillère, con un discreto auricular cuidadosamente metido en el conducto auditivo.

En dos ocasiones, lo había contactado por el móvil, al acecho de las novedades. Pero el lobo mexicano seguía haciéndose esperar.

Delante, en la plaza iluminada, filas ordenadas de vendedores desplegaron sus puestos de insectos. Espirales de moscas, fractales de hormigas, torbellinos de mariquitas que saltaban contra paredes translúcidas. Se despertaba un mundo de vibraciones, chirridos, un hormigueo controlado expuesto a la mirada curiosa de los transeúntes o de expertos apasionados que venían a encontrar alguna perla. Mantis religiosas, morios azules, escarabajos eremitas... El extremo izquierdo del mercado ensombrecía el cuadro con sus alineaciones repugnantes de arañas. Patas velludas, abdómenes tensos. En esa abundancia de mandíbulas, los rostros de los turistas hacían muecas, algunas mujeres, avivadas por una curiosidad peligrosa, incluso estaban a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—¿Dónde está Amadore? —le pregunté a Sibersky mientras pedía una cerveza.

Eché un vistazo a mi vestimenta todo terreno, pantalón beige fino, camisa lisa y náuticos, y replicó:

—Ultimo pasillo. Sánchez lo tiene controlado. Madison se pasea por el mercado, en busca de ese mexicano. —Señaló mi móvil—. Del Piero ha intentado localizarlo antes de llamar aquí, hace diez minutos. ¿No ha contestado?

Mi Leffe llegó. Liquidé la mitad de un trago, para sustituir la pastilla. Un deseo irreprimible de mierda en las venas.

—No lo he oído, todo el mundo pitaba. ¿Qué quería?

—Tan sólo saber cómo iba todo. Tenemos que mantenerla al corriente después de la operación.

Me enjuagué la frente sudorosa, escuchando apenas al teniente. Una vez vaciado el vaso, los dedos me temblaban un poco menos.

—No es muy de su estilo llegar tarde —me picó Sibersky—. Parece... nervioso. ¿No se encuentra bien?

Intentaba capturar mi mirada. Me levanté.

—Es esa porquería... de cloroquinina... Me retuerzo todo el día en el trono... Si me permites, voy a inaugurar el de esta cafetería...

Me largué al lavabo para echarme agua helada sobre la cara. Mis ojos se alzaron hacia el espejo que tenía frente a mí, esos ojos de apariencia, cansados de haber visto demasiado. Me encerré en un váter, hice grandes respiraciones, intenté calmar mis manos, masajeando una con la otra. «La niña, las laceraciones en el fresno, el asesino que usurpa mi identidad...» El estómago me torturaba, un mono atroz me crecía en la garganta. Las pastillas... Golpeé con los dos puños la pared y me levanté con violencia. Si tenía que vigilar a alguien hoy, se trataba de mí.

El sitio vacío de Sibersky fue una buena bofetada. ¡Esfumado! Me precipité al final de la terraza, escudriñé los alrededores. Los pintores, a la izquierda. La multitud sudorosa de los transeúntes, en la calle. Los pasillos animados, más hacia atrás. Pero no había policía.

Mi móvil vibró; descolgué de inmediato.

—¡Madison ha visto a un tío que podría cuadrar! —explicó Sibersky—. Tipo mexicano, bigote, con muchos anillos en los dedos. ¡Se larga en dirección a la iglesia, a lo opuesto de la plaza! ¡Está en mi campo de visión!

—¡Mierda! ¿Nos ha visto?

—No creo, está andando. ¿Lo trinco?

—¡No! ¡Ya voy!

Me lancé a la calle, a toda prisa, y di la vuelta a la plaza por una vía lateral. El corazón me subió rápidamente al rojo, la glotis se incendió bajo las exhalaciones ardientes. Esas malditas pastillas me destrozaban el cerebro y todo el interior.

Sibersky avanzaba, más adelante, en esa gran vía rectilínea. Yo seguía corriendo, a la sombra de las fachadas, hasta reunirme con el teniente en el dolor del jadeo demasiado corto.

—¡Ahí! —dijo Sibersky, indicando una silueta cien metros más adelante.

—¿Madi... son, Sánchez? ¿Dónde... están?

—Sánchez vigila a Amadore, Madison sigue las rondas, por si las moscas...

De repente la forma se desvaneció.

—¡Mierda!

Sibersky se lanzó a la primera, le pisaba los talones, con la respiración sibilante. No tardó en dejarme atrás, cinco, diez, veinte metros, sobrevolando el asfalto con esa zancada joven y entrenada. Giró en el ángulo invisible de una minúscula callejuela. Al fondo, el mexicano obstruía el paso con cubos de basura que tiraba al suelo antes de seguir huyendo. El teniente inspiraba fuerte, el arma empuñada, los brazos vigorosos, el cuerpo tendido en la carrera. Yo sacaba la lengua pero resistía. El segundo sopló llegaba, más allá del dolor y el alquitrán de los cigarrillos. Por fin se aceleró mi ritmo.

En el estrechamiento, unos niños se pegaron a la pared, una mujer entró precipitadamente en su casa. Tras una curva, la callejuela se estrechó en un estrangulamiento de asfalto. La oscuridad caía sucia, gris, sobre las paredes mugrientas. Sibersky había ganado terreno, el fugitivo estaba muy cerca, luchando contra una rejilla tambaleante. Su estertor se oía claramente ahora; se izó con la punta de los dedos, gruñó, rodó del otro lado. El teniente se precipitó con un grito, superó el obstáculo, dopado por la rabia. En cuanto a mí, corría recto, la valla se dobló bajo el peso de mis cien kilos. Gritos anónimos, transeúntes que se dispersan, chirridos de neumáticos. Enfrente, una arteria de letreros luminosos, pubs, restaurantes. En el punto de mira, las cúpulas límpidas del Sagrado Corazón. Del otro lado de la calle, dos hombres a la fuga, en las tinieblas de otro hilo estrecho. Corté recto, sin doblegarme ni pensar, los dientes apretados. Se me hinchaban los pies, me quemaban los talones. Más allá, un abismo de escalones me aspiró mientras, en la pendiente, dos seres furibundos luchaban. Vi a uno agarrar al segundo, tirarlo contra una barandilla, sacudirlo una vez más antes de que la caída se lo tragase. El tipo de los anillos rodó por seis escalones gimiendo. Ahí, con gruñidos de bestia, el poli dominaba, ambas rodillas sobre un espinazo doblegado.

Acabé de bajar a paso lento, con una bonita bilis en los labios y el cuerpo destrozado. Me espachurré en el suelo, el aliento en el de ese cuerpo esposado, mientras Sibersky se recuperaba contra un poste, desplomado, las piernas abiertas. Nos quedamos los tres sin decir palabra, derribados por el fuego de los pulmones, como bestias agonizantes.

Tras recuperar un semblante de calma y dos o tres neuronas aún válidas, agarré al hombre por la espalda y lo levanté.

Desde su mirada torva, me echaba humo con una expresión de desafío, con la sonrisa de los que odian, y luego me escupió a la cara, profiriendo un salivoso «¡hijo de perra!⁴». Le asesté un puñetazo en el pecho, el mejor sesga-sonrisas.

—No..., ¡no es el momento de ponerme nervioso! —Me cabré sacudiéndolo con fuerza.

⁴ En español en el original. (N. de la T.)

El cacheo corporal reveló una pistola, una barrita de hachís y tres mil euros en metálico...

—¡Está bien, Umberto... Valdez! Tengo que hacerte algunas preguntitas y no dispongo de mucho tiempo. Así que espero que...

Otro golpe le hizo tragarse el rictus.

—... cooperarás.

—Que... te... jodan... —Se ahogó en una ráfaga de perdigones.

Hablaba con ese acento de general de guerrilla. La boca se le deformaba bajo las «r» marcadas en la garganta.

Lo cogí por el cabello y le levanté la cabeza, bajo la mirada alucinada de Sibersky.

—¡Cuéntanos qué hacías en ese mercadillo!

Aún se rió maliciosamente, más allá del dolor.

—Un paseo... ¿Acaso algo me lo impide?

Me giré hacia el teniente.

—¿Has cogido tu buga?

—¡He venido con el de Madison.

—¡Perfecto! Llama a Madison y Sánchez. ¡Diles que el tío se ha escapado y que pueden regresar a casa!

El teniente abrió los ojos de par en par.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo, joder! ¡A este hijo de puta lo vamos a sangrar! — Volví a secarme la frente y añadí—: Mientras tanto, voy a buscar el coche. ¡Espérame con este desgraciado en lo alto de las escaleras!

Sibersky se llevó a Valdez a un rincón y me agarró por la camisa.

—¡Está fuera de sí! ¿Qué mosca le ha picado?

—¡Vigílalo y cierra el pico!

Volví a aparecer quince minutos después, tras el volante, tenso al punto de destrozarme los nervios. Sibersky comprimió a Valdez en la parte trasera y se sentó a su lado.

—Sánchez y Madison, ¿lo has arreglado? —espeté mirando por el retrovisor.

—Sí. No están al corriente de nada, pero...

—A partir de ahora, no más preguntas. ¿De acuerdo?

—Está... bien, confío en usted... —dijo sin ninguna convicción.

El mexicano empezaba a agitarse.

—¿Pero qué es esta historia? —chilló—. ¡Eh, hombre! ¿Adónde me llevas? Y tú, ¿no dices nada? ¿Y mis derechos?

—Tus derechos, ¡nos los pasamos por el forro! —repliqué con una risita perversa.

Arranqué a todo gas, acariciando con la mano una mochila llena de sorpresas.

Necesitaba un lugar aislado. El cartel «centro de recogida», cerca de la puerta de la Chapelle, me venía de perlas. Así que subí por la avenida del mismo nombre y giré en una calle sin vida, sobrecargada de prefabricados y pequeñas empresas, que nos llevó a las fronteras del monstruo de basuras. Detrás, Valdez, sorprendentemente, había dejado de moverse.

Faros apagados, Maglite, mochila. Vamos allá. Pero Sibersky, que había salido del vehículo metiendo en vereda al mexicano, me detuvo.

—¿Qué está haciendo?

—¡Ese desgraciado va a hablar, y enseguida! ¡Quédate aquí y vigila que no me moleste nadie!

Me asió por el hombro.

—¡No podemos hacer esto! ¡Comisario!

Lo aparté con firmeza.

—¡No tenemos tiempo! ¡Debe soltar prenda! ¡Inmediatamente! ¡Y apártate de mi camino!

Boté a Valdez del coche y lo propulsé delante de mí. Sibersky se quedó apoyado en el capó, sin palabras.

—¿A qué juegas, hombre? ¿Quieres asustarme? ¡Eres poli! ¡No me harás nada!

—No sabes de lo que soy capaz... —le susurré al hueco del oído—. Ya no tengo nada que perder, nada de nada... En cambio, tú vas a perder los cojones.

Tras haber superado la barrera de seguridad, lo arrastré a la alineación de volquetes; él, basura entre las basuras. Lo aplasté contra una chapa reluciente de aceite, mi linterna en sus ojos.

—Tus insectos, ¿cómo los consigues?

—¡Que te jodan! ¡Hijo de puta!

Mi puño impactó en su flanco izquierdo, y se dobló antes de soltar una risa infame.

—¡Me parece que estás seriamente perturbado, hombre! ¿Cuál es tu problema? ¿Te chutas? ¡A los drogatas los huelo a kilómetros, tío! ¡Eh, teniente! ¡Tu colega se coloca!

Volvió a tensar su mirada de basura, abrasada por un odio instintivo hacia los polis. Tenía los hoyuelos reventados de cicatrices y tiraban de esa piel volcánica quemada por el azufre de las peleas.

Lo obligué a sentarse y me quité la mochila. Saqué dos pañuelos, que le metí en la boca. Gritaba ahogado, escupiendo un furor sordo, cuando tres vueltas de cinta aislante lo amordazaron de verdad.

—Si te decides a rajar, asentirás con la cabeza...

Respiraba violentamente por la nariz, la frente alta arrugada de cólera, y daba golpes con los talones con la agresividad de los toros locos. Me senté sobre sus muslos, con la nariz a dos centímetros de la suya. Las rodillas le crujieron.

—Sabes, médicos especialistas del dolor han demostrado que el peor de los sufrimientos físicos es la sofocación seca. Cuando todo el organismo reclama aire, con la lengua que se hincha en la boca, el corazón que late cada vez más fuerte, hasta explotar en el pecho. ¡Brrr! No me gustaría estar en tu lugar.

Metí la mano con prudencia dentro de la cartera. Cuando extraje un pequeño ataúd de plexiglás, los ojos del mexicano se desencajaron.

—¿La reconoces? *Latrodectus mactans*, la viuda negra más peligrosa del mundo. Un puto concentrado de veneno. Creo que no ha apreciado mucho que la encierren. Parece... nerviosa. Bueno... A menos que estés al corriente, voy a explicarte lo que provocará su mordedura...

Le desabroché la camisa, le apoyé la caja sobre el pecho y retiré el pequeño candado.

La araña se apretujaba sobre sí misma, dispuesta a saltar, las mandíbulas llenas de veneno.

—¡Me encantan! ¡Me encantan estos bichitos!

Mis manos se alzaron al cielo, mientras sus mejillas se hinchaban de miedo. Me tomaba por un loco. Mucho mejor.

—Diez minutos después de la mordedura, vas a sentir un dolor enorme, primero en la zona picada, luego por todo el cuerpo. Contracciones musculares violentas, opresión torácica... simpático después de todo... Luego... Lo llaman neurotoxinas... Parece ser que paraliza uno por uno los músculos respiratorios, lentamente, muy lentamente. ¿Sabes a qué lo comparan? ¡A un tipo sin aliento al que metieron bajo el agua y sólo tuviese una pajita muy fina para respirar! ¿A que es divertido?

Puse la punta de los dedos sobre el pestillo. La asesina se afilaba los colmillos.

—En menos de media hora, sin atención médica, eres hombre muerto. Tu cadáver se pudrirá en el fondo de esos volquetes. Te dejo cinco segundos para pensar. Cuando acabe de contar, abro.

Se desencadenó una tempestad en sus retinas, le sobresalían venas de la frente y las sienes. Al ultimátum no había reaccionado.

—Eres más duro de lo que pensaba... Pero no sabes con quién te la juegas, capullo.

La araña vio desaparecer la trampa, palpó y luego se aventuró sobre el territorio de pelos, y las ocho patas desmenuzaron esas vibraciones de pecho. Era un monstruo de pesadilla, con el tórax desmesurado moteado de manchas rojas y las patas tan corvas que parecían agujas.

El pánico retorció las tripas del mexicano, un olor de defecación se sobrepuso al de las basuras. Cuando movió la cabeza para indicar que se rendía, el depredador mordió en pleno centro del pectoral izquierdo. El grito de Valdez atravesó las capas de cinta.

Aplasté al horror con el pie, su cuerpo se comprimió mientras las patas se retraían. Me agaché y acerqué mi rostro al del mexicano.

—¿Es que no me creías capaz, capullo? ¡Golfo de los cojones!

Lo solté con desprecio, al darme cuenta de que aún seguía apretándole la garganta.

—Ahora voy a quitarte la cinta. Dime lo que quiero oír y llamo a una ambulancia. Si gritas, te amordazo y te tiro en el volquete, ¿vale?

Asintió apresuradamente. Arranqué la cinta aislante, así como buena parte de su bigote, y luego le retiré los pañuelos de la boca.

Escupió las tripas antes de soltar:

—¡Joder! ¡Estás chalado! ¡No me dejes morir! ¡Hijo de puta!

—Te repito la pregunta. Tus arañas, ¿cómo las consigues?

Se ahogó otra vez, los ojos clavados en los dos minúsculos puntos rojos de su torso.

—¡Sanctus Toxici! ¡El santuario de los venenos! ¡Un lugar bajo tierra!

—¿Dónde, bajo tierra?

—Joder! ¡Me van a machacar vivo si hablo!

—Ésa debería ser la menor de tus preocupaciones ahora...

Evaluó rápidamente el comentario y luego contestó:

—Parece... una parada de metro fantasma... Un túnel de raíles, sin acceso exterior, tapiado. Inaccesible... Pero hay un medio de bajar. Un pasadizo secreto...

—¿Dónde? ¡Estás perdiendo unos segundos preciosos!

Sacudió la cabeza. Le perlaban grandes gotas por las sienes morenas.

—¡No lo sé exactamente! La cita..., en el sótano de un bar africano..., el Ubus... En el distrito veinte... Después, te vendan los ojos... Tienes que andar varios minutos...

Pegué mi frente a la suya.

—¿Y qué hay ahí abajo?

—¡Me cago en ti, hijo de puta! ¡No tengo tiempo!

—¡Yo tampoco!

Las palabras se le solaparon en la boca.

—¡Todo tipo de cosas extrañas! ¡Animales venenosos, cobras, escorpiones negros, insectos peligrosos! También drogas, pero no las clásicas..., sustancias a base de veneno... En los pasadizos anexos, hacen otras cosas... Brujería, magia negra, vudú. Mejor evitarlo...

Se golpeó la cabeza contra la chapa.

—¡La ambulancia! ¡Lo he soltado todo!

—No todo. ¿Has encasquetado alguna vez mosquitos infectados?

—¿Cómo?

—¡Paludismo, fiebre amarilla! ¿Quién lo vende?

Lo agarré por el cuello. Arrancó.

—Ya he... oído hablar... de eso... No sé... si es verdad... ¡Aaargg! Hostia, ya... ¡Aaargg! ¡Ya empieza! ¡Joder! ¡No me dejes morir!

Eché un vistazo al reloj.

—Seis minutos. Actúa más deprisa de lo que pensaba... ¡Bichito bueno! ¿Cómo se entra ahí?

—Sin mí... no... entrarás...

Esperé sin soltar palabra. Los labios se le torcían en un ocho desastroso.

—En el... bar... Pregunta... Opium. Habla del... «beso de la araña». Es... un código.

—¿Cuándo se lleva a cabo?

—Una vez... al mes..., durante... la luna nueva... Tienes que... darte prisa... Es la última... noche... antes del siguiente ciclo... El bar... cierra... dentro de horas... ¡Joder! ¡Joder!

—¿Me registrarán?

Su soplo se esfumaba. Síntomas de la paja en la boca.

—Sí. Si tienen... dudas..., tú... desaparecerás... ahí abajo...

Se desmoronó hacia el lado, los dientes prietos.

Saqué una jeringuilla de la mochila, mezcla de sal de calcio y de un suero antilatroecto, y le hundí la aguja en el hombro.

—Dentro de unos minutos ya no sentirás nada. Gracias por tu ayuda..., hombre...

Sacudí la barrita de chocolate delante de sus narices.

—Voy a olvidarme de esto, en señal de agradecimiento y... a cambio de un pequeño servicio...

Se enderezó lentamente, medio tocado.

—Y... mi pasta... Devuélveme... la pasta... Sonreí.

—La guardo de momento... Vamos a llevarte a la central para que te interroguen siguiendo las reglas y repetirás lo que me has contado, pero... olvida lo que acaba de pasar. Mas cooperado, apoyaré tu defensa. Si me traicionas, con mucho gusto dejaré tu dirección en el Ubus y les dejaré muy claro que rajás con los polis... y... —Aplasté el índice sobre la foto de una mujer, en su cartera—. ... sabré ocuparme de ella también. ¡Una arañita y listo!

—Hijo de... puta...

—¡Bien! Veo que estás recuperando tus capacidades intelectuales. ¿Te ha quedado claro?

Escupió al suelo. Le había quedado muy claro...

Volví a abotonarle la camisa, recuperé en un pañuelo la araña muerta y me acerqué a Sibersky, que se paseaba arriba y abajo. Valdez temblaba bajo sus carnes, el rostro de color pimentón.

—¡Comisario! Qué... —empezó el teniente.

—¡Al coche! ¡Ya no disponemos de mucho tiempo! Te lo contaré todo por el camino, pero... llama a Del Piero, que investigue a Valdez. Ponte de inmediato en contacto con Sánchez y dile que se presente en las oficinas urgentemente. Vamos a necesitarle a él y a nadie más...

Capítulo 19

Los tres días de investigación transcurridos habían diezmando buena parte de nuestras capacidades de resistencia. Bajo la luz tamizada de su despacho, Del Piero carburaba con nicotina y cafeína. Los post-it se acumulaban en las paredes, la pizarra, el marco del ordenador; las carpetas se apilaban tanto como las horas de sueño que había que recuperar. Las presiones padecidas por la jerarquía, el paludismo y nuestras pequeñas preocupaciones personales no eran de ninguna ayuda.

El inspector Sánchez estaba a mi lado, encorvado, el rostro cansado y las manos juntas sobre las rodillas. Le ofrecí un cigarrillo, que rechazó. Quise llevarme un pitillo a los labios, pero me eché atrás. Encender la llama de un mechero sería la mejor manera de atraer la atención sobre mis dedos... y de hacer evidente que seguían temblando.

—La parada fantasma de Haxo se extiende en varios kilómetros — explicó Del Piero marcando una línea sobre un plano de archivo de la RATP—. La compañía del metropolitano tenía pensado, a principios de los años mil novecientos, explotar con mejor criterio las líneas tres y siete, especialmente con la extensión de los metros Pré-Saint-Gervais de la línea siete hasta la Puerta de las Lilas. Entonces se construye una parada, de vía y andén únicos. Haxo... No se construyó nunca ninguna boca exterior, ningún viajero cogió esa línea. La utilizaban, hace aún unos años, como garaje de metros, y luego se tapiaron de forma definitiva los accesos.

Señaló una cruz roja.

—La línea olvidada pasa cerca de Haxo y el cementerio de Belleville. Según el mapa, la parte superior del túnel se sitúa, de media, a cuatrocientos metros bajo tierra. Dicho de otro modo, a partir de un lugar ya profundo, como un sótano o una tumba, si se cava un poco debe alcanzarse fácilmente la bóveda.

Hubo un chasquido seco que me sobresaltó.

—¿Me está escuchando, Sharko? —preguntó subiendo el tono.

Asentí.

—Bueno... Además de los sótanos, parece ser que se puede penetrar por los conductos de ventilación, que conectan Haxo con las líneas tres y siete. Los cerraron del lado de Haxo, pero los podrían haber destruido

perfectamente... Si existen esos pasadizos, son muy peligrosos, porque dan a túneles de vía única por los que circulan metros.

Giré el plano y observé la zona subrayada.

—Valdez dice no conocer el punto de entrada, cada vez le vendan los ojos. Según él, hay que andar tres o cuatro minutos, subir, bajar escaleras, incluso salir al exterior, quizás a través del cementerio. Sin duda, la razón de esos... mercados ilegales durante la luna nueva. Oscuridad absoluta, no hay riesgo de que los descubran... —La comisaria se echó una mecha pelirroja hacia el lado. Su moño, perfecto durante el día, parecía ahora una nebulosa que hubiera estallado—. Disponemos de muy pocos elementos y recursos para peinar el perímetro —observó bajo los pliegues inquietos de su frente—. Esas tiendas, esas casas contiguas a la línea, son fuentes potenciales de acceso ilícito. Si baja ahí, nadie le apoyará. Es una operación extremadamente arriesgada que... me preocupa.

—Soy consciente de ello, pero..., pero tenemos un medio inesperado de contactar a esos vendedores de insectos asesinos. Hay que arriesgarse, es la noche de luna nueva.

Polo Sánchez soltó, avergonzado:

—Perdonadme... Pero, ¿qué pinto yo aquí?

Me giré hacia él:

—Eres mi llave del santuario.

El joven inspector me miró sin entender nada. Le tendí el teléfono móvil de Valdez.

—Según las informaciones de las que dispone la comisaria sobre Valdez, pasó cinco años en la prisión de Fresnes por tráfico de estupefacientes, en el noventa y cinco. Voy a hacerme pasar por uno de sus compañeros de chirona delante de Opium. Me espabilaré para camelarlo, pero seguro que desconfía. Y seguro que llamará a este móvil, para que el mexicano confir... — Una gota de sudor me escoció de repente la retina. Me despegué de la silla—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Estoy más que harto de este puto calor!

Del Piero me miró fijamente, los labios apretados, sin decir palabra. Me quedé de pie y seguí con las explicaciones.

—Per... donadme. Eres..., eres de origen hispano. Más o menos tienes el mismo acento que ese mierda de Valdez. Te harás pasar por él.

Blandí un documento de identidad falso, que conservaba desde mis años en la unidad de lucha contra las bandas.

—Me llamo Tony Shark. Recuerda bien ese nombre...

Sánchez separó los brazos.

—¡Pero no sé nada de ese puto mexicano!

—¡Pues espabilate, joder! ¡Te queda una hora antes de que me plante ahí! ¡Ve a la sala de interrogatorios, habla con él, capta sus entonaciones de voz! ¡Actúa! ¡Tampoco es tan complicado!

La mirada que intercambié con Del Piero no me gustó nada. Dijo, al salir:

—Haré lo que pueda...

En cuanto hubo salido de la sala, la poli se masajé las sienes.

—Lamento decirle esto, pero está hecho una pena, Franck. Tiene los nervios a flor de piel, le... tiemblan las manos. No creo que esta noche esté en estado de...

Inspiré profundamente.

—¿Usted también va a dárselas de psicóloga? Al contrario, mi... estado será una ventaja. Seré más creíble, más lejos de mi personaje de comisario.

Golpeteaba con un boli.

—Siempre tiene una respuesta para todo, ¿no? ¿Cuánto tiempo resistirá?

—Más que usted.

Hizo caso omiso del comentario.

—Ese Opium seguramente ha estado en contacto con nuestro asesino. Deberíamos interpellarlo a bocajarro, en grupo.

—¿Sin saber de qué va? Corremos el riesgo de montar un pollo increíble. Antes déjeme husmear.

Agitó la boca de izquierda a derecha.

—¿Qué sabemos de Opium?

—Senegalés, cabeza rapada, cachas, con un aro en la nariz. Valdez no ha querido decir nada más.

Afinó sus ojos de felino.

—Ya ha dicho mucho. Ese tipo tiene pinta de ser cualquier cosa menos un trozo de pan y, sin embargo, he visto la manera en que le miraba fijamente. Como... si le temiera a usted. Chasquéé las mandíbulas, como un tiburón.

—El efecto Sharko, seguramente...

Se obligó a sonreír y desplegó un mapa del este parisino.

—¡Bueno! Apostaremos dos hombres en la esquina de la avenida Gambetta y dos más en la calle Haxo. También voy a desplazar ahí una brigada de intervención, por si surge algún problema. Pero..., ¡sobre todo, nada de exceso de celo! Baja, localiza a los vendedores turbios, y vuelve a subir. Los interceptaremos cuando salgan, con tranquilidad, con la esperanza de que nos lleven hasta el asesino. Es... el guión más optimista...

Asentí con la cabeza. Me calibró enseguida, el puño bajo la barbilla, y añadió:

—¿Y si el asesino se encuentra ahí abajo? ¿Y si, de una manera u otra, le descubren? ¿Y si las cosas se ponen feas? ¡Ni siquiera tendrá un arma! Franck, ¡es muy peligroso!

—Esto es lo que me gusta de este oficio. Además, ¿tenemos otra alternativa?

Apretó la mandíbula.

—Me voy a poner en contacto con la Brigada de Represión del Bandidaje. Mientras tanto, coja a sus hombres y vaya tirando. Pero... Sea extremadamente prudente... Estaré en contacto por radio con los equipos del exterior.

Le dedicó una risita nerviosa.

—Debería ir a acostarse un par de horas. Mañana puede ser un día muy duro.

—¿Y dejar mi investigación? ¿Está loco o qué?

Se hundió en su sillón, el rostro tragado por la sombra.

—No sé si debería decirle esto, pero... Tengo una mala intuición... Una muy mala intuición...

Capítulo 20

En la frontera de los distritos diecinueve y veinte, en el extremo de una red de tiendas, el Ubus se apretujaba entre la alta empalizada oeste del cementerio de Belleville y la vitrina minúscula de una tienda africana.

Letrero suelto, hormigón mugriento, tejas destrozadas. Para encontrar el lugar acogedor había que tener mucha, pero realmente mucha imaginación.

El portero, que ni siquiera era negro, me puso la manaza abierta en el pecho.

—No se entra. Está lleno.

—No parece que haya mucha gente.

—¿Y tú qué sabes? Te digo que está lleno.

Tozudo, además. Hurgué en el bolsillo, saqué un pañuelo manchado y le tiré la *Latrodectus mactans* chafada en medio de la camiseta. Dio un salto hacia atrás, con los ojos desorbitados.

—He venido a ver a Opium. Mi viuda negra se ha jubilado sin avisar y necesito una sustitúa.

Había que abrir la puerta para que por fin se alargasen los espacios y surgiesen los colores. Ocres moderados, rojos furtivos, tonos de ébano, que se arremolinaban sobre las paredes como figuritas enigmáticas. De las profundidades surgían los redobles de *djembe* y los impulsos de los sonidos *ragga*, mientras al fondo, entre cortinas sombrías, una pantalla gigante hacía desfilar un concierto de Mory Kanté. Una vana ilusión, todo eso, ya que por el bar sólo deambulaban dos o tres siluetas, aletargadas con aguardiente agrícola. Un sábado noche con el ambiente de Día de Todos los Santos.

Me dirigí hacia la barra, detrás de la que se dormía un mestizo con rastas tan impresionantes como las ventanas de su nariz. Llevaba lentillas amarillas rodeadas de marrón, como los ojos de un lagarto.

—¿Te has perdido? —preguntó con una sonrisa de dientes manchados.

—Me gusta Mory Kanté —repliqué señalando la película—. Es uno de los más pequeños de una familia de treinta y ocho hijos, todos nacidos con un destino de artista. El suyo era viajar a través de la música.

—¿Y el tuyo es venir a tocarme los huevos?

Tras el corto, el tío directo. Moví la barbilla en dirección a los estantes coloreados.

—Sírreme el peor de tus venenos.

El Lagarto hizo rodar una botella entre sus manos.

—Ron blanco de Jamaica, cincuenta y cinco grados. ¿Te parece bien?

—Quiero hablar de Opium.

—No conozco a ningún Opium —replicó fulminándome con su aliento matamoscas.

—Si es así, ¿cómo sabes que hablo de una persona?

Me acerqué a sus cráteres nasales.

—No estoy aquí para perder el tiempo, ojos de lagarto, sino para el *business*. Me envía Valdez. Dile a Opium que me gustaría probar el «beso de la araña»... Y si me permites darte un consejo, evita tocarme los huevos. Esta noche no estoy de humor.

Me escudriñó con sus ojos de escamas, agitó las trenzas con un corto movimiento de cabeza y espetó:

—Un poco sinvergüenza, para ser nuevo. Me gusta...

Se alejó con el móvil y regresó casi enseguida.

—Baja. Cuando llegues al final de la escalera, gira a la izquierda... Di «Papayú» al tío de delante de la puerta.

—¿Patrocinados por Carlos?⁵

Extendió su bonita lengua bífida y se centró otra vez en sus asuntos de barman cochambroso. A medida que bajaba los escalones, los redobles de tam-tam aumentaban, una humedad de sabana se extendía bajo los techos abovedados.

Al final de la escalera se extendía una gran sala poco iluminada, habitada por figuras ebrias. Era un lugar de bailes lentos, respiraciones huecas, frentes relucientes. La música embriagaba, mareaba y empujaba esos cuerpos de ébano y marfil a agotarse siempre un poco más. Localicé la puerta en un refuerzo y anuncié a su Cancerbero la palabra mágica. «Papayú.» Chirrido de goznes...

En el corazón de la sombra se sumía un estrechamiento de piedras viejas, acariciado por neones enfermos. Más lejos, voces, extranjeras, salpicadas de entonaciones bruscas. Al fondo de una cavidad minúscula, cálida de sudor y alcohol, cuatro negros jugaban al póquer, con billetes de verdad.

Uno de ellos me fulminó con la mirada, haciendo una bonita mueca de víbora. Al final del pasillo, dos gorilas me registraron según las normas antes de escoltarme hasta las puertas de la guarida de Opium. Una caseta en tinieblas,

⁵ Carlos (1943-2008), cantante francés de variedades, siempre vestido al estilo polinesio, con camisas hawaianas y collares de flores. (*N. de la T.*)

protegida por un hábil juego de iluminaciones que sólo dejaba entrever las manos, dos manos de gigante apoyadas sobre los brazos de un sillón de terciopelo granate.

Un cigarro esparcía sus volutas en una larga serpiente de seda.

—Así que te envía Valdez...

Su voz, muy grave, estaba impresa de esa misma languidez que habitaba el lugar. Entrecerré ligeramente los ojos, cegado por un proyector.

—Le hice unos cuantos servicios, en Fresnes —repliqué con una mano a modo de visera—. Ahora, necesito pasta. Tengo algunos aficionados dispuestos a pagar un alto precio por arañas un poco... especiales...

El barrote de la silla desapareció de repente en la sombra y luego ardió en un rojo de brasa.

—Valdez nunca me ha hablado de ti.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Y te llamas?

—Tony Shark...

—Shark, Shark, Shark... El tiburón... ¿Así que lo conociste en Fresnes? ¿Qué coño hacías ahí?

—Transporte de heroína, desde Inglaterra. Me trincaron con un kilo.

Un largo silencio. Me chorreaban ríos frente a los ojos, la nuca, por todo el cuerpo.

—¿Para quién trabajabas?

—Ni idea, yo era un simple camionero... Me propusieron guita a cambio de esconder la mercancía en mi camión, entre los cerdos. Así que dije vale, adelante...

La mano izquierda hizo correr las falanges por el brazo del sillón.

—Sudas mucho... ¿Tienes algo que ocultar?

Me quité el zapato y el calcetín izquierdo y señalé con un dedo tembloroso las venas destrozadas del pie. Vestigios de Rangers demasiado apretados.

—Trombosis venosas... Intento desengancharme.

—Heroinómano...

Chasqueó los dedos. Le trajeron una bandeja de plata, cruzada de crestas blancas. Cocaína...

—Mmm... Valdez tiene el sentido del secreto... Me extraña que te hablara de nuestro *business*... Me decepciona mucho.

Cuando el minino describió amplios arcos, me agarraron con firmeza. Olía a chamusquina.

—¡Tengo tres mil euros en el bolsillo! —dijo moviendo los codos—. ¡Hay mil para mi derecho de entrada!

—No necesito tu autorización para mangarte la pasta, ni siquiera la vida...

Tras el corto y el tío directo, el modesto. Una larga aspiración nasal lo interrumpió.

—Haré una llamada a nuestro amigo común —dijo con esa misma voz de piedra fría—. Espero que conteste... Más... vale...

Sus manos desaparecieron, arrastrando una masa desmedida hacia la parte trasera de la caseta.

Se oyó un ruido de puerta maltratada.

—¡Creo que ahora podéis soltarme! —me exasperé con movimientos bruscos.

—Todo lo contrario... —replicó con juicio Esbirro izquierdo—. No pinta nada bien para ti, tío...

Ahora mi suerte dependía de un hombre, Polo Sánchez. Un paso en falso, la menor duda, una mala entonación y el cementerio colindante tendría un huésped más. Mis dos guardianes me inmovilizaban con fuerza, sus pectorales contra mis hombros. Entreví, entre sus chaquetas, el gran beso helado de sus revólveres. Deslizamiento de madera, al fondo de la caseta. Martilleo de pasos. La luz disminuía lentamente, a medida que se acercaba el monstruo. De repente se me apareció.

Desde lo alto de su inmensidad, parecía una de esas imágenes de diablos modernos, con sus grandes ojos negros de fondo lechoso, el cráneo puntiagudo, el anillo de metal que le perforaba la pared nasal. De sus gestos florecían cordones de incienso, todo tipo de oro tintineó alrededor de su cuello cuando se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Vamos a enseñarte cómo tratamos a los intrusos. Buen viaje...

Al instante, me amordazaron con una cinta de cuero, me metieron un pasamontañas sobre el cráneo, mis brazos se arquearon hacia atrás y unas esposas me inmovilizaron los puños. Me debatí con la energía del condenado, entre esos pechos cálidos de furor, opresivos hasta el punto de cortarme la respiración.

Me deshicieron del lastre de mis billetes y, bajo la autoridad de un chasquido seco, me propulsaron con violencia hacia un ángulo. Una puerta chirrió.

—¡Avanza!

Mordí la mordaza con rabia, tiré de lo que me mantenía maniatado, golpeé con la cabeza en el vacío. Un golpe de culata en los riñones me partió por la mitad.

—¡Avanza, te hemos dicho!

El pasamontañas me asfixiaba, el sudor me volvía loco. Ya no controlaba nada, mi destino se me escapaba.

Subimos una escalera. Derecha, izquierda. Otra puerta. Olor a arroz, a brasas salvajes.

Clamores, en el galimatías de los dialectos fricativos, risas bestiales. Chirridos de goznes. Temblores de rejillas, carraspeos de gravas. Ronquidos lejanos de coches. El cementerio, debíamos de avanzar entre los muertos, bajo la protección de una noche sin luna.

Y seguía andando, indefinidamente, violentado por las órdenes de seguir. Izquierda, derecha, pendiente... Tierra, hierba, piedras...

Otra vez una puerta, curvas... y otro tramo de escalones en pasillos de susurros. Chirridos de objetos moviéndose. ¿Muebles? ¿Una cama? ¿Una nevera? Una corriente ascendente se deslizó por mi piel. Aire fresco. La lengua me giraba sobre los labios, ahuyentaba esa sal de los sudores y esos minerales del miedo. La bajada se prolongó. Veinticuatro escalones exactamente, empinados como para romperse la crisma. Desde atrás, unas manos me obligaban a inclinarme todo lo posible, un techo bajo.

—¡Alto!

Me quitaron el pasamontañas, la mordaza y las esposas. Estaba doblado en dos, mi acompañante, detrás de mí, Señaló una trampilla con el haz de su linterna.

—Abre y coge la escalera... Abajo, gira a la derecha...

—Tenéis una curiosa manera de dar la bienvenida a los nuevos.

Alrededor, capas de tiza, arcilla, hormigón excavado, barras de hierro que perforaban las paredes y una placa de acero destrozada. Un zulo, destruido a mazazos, con un taladro, de manera brutal. Me agaché, tiré de una anilla metálica. Un viento helado, ese soplo frío que recorre los túneles apagados, me desgredió el pelo. El frescor de los abismos bramaba bajo mis pies, tan cercanos al infierno...

Haxo, la parada de metro fantasma, que había agotado a tantos picadores, entibadores, obreros desgraciados. Fauces gigantes de una serpiente de rocas... Viva...

Una atmósfera de película de matanza se envolvía, silenciosa, alrededor de las lámparas despertadas por grupos electrógenos. Un lugar de fin del mundo, rodeado de paredes irregulares, empapelado de raíles muertos por donde aún rodaban los espectros de los metros olvidados. Lo más aterrador era esa ausencia de vida, ese gran vacío sombrío con olor a metal caliente, de donde uno esperaba ver surgir, en la boca lejana, seres de ultratumba venidos a arrancarle a uno los miembros.

Encima, cavada en las alturas, la trampilla ya se había cerrado.

Bordeé el paso estrecho por la derecha, pegado a esa pared de ladrillos negros, evitando la vía, como si una motriz fuese a surgir y hacerme pedazos. Otros lugares se esbozaron en mi mente. Cloacas, catacumbas, estaciones

cerradas. Molitor, Invalides, Maillot. Osarios, misas negras, sectas. El imperio de la muerte reinaba allí, bajo París, en casi dos mil quinientos kilómetros de subterráneos infames. Lejos, muy lejos de la luz resplandeciente de los Campos Elíseos.

La curva crecía, comía oscuridad sin fin. Kilómetros, había dicho Del Piero. Kilómetros en el vientre de la Tierra, aislado del mundo, sin arma, sin teléfono, sin escapatoria posible. Con, para coronarlo, los habitantes del cementerio de Belleville a flor de bóveda...

Otra curva. Dos formas aparecieron frente a mí. Se lanzaron a la pared opuesta, cabizbajas, antes de acelerar hacia la nada. Una pregunta me cruzó la mente. ¿Cómo se salía de ese agujero?

Delante, una luz verde botella vino a morder la noche que se disipó, como una mano que se retira. La curva terminaba, se ensanchaba, se tendía bruscamente en una larga línea negra bordeada por un andén.

Bajo la perspectiva de las pulsaciones verdosas, en centenares de metros, el pueblo silencioso de las tinieblas por fin se despertaba. Estaban ahí...

Una abundancia de siluetas sentadas, dobladas ante escaparates de muerte. Los rostros tan sólo eran sugerencias, juegos de sombras; las bombillas lúgubres no iluminaban, sólo desvelaban. Masas pardas se deslizaban de parada en parada, se inclinaban, observaban, tocaban. Se susurraba, se acordaba, se fijaban citas, mediante notas...

Me subí al andén, me moví despacio entre los primeros puestos, curioso, asqueado, alucinado. Delante de mí, un tío con el rostro lleno de cráteres ofrecía, en tarros agujereados, serpientes, no más largas que pajitas. Mambas verdes, tres semanas, decía un cartel. Mordedura devastadora. A su lado, un negro con el cabello amarillo orina, con el ojo izquierdo reventado, levantó una manta y desveló todo tipo de raíces.

—*Drug...* Poderosa... Visiones... —susurró—. Moler y respirar. Comprar. Tú comprar.

Giré la cabeza y proseguí mi lúgubre avance, uniéndome a un grupo de tres personas reunidas en torno a una cuarta. Esta última machacaba carcasas secas de *Bufo marinus*, un sapo venenoso, explicaba, cuyo residuo permitía producir una sustancia capaz de alcanzar el sistema nervioso mediante el simple contacto con la piel. En los ritos vudúes se utilizaba mezclado con la tetrodoxina para fabricar polvo de zombis. Pero el camello proponía un uso totalmente diferente. Bastaba depositar esa sustancia sobre un objeto que tocara la víctima —un vaso, la taza del váter, la manilla de una puerta— para paralizarla en los minutos siguientes. Luego deliraba durante varias horas, sin recordarlo una vez disipados los efectos. Ideal para la violación anónima, éxtasis líquido a la décima potencia... Uno de los tres cabrones se sacó billetes del bolsillo.

Apreté los puños y tuve que desplegar toda mi voluntad para no romperle la crisma a ese buhonero de mierda...

Me invadía la turbación, se me secaba la garganta... Ese ambiente... Esas cavernas mórbidas... Esos lugares del horror... Seis años atrás. El Ángel Rojo... El icono del mal... Su espectro volvía a mí, siempre tan neto. Una impresión terrible... La de verlo surgir otra vez, oculto bajo su capa de sangre.

¿Había acabado todo realmente?

Seguí avanzando, al acecho, unos latidos intensos se hinchaban en mi interior. ¿Dónde se escondía el vendedor de anófeles? ¿Y el asesino de los Tisserand? ¿Acaso se emboscaba en ese gran círculo de tinieblas?

En una boca de ventilación, un hombre muy viejo envuelto en una capa quemaba inciensos, frente a un ser en cuclillas. Entre ellos, una muñeca, con agujas insertadas.

Debajo, en el mismo suelo, un individuo ataviado con un sombrero blanco, un traje de lino impecable, sentado en un banco de baldosas, ponía boca abajo cartas de tarot. Levantó una mirada brillante hacia mí; bajo la sombra de su sombrero, sólo distinguía el destello extraño de su sonrisa. La carta que giró representaba el esqueleto de la muerte.

Más lejos, se hablaba de veneno. *Cenchrus controtrix*, veneno de serpiente de cabeza cobriza, veneno de crótalo del bosque.

Luego, drogas. Luego, escorpiones, amarillos, grises. Al lado, una especie de profeta, no más alto que un enano de jardín, clamaba alto y fuerte que el reino de los insectos abortaría la evolución. Hablaba de catástrofes, de invasión de cigarras asesinas, del «gran festín» de las langostas, que propagan hambruna y destrucción.

La pulga había traído la peste negra; los mosquitos y las garrapatas, los arbovirus. Según él, los insectos diezmarían a la humanidad en los años venideros... No había dudas, el asesino había estado ahí. Y podía estar en cualquier lugar, espiándome. Delante, detrás, quizás a tan sólo unos pocos metros. No lejos, en cualquier caso. Realmente no muy lejos.

Y aún más allá, ante el ojo ciego de otro túnel, se extendían, bajo la justa de varios mercaderes, los especímenes más peligrosos de arañas: *Loxosceles*, *Latrodectes*, *Atrax*... Abdómenes rojos, pelos urticantes, venenos fulminantes. Alrededor, un gran número de aficionados. ¿De dónde brotaba toda esa gente? ¿Cuántas de esas reuniones secretas en las entrañas de la capital?

Al final de una escalera, en un recibidor amurallado, se escondía un último buhonero, rodeado de velas encendidas. Maquillaje negro, ropa negra, botas negras. Una cicatriz le reventaba el pómulo izquierdo y se extendía hacia su ojo de cristal. Me miró fijamente mientras bajaba y espetó:

—¡Lárgate!

El corazón me dio un vuelco, mis pasos se ralentizaron, mientras entendía lo imposible. Altura, ancho de espaldas, herida en el rostro. Y si... Necesité un gran esfuerzo para soltar, con una voz más o menos normal:

—¿Qué es?

Señalé un grueso libro titulado *De la pediatría*. Sólo había eso en su puesto, ese libro, colocado en pleno centro de una manta, negra también. Crucé la mirada con la del hombre. En su pupila no brillaba ningún calor, tan sólo una llama azul de diablo. Su boca caía como muerta, pintada de esa negrura de los góticos. La hoja de una pistola se asomó.

—¡Que te largues! ¡No hay nada para gilipollas como tú!

Había cortado mi fresno, quizá con esa misma navaja. Conocía mi rostro, sabía que había venido por él, impotente sin mi arma, en ese cementerio de decadencia.

Sus labios se retrajeron, desvelando unos caninos afilados, mientras dos sombras crecían en lo alto de los escalones, las manos en los bolsillos.

Lo tenía frente a mí, sentía su aliento ronco. Un poli frente al peor de los asesinos. «Impotente.»

—¿Qué estás buscando? —le pregunté con los dientes apretados.

—Y tú, ¿qué estás buscando?

Hizo jugar el reflejo de las llamas sobre el cuchillo. Opium «sólo» me había retirado mil euros. Tiré doscientos al suelo.

—Para ver... —dije como en una mala partida.

Echó el ojo al dinero, hizo correr la hoja sobre la lengua, trazando un hilo de sangre.

—¿Crees que me impresionas con tus juegos de manos? —espeté recuperando mis billetes.

Me cogió la muñeca y me los arrancó de las manos.

—¿Así que quieres divertirte un poco? Puedes mirar...

Me hacía echar chispas, me hacía realmente echar chispas con esos ojos animados de un rojo diabólico.

—... Y para ir más allá, habrá que soltar la pasta... Pero... Antes escoge la mercancía...

Acerqué el libro hacia mí, en cuclillas.

Una rata del tamaño de un buen mango se subió al hombro del vampiro. Arriba, el dúo había desaparecido.

Solo con un monstruo, en las profundidades del infierno. *De la pediatría*. ¿Qué horribles secretos ocultaban esas capas de papel?

Cuando giré la primera página, no pude reprimir la ola de asco que me contrajo el rostro.

Fotos. Decenas, centenares de fotos de niños desnudos, en posiciones humillantes. Una palabra me estalló en la cabeza. Pedofilia.

Tiré el libro al suelo.

—¡Que te jodan! ¡Maldito degenerado!

Cerró la navaja, con una mueca desagradable en los labios.

—¿Por qué? ¿Qué te esperabas, eh? ¿Qué cojones has venido a hacer aquí, a mi sitio?

«Una voz como la de Ray Charles», había dicho la apicultora. Esta voz era mucho menos grave. Subí los peldaños corriendo, mientras seguía vociferando:

—¿Qué cojones has venido a hacer aquí? ¡Hijo de puta!

En el andén, caras furiosas se clavaron en mí. El hijo de perra de la cicatriz se aprovechaba del sistema para colocar sus visiones de tortura. A ése le esperaba personalmente a la salida. Si conseguía salir.

Concentración. Recuperar la concentración. Limpieza mental. Ahuyentar las imágenes de la cabeza. Esas pieles rosadas de inocencia, esos pechos de leche. Éloïse... Se me apareció su sonrisa, su fragilidad. Mi niña...

Ahuyenta todo eso. La investigación... Concentración... Izquierda, derecha, ahora ya había recorrido el conjunto de paradas. Ninguna pista de mosquitos, larvas, escarabajos asesinos. Un fracaso total y absoluto.

Rastreé una última vez entre esas figuritas demoníacas. El enano profeta, los venenos, las drogas, el viejo brujo...

Se me aceleró la respiración cuando descubrí las cartas de tarot, abandonadas sobre el banco embaldosado. El esqueleto de la muerte, girado. Pero ya no había ningún rastro de su propietario.

Salté a la vía, observando a un lado y otro. En una bruma verdosa, más allá de las paradas de arañas, la forma con el sombrero blanco se desvanecía en el túnel.

Mi cuerpo se clavó en su dirección, mis pasos se alargaron, primero discretamente, tanto me miraban, los ojos turbios, las muecas desafiantes.

Pero una vez fuera de la vista, en la gran curva subterránea, empecé a dar grandes zancadas. El aire fresco me oxigenó correctamente los músculos, mi respiración ganó fluidez, lejos del dolor sufrido en Montmartre. Enseguida cogí el ritmo de un buen corredor de fondo.

De repente, tres detonaciones sonaron y casi me hicieron estallar los tímpanos. Una bala rebotó encima de mi cabeza, otra deflagró por detrás, a ras de mi hombro.

Me pegué contra el hormigón, jadeando, cogí un puñado de piedras, que tiré contra las bombillas.

La oscuridad. Bramidos de multitud, desde el andén.

Me lancé en plena vía, mientras ahí, al final de la curva, el sombrero desaparecía por un conducto lateral. Tiré de las piernas, empujé los dedos de los pies, tan rápido como podía. Pisándome los talones, el clamor se alzaba, la huida encendía el acero, bajo los gritos la gente corría, azuzada por el pánico. Las ratas abandonaban el barco.

El conducto de ventilación, encima, ahí donde había desaparecido el otro. Me abalancé sobre una vieja escalera de metal, tiré de una rejilla y me hundí en la apertura infame.

Era un conducto amplio donde casi se tenía uno en pie. El aire circulaba en su interior pesado, ruidoso, quemado por esas paredes abrumadoras, huyendo bajo tierra. Los tramos se sucedían, en esa negrura de tinta, donde los pasos del Hombre del Sombrero llevaban un compás siniestro. Una bifurcación, justo delante. Izquierda... Había girado a la izquierda. Su soplo resonaba furioso, sibilante, amplificado por el eco.

De repente, ya no se oían pasos. Me agaché a tiempo, guiado por el instinto de poli, mientras el fuego de la pólvora iluminaba la boca de tinieblas, seguido por dos más, muy cercanos. Las balas deflagraron en la elipsis, rayando el hormigón con pequeñas llamas rojas y cizalladuras ensordecedoras. La batida se reempeñó de inmediato.

Seis balas. Había contado seis balas. En principio, el revólver estaba vacío.

En principio.

Un largo grito desgarró la oscuridad, seguido de gemidos incesantes. Aceleré el paso, describiendo grandes remolinos con los brazos delante de mí para guiarme.

Más adelante, mi pie golpeó escombros, el bíceps derecho se rasguñó con barras de hierro. Al resbalar, la oreja rozó con un pico de acero tendido como un arma mortal. Olí el olor a sangre fresca, ahí donde se debía de haber espoloneado el tío.

Berreé a mi vez, el dolor duplicó mi saña y me puse a correr, sin precauciones, sin saber si un agujero se me iba a tragar u otro obstáculo destrozarme la crisma. El conducto no se acababa, pero los pasos se tornaban más pesados, los jadeos se transformaban en gruñidos de animal.

De repente hubo viento, y luego el gran torbellino del vacío... La caída me aspiró. Mi manó se asió en un último reflejo a un panel de señalización verde, propulsando mi cuerpo suspendido contra los ladrillos. Bajo mis pies, una línea de metro. Semáforos, lámparas locas y... un temblor... Una onda devastadora subía de los raíles, el terrible rugido de un metro que se acercaba.

Me pegué a la pared, siempre colgado, tiré de los antebrazos, me agarré al borde del conducto de ventilación.

El Hombre del Sombrero se abalanzaba recto, en ese túnel estrecho de vía única, cojeando, sin aliento. Se desmoronó, se levantó, se volvió a desmoronar, arrastrando la pierna. Entreví, bajo un reguero de sangre, una barra metálica que le atravesaba el muslo. Se subió al lado, mientras el hierro vibraba y el frotamiento loco ensordecía.

El tren surgió con toda su masa, propulsado a toda velocidad. Grité, el hombre vociferó, las dos manos hacia delante como si quisiese frenar la bestia.

En un maremoto de chispas, la mordedura de los frenos me barrenó los tímpanos.

Bajo un vapor rojo, entrevi ese sombrero blanco que volaba como una paloma y ese cuerpo, a ras de la pared, casi intacto, las piernas volatilizadas...

El metro se detenía, al fondo, lleno de rostros pegados al cristal trasero.

Me dolía el corazón, la tráquea me quemaba, me daba vueltas la cabeza, hinchada de sufrimiento. Me dejé caer al suelo. Mi garganta soltó un estertor maldito, mientras las rodillas golpeaban una traviesa. Engendraba la muerte a cada paso que daba. Y los chirridos... Los chirridos de los frenos se pusieron a gemir otra vez en mi cabeza...

La mordedura del acero sobre el disco. Los gritos de mis amadas. Su boca abierta de par en par en el momento del choque.

Me arranqué el cabello a dos manos; un puñado se quedó entre mis dedos.

Tambaleándome, con las facciones desencajadas por la rabia, el horror, el llanto, me levanté, avancé, me incliné sobre el busto, desviando la mirada de ese rostro de ojos implorantes, de esa expresión paralizada, que aún clamaba.

Metí una mano temblorosa en la chaqueta, le registré el bolsillo, y saqué una pequeña libreta. Ni papeles, ni dinero, ninguna identidad. Tan sólo esa libreta. Un triste fragmento de vida...

Giré las páginas con el corazón en la punta de los labios, mientras el conductor venía a lo lejos, chillando unos «¡Dios mío! ¡Dios mío!» por encima de los clamores sordos de los pasajeros.

Entorné los ojos, bajo esa luz sintética.

Horas de citas, lugares. Aparcamiento Este Orly, pasillo 4B, 3 de junio, 22:45. 1 cobra.

O también Parque Brossolette, Melun. 7/3, 1:15. 2 tsétsé. Gran coleccionista, buen precio.

De repente se me comprimió el cuerpo.

19 de junio. Llamar a Ronan, ver posibilidad *Cochliomyia hominivorax*.

25 de junio. I/V Guinea para entrega del 27. *Plasmodium falciparum*. Escarabajos de las colmenas: 27 de junio. Entrega.

Coordenadas: 49° 20' 29" Norte, 03° 34' 20" Este.

Cita a las 24:00.

Cerré los ojos y me desplomé contra las paredes negras de mugre.

El Hombre del Sombrero y el asesino habían tenido un encuentro hacía veinte días para una entrega mortal. Un lugar de cita del que tenía bajo los ojos las coordenadas GPS. Por fin le teníamos... Quizá...

A mi alrededor parpadeaban lámparas de alerta. Rojo, una vez más y siempre rojo.

En esas incandescencias mórbidas, mi reloj marcaba la una y catorce.
Al Hombre del Sombrero le había arrancado las piernas el último metro.

Capítulo 21

No me concedí el tiempo de respirar, de replegarme en ese túnel de tinieblas. Una vez dada la alerta, en cuanto los equipos penetraron en los conductos de ventilación e invadieron el Ubus, salí volando a ese lugar de cita secreta. Quemado por la rabia, por esa violencia gratuita, esa locura creciente, ya no me dirigía la inteligencia, la reflexión. En absoluto. Ahora, cazaba, acosaba, de manera brutal, con las tripas. Nada ni nadie podría haberme impedido llegar hasta el final.

Ni siquiera Del Piero, que, cuando olió mi cólera, la furia sorda que surgía de mis pupilas, prefirió acompañarme y ponerse al volante. Vestida para la ocasión. Tejanos negros, sudadera beige y botas militares. Lejos del tótem en traje sastre.

Puerta de Charenton. Maisons-Alfort. Créteil. Luego la estación de Villeneuve-Saint-Georges, larga nave gris que roncaba en sus flancos. Del Piero se tragaba el asfalto, acelerador a fondo, la mirada centrada en el horizonte, donde se desvanecían las últimas estrellas.

En esas visiones de renacimientos, bajo el ascenso del astro que ahuyentaba la noche, ya no sentía el alivio del día naciente. Las pesadillas sangrientas y los gritos seguían atormentándome. En lo más profundo de mi ser, el ciclo de la vida ya no existía. Giré unos ojos vacíos hacia Del Piero, acariciando mi alianza con la punta de los dedos.

—¿Tiene familia, hijos?

No contestó enseguida, como embarazada por esa brusca interrupción en el silencio.

—Divorciada... Pero tengo dos hijos preciosos, Jason y Amandine...

Hice una larga inspiración, la nuca apoyada en el reposacabezas.

—En tal caso, no debería estar aquí...

Conservó en el punto de mira la rectitud del asfalto, imperturbable, salvo ese pequeño movimiento de mandíbula y esa contracción ínfima que delataban la profundidad de sus tormentos.

—Hay una niña que me visita, por las noches —seguí susurrando—. Es increíble... Ahora que le estoy hablando, me doy cuenta de que ignoro incluso su nombre.

Me llevé las manos a la frente.

—Es tan... extraño... Los trenes... Cómo supo lo de los trenes... No sabía nada de eso...

—¿Y...?

Sacudí la cabeza.

—Es... esa niña me recuerda todo lo que he perdido, hace mella en mi interior y, sin embargo, no puede imaginarse hasta qué punto deseo contar con su presencia cada noche. Hasta me dejó la puerta de entrada abierta. Sólo en la ausencia uno se da cuenta del valor de las cosas y de la importancia de los seres...

La comisaria me calibró con una expresión sombría.

—¿Por qué me cuenta eso?

—No espere a sentir una ausencia de ese tipo. Este oficio no tiene salida, es un ogro que le arrebatará a sus allegados. He seguido la pista de asesinos toda mi vida. El último destrozó la mente de mi esposa y nos destrozó la existencia. El excesivo...

—¿El Ángel Rojo, verdad?

Miré la luz cenital. —Cada día, albergué la esperanza de que Suzanne se encontraría mejor, que se repondría de los malos tratos, de las torturas físicas y morales que padeció durante tan largos meses. Me convencía a mí mismo de que los traumas acaban por curarse, forzosamente, que de ver a nuestra pequeña Éloïse encontraría la fuerza de luchar contra su mal invisible. Creí en ello, creí realmente en ello... Y he aquí el resultado hoy... —La miré fijamente—. Créame... Este oficio le robará a su familia.

Desvió la mirada, la boca ligeramente abierta, envuelta en ese silencio tan elocuente. La observé una última vez, a la espera de una réplica, de un sobresalto, de un «lo sé, comisario, pero soy como usted». Sólo hubo el dolor mudo. Apoyé la frente en la ventana del copiloto, la mirada sobre los campos muertos, tan siniestros...

—Pronto llegaremos... —dijo finalmente, señalando el dorsal negro de un bosque gigantesco.

—No está convencida, ¿verdad? ¿Piensa que esta pista no nos llevará a ninguna parte?

—Esas coordenadas GPS nos plantan en pleno bosque. Qué podríamos descubrir... que no sean bosques...

—Los mapas topográficos no pueden revelar lo que nuestros ojos percibirán.

—Quizá... Pero reconozca que hay motivos para ser escéptico.

—¿Entonces, por qué ha venido? ¿Por qué haber reclamado a Sibersky y Sánchez para que nos acompañasen, cuando había curro para todo el mundo en el Ubus y en esos túneles?

Se le crisparon los labios.

—Pues..., no sé bien por qué... Desde el principio, sólo ha tenido buenas... intuiciones...

—Mis intuiciones... Por supuesto...

Debajo, el Sena palpitaba, ebrio de tranquilidad, mientras enfrente el bosque de Sénart esgrimía sus mandíbulas de color verde sombrío. Bajo las primeras frondosidades, la oscuridad aumentó, luchando contra el alba lejana ya roja de calor. Tras una bifurcación, la carretera nos plantó en las profundidades inciertas de lo lúgubre. Sánchez y Sibersky aparcaron a nuestro lado.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Del Piero mirando el GPS portátil.

Salió y anunció, bajo la luz pálida de los faros:

—El aparato indica dos kilómetros, norte-noreste. Es decir... Esa dirección...

No había sendero. Un muro de cortezas en un delirio de hojas.

—¿Qué jodido sentido tiene esto? —vociferó Sibersky—. ¡Aquí no hay nada!

—¡Y qué esperabas? —repliqué con irritación—. ¿Una pista balizada con antorchas?

Sánchez se apoyó en el capó de su coche.

—¿Y es necesario ser cuatro para ir a coger setas? —añadió con una expresión provocativa—. ¡Empiezo a estar hasta las narices de esta jornada!

—Son las cinco de la madrugada. ¡Tu jornada tan sólo acaba de empezar! Vamos allá... ¡Y cierra el pico!

Bajo la protección de mi Maglite, abría la marcha, y Sánchez, con razón, la cerraba.

En esas murallas vegetales, los robles se retorcían en espirales atormentadas, los animales se escondían levantando bramidos lejanos o crujidos bien cercanos. El lugar llamaba a otro estilo de miedo, ese terror infantil que surge de monstruos ensangrentados y de lobos míticos. En la respiración lenta del bosque, nuestros corazones latían al unísono.

Rodeamos charcas de bruma espesa donde restallaban gritos de pájaros, nos tragamos repechos, encabalgamos escarpaduras de humus... El bosque crecía, tendido en arcos murmulantes, al hilo del GPS que nos guiaba por esa boca de ogro.

Apenas trescientos metros antes del objetivo. Nuestros pasos se ralentizaron, nuestras espaldas se encorvaron a pesar de la duda, en esas tinieblas angustiantes, una vez se apagaron las linternas. Entonces avanzamos al tuntún, las palmas sobre las armas, guiados por esa única lamparilla verdosa que brillaba del aparato electrónico.

En los diez últimos metros, tan sólo se alzaban ya nuestros alientos sibilantes de angustia y esa muerte, dispuesta a surgir de nuestros revólveres...

Cinco... Tres... Uno... «49° 20' 29" Norte, 03° 34' 20" Este.» No había error. Habíamos llegado. Las haces luminosas brotaron. Troncos, frondosidades, montones de ramajes.

—¡El emplazamiento de un puto árbol! ¡Joder! ¡Joder, qué puta mierda!

Fuego artificial de insultos, surgidos de cuatro bocas irritadas.

—¡La pista se detiene aquí! —se enrabió Del Piero sin ocultar su desengaño—. ¡Tan sólo era el estúpido lugar de una cita! ¡Nada más! ¡Me lo temía!

La miré con desdén, con una expresión antipática.

—¡Yo nunca le pedí que viniera!

Sánchez se perdió en gestos osados, Sibersky daba vueltas sobre sí mismo, las manos al cielo.

—¡Todas estas albuferas, estas aguas estancadas! —observé sin ceder a la decepción—. El lugar aislado, la proximidad con Issy-les-Moulineaux. ¡Todo encaja! ¡Podría haber escogido algo muchísimo más sencillo! ¡Un aparcamiento, un parque, una zona industrial! ¿Por qué un lugar de tan difícil acceso? ¡La prudencia no lo puede explicar todo!

Miré fijamente a Del Piero.

—¡Este bosque tiene que ocultar necesariamente viviendas no clasificadas!

—¡Es imposible! —replicó un pelín irritada—. Está bajo el control de la Oficina Forestal, los mapas topográficos se ponen regularmente al día. Créame, no hay ni casas, ni subterráneos, ni galerías secretas. Vegetación... Únicamente vegetación...

—¡Mierda, no puede ser!

La comisaría levantó los hombros.

—Estos bosques están rodeados de aglomeraciones. Draveil, Etioilles, Epinay, Montgeron, y no sé cuántas más. Tiene razón, el asesino debe de vivir en la zona, lo que representa un indicio que no hay que desdeñar. No hay que desdeñarlo, pero, por ahora, difícilmente lo podremos explotar. Es como buscar una aguja en un pajar.

Di un puñetazo en la corteza, observé esos troncos que susurraban entre ellos. Me imaginaba al Hombre del Sombrero Blanco frente al monstruo invisible ahí, en ese lugar alfombrado de hojas. Sus miradas viciadas, el intercambio de bichejos asesinos. El bosque... Imperio de los insectos... Hormigas, arañas, mariposas... Una vez más y siempre ahí. ¿Podría tratarse de una simple coincidencia? De repente mis labios se pusieron a temblar.

—Tengo... ¡Mierda, deberíamos haberlo pensado antes! ¡Llam... llamad al entomólogo!

Del Piero, que se alejaba al amparo de su linterna boli, me examinó dos veces.

—¿Cómo dice?

—¡Houcine Courbevoix! ¡Llámele! ¡Quizás he dado con el modo de remontar a la fuente! ¡De alcanzar al asesino!

—¿Y se puede saber cómo va a hacerlo? —refunfuñó, tomo de costumbre, Sánchez.

—¿Os apetece una cacería de mariposas a las cinco de la madrugada?

El teniente Sibersky lanzaba ramitas, repanchingado sobre un tronco muerto, el inspector Sánchez sobaba a grandes ronquidos, mientras Del Piero contemplaba las hojas temblorosas en el levante, con ojos diminutos. En cuanto a mí, luchaba contra el cansancio, fumando cerca de una charca sobrevolada por un vapor siniestro. Encima, arriba en el cielo, las frondosidades saludaban la llegada del día.

El entomólogo llegó por fin, el reloj GPS en una mano, una gran bolsa de deporte en la otra. Con las bermudas azules y el polo naranja, parecía una atracción de feria.

Acudí hacia él.

—¿Cuántos tienes?

—Trece —replicó observando a Sánchez, que se tragaba un último gruñido—. Los demás murieron.

—¿Ha traído los cruasanes? —tuvo el ánimo de bromear Sibersky.

Desgraciadamente para él, su pulla no le hizo gracia a nadie. Nos reunimos alrededor de la bolsa abierta.

En sus pequeñas cajas transparentes, los lepidópteros crepitaban de impaciencia.

—Parecen nerviosos —observó Del Piero, frotándose los párpados.

—Quizás huelen la feromona. Si el asesino cría hembras en un radio de diez kilómetros, estos machos nos conducirán directamente a buen puerto. ¡Ha tenido una idea realmente genial, comisario!

—Y sin embargo, no está en su mejor forma... —confió la pelirroja.

Houcine Courbevoix cogió una caja y explicó:

—Sin embargo, hay un problema, y no es un problema menor. Las esfinges de la calavera pueden volar hasta a cuarenta kilómetros por hora. ¿Cómo vamos a seguirles la pista?

—¿No tiene un emisor o algo así? —gritó Sánchez, con el pelo lleno de ramitas.

—No para animales tan pequeños.

Me coloqué en el centro del club de los cinco.

—Tengo otra idea, pero tened por seguro que será la última...

Señalé la bolsa de deporte:

—Soltamos una primera mariposa; uno de nosotros la sigue lo más lejos posible, hasta el límite del campo visual. Entonces los otros se reúnen con él; repetimos la operación con otra esfinge y otro corredor. Sé que estamos todos hechos polvo, pero quizá valga la pena intentarlo...

Mi propuesta fue acogida como se recibe a un tío con traje blanco en un entierro. Las cejas se levantaban, las manos discurrían por las barbillas crujientes.

Finalmente, Del Piero anunció:

—¡Me parece una idea estupenda!

—No está del todo mal, finalmente —admitió Sánchez—. Si después de esto puedo volver a casa y acostarme...

Sacudí la cabeza.

—Vale. Vamos a turnarnos. Prioridad a la juventud y... ojo con los tobillos...

Sibersky se colocó en posición.

—¿Preparado? —preguntó el entomólogo tendiéndole el reloj GPS.

El teniente asintió. De entrada, la mariposa tomó altura antes de salir pitando. El poli se lanzó tras ella, acertando lo más posible entre arbustos y raíces peligrosas. Lo vi caer una vez, levantarse enseguida, el rostro fijo hacia arriba. Courbevoix recogió la bolsa, cerró la cremallera y anunció:

—Buena señal. La esfinge raras veces vuela de día...

Al cabo de un minuto, a través de los móviles, Sibersky nos indicó sus coordenadas. La comisaria las introdujo en el GPS, que reenvió en el campo una distancia de trescientos metros. ¿No era genial...?

El teniente apareció, arrodillado entre los lazos de verde. Le brotaba sangre del antebrazo derecho.

—Jodidas zarzas —gruñó apretando los dientes.

—Herido de gravedad —bromeó Sánchez sin sonreír—. ¿Puedo pasar turno?

Sibersky, haciendo caso omiso del comentario, señaló con el dedo hacia el norte:

—Ha seguido por ahí, puedes ir adelantándote.

Mientras se alejaba, Del Piero desplegó el mapa y levantó una ceja.

—Nos dirigimos al Sena, al extremo norte de Draveil. Y... sólo quedan tres kilómetros de bosque antes del río...

—¿Y después del río?

—Más bosque...

—Jodido Vietnam —susurré con una voz que me hubiese gustado que sonase menos derrotista—. Venga, Houcine, suelta el bicho.

En pleno cielo, la mariposa estalló como un abanico de luto.

—Dios santo... Parece que funciona... —admitió Del Piero, siguiéndome los pasos—. Vuela hacia el norte. De lleno al Sena...

Y consumamos buena esfinge de la calavera. Había en esa situación algo cómico y trágico, una sombría tristeza de ver a cuatro elementos de la policía judicial, extenuados, sacar el hígado por la boca persiguiendo pobres bichejos ebrios de sexo. Cada vez más los bosques se encabritaban, creando valles severos, charcas infranqueables, repechos dolorosos...

Pronto nos quedamos sin gasolina. Me hervían las piernas, el rostro de Sibersky se descomponía de cansancio, Sánchez tenía estertores acongojantes. Del Piero también cascaba, aunque intentaba seguir el ritmo recta y con la cabeza alta. Pero el silbido en la garganta no engañaba a nadie: los estragos del tabaco...

—Quedan dos —alertó Houcine—. Nos acercamos al fin.

—Hay que... ahorrarlas... —Jadeé, las manos sobre las rodillas, cuando venía de realizar una hazaña mediocre—. ¿A cuánto... está... el río?

Del Piero volvió a desplegar el mapa, las mangas de la sudadera subidas hasta los codos. Sudaba a gotas gordas.

—Doscientos metros más antes de dar con una albufera muy grande, que desemboca en el Sena por un canal corto No hay ningún puente indicado... ¿Cómo vamos a cruzar?

—¡Nadaremos! —vociferó Sánchez—. ¡Ya puestos! Sólo tenéis que...

—¡Cállate! —replicaron cuatro voces exasperadas.

El ardor de la acción nos incitó a perseverar. Nuestros cuerpos, a pesar de estar quemados por el cansancio, encontraban recursos inesperados. De repente aumentó la claridad, el gran azul del cielo ahuyentó el verde sombrío del follaje. La tierra se hundió para dejar paso, más abajo, a un gigantesco claro de agua. Más allá del gris negruzco de la bruma, entre unos árboles, se despertaban masas fantasmagóricas, entremezcladas, que crujían en un balanceo inquietante. El entomólogo soltó la bolsa, boquiabierto.

—Madre mía... Parece...

—Un cementerio... Un cementerio de chalanas...

Rodeada por una rejilla alta y alambres de púas, la extensión líquida sostenía decenas de carcasas fracturadas. Naves opacas, veteadas de óxido, golpeadas por la violencia del abandono. Un paisaje apocalíptico, de destrucción mórbida, un lugar maldito sobre el que la muerte parecía cernirse. La niebla se desplazaba a ras del agua, en un silencio dramático que únicamente los gemidos de chapa herida venían a perturbar.

—Ya he visto esto, en Quesnoy-sur-Deûle, en el norte —susurró Sibersky—. Esperan ahí, a veces durante años, antes de que vengan a recortarlas...

Del Piero se puso de cuclillas, con las pupilas dilatadas.

—¿Piensa... que se esconde ahí dentro?

Cogí una caja de esfinge.

—Lo sabremos a ciencia cierta...

El insecto voló a pleno campo e hizo algunas piruetas por encima del recinto de hierro antes de dirigirse hacia el montón de agonías. La niebla se lo tragó al instante. Entrecerré los ojos.

—Está ahí... En uno de esos barcos enfermos...

—Joder... —susurró Sánchez en un tono de repente menos jocoso.

—Acerquémonos muy despacito...

Bajamos con prudencia la escarpadura de rocas, codo con codo, como en las grandes aventuras de adolescentes; bordeamos la cerca, en la que estaba claramente indicado PELIGRO, ZONA NO AUTORIZADA. Alrededor sólo surgía esa violencia verde, mientras que en el horizonte brumoso, al final del canal, el río roncaba.

—Parece que la verja corre hasta el Sena —dijo con una mueca Sibersky—. Y hay alambres de púas por todas partes. No podremos alcanzar el cementerio sin barca...

Lancé una mirada furtiva a ese círculo irreal.

—Subamos la charca en sentido inverso... Tiene que existir una brecha en algún lugar...

Media vuelta. La masa de agua desenrollaba sus curvas irregulares, reforzada con pasajes delicados y senderos rebeldes. Cada vez más, el vapor fino soplaba sus espectros efímeros.

—¡Aquí!

Un agujero de la altura de un hombre había devorado la malla de hierro. Entonces, con la espalda encorvada, pudimos alcanzar la orilla. A algunas brazadas, cubierta con un velo de tinieblas grises, *La Derivante* apuntaba su largo pico de acero hacia *Viento del sur*, del que sólo quedaba de la cabina un montón de madera quemada. En la sombra de esa flora lúgubre, bien disimulada, se bamboleaba una barca raquífica.

—La cosa se precisa... —susurré tirando de un amarre que puso la embarcación al alcance de las manos.

Los rostros se tornaron más serios, al hilo del creciente olor a descomposición.

—Si esta barca le pertenece, entonces no está aquí... —observó Del Piero.

—No es seguro... Hay que permanecer alerta...

Cogí la última esfinge y me situé en la proa. La embarcación se bamboleó con fuerza.

—Los cuatro aquí dentro... Del Piero me tendió el brazo.

—Le acompaño...

Venecia, en la versión bajo presupuesto... Un laberinto para difuntos. Las bestias de hierro gruñían mordidas hasta sangrar por la propia sustancia que las sostenía. La bruma rodaba entre los Titanes como una mano curiosa. Del Piero se acurrucó en la parte trasera, con los ojos al acecho escudriñando esos caminos enlutados.

—Existe un río, en el infierno, que los difuntos deben cruzar —le susurré mientras remaba—. No creo que sea sólo mitología...

—Si cree que va a asustarme con eso, va aviado...

—Pues le tiembla un poco la voz...

—Y usted habla sólo para tranquilizarse... Cállese...

La noche cayó una segunda vez; tanto cubría la niebla con sus espesas telas grises. Las carcasas se ennegrecían, el aire arrastraba un olor de madera tibia, mientras el agua se tornaba verde, contaminada con centenares de desechos.

—Deberíamos soltar la última mariposa —sugirió mi compañera.

—No hace falta... —repliqué señalando la proa de una chalana—. La Cortesana nos espera...

La Cortesana, negra azabache, desplegaba su peso de acero enfermo. Un viejo mercante de treinta y ocho metros, equipado con una bodega capaz de tragarse a una manada de elefantes, con un aplomo que daba vértigo. Lo rodeamos sin decir una palabra, apretujados entre esos cascos amenazadores, inmovilizados por sus anclas gigantescas.

En ese silencio de ultratumba, se percibían, sin embargo, roces de alas, golpes minúsculos pero ensañados. Ahí arriba, las esfinges de la calavera se golpeaban contra el metal, como tantas crepitaciones inoportunas. No faltaba ninguna a la llamada. Doce esfinges de la calavera...

—Intentan penetrar... Hemos llegado... El corazón de la maquinaria asesina...

Del Piero se mordió los labios, mientras desenfundaba su Glock. Subí los cuatro peldaños de una escala, que me condujo hasta la cubierta trasera.

Las ventanas de la timonería habían estallado, nidos de óxido devoraban los pretilos, unos cabos enrollados se pudrían de moho. Parecía que la nave derivaba entre dos mundos, en ese campo de vestigios, abandonada por su tripulación.

Del Piero subió a bordo, se coló a lo largo de un enrollador en ruinas antes de meterse en la cabina. Maderas impregnadas de humedad, timón quebradizo, chapa arrugada. Bajo sus pies, una trampilla cerrada.

Con el arma en la mano, señaló un candado y susurró:

—Demasiado nuevo para ser de origen...

Me hizo la seña de echarme hacia atrás, apuntó con el cañón hacia el asa y, con el rostro protegido y los ojos cerrados, disparó.

Un clamor de pájaros restalló a lo lejos. El corazón me dio un vuelco en el pecho cuando sonó mi móvil.

—Me va a dar un maldito ataque al corazón si seguimos así... —rabié al descolgar.

Mientras tranquilizaba mis dedos, le dije a Sibersky, por teléfono, que todo iba bien...

Los peldaños, que se hundían al estilo faro bretón, aullaban bajo nuestros pasos. La chalana nos saludaba a su manera.

Nuestras sombras se alargaron en finos cuchillos cuando nuestras linternas —bueno, la mía, pues Del Piero sólo tenía su linterna boli— rasgaron la oscuridad. En el pozo sombrío, dos puertas metálicas. Sala de máquinas a la derecha, bodega a la izquierda. Arma en ristre, desaparecí en la bodega, mientras mi colega se disponía a abrir la otra puerta.

Una bombilla roja derramaba su luz en una minúscula cámara, hermética, saturada por el ronquido de un grupo electrógeno de encendido electrónico. Cinco cables eléctricos sacaban su energía antes de desaparecer bajo el suelo. Frente a mí, una puerta corredera. Extendía la mano hacia ella, cuando sonó un bip en la parte trasera. El zumbido se detuvo, la oscuridad invadió el confinamiento. A mi espalda, un crujido. Un soplo. Una luz deslumbrante en los ojos. Levanté las manos.

—¿Comisario? —dijo Del Piero.

—Si dejara de deslumbrarme...

Su boli apuntó a las sombras.

—En la sala de máquinas... Había una especie de... detector. Creo que... he puesto en marcha algo...

Me incliné por encima del grupo electrógeno e intenté volver a encenderlo, sin éxito. Bloqueado por un código.

—Ha cortado el suministro eléctrico...

Me puse de pie mientras me hacía preguntas en voz alta.

—¿Por qué instaló un sistema de este tipo? ¿Por qué ha cortado la corriente? O más bien dicho..., ¿por qué la hizo funcionar mientras estaba ausente?

Nos observamos un instante, sin encontrar respuestas. ¿Por qué la electricidad?

Di un último vistazo a la cámara. Chapa, polvo, tuercas.

—Sigamos.

—¡Espere! —dijo Del Piero—. ¿Y si hubiese una trampa? ¿Y si... nos esperasen insectos asesinos ahí detrás? ¿O... una bomba o... algo por el estilo?

—No tardaremos en saberlo...

—¡No! ¡Cre... creo que no deberíamos! Tengo... un mal presentimiento.

—Usted y sus presentimientos... Regrese a la barca si lo desea. Yo voy a entrar, con o sin usted.

Se me adelantó.

—Vamos allá...

Tuvimos que empujar con mucha fuerza para que corriese la abertura de hierro.

Entonces surgió, rodeándonos el rostro con su enorme mandíbula afilada. El frío.

—Hace un frío que pela aquí... —susurró Del Piero acurrucándose—. ¿Qué es esto?

Dirigí el haz hacia la izquierda, y luego al fondo, tiritando ligeramente. Ese bloque más amplio presentaba paredes acolchadas, cubiertas con capas y capas de aislante sonoro. Apunté la linterna al techo y la luz me volvió en pleno rostro.

—¡Hay un espejo gigantesco atornillado al techo! ¿Qué sentido tiene todo esto?

Hacia el lado, una gran sábana colgada de cable de acero dividía la sala en dos. Mientras nuestras linternas se tragaban el espacio cerrado, Del Piero se inmovilizó en un grito ahogado.

—Virgen santísima...

Seguí la dirección de sus ojos. En el sol artificial, un rostro. Párpados bajados, boca cerrada, labios cortados, de color azul morado.

Un ser desnudo, escarificado, marcado con una hoja, con los puños prietos entre esposas oxidadas. Los largos cabellos rubios morían sobre los hombros destrozados, petrificados en ese cuerpo inmóvil, sesgado en plena juventud. En los rincones opuestos, al otro lado de la sábana, dos juegos de esposas más, mancillados con sangre en los cierres. Ni colchón, ni mantas. Sólo tazones de agua, cubos donde fermentaba una mezcla de deyecciones. En un último ángulo, dos climatizadores. Al mínimo: Diez grados.

Me acerqué con aprensión, un nudo en la garganta, la frente llena de arrugas, mientras Del Piero recuperaba el aplomo de poli. El olor a muerte crecía, en aquella hediondez acre, impregnada del hielo de las tinieblas. Sobre las paredes, marcas de arañazos, mezcladas con sangre. Trozos de uñas e incluso, clavada en un panel de espuma, la uña entera de un pulgar.

Me agaché, con una mano en la boca, observando desde más cerca la cuadrícula de heridas. Brazo, antebrazo, pecho, flancos, muslos, pantorrillas. No había escatimado nada. Iluminé desde más cerca. Algo fallaba. Las magulladuras no habían sangrado. Habían...

De repente, los músculos se sobresaltaron, los párpados se apartaron para abrirse sobre pupilas de un negro furibundo. Unas manos me agarraron el pelo, tirándolo con rabia en chillidos atroces. Se me crisparon las facciones de dolor, mientras Del Piero me levantaba hacia atrás, gritando a su vez:

—¡Está viva! ¡Dios mío! ¡Está viva!

Maria Tisserand se agachó, la cabeza le cayó entre los muslos desgarrados. El horror estalló en mi cara. Esa cera, en el interior de las heridas...

El propóleos... El propóleos líquido, al endurecerse con el frío, había impedido la hemorragia. Una tortura sin igual, que provocaba la agonía y la alejaba sin cesar, como una marea de sal ardiente. Veía esas cadenas, del otro lado de la sábana. Me imaginaba a los padres, los ojos clavados en el espejo del techo, perdidos en esa visión indirecta, rogando a Dios que cesase ese calvario, esas ignominias que tuvieron que soportar hasta su muerte, sin saber, sin saber cuántos días más iba el monstruo a someter a tal suplicio a su hija.

Del Piero se levantó lentamente, mostrando ese gran desamparo de las madres.

—Hay que... llamar... La ambulancia... Hágalo..., comisario... Por favor...

No había cobertura, con todo ese metal. Subí corriendo, avisé al servicio de urgencias. El sol crecía, la bruma se disipaba, el calor aumentaba, reptando sobre las malditas chapas...

Me precipité otra vez hacia abajo, vociferando:

—¡La puerta! ¡Hay que cerrar la puerta!

¡El termómetro! ¡Tres grados más, ya! Nos encerré en el interior, mirando fijamente a Del Piero con una mirada perdida.

—¡La temperatura! ¡Si la temperatura sube, el propóleos se derretirá! ¡Joder! ¡Necesitamos... corriente!

Otra apertura de puerta. Nuevo telefonazo. Repunte del mercurio.

Del Piero acariciaba el rostro perdido, con toda su ternura. La chica vibraba en un terror demente, le sangraban las muñecas, tanto había luchado contra las esposas, una y otra vez.

No había palabra para consolarla, ya no gemía y sin embargo su boca permanecía abierta, saturada por esa violencia palpable.

Y, en esos territorios de carne destrozada, de yemas ensangrentadas, las heridas se alargaban con cada gesto, la onda roja corría bajo el propóleos que, ahora, viraba más al amarillo claro, dispuesto a liberar un magma de muerte a la mínima subida del termómetro.

—¡No se mueva más! ¡No se mueva más! ¡Se lo ruego!

Catorce grados. El astro brillaba sobre la chapa con un furor sordo; pronto la sauna escupiría su peligroso calor. En el negro del confinamiento, entre los muslos de Maria, vertía ese hilillo de vida de un púrpura demasiado oscuro. ¿Cuántas veces había sido violada, humillada, maltratada bajo la mirada de una madre enfermiza, de un padre, torturada en las entrañas? Apreté los puños hasta clavarme las uñas en las palmas. Pensaba en mi fresno escarificado, en los pósteres acuchillados, en la habitación de esa mártir, en toda esa abyección que brotaba como un géiser de sangre. ¿Qué clase de monstruo era? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Los ojos rodaban locos en mis órbitas, la cólera atravesaba los poros de mi piel bajo ese sudor grasiento, repugnante, ese lastre de secreciones que arrastraba a todas partes. Me levanté bruscamente y, a pesar de estar abatido por la impotencia, puse la mano sobre un segundo panel.

—Debemos averiguar qué hay ahí detrás... Ocúpese de ella...

Del Piero asintió, dándole un beso a la chica en la frente.

Abrí y volví a cerrar de inmediato. Mi haz reveló los abismos de lo desconocido. Un colchón en el suelo. Un pequeño banco, cubierto de repelentes contra mosquitos para la piel, pastillas de quinina y vitamina B6. Al fondo, una silla debilitada, una mesa coja que soportaba decenas de libros, estriados de moho.

Dibujos por todas partes, al carboncillo, pegados con celo a las paredes, sobre el techo de acero. A decenas y a centenares. Frescos de terror, patchworks de furia. Dos hombres con las caras deformadas, que blandían las manos sobre un cuerpo de un niño acurrucado. Grandes mandíbulas grises, colgadas encima de una cama forrada de arañas. Trompas gigantes de mosquitos, que cavaban el mármol de una tumba. Y, siempre, cielos de tormentas hinchados de relámpagos, saturados de nubes repugnantes. La cabeza me daba vueltas. Ya no quedaba ni un centímetro cuadrado de chapa visible. El Mal. El Mal desplegaba sus largos tentáculos negros.

Volví a girar sobre mí mismo. La Maglite desvelaba cada vez atrocidades crecientes. Ahí, un póster, sobre una mesa, que representaba la copia en color de un cuadro del Louvre. Mi corazón dejó de latir momentáneamente. El Diluvio.

Cuerpos enredados, desnudos, de gestos dramáticos, golpeados por el tumulto de las aguas. Niños rotos por las olas, mujeres destrozadas, implorando al Señor, hombres que intentaban escapar de la furia celestial. Las frágiles embarcaciones se rompían, en ese caos de horizonte torturado, de mar furiosa, mientras al fondo, el Arca se alejaba sobre crestas de espuma.

Cuatro pesos impedían que el póster se enrollase. Enfocadas hacia la obra, dos lámparas. El asesino estudiaba ese cuadro. Con la mayor atención. Adivinaba sus dedos, recorriendo esos seres camino de la perdición; veía su lengua girar sobre sus labios, mientras las falanges acariciaban cada silueta

abatida. ¿Qué buscaba en esa hecatombe? «Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá y, bajo el diluvio, volverás aquí, porque todo está en la luz.»

El Diluvio. El último eslabón del enigma estaba cayendo...

Me levanté, los ojos clavados en otra pared. Originalmente, esos compartimentos debían de servir para separar las diferentes mercancías, pero él les había asignado una función más personal. ¿Cuántas cámaras macabras recelaba aquella bodega gigantesca?

Hice bascular la abertura de chatarra con todas mis fuerzas, con un estruendo dramático. Efluvios de marismas, hongos me arrugaron repentinamente el rostro... Así como un calor de horno.

Temblores de alas, zumbidos dementes. En el suelo, en inmensas cubas cubiertas con mallas, centenares de mosquitos vibraban, aglutinados sobre las paredes translúcidas. El agua verdeaba de microbios, larvas, huevos, bichejos reventados. Bien encerrados, en un sitio seco, unos ratones chillaban, aplastados por el peso de los insectos, que les chupaban la sangre. Detrás, entre dos cristales, tierra, excavada con túneles. Vestigios de un hormiguero... vacío... Esas trincheras de tinieblas desvelaban lo inimaginable, las fronteras de una fortaleza negra, oculta en los limbos de un espíritu enfermo.

Desde lo más profundo de mi terror, me di cuenta de que tres de las cinco cubas habían sido vaciadas de sus hordas sanguinarias. Faltaban miles de mosquitos. La plaga... Quizá llegábamos demasiado tarde...

Me llevé los dedos a las sienes, cerré los ojos en busca de una calma interior, apelando a recursos que me ayudarían a entender, a entenderlo a ÉL. El Diluvio, el Apocalipsis, los carboncillos, los Tisserand...

«—¡Franck! ¡Hijo de puta! ¿Qué estás haciendo? ¿Aún no te has reunido con nosotras?

»—¡No! ¡Dejadme! Yo...

»—¡Ven! ¡Ven! ¡Métete ese jodido cañón en la boca y dispara! Vam...»

Gritos. Gritos, largos y dolorosos, de una mujer. ¡Muy reales! Estaba en el suelo, la cabeza contra la chapa, febril de sudor. El cañón en la boca...

¿Qué me estaba ocurriendo?

Me levanté, perdido, desubicado, me precipité hacia atrás, atravesé las salas de horror, salté por encima del colchón, me golpeé con la silla y caí con fuerza sobre montones de dibujos. Con toda mi agresividad, abrí el compartimento. Del Piero estaba arrodillada, las manos cubiertas de sangre.

—¡El propóleos! ¡El propóleos se está fundiendo!

Rezumaban gotitas de las heridas, mientras la cera se reblandecía lentamente. Brazos, muslos, pecho, hombros. Maria estaba inmóvil, la mirada fija sobre la bóveda, una plegaria en la punta de los labios. Me quité la camisa, la rasgué en jirones, mientras me chorreaba el cuerpo.

—¡Tenga!

Enjugamos los derrames nacientes, muy rápidamente el azul de mi prenda se tornó rojo vivo. Otro foco se desplegó en el tobillo. Y luego ahí, bajo el pecho derecho. El cuerpo mutilado crujía como un viejo navío. La desgraciada nos suplicaba con sus grandes ojos almendrados, la boca abierta, esa boca que seguía preguntando «¿por qué?».

Del Piero, a toda velocidad, se arrancó la sudadera con movimientos locos, casi vanos. Y susurraba, con ensañamiento, sin cesar ni un solo segundo, «todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien...».

Las lágrimas crecían sobre las mejillas de Maria, nuestras miradas oblicuas se cruzaban, vacías de esperanza, paralizadas de impotencia.

Del Piero sólo encontró caricias que dirigirle, expresiones tiernas, plegarias mudas. Ninguno hubiese tenido la indecencia de interrogarla, tan cerca de la tumba.

Maria esbozó como una sonrisa, mientras se le cerraban los ojos; la muerte llegaba, extrañamente dulce. La mujer, a mi derecha, se enroscó a su lado, la estrechó entre sus brazos, le pasó una mano por el cabello, a punto de estallar en llanto.

Me precipité hacia el exterior, vociferando hasta hartarme, golpeando las barandillas hasta hacerme sangrar los puños. ¡No! ¡No! ¡No!

Ahí, en la canícula, ya únicamente se despertaba el chirrido de los cascos fantasmas, innombrables, mientras alrededor el bosque se cernía esa gran mano posesiva. Luego subió Del Piero, los brazos cruzados sobre el pecho lechoso, temblorosa, diciéndome sin palabras que todo había terminado...

Capítulo 22

La chalana se había convertido en un tumulto de voces e idas y venidas constantes. Policías, forense, inspectores, altos cargos de la sanidad pública... Los técnicos de la policía científica habían entrado con prioridad para crear un pasillo de cintas por el que podíamos circular sin correr el riesgo de contaminar los elementos sensibles. Pelos, huellas dactilares, escamas de piel, polvo. Van de Veld iba a continuación, con el maletín de aluminio en la mano.

Apojado en la barandilla, observaba las ondulaciones que se deslizaban de popas a proas. El astro brillaba con su más bonito amarillo, imponente en ese profundo cielo azul. En circunstancias normales, podría haber sido una bonita jornada.

Pero la muerte merodeaba. En nosotros y a nuestro alrededor.

Poco a poco me invadía el cansancio. Las manos me temblaban un poco menos. Más de quince horas sin antidepresivos ni estimulantes, Deroxat, Guronsan, Olmifon, Tranxene. Ni siquiera vitamina C. La penuria de píldoras, en el apartamento, quizás era una cosa buena, al fin y al cabo. Habría que aguantar sin ellas, enfrentarse a las llamadas de socorro del cuerpo y resistir. No volver a hundirse...

Leclerc, corbata gris y rostro sombrío, me tendió un café.

—Deberías volver a tu casa un par de horas —dijo apoyándose a su vez en la barandilla—. El tiempo de llegar los primeros análisis. ¡Ya no tienes ni camisa y, francamente, tienes un careto que asustaría a un pulpo!

Me palpé el rostro. Pelos crujientes, ojeras profundas, arrugas pronunciadas. En efecto, nada muy bonito.

—¿Y Del Piero?

—Abajo, con los técnicos... Se ha puesto la camisa de uno de nuestros hombres. Un pedazo de mujer, no se detiene fácilmente; ella tampoco...

Se aclaró la voz.

—Ese cabrón asesino sabe que estamos aquí...

—¿El detector en la sala de máquinas?

—Sí. Estaba acoplado a una vieja estación de emisión que ha podido enviar ondas de radio en, estima el experto, un radio de unos veinte kilómetros. Es decir, hasta las puertas de la capital.

—Menudo degenerado...

—Aún no le tenemos, pero con los rastros que hay ahí dentro, pronto tendremos su perfil genético completo y su grupo sanguíneo. En cuanto a las huellas dactilares, tenemos más de las que hacen falta.

—¡Pero hacen falta sospechosos o que tenga antecedentes! Cosa que dudo.

—En cuanto a los sospechosos, nos espabilaremos. El procurador ha lanzado una operación de envergadura en la iglesia de Issy. Estamos a domingo; en cuanto salgan los fieles, iremos a recoger las identidades y proceder a un filtro. El camarero del Ubus nos indicará los clientes potenciales.

—¿Pero piensa que va a acudir a la misa? ¿Y ese... Opium? ¿Lo habéis trincado?

—Volatilizado, con todos sus macarras, los compradores y los vendedores. ¡Un fracaso total, en definitiva!

Tuvo un gesto de violencia sorda.

—La entrada estaba bajo la tienda africana, colindante al bar, pero la salida «oficial» se llevaba a cabo por el patio trasero de un restaurante, a más de un kilómetro de ahí. Huyeron como ratas, nuestros equipos no se enteraron de nada...

Se quemó los labios con el café.

—¡Mierda! Es... ese Opium se llama Seal Bouregba, un estafador al que ya detuvieron por robo de coches de lujo. Con su pequeño equipo, organizaba la logística, el acceso a la estación, la subida, las retiradas de dinero. Un negocio que permitía también a los jefes respectivos de los establecimientos ganarse un dinero extra. De todas formas, interrogaremos a los que tenemos a mano, a la espera de obtener algo mejor. Camareros, responsables. Quizás obtengamos elementos que nos permitan hacer un retrato robot del asesino.

Levanté los hombros.

—Había un montón de gente ahí abajo... Todo esto puede tomar tiempo y recursos.

Se levantó bruscamente y estranguló su vaso entre las manos.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Sale en todas direcciones! ¡Me pierdo con tanto papeleo, me caen encima de todas partes, hasta el ministro de Salud, que llama a mis superiores por lo menos una vez al día!

Un silencio se alargó. Un deseo repentino de respirar, de olvidar un poco. Tan difícil como cavar en mármol.

—Tres de las cinco cubas ya no contenían mosquitos —dije sin despegar la mirada del agua, donde se reflejaba mi rostro cansado—. La plaga... Quizás hemos llegado demasiado tarde...

El comisario de división intentaba conservar el aplomo, pero yo notaba que la situación lo desestabilizaba, como a todos nosotros.

—Por ahora, ninguna señal de alerta en los hospitales del sector —dijo—. Pero la cánicula no nos ayuda. Las urgencias de los centros hospitalarios regionales están saturadas de insolaciones, el personal médico está desbordado. Llega realmente en mal momento.

—Quizás está hecho aposta...

Miré fijamente a Leclerc a los ojos.

—A esa chica, la violó, ¿verdad?

—Van de Veld es categórico —replicó reajustándose la corbata—. Han encontrado esperma y sangre cerca de las esposas, en la vagina, y también en... el ano. La violó regularmente... y por detrás...

Torturada, humillada, violada sin piedad. Mi odio crecía, esa rabia incontrolable, esas ganas de matar. Tras haber inspirado profundamente, bajé los párpados y anuncié:

—Había tres pares de cadenas, cada uno en un rincón de la sala... El padre, la madre, Maria... El asesino quería que los padres lo viesan actuar..., pero no de forma directa... Así que... coloca una sábana e... instala un espejo en el techo...

Leclerc golpeó con la palma de las manos la barandilla.

—Ese desgraciado quizás está frustrado o se avergüenza... ¡Joder! ¡Ni siquiera es capaz de asumir sus actos!

Recobró una aparente calma.

—El forense afirma que, a primera vista, el asesino, al mutilar a la hija, no había seccionado ninguna vena ni arteria vital. Cada herida, por sí misma, no era mortal. Quería prolongar el calvario el mayor tiempo posible. Es la subida de la temperatura y la simultaneidad de los sangrados lo que provocó la defunción.

Me latían las sienes, cada vez con más fuerza, mientras la cabeza me zumbaba.

—Hay que... analizar esos dibujos... Entender... Por qué... Por qué... Voy... voy a volver a casa... a descansar unas horas... Sí, unas horas... Se... me nubla la vista...

Cuando me disponía a subirme a una Zodiac, Houcine Courbevoix surgió de la cabina corriendo, se inclinó por encima de la barandilla y señaló las mariposas.

—¡Me ha venido a la mente de golpe, así! —se desgañitó con grandes gestos desordenados—. ¡Mírelas!

Leclerc también se inclinó, con expresión de indiferencia.

—¿Y?

—¡No hemos descubierto ninguna en la bodega! ¡Mosquitos sí, e incluso he encontrado los vestigios de un hormiguero, pero ni un solo lepidóptero! Así que, dígame, ¿qué han venido a buscar aquí estos machos?

Volví a subir los pocos peldaños, desconcertado.

Exacto. No se habían movido ni un milímetro desde mi llegada con Del Piero. Batían las alas sobre el casco, sin parar, con la voluntad férrea de atravesar el caparazón de acero.

Leclerc apuntó un dedo autoritario hacia el piloto de la lancha.

—¡Polo! ¡Intenta coger uno!

El inspector se las apañó sin siquiera despeinarse, en equilibrio sobre una defensa, para atrapar una mariposa. No sin daños, pues le destrozó el ala derecha. La esfinge gritó. Un largo grito desesperado.

—¿Hace... falta otro? —preguntó el policía, tendiendo su presa asustada.

—¡Debería bastar, pero permanezca cerca! —dijo Courbevoix mientras recuperaba por el abdomen al insecto gritón. Bueno... Vamos a ayudar un poco a este gran bobo a orientarse...

El entomólogo se precipitó al interior de la cabina y soltó al bicho que, un pelín traqueteante, levantó su calavera en dirección a la bodega antes de desaparecer en la primera cámara.

—¡Dejad pasar al animal! —vociferó Leclerc.

El altar de la matanza, con sus cadenas, sus climatizadores, apagados, su sábana, su espejo, se iluminaba bajo el fuego de potentes lámparas de batería. Van de Veld, cerca de su maletín, proseguía su trabajo de registro mórbido, exigiendo al fotógrafo primeros planos de las heridas. Detrás de él, dos técnicos con guantes hacían surgir lo invisible con productos químicos. El luminol, un reactivo al hierro de los glóbulos rojos, transformaba cualquier marca de sangre, incluso borrada, en un vistoso rastro fluorescente. Detectaron sangre en las paredes, cerca de los arañazos, en los cierres de las esposas, sobre los eslabones, en el suelo. El cianoacrilato de metilo desvelaba montones de huellas dactilares, crestas, lagos, bifurcaciones papilares que pronto serían devorados por los ordenadores, que los compararían con otros miles.

La mariposa, en su embriaguez sexual, se desentendió de esas actividades mortíferas y se precipitó hacia la siguiente cámara.

Ahí también batían los flashes. Fotografiaban los dibujos al carboncillo, colocaban números cerca de cada cuerpo del delito, encerraban varios materiales pequeños (bolis, gomas, tijeras) en bolsitas preparadas. Empaquetaban la muerte.

La esfinge cambió bruscamente de dirección, atravesó la luz de un halógeno antes de precipitarse en línea recta hacia la mesa. Su cabalgada amorosa acababa ahí, sobre el pecho desnudo de una mujer agonizando, en medio del mar furioso y las olas gigantescas.

De lleno sobre la escena del Diluvio... Sus minúsculas patas chirriaban, sus largas antenas curvadas se desenrollaban, como radares alocados. Desde

lo más profundo de su cerebro unicelular, debía de preguntarse qué estaba haciendo ahí.

—¡Mierda! ¿Qué significa esto? —vociferó Leclerc—. El Arca de Noé...

—¡Esta reproducción debe de estar plagada de feromona! ¡Una lámpara! ¡Una lámpara de luz ultravioleta! —reclamó Courbevoix, chasqueando los dedos.

—¡Voy a buscar una! —dijo un técnico.

Del Piero se reunió con nosotros y se inclinó sobre la imagen, un rasgo interrogativo en la mirada.

—He visto el original en alguna parte...

Me puse un par de guantes de látex y cogí una vieja Biblia con la tapa cubierta de salitre, posada justo al lado. Un marcapáginas me llevó al lugar correcto. «El Génesis...»

—En el Louvre —dije recorriendo versículos con el dedo—. Se trata de una reproducción de un cuadro de Théodore Géricault, *El Diluvio...* Dios mío... Escuchad estos pasajes, que ha subrayado:

Dijo luego Jehová a Noé: entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti te he visto justo delante de mí en esta generación...

... De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra...

... Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre... Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió...

Cerré el libro, los labios fruncidos.

—Sigue delirando —espetó Leclerc acercando la nariz—. ¿Qué sentido tienen esas mariposas?

—Son mensajeros... Creo que las utiliza como mensajeros... La feromona las guía y ellas nos guían a su vez... Quería conducirnos a esta visión del Diluvio.

—¿Quieres decir que pretendía traernos aquí, tarde o temprano?

—Puede ser. Y quizás hemos llegado antes de lo previsto... No ha tenido tiempo de... sacarlo todo...

—¡Esto es una locura, joder! —repitió el comisario de división.

El técnico reapareció con la lámpara, que Houcine Courbevoix acercó al póster. Nos apretujábamos los cuatro alrededor, hombro con hombro, el corazón en la punta de los labios.

Luz. El velo violeta despertó entonces filamentos blanquecinos, indetectables a simple vista. Unos filamentos que formaban letras y letras, palabras. Tinta invisible, sobre la que se dispersaban rastros de feromona.

—¡Madre de Dios! —exclamó Leclerc, tapándose la boca.

Del Piero se mordió los labios; se me petrificó la mandíbula, como fraguada en un gel instantáneo. La inmundicia nos golpeaba el rostro.

En cada centímetro cuadrado de la reproducción, el asesino había apuntado nombres y la primera letra del apellido. Identidades, montones de identidades amontonadas las unas bajo las otras.

Frédéric T... Jeanne P... Odette F... Michel O... Mujeres, hombres, quizá niños...¿Y ahí, sucesivamente? Renée M... Guy M... Damien M... Fabien M... ¿Toda una familia?

Una lista. Ese cuadro ocultaba una lista de víctimas. Veía esas olas furiosas surgir de la obra y aniquilar bajo su espuma vidas y más vidas. También pensaba en las cubas vaciadas de sus insectos. La máquina asesina estaba en marcha, una gran mano asesina capaz de las peores atrocidades.

Leclerc levantó los ojos hacia esos trazos dementes, esos torbellinos de furia, antes de apoyar las dos manos bien abiertas sobre su rostro.

—Tan sólo estamos al principio... —susurró—. Tan sólo estamos al principio...

—He contado... —susurró Courbevoix—. Cincuenta y dos... Hay cincuenta y dos...

Los nombres se arremolinaban, bajo los rayos inquisidores. Fantasmas de existencias, que reclamaban ayuda, ahí, bajo nuestros ojos, tan cercanos y sin embargo tan lejanos. Leclerc dejó caer los puños sobre la mesa, en un doloroso suspiro de impotencia. Del Piero se giró hacia el entomólogo.

—Hemos descubierto mariposas al lado de la víctima. El confesionario, el local de submarinismo. Cada vez, había feromona. Pero ¿no observasteis nada, ni textos, ni nombres disimulados?

Courbevoix sacudió la cabeza.

—Los técnicos de la científica lo examinaron todo con rayos UVA y lo comprobé luego, al nivel de las marcas de hormona. Ninguna inscripción peculiar. Lo siento...

—¡Mierda! ¿Qué hacían esas putas esfinges en las escenas de los crímenes? ¡Ese desgraciado las utiliza para hacernos descubrir pistas ocultas! Así que ¿por qué no hemos encontrado nada? Tengo la impresión de que hemos pasado por alto algo. ¿Pero qué?

Del Piero rechinó los dientes, mientras yo me erguía, la cabeza pesada, vacía.

—Voy... voy a volver a casa... Ya no consigo pensar... Mantenedme... al tanto, si hay novedades...

—¿No vas a dejarnos ahora? —vociferó Leclerc—. ¿Con cincuenta y dos víctimas potenciales en brazos?

—Lo siento, comisario... No me encuentro... nada bien... Un maldito dolor de cabeza. No sería... buena idea que...

Me puso una mano en el hombro.

—Perdóname. Hace no sé cuánto tiempo que no has dormido. Vete a descansar un poco.

—Alguien... va a tener que llevarme... No tengo... coche...

—Polo se encargará de eso.

Antes de irme, con la punta, pero realmente con la punta de los labios, le pedí al fotógrafo que me enviase por correo electrónico, en cuanto fuese posible, todas las fotos y dibujos. Me prometió que me las haría llegar durante la tarde.

Mientras me alejaba en Zodiac, en la sombra de los monstruos curiosos y de ese metal demasiado denso, me sorprendí dirigiendo unas palabras al cielo, por esas personas que no conocía... Esas cincuenta y dos personas...

Capítulo 23

Nunca había sentido tal alivio de regresar por fin a mi hogar. El cansancio había sobrepasado cualquier forma de energía y de melancolía. Una única cosa iba y venía delante de mis ojos. Una bonita almohada de una blanchura angelical...

Crucé con paso triste el pequeño cuadro florecido, y luego subí por las alamedas rectas y ordenadas que se colaban entre los inmuebles de la residencia. Los domingos de verano, el barrio se animaba con una forma de embriaguez popular. Unos bajaban a hacer footing, otros paseaban a su perro por el parque, niños jugando a la pelota, con gorra y crema en la cara... Todo respiraba la alegría de vivir. Casi todo.

Cuarenta y ocho escalones antes de mi caverna, antes de ese invierno perpetuo que sólo los impulsos ferroviarios venían a estremecer. Entre esas cuatro paredes era donde más solo me sentía, donde vivía en una forma de transparencia, a imagen de mis trenes, que tenían como única distracción dar vueltas. Triste castigo, en definitiva. Pero todo eso importaba poco. Dormir. Tan sólo quería dormir...

Ahí, en alguna parte en el aire, el leve olor de la marihuana se alzaba, un rincón de horizonte cubierto sobre la Guayana y mi vieja vecina, a la que tanto había querido. A ella también, balanceándose en sus grandes conjuntos de madrás, la echaba de menos.

—¡Uau, tío! ¡No sabía que estabas tan cachas! ¡Menudos bíceps!

—¡Oh, no!... Él no...

Me giré con indolencia. Apalancado contra la puerta número treinta y uno, Willy chupaba a medio gas un cigarrillo, las volutas cubrían su aspecto indiferente de rasta apacible. Vestido con un pijama de topes, disimulaba en sus ojos amarillo ceroso los estigmas de una noche terriblemente zen.

—No deberías haber dejado abierto, tronco —dijo levantándose—. Uno entra en tu casa como en un molino. ¡Nada genial, para un poli!

Abrí de golpe.

—¡Maldita sea! —refunfuñé levantando los brazos—. Estaba seguro de...

—Has tenido una visita, en plena noche. La niña... Vestida de un modo curioso, con una bata azul y botines rojos.

Abrí los ojos de par en par mientras el hombre con los cabellos de serpiente se deslizaba al interior. Las sienes me latían con furia.

—Debían de ser... las tres de la madrugada. Salía a fumar mi último..., mi último cigarrillo, y he visto que tu puerta estaba entreabierta. Entonces entré, igual que hago ahora.

Señaló la maraña de raíles.

—Había un megafollón. Las locomotoras rodaban a toda velocidad, la tele babeaba toneladas de interferencias, canal cuarenta y dos. Lo apagué todo al marcharme...

Lo seguía sin decir palabra, con la boca abierta de los que no entienden nada. Willy se detuvo de repente. Una nube de humo le envolvió el rostro.

—La chiquilla estaba sentada aquí, con las piernas cruzadas como un indio. Y hablaba, eso era lo peor, ¡le hablaba a esa jodida pantalla! ¡Créeme, no era una alucinación! ¡A mí me dio un canguelo de morirse! ¡Mira, mírame los brazos, aún se me ponen los pelos de punta! Sabes, mi abuela jugaba con las cosas de vudúes, los *poltergeist*. ¡Te puedo garantizar que existen!

Me precipité a todas las habitaciones. No habían registrado nada, ni había destrozos. Los trenes en miniatura roncaban en sus alineaciones de vías, la tele estaba apagada. Le pregunté a Willy, con una ligera vibración en el timbre:

—¿Y qué decía? ¿De qué hablaba con... la tele?

El negro arrugó sus labios carnosos.

—No creo que te haga mucha gracia...

—¡Suéltalo, coño!

Me pasé una mano por la frente. Chorreaba. Las manos me temblaban sin control. Más allá del cansancio, el calvario volvía a empezar.

—Decía que lo conseguiría, que ya encontraría la manera...

Lo agarré por el cuello de su ridículo pijama.

—¿La manera de hacer qué?

—¡Eh, eh! ¡Tranqui, tío! ¡No te pongas así!

—¡La manera de hacer qué!

Se apartó dando un paso, con los brazos hacia delante. Una ceniza al rojo cayó sobre la mesa baja.

—¡La manera de matarte! ¡Por muy loco que parezca, esa niña se te quiere cargar, tío! ¿Es ella la que te hirió el antebrazo así?

Me desmoroné sobre la cama nido, con un enorme desamparo en el corazón.

—Esto no tiene ningún sentido... Ningún sentido... Esa chiquilla está loca de remate...

Willy se sentó a mi lado.

—Estaba como... catatónica, ni siquiera veía que yo estaba ahí. Miraba fijamente la pantalla y charlaba sola.

Se frotó los hombros enérgicamente, como si quisiese entrar en calor.

—Vas a tener que desconfiar de todo. Del agua que bebes, de la comida que tragas, de los pasos que das por las escaleras. He visto los ojos de esa niña cuando se largó. Es el Diablo en persona... Créeme, tío, noto esas cosas...

Hablaba con seriedad, mientras sus dedos de ébano acariciaban sus labios agrietados. La visión se me nubló de nuevo. En mí, en mi interior, el mal aire crecía. Moscas negras me zumbaban en la cabeza, golpeándose con saña en mi cerebro. ¿Y si esa niña no hubiese aparecido por casualidad? Si, de alguna manera, la utilizasen para...

Me levanté bruscamente. Tras haberme puesto una camiseta, me lancé a la escalera, golpeé como si fuese a romperme los puños la puerta número siete. Siete... Siete mariposas. Siete plagas. El siete del Apocalipsis.

Ruido en el interior. La sangre me subió a las sienes.

—¡Sé que está ahí! ¡Conteste! ¡Conteste!

Nada. Furioso, crucé el parterre entre los edificios e hice salir al conserje a timbrazos impacientes.

—¡Venga a abrirme una puerta! —ordené cuando el joven, en tejanos y bambas, apareció al lado de un dóberman con una bonita boca de esmalte.

—¿Tiene algún problema? —replicó con aspecto cansado.

Abusé de mi placa.

—¡Espabile!

Le dio un golpecito al perro, cogió una gran anilla de llaves y me pisó los talones a la carrera.

—¡Es aquí! ¡Proceda!

—No lo acabo de entender, comisario —dijo mientras buscaba entre las copias—. Este apartamento no está...

Apenas había desbloqueado la entrada cuando lo empujé a un lado y abrí el batiente con un gesto de cólera.

Una bocanada de vacío me golpeó el rostro. Bajo mis pies, un crujido de papel. Una escritura prieta, de letras angulosas. Mi escritura. «Su hija se quedó encerrada fuera. Está en mi casa, en el tercero, segunda. Número treinta y dos. Soy policía.» La nota no se había movido ni un milímetro.

El conserje hizo tintinear el juego de llaves.

—¡Eso es lo que quería decirle! ¡Este apartamento ya no está habitado, desde hace más de quince días!

Los brazos me cayeron al suelo al oírlo. Ya no había ni un solo mueble, habitaciones muertas, paredes desnudas.

—¡No... no puede ser! ¡Había una niña! ¡Vive aquí! —El joven se rascó el cabello, con expresión de fastidio.

—Eso me, me extrañaría mucho... ¿Cómo se llama?

—¡No tengo ni idea! ¡Debe de tener unos diez años, pelo castaño, ojos negros! ¡Se pasea a menudo en zapatos rojos!

Abrí un grifo. Agua cortada.

—No me sirve de gran ayuda, lo que me dice. ¡Tengo que gestionar seis edificios, más de quinientas familias! ¿Se imagina la locura que supone? Chavalitas con esa descripción, existen docenas y docenas. Quizá debería interrogar a los demás inquilinos...

Le di las gracias y llamé a casa de algunos vecinos. Cinco, seis, ocho, nueve. Siempre la misma respuesta. No la habían visto nunca. ¿Quién sabe?

Las diez de la mañana. Willy había ocupado mi sofá, con los ojos destrozados, ya no totalmente encajados en sus agujeros. Emitió un gruñido cuando lo eché fuera y cerré con dos vueltas. Los huesos me dolían muchísimo, las piernas imploraban clemencia, algunos morados cubrían aquí y allí mi cuerpo agotado. En cuanto a mi cabeza... Qué miseria...

Me desplomé sobre la cama, sin haberme duchado ni cambiado; fuera de servicio. La muerte restallaba por todos lados. La chalana, los Tisserand, esa niña, una violencia incomprensible. Hervía bajo las sábanas. ¿De qué oscura guarida salía la niña con el corazón a la derecha? Me había espiado mientras dormía. Me había cortado con un cuchillo. Me odiaba tanto como parecía quererme... La puerta... La puerta, siempre... abierta. Sin embargo..., estaba... seguro de...

... El... Diablo...

Capítulo 24

Me desperté sin violencia, en medio de una cama arrugada y del calor opresivo. El radiodespertador marcaba las 17.21. Siete horas de un sueño muy profundo y empapado, todo sin somníferos, antidepresivos y trenes que zumban. Un milagro.

Tras haberme tragado el tratamiento antipalúdico, me arrastré bajo la ducha, donde el agua templada me azotó el espinazo. Una energía nueva conectó mis primeras neuronas y, en esa tibieza apaciguadora, sentí una forma de bienestar casi olvidada. Me entretuve bajo el chorro una buena media hora.

El sol glorificaba la Tierra, por la ventana del salón, halagando a mis bonitas locomotoras con un velo dorado. Vertí una gota de aceite en los ténderes de los vapores vivos, lustré sus bielas con un golpe de paño preciso antes de lanzarlas sobre los raíles. El fin de semana me gustaba ocuparme de ellas, con esos gestos de niño, hasta oírlas silbar de placer. Si Él oise pudiese verlo...

Armado con un paquete de galletas, un tazón de café, papel y fotos del interior de La Cortesana, me instalé en el corazón de esa efervescencia metálica, rodeado por los túneles, las montañas, los prados animados por sus vacas tranquilas. Con minuciosidad, esparcí las pruebas importantes de la investigación. El mensaje grabado en la iglesia. Las fotos de los Tisserand, en su vida y en su muerte. Los primeros planos de las escarificaciones de Maria, en su rostro también, atrapado en el terror de los últimos segundos. El póster del Diluvio, con sus cuarenta y dos identidades, los carboncillos... Luego apunté, bien grande y en hojas separadas, todo lo que me venía a la mente... Diluvio, Apocalipsis, Biblia, castigo, importancia del «siete». Siete esfinges, siete trompetas, siete plagas... Trazaba flechas, marcaba líneas, rodeaba términos, planteaba preguntas...

Poco a poco, el espacio se cubrió con mis escritos, mis tachones, mis idas y venidas de pensamientos. El cerebro me carburaba con la droga pura del buen poli...

Me llevé la taza de café a los labios, pero detuve bruscamente el movimiento. «Deberás desconfiar de todo...», había advertido el negro de los pelos como espaguetis. Cogí otra hoja de papel y apunté: «¿La pequeña? ¿La habitación 7?», y luego me bebí el café de un solo sorbo.

Entonces mi atención se centró en las decenas de dibujos que me había enviado por correo electrónico el técnico. El trazo era grácil, a ese hijo de perra no le faltaba talento. Pero los asaltos de mina eran espantosamente macabros,

enfocados hacia el sufrimiento y el repliegue. Se sentía sobre el trazo la presión de las falanges, la tensión de una mala mano. Incluso, en algunos lugares, se adivinaban las puntas de lápiz rotas por la insistencia. Después de todo, esas ilustraciones sólo eran la expresión de una mente enferma.

Rápidamente, surgieron temas recurrentes. La oscuridad del cielo, hinchado de nubes desgarradas. La presencia de los insectos, que se disputaban o bien el tema principal —moscas que libaban entre las costillas de un esqueleto, moscas en las entrañas de dos cadáveres en descomposición— o bien aparecían en segundo plano, sobre una ventana, una sábana, una bombilla.

Había también esos dos hombres pegados por la cabeza, con los dedos curvos, los dientes afilados, que martirizaban a un niño acurrucado al que sólo se veía de espalda.

Ese niño... ¿Podría tratarse del asesino?

Otros esbozos representaban a una mujer muy guapa, de carne pura y blanco pío, manos y pies atados por cuerdas, unidas en las extremidades a una vieja cama de hierro. Sobre el sexo rasurado, el tatuaje de un nudo, una especie de nudo marinero, y un gran número de heridas sobre el pecho, en forma de cruz, alineadas como marcas en un calendario. Un cuerpo estigmatizado.

Cada reproducción de esa cautiva presentaba similitudes —habitación siniestra, desprovista de ventanas, con el techo bajo, muy bajo—, tan sólo la expresión cambiaba, pasando de la cólera al terror, y del terror a la tristeza. Nunca una pizca de alegría. Negritud y tinieblas.

Me comí tres o cuatro galletas, hice movimientos circulares con la nuca. Me hacía viejo, las piernas aún me dolían de los días previos. La persecución del mexicano, y luego la que llevé a cabo en Haxo, sin olvidar los kilómetros en el bosque, como para torcerse los tobillos. Sí, me hacía viejo, y no me atrevía a imaginar la tristeza de mi vida en unos años, sin compañera, hijos, ni nietos. Un porvenir bien lúgubre...

Minutos... Minutos recordándolas... Suzanne, Éloïse... Imposible obtener imágenes claras, silenciosas. Cada vez, el chirrido de los frenos, sus bocas gritando... Dios mío... Una lágrima.

Regreso a los esbozos, que recorrí una y otra vez. Un detalle me desconcertó de repente, un detalle que no había advertido hasta ahora. Entorné un poco los ojos, descubriendo, en segundo plano, detrás de la cama de la mujer atada, un espejo que devolvía un rostro muy borroso, apenas sugerido. Un rostro infantil. Un niño agazapado en uno de los rincones de la habitación.

La sal de la excitación me invadió el paladar. Revisé los demás dibujos, contraí las pupilas, disociando el blanco del negro, lo visible de lo evocado. Como una ilusión óptica, el rostro volvió a aparecer. Muy, muy hábilmente disimulado. En el cristal de una ventana, fundido entre las nubes agitadas. Y luego ahí, reflejado en el mármol de una tumba. Y otra vez ahí, sobre la

superficie de un lago en el que caía una cascada. Nunca una mirada directa, franca, perfectamente visible. Sólo reflejos ocultos.

Esos ojos de chaval le pertenecían, esos carboncillos traían a la superficie sus traumatismos pasados. Hoy igual que por aquel entonces, el asesino no soportaba que lo mirasen a la cara. Los pósteres lacerados. Viviane, muerta con los párpados vendados. Su hija, violada de espaldas a su agresor. El espejo, colocado en el techo de la bodega.

Los dibujos... Techos bajos, tumbas, esqueletos, insectos. ¿Acaso lo encerraban, de niño, en algún lugar que lo aterrorizaba, un sótano amenazante con arañas, un armario en el que vibraban polillas y mosquitos? ¿Por qué esa presencia femenina atada? ¿Qué significaban esas heridas en forma de cruz, sobre el pecho? ¿La pegaban? ¿Maltratos?

¿Y qué decir de esas representaciones, las de los dos hombres con la cabeza pegada, que apuntaban sus dientes amenazantes a un chiquillo acurrucado?

¿Qué había padecido el niño para que el adulto sesgase esas vidas de forma tan cruel?

Un niño... Quizá no había que hurgar en el presente..., sino en el pasado... Volví a coger las notas relativas a los Tisserand. La clínica de evaluación de la peligrosidad, en París...

Veinte años frecuentando a miles de enfermos. Veinte años... Había que profundizar nuestras investigaciones mucho más arriba, remontar a la fuente. Cuando el asesino era muy jovencito o adolescente...

Volví a recorrer el informe de los dos médicos. Antes de París, Grenoble... Psicoterapeutas en un hospital psiquiátrico... Ninguna información sobre eso. Nada. Tracé un gran signo de interrogación rojo en el centro de la hoja.

Hice restallar los huesos carpianos, me tragué unas cuantas galletas. El asesino se acercaba cada vez más, su respiración se deslizaba, ahí, sobre cada vértebra de mi columna. A través de su vigilancia pictórica, el monstruo me observaba.

Un ruido, detrás. La cocina. Me precipité. Nada. Ventana abierta, chiquillos en el patio, perros que ladran. Y nadie debajo de la mesa...

Taza de café derramada, en medio de los raíles. Los pelos se me pusieron de punta.

«¡Que no, eres tú el que la ha tirado, al levantarte bruscamente! ¿Cómo habría entrado? ¡Has cerrado con llave!»

Fisgoneé en el apartamento, por precaución, y luego recuperé mi posición de elaborar ideas. El corazón me latía un poco más deprisa en el pecho, la frente liberaba el calor del cuerpo. En cuanto a los dedos... Los metí entre las piernas... Y luego puse en marcha los trenes eléctricos, mucho más ruidosos que los vapores vivos. Ese jaleo familiar me tranquilizó.

Volví a sumirme en el texto grabado en lo alto de la nave y aislé el último punto oscuro. «Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá y, bajo el diluvio, volverás aquí, porque todo está en la luz.» Rodeé los labios con la lengua. Era sutil, muy sutil. Efectivamente, todo estaba en la luz. La que había permitido encontrar, bajo *El Diluvio*, las cincuenta y dos identidades.

¿Pero por qué «volverás aquí», a la iglesia? ¿Para encontrar una pista oculta? El entomólogo había sido escrupuloso, habían peinado el confesionario con rayos UVA. No había ninguna prosa con tinta invisible, salvo las manchas de feromona sobre Viviane Tisserand. Leclerc la había acertado, en la chalana: si no había texto en las escenas de los crímenes, ¿para qué las mariposas? ¿Dónde había que buscar, en tal caso? En la claridad de las vidrieras, tras el tímpano..., o si no...

«El Apocalipsis es un texto de códigos secretos, de mensajes ocultos. Todo está en profundidad, tras las palabras», había dicho Paul Legendre. Todo está tras las palabras...

El corazón me empezó a latir a toda prisa. Veinte segundos después, mis pies locos se lanzaron corriendo por las escaleras. Necesitaba una escalera, una escalera muy grande y una linterna de luz ultravioleta.

Porque todo estaba inscrito en la cima de la columna fisurada, en la Casa de Dios, desde el principio...

«Volverás aquí, porque todo está en la luz...»

Y a doce metros de altura, bajo los arcos potentes de la iglesia de Issy, apareció un nombre bajo la luz ultravioleta. Un nombre desconocido, que tachaba la advertencia inicial con una gran diagonal blanca. Vivian Maleborne.

Capítulo 25

Leclerc no había regresado a su casa en todo el domingo. Cuando me planté en la central, tecleaba en el ordenador portátil, rodeado de vasos vacíos y de chicles hechos una bola. Su corbata pendía de un colgador, en ese despacho con el suelo de color roble oscuro, que crujía como en un viejo desván.

—Tres Vivían Maleborne en toda Francia —explicó removiendo montones de hojas—. Un chaval de doce años, en la región de La Creuse... Un tipo de cincuenta y cinco años en el sur... y otro que vive... ¡en el distrito dos!

Me incliné por encima de la mesa, un poco anhelante.

—Vamos acercándonos. ¿Y?

—Ya no es muy joven, que digamos. Setenta y cinco años... Era médico, psicoanalista e hipnotizador...

—Eso es... El asesino quiere llevarnos hacia atrás. Hacia el pasado... Su pasado...

El comisario de división se hundió en su profundo sillón, con una nueva goma de mascar envuelta entre los dedos.

—¡Este caso empieza a tocarme las narices! No hacemos más que recibir, desde el principio. ¡No somos capaces de establecer un jodido retrato robot! ¿Sabes la última? Ninguna persona del Ubus ha podido identificar a nuestro fantasma. A priori, el tipo se personaba con una máscara africana sobre el careto. ¿Te imaginas qué locura? ¡Una máscara africana!

—Ocultas tu rostro... ¿Pero por qué?

—Tan sólo ese Opium debe de saber qué pinta tiene, pero por ahora... Pff, ¡desaparecido, el pedazo de negro!

Apretó los puños sobre los brazos del sillón.

—Los de arriba no aprecian mucho esta investigación, un poco demasiado «mapa del tesoro». Le quieren a él y no los cadáveres que va sembrando por el camino.

Hice un gesto de cólera, levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¡Qué fácil es decir eso! ¡Ya hemos privado a los chicos de vacaciones, los obligamos a venir los fines de semana! ¡Apenas si les dejamos dormir!

—Lo sé, lo sé... Soy el primer afectado... Domingo, las ocho de la tarde, pleno mes de julio y estoy aquí, encerrado entre estas cuatro paredes removiendo la muerte, pero... empieza a urgir que lo atrapemos...

—Siempre ha sido una urgencia para mí.

—Vas a ir a ver a ese hipnotizador, enseguida. Aprovechemos la ventaja que hemos tomado en su «juego» para contraatacar. ¡Si ese desgraciado utiliza al viejo para hablarnos, pues que así sea! ¡Escuchemos lo que tenga que decirnos! Espero aquí... Mantenme al corriente...

Me llamó una última vez, cuando iba a cruzar la puerta de su despacho.

—¡Shark! ¿Te encuentras bien? Pareces un poco... paliducho.

—De tanto codearse con los fiambres, uno acaba por adoptar su color.

Vivían Maleborne vivía a dos pasos del Louvre, en un gran edificio hausmaniano cuya entrada estaba protegida por un portero en uniforme rojo. Bajo el impulso de mi placa, el autómatas me acompañó por los largos pasillos de techo muy alto y con cortinas de terciopelo magníficas.

El doctor me recibió en silla de ruedas, empujada por un esbirro tan sonriente como una estatua de la isla de Pascua. El viejo iba vestido con un terno blanco, con el cuello de la camisa tan prieto que su delgado cuello desbordaba en pliegues de piel poco agraciados. Llevaba una pajarita negra, en perfecta armonía con su corona de cabello de una tonalidad gris muy oscuro.

—Es un comisario de policía —anunció el empujador de carretilla en un tono sin matices—. El comisario Sharko.

El médico me miraba con intensidad, sin parpadear. Sus ojos estaban cubiertos de un fino tul transparente, pero se adivinaba, más allá del velo, el azul misterioso de las piedras preciosas.

—¿En qué puedo ayudarle, comisario?

Su voz iba retrasada con respecto a su edad, extrañamente fluida y tranquila.

—Me gustaría hablar a solas con usted, si le parece bien.

Con un lento movimiento de la mano, despidió al mayordomo, que desapareció en una de las habitaciones cuyo gigantismo sólo era igual a la inmensa impresión de vacío que insuflaban. Pocos muebles, aún menos figurillas, ningún cuadro, tan sólo la luz cansada de un día macilento, agonizando sobre el mármol del suelo. Maleborne se dirigió marcha atrás hacia el salón, al otro extremo del recibidor, sin ni siquiera girarse.

—Siéntese, comisario —dijo designando con un gesto aproximativo unas butacas orejeras beige.

Un bar, esculpido en una pared. Decenas de marcas de grandes whiskies y tantos coñacs. El anciano apreciaba las cosas buenas. Al sentarme dejé los carboncillos sobre una mesa de ébano. Maleborne no reaccionó.

—¿De qué vamos a hablar, comisario?

—De un hombre..., un hombre que ha debido de ser paciente suyo. Le he traído algunos de sus dibujos...

Un último rayo de sol jugó sobre sus dientes impecables.

—¿Ha visto un solo libro aquí, el menor cuadro? Mis ojos han sido toda mi vida, pero hoy casi me han abandonado. Una catarata imposible de operar, tengo el fondo del ojo malo, parece ser. El colmo para un hipnotizador, ¿no le parece? ¡El fondo del ojo malo!

Su risa terminó en un susurro cansado. Empezábamos mal.

—A mí sólo me gustaría...

Me volvió a interrumpir.

—Pacientes, he tratado a centenares, por no decir miles. Mis últimas terapias deben de remontarse a cinco años y mi memoria... ¡Ay! Mi memoria... Se desvanece tan rápido como mi vista... Mi vida ya no es más que una gran planicie siberiana...

Su mirada de cuarzo no me soltaba, inmóvil en el eterno invierno de sus pupilas blancas. ¿Qué distinguía? ¿Tan sólo formas? ¿Un aura? ¿Masas sin matices? Me incliné hacia él, las manos entre los muslos.

—El individuo del que le hablo es muy versado en religión. Se sirve de soportes como el Apocalipsis o el Diluvio para componer los mensajes que nos dirige... Pi... piensa firmemente que el fin de los tiempos llegará con los insectos, los utiliza como vectores para extender su furia... El término de... «plaga» es recurrente. Las ilustraciones que hemos encontrado son muy oscuras... Cielos de tormenta, cavidades, esqueletos y siempre insectos... En varias ocasiones, se ve una mujer... joven... atada sobre una cama... Cabello largo rubio, piel de marfil, cruces sombrías sobre el cuerpo, quizá mutilaciones... Y un tatuaje en el pubis, un tatuaje, en forma de nudo... En cada...

Los labios gastados de Maleborne se abrieron ligeramente, mientras el reflejo de acero de sus iris asilvestraba sus facciones.

—... En cada ocasión, una presencia la observa —proseguí articulando con claridad—. Una presencia infantil entrevista en...

—... un espejo. El rostro está... muy difuminado, apenas... lo distingue. La cama es de madera... no, de metal, sí, de metal, creo, el techo es muy bajo... Se desprende como... una poderosa impresión... de aplastamiento, de encerramiento... ¿Me equivoco, comisario?

Maleborne había hablado muy lentamente, con vacilación, como si las palabras surgiesen de un pozo muy profundo.

—Es... totalmente... exacto —repliqué sin ocultar la turbación que se apoderaba de mí.

Los surcos de su frente aún se hicieron más profundos, sus largos dedos huesudos se arrimaban con firmeza a las ruedas de la silla.

—¿Qué ha hecho para que la policía se presente en mi casa?

—Ha ejecutado a una familia entera. El marido, la mujer, la hija. Y... su nombre estaba oculto en uno de los textos a nuestra atención.

Una exhalación ardiente le silbó en la garganta, mientras pegaba las manos a sus pómulos de anoréxico.

Saqué un dictáfono.

—¿Me da permiso para que grabe nuestra conversación? Y, se lo ruego, no me hable de secreto profesional. Su antiguo paciente ha cometido actos... abominables.

Mientras las sombras crecían alrededor, Maleborne acabó por asentir. Puse en marcha el aparato a sus primeras palabras.

—Todo esto me parece... tan lejano... ¿Cómo... ha podido hacer algo así?

—Usted dirá.

Se quedó un instante sin reaccionar, la cabeza un poco inclinada.

—Vincent... vino a verme cuando ya llevaba... cuatro años largos sin ejercer...

Tenía la impresión de encontrarme al borde de un abismo, con las increíbles ganas de saltar para acercarme más deprisa al final fatídico. Todas las claves se ocultaban en este cerebro hecho añicos...

—¿A qué época se remonta eso?

—Hace cinco años, a finales del 2000... Su caso me interesaba, un caso... increíble... Realmente increíble... Recuerdo a un ser fracturado, muy angustiado..., incapaz de recordar sus primeros dieciséis... No, quince años de existencia... Sí, eso es... Sus primeros quince años...

La partida no estaba ganada. El viejo farfullaba, vacilaba, buscaba las palabras.

—Un hombre... víctima de una pesadilla recurrente desde su adolescencia... Veía... esa mujer de la que ha hablado... atada a una cama de hierro... Un armario con un agujero, al fondo... El tatuaje de un nudo, sobre su sexo... Esas cruces sobre su cuerpo...

Una gravedad pesada le oscurecía ahora la voz. Detrás de él, a través de una ventana oval, troncos sañudos se estiraban como un ejército negro. Un jardín privado, quizá.

—Y había esos alaridos... Eso era lo que menos soportaba, Vincent... Los alaridos incesantes en su cabeza que... noche tras noche lo dejaban abatido.

Tendió una uña manicurada hacia un botellero.

—¿Podría servirnos un poco de vino, señor Sharko? El burdeos del 85, por favor.

Me sentía helado. Las voces, en su cabeza... Las pesadillas, los alaridos. Suzanne, Éloïse. Un ser fracturado, decía. Roto del interior...

—¿Comisario? —dijo inclinando su delgada cabeza de pájaro—. De repente..., le noto distante...

—Perdóneme..., tan sólo... estaba pensando... en algo... —Le tendí su vaso, bebí un sorbo de ese brebaje que debía de costar un dineral y susurré con un timbre que me hubiese gustado menos vacilante—: Continúe, doctor, le escucho...

Olió su gran caldo, y luego se humedeció con un gesto fino los labios antes de proseguir:

—¿Ha visto ya la mente influir sobre el físico, el subconsciente luchar hasta el punto de herir y torturar el cuerpo? Vincent pertenecía a esos «estigmatizados», esos seres tocados por una potencia psíquica fenomenal...

—¿Qué entiende por eso?

—Cada vez que llevaba el análisis demasiado lejos, que recorría el cerrojo de puertas, Vincent se ponía a sangrar por la nariz... de forma muy intensa... Es... la única imagen física que conservo de él... Esos ríos rojos sobre su rostro borroso...

—¿Su rostro borroso? ¿Quiere decir que... no puede describirlo?

El viejo se llevó las manos nudosas a los párpados arrugados.

—Desgraciadamente, no, mi vista ya estaba afectada... Tan sólo conservo de él una impresión general, una visión confusa... Tan lejana...

—¡No puede ser! ¿Qué impresión?

—Ya... no lo recuerdo... La misma impresión que tengo de usted, esta noche, sin distinguirlo realmente... Alto... Pelo oscuro... Castaño, quizá negro... Y una voz... muy grave... —Se llevó las manos a la frente—. Nada más... Nada más, lo siento...

Apreté las mandíbulas. El asesino se había sentado un día allí, quizás en esa misma butaca. ¿Había probado él también ese vino?

—¿Y su nombre? ¡Dígame cómo se llama!

—Siempre me dijo que se llamaba Vincent..., incluso durante nuestras sesiones. Sabe, la hipnosis no es más que un estado de semiconsciencia durante el cual el paciente abre determinadas barreras y cierra otras... Dígame a un hipnotizado que se desnude si no tiene ganas, no lo hará nunca... Vincent se había fijado determinadas reglas antes de venir aquí... Quizá demasiadas... Algo en su mente intentaba protegerlo... Algo lo suficientemente fuerte para provocar las hemorragias...

Me levanté y me puse en cuclillas frente a su butaca. Sus ojos brillaban con un frío intenso, mientras que en el exterior el sol caía entre los troncos, abalanzando una masa de sombra creciente a nuestro alrededor. El salón se transmutó en una bodega sombría, saturada de misterios.

—Cuénteme su historia, doctor.

Maleborne frunció las canosas cejas.

—No me pida milagros, tan sólo obtendrá lo que a mi memoria le plazca restituir, es decir... retazos... Después de los setenta, el cerebro ha perdido más del diez por ciento de la masa... En cuanto a las neuronas...

—¡Las grabaciones! ¡Seguro que tiene grabaciones de las sesiones!

Sacudió la cabeza.

—Vincent vino a recuperarlas el año pasado...

—No puede ser...

Casi triste, metió los labios febriles en el vaso, y luego acabó por decir:

—Nuestro trabajo se centró en torno a sus quince años... Voy a explicarle los episodios de delante hacia atrás, si le parece bien... Así es como habíamos procedido cuando estaba aquí, a unos pocos centímetros...

—Le escucho.

Frente a mí, dos rendijas horizontales, de un blanco viperino.

—Vincent tiene... dieciséis años. Viven con... su tío y su tía, a orillas del mar... Una casa grande..., muy luminosa..., con muchísimas ventanas. Desde arriba, se ven los barcos de un lado..., las casas del pueblo del otro... Vinc...

—¿Qué pueblo?

—No importaba... No lo sé y... no me interrumpa más, por favor... A Vincent le gustan los días soleados... porque, desde hace algún tiempo..., las noches le dan miedo. Una pesadilla espantosa se ha instalado en su cabeza... Una visión que lo arranca del sueño y lo deja en llanto... Remontamos entonces hasta esa famosa noche... en que apareció la pesadilla... La noche de una tormenta muy violenta... Entrevé grandes destellos, oye las paredes temblar. El viento... gime en los canalones y... las persianas golpean... A lo lejos, el mar está negro, furioso... Las olas mueven los barcos... Vincent grita, acurrucado en un rincón de su habitación... Tiembla, orina en el suelo... Está solo en la casa... Sus tíos han salido a cenar fuera... Piensa que se va a... morir. —Maleborne chasqueó bruscamente los dedos—. Por enésima vez, a Vincent le sangra la nariz. Interrumpimos la sesión... Nuestra progresión en su psique es... costosa y dolorosa, pero sentimos que... vamos por buen camino... Vincent acepta continuar la terapia. Demuestra tener mucha voluntad... —Recobró un poco el aliento, bebió pequeños sorbos de vino antes de continuar—: Así pues, la tormenta creó la pesadilla... ¿Por qué? Volvamos hacia atrás..., antes, mucho antes de esa tormenta. Vincent aún no tiene pesadillas, tiene quince años... Acaba de llegar a esa nueva casa con vistas al mar..., pero para él, a decir verdad, todo es nuevo... La playa, el colegio, los compañeros. Le espera una

habitación... con juguetes, puzles, discos... Recibe mucho amor... Rostros que siguen a su alrededor... Sabe que aquí estará bien... Es feliz... Tiene la impresión de volver a nacer, o incluso de nacer... El análisis desvela que... es muy inteligente, entiende rápido, se adapta con gran facilidad. Es un chico bueno, cooperativo y emprendedor... Los que se relacionan con él están orgullosos...

Las palabras rodaban de sus labios como remolinos de un río apacible. Se desprendía de ellas una vibración suave, tan hechizante que le daban ganas a uno de dejarse mecer.

—Vamos, pues, más atrás, acerquémonos al punto de ruptura... Un mes antes... Mil novecientos ochenta, creo... Sí, eso es, mil novecientos ochenta, el año de la muerte de Sartre... Hace veinticinco años... Importante para usted, la fecha, ¿verdad, comisario?

—Así es. Vincent tendría ahora... cuarenta años...

Asintió.

—Así pues, mil novecientos ochenta... Un camino muy largo..., la noche..., la lluvia que golpea los cristales del vehículo... Vincent está tumbado en los asientos traseros... Lloro, está aterrorizado... No tiene ningún recuerdo del hombre y la mujer que están sentados delante... Ella se gira de vez en cuando, sonrío, le acaricia el pelo... Con el conductor, susurra sin parar... No oye, la lluvia es demasiado fuerte... —Maleborne se sobresaltó—. Durante esa sesión, surge ante mí un ser que solloza, se agita, se alza bruscamente. Sé que el trabajo va a desembocar. Pero también adivino que... el inconsciente lucha, con uñas y dientes. El desafío se revela muy peligroso... Las hemorragias aumentan de intensidad y de violencia. Pero continuamos con los encuentros... Había que ir hasta el final, era primordial para... su salud mental...

El hipnotizador ya no contaba, vivía sus palabras. Alrededor, el espacio se desvanecía, saturado de sombras y espectros nacientes. Del anciano ya sólo quedaba esa transparencia ocular, esos ojos heridos, herméticos a las grandes luces del crepúsculo.

—Remontemos... por unas horas... al origen... Antes de ese largo camino... Su despertar en el hospital... Vincent recuerda... una habitación, dos personas al lado de su cama... Le dicen que... que se golpeó la cabeza con mucha violencia y... que permaneció en un coma profundo... varias semanas... No recuerda nada, esos rostros son los de... su tía y su tío..., pero no los reconoce... La memoria implícita no está afectada..., como suele pasar con las amnesias... Sabe el nombre de los árboles, distingue los colores, puede contar hasta miles y miles... Un test de CI desvelará que tiene una inteligencia incluso por encima de la media..., pero... la memoria explícita, la de los recuerdos, de lo que fue, está aniquilada... Ignora quién es... Ha olvidado todo lo que precedía al despertar... Reclama a un padre, a una madre... Le contestan que el padre se marchó antes de que naciese y... que la madre murió de un cáncer de pulmón, cuando era... muy pequeño... Sólo puede admitirlo... Aún pasa varias semanas en el hospital, le explican que... su tío y su tía son su única familia y... que siempre se han hecho cargo de él... Se marchará con ellos y...

volverá a construir su identidad..., porque puede que no recupere nunca... la memoria... —Maleborne se agitó bruscamente en el sillón—. ... Delante de mí, Vincent se desmaya... Una hemorragia demasiado fuerte... ¡Me precipito, me caigo de la silla! ¡Le pongo las manos sobre el pecho! ¡El corazón! ¡El corazón ha dejado de latir! ¡Hágalo volver en sí! ¡Hágalo volver en sí, se lo ruego!

Le estreché con fuerza la mano.

—¡Doctor!

Aspiró con mucha intensidad, como tras una apnea dolorosa, se soltó el nudo de la pajarita con una mano temblorosa y por poco se arranca el último botón de la camisa.

—Estuve a punto de llamar a los bomberos... Pero noté... una palpitación en su garganta... Le latía la yugular... Le latía, cuando el corazón... se le había parado... Pensé que era otro fenómeno extraño, una manifestación de su inconsciente... y pensé en otra cosa... En esas personas que nacen con los órganos invertidos... Entonces le puse la mano a la derecha... El corazón latía...

¡Era imposible! Como la chiquilla... Todo se embrollaba en mi cabeza. Lo real, lo imaginario, los recuerdos. Maleborne siguió hablando, el sudor en los labios:

—Entonces lo detuve todo... Era demasiado arriesgado... Casi... casi lo habíamos conseguido... Habíamos estado a punto de llegar al punto final... Atravesar el muro del coma... Todo se detuvo, de forma definitiva... No volví a verlo más, salvo cuando vino a buscar las grabaciones, el año pasado... Entonces lo entendí... Entendí que había hundido la barrera, que lo sabía y... que ocultaba un... secreto... terrible... Lo sentí... Era frío como la muerte... Como la muerte... Realmente parecía... otra persona... No lo reconocía...

Las sienas me latían. La pequeña, el corazón a la derecha... Dos seres de constitución anormal, surgidos en el mismo momento en mi vida... Pero... ¿Qué había que entender? ¡Era una historia de locos! Sacudí la cabeza. Había que concluir la entrevista.

—Comparto su dolor, doctor... —susurré—, pero...

—No es mi dolor... Es el suyo... Vincent no padeció una conmoción física, como pretendieron los médicos, sino psicológica..., de una violencia capaz de sumirlo en el coma y fracturarle la memoria. Toda esa gente... le mintió...

—Tiene que... darme detalles que podrían servirme de más ayuda. Esos médicos que lo curaron en el hospital, tendrían un nombre. ¿Y sus tutores? ¡Toda esa gente, los lugares! ¡Por favor!

El anciano abatió la mano delante de él, como para poner fin a esas evocaciones demasiado agotadoras.

—Nombres... ¡Por supuesto que mencionó unos cuantos! Incluso me describió uno por uno los juguetes que tenía en su habitación, el número de piezas de sus rompecabezas. Pero... ¿cómo quiere que lo recuerde? ¡Era tan... secundario! Creo que no lo acaba de entender, comisario...

Envolvió el vaso redondo con las palmas, como la llama de una vela que uno intenta proteger.

—¿Le habló alguna vez de una niña? ¿De unos diez u once años?
¿Pelo negro, muy guapa?

—Nunca.

—¿Y si le digo «Tisserand»?

Sacudió la cabeza, con expresión de irritación. Le enumeré los nombres inscritos en el cuadro del Diluvio.

—No, no, no...

El clic del dictáfono concluyó mis salvas de preguntas. Dejé una tarjeta de visita sobre la mesa.

—Tiene razón. Consiguió hundir él mismo esa barrera, conoce el origen de su pesadilla y la causa de su olvido. Ésa es la razón por la que ahora mata gente... Y matará a más mientras no lo hayamos detenido... Espero que le vuelvan retazos. De día o de noche, llámeme, aunque le parezca que carecen de importancia.

Maleborne me asió de repente el puño y ya no lo soltó.

—Esas personas... Debieron de herirlo cuando era niño... De ahí viene todo... Del traumatismo... No deben hurgar en su presente... Sino en su pasado... Esos nombres..., ¿a qué corresponden exactamente?

—Se trata de una lista. Una lista de cincuenta y dos víctimas que se disponía a entregarnos...

—¡Oh! Dios mío... Cincuenta y dos... Los demonios de su infancia...

Sus dedos, ya sin fuerza, acabaron por soltarse de mi chaqueta. Cuando ya me alejaba, me llamó una última vez:

—¡Espere! ¡Tan sólo un detalle, un pequeño detalle! Recordaba las montañas... Las montañas cubiertas de nieve, que veía desde la ventana de su cama de hospital...

Un nombre me estalló en la cabeza.

Grenoble. Ahí donde habían vivido los Tisserand, hacía más de veinticinco años.

Capítulo 26

Mi linterna se iluminaba progresivamente. El asesino había padecido un choque emocional de una violencia rara, un choque que le había extirpado la memoria. Sin embargo, los recuerdos habían persistido, en alguna parte, atrapados entre las telas complejas de su inconsciente. Entonces, a veces, afluían por fragmentos, en los meandros de la noche, a través de imágenes codificadas, de alaridos.

Esos alaridos que Suzanne también pegaba, en nuestras sábanas empapadas. «El choque emocional.» Las fracturas cerebrales. Qué paralelismo turbador... El peor de los asesinos y mi esposa, fundidos en un mismo molde de olvido. Espantosa señal del destino.

Volviendo a Maleborne, lo había hecho explotar todo en ese Vincent veinticinco años después, mediante sus consultas acosadoras. Quince años de olvido, de alegrías, de penas, de mentiras vueltas a surgir en unas décimas de segundo. Una bomba de relojería. Hoy, Vincent se vengaba, desgarraba las cicatrices de su pasado con profusión de sangre y crueldad. El hipnotizador tenía razón. Esas personas, en la lista del *Diluvio*, establecían la relación con su infancia.

Para dar con el asesino, había que ir a la fuente. Veinticinco años atrás. Ahí donde todo había empezado... Grenoble... Leclerc me había dado carta blanca para desplazarme urgentemente a la capital alpina. Necesitaba sentir estremecerse la ciudad bajo mis pies, recorrer su centro hospitalario regional, y luego el hospital psiquiátrico de los Tisserand.

Quería ver la habitación de su coma con mis propios ojos, conversar con sus médicos de entonces. Poner un apellido tras ese Vincent...

... Y poner rostros a las cincuenta y dos identidades de esa lista. Vincent revivía su infancia. Ahí estaba la clave.

Una vez de vuelta en casa, recogí unas cuantas cosas para mi larga cabalgada nocturna. Camisas, ropa interior de recambio, un neceser...

La excitación me quemaba los labios, al mismo tiempo que un enorme odio hacia ese desconocido al que perseguía, ese hombre que, desde lo más

hondo de su razón, compensaba por la vía del crimen los años robados de su vida.

—Eh, tío, ¿adónde te marchas, así? ¿De vacaciones?

Willy acababa de tirarse en mi sillón, su eterno pitillo entre los labios. Seguía sin cambiarse el pijama. Estúpidos topos azules sobre fondo negro.

—¡Llegas en buen momento! —repliqué llenando la bolsa con galletas, tres plátanos y los comprimidos de cloroquina—. Voy a darte el número de teléfono de un colega, así como mi móvil. Si ves a la niña, nos llamas enseguida. Deberás... intentar retenerla, hasta que llegue mi compañero.

Willy dibujó un ocho con sus grandes labios.

—Ya... ¡Podría meterme en un marrón que te cagas! ¡Imagínate que se pone a chillar! ¡Que soy pacifista, yo, tío!

—Si es el caso, la sigues. Quiero saber dónde vive. ¿Puedo contar contigo? Es muy importante.

El rasta hizo mover sus trenzas con breves movimientos de cabeza.

—Pues claro, tío, estoy contigo. Mi abuela te apreciaba mucho. Yo también te aprecio mucho...

—Para, que vas a hacerme llorar...

Mostró sus dientes impecables.

—¿Cuándo vuelves?

—Seguramente mañana por la noche. Pasado mañana, como muy tarde...

Bajé una primera vez al sótano para meter la bolsa en el maletero, y luego subí al tercero para calentar una cafetera bien cargada, que transvasé a un termo.

Tras haber empujado a Willy al exterior —muy majo, Willy, pero un poco pesado a la larga— y cerrado la puerta de entrada, sentí como una gran victoria sobre mí mismo. Los dedos me temblaban menos y no sentía, por lo menos por ahora, esas ganas de atiborrarme de pastillas. ¿Había que ver en ello una señal de mejora?

La rectitud de la A6. Estrellas arriba, asfalto abajo. Una canción de los Red Hot, en la radio, acallando mis pensamientos incesantes, todas esas imágenes, esos dibujos, esos destellos de sangre. La investigación aún crecía en mi interior con el ímpetu de una hiedra salvaje. Ahuyentaba al hombre débil y llamaba al poli, sin parar. Ese poli que no necesitaba ninguna pastilla. Tan sólo esa sed de hemoglobina...

Pero, replegado en las tinieblas, el hombre aún pensaba en su fresno, lacerado a cuchillazos. El hombre veía los ojos blanco azulados de Maleborne, los labios agrietados susurrar frases enterradas, dolorosas.

Vincent... Vincent, que sangraba por la nariz gracias a la fuerza de su psique... Un estigmatizado... Y luego ese corazón a la derecha, como la niña... Una rareza tal...

«—No dejas de pensar en los demás. ¿Y piensas en nosotras? ¿En tu hija? ¿Sabes cuánto sufre en esa oscuridad perpetua, sin tí?»

Subí el volumen de la radio, abrí las dos ventanas traseras. El aire entró con un zumbido de locomotora. Las voces se mitigaron un poco antes de volver con más fuerza. El único medio, para soportarlas, era mantener una conversación con ellas.

Cuatro horas comiendo asfalto, viéndolo todo negro, padeciendo el peso de los reproches, oyendo reír y canturrear en mi cabeza. Había rodado varias veces sobre el arcén, un poco fuera de lugar, pero por suerte, las rugosidades me habían sacado de esa torpeza peligrosa. Un área de descanso, por fin llegó, unos cincuenta kilómetros antes de Lyon. Puse el intermitente...

Mi ropa estaba impregnada de sudor y humo de cigarrillos, un leve olor a café tibio. En el aparcamiento, autocaravanas, caravanas, algunos conductores cansados, sus mujeres y sus niños dormidos a su lado. De joven, me encantaba cuando mis padres aparcaban en esos espacios perdidos, bajo el arco fantástico de las estrellas. Guardo de ello en el corazón el sabor de las vacaciones y una gran parte de sueño. Un tiempo tan lejano...

Cuando salía a estirarme un poco, resonaron golpes sordos contra la chapa. Luego una vocecita, apenas audible:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Venía de un maletero. El maletero de mi coche.

—¡Jopé, Franck! —refunfuñó la niña cuando abrí—. ¡Podrías haberte parado antes! ¡Me estaba ahogando ahí dentro!

Bata azul y zapatos rojos. La chiquilla saltó fuera de su escondite, se estiró, los dos brazos tendidos encima de la cabeza, mientras yo permanecía ahí, sin reaccionar, totalmente estupefacto. Luego la furia me afloró en las mejillas. Golpeé con rabia loca una papelera.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Joder! ¡Qué estás haciendo aquí!

La devoraba con una expresión de maldad, rechinando los dientes, mientras ella reunía las manos bajo la barbilla, como si quisiese protegerse.

—Me estás asustando, Franck... ¿No irás a golpearme, verdad?

Cabizbajo, iba y venía, con el ensañamiento de un depredador furioso.

—¡Eres tú la que me asusta! ¿Qué quieres de mí? ¡Dime por qué has entrado en mi vida! Y... ¡ahórrate esa expresión de perro maltratado!

Un tipo que salía de la cafetería se giró hacia mi dirección antes de fundirse en la noche.

—Pero... Fue... mi gato... ¡La otra vez, acuérdate! Estaba... encerrada fuera...

—¡Es mentira! ¡No vives en el siete! ¡Lo he comprobado! ¡Ese apartamento está vacío!

Sus dedos delgados subían y bajaban por su delgado pecho, al ritmo de la respiración. Metió la cabeza entre los hombros.

—¡Pero no te hablaba del siete de tu edificio! ¡El otro siete, en la residencia Los Hibiscos! ¡El edificio de al lado!

—¡Deja de mentir!

—¡Vine a tu casa porque me habían dicho que tenías trenes en miniatura por todo tu apartamento! ¡Y a mí me encantan los trenes en miniatura! Siempre he soñado con tener, pero mamá no quiere regalarme ninguno... Nunca me regala nada...

—¡Pobrecita! ¡Uno casi acabaría por compadecerse de ti!

Le mostré la cicatriz del antebrazo.

—Y esto, ¿me lo puedes explicar? ¡Mi vecino me ha contado que hablabas con la tele, que querías hacerme daño!

Se retorció la ropa bajo las palmas menudas. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Éloïse y yo queríamos protegerte! ¿Tu sangre enferma, lo recuerdas?

—¡Ya basta de hablar de mi hija! Mi hija está muerta, ya no está aquí, ¿lo entiendes?

—¡Oh! ¡Franck! ¡No quiero hacerte daño! Si supieras...

Se abalanzó contra mí y me agarró con fuerza, soltando torrentes de lágrimas. Luchaba por no ceder a su dulzura testaruda, pero no lo conseguí. Quedaba una llama, en mi interior, que aún ardía.

Me agaché a su altura y le acaricié el cabello.

—Todo irá bien... ¿Vale?

Asintió, ahogada por los sollozos.

—Oyes voces en la cabeza, ¿verdad?

—Todo el tiempo... —susurró ahogando una gran pena—. No me dejan nunca tranquila... A veces... Me ordenan hacer cosas malas... Siempre lo mismo... Éloïse juega conmigo. Es tan buena...

La cogí en brazos y la obligué a mirarme.

—¿Recuerdas la historia del roble y el fresno? ¿La pesadilla que tuve?

Asintió lentamente.

—¿A quién se lo has contado?

—Pero... ¡A nadie! ¡Te pedí que me lo contases! ¡Nunca quisiste! ¡Ni siquiera sé lo que significa!

—Bueno... Tienes que decirme cómo te llamas. Unos amigos míos van a avisar a tu madre, decirle que estás bien. Luego se ocuparán bien de ti...

—¡No! ¡No! ¡No quiero verla más! ¡Nunca está en casa, todo esto es culpa suya! ¡Quiero quedarme contigo!

—¡Pero es que, aunque quisiese, no puedo hacerlo!

—No te molestaré, ¡te lo prometo! —susurró poniéndose la palma abierta sobre el pecho—. ¡Voy a sentarme en el coche, sin decir nada! ¡Ni siquiera te darás cuenta de que estoy aquí!

La dejó en el suelo y la cogió de la mano.

—Ni hablar... Todo es mucho más complicado en la vida de los mayores... Vamos a ir a la cafetería y llamar a la policía. Si no quieres confiarme nada, ya no puedo hacer nada más por ti.

Se debatió con una rabia obstinada.

—¡No! ¡Quédate conmigo! ¡Por favor!

—Ni hablar. ¿Sabes que podría tener serios problemas?

—¡Pues por eso! ¡Suéltame o digo que te me has llevado a la fuerza!

Le estreché el puño con más fuerza.

—¿Qué?

—¡Para! ¡Para o me pongo a gritar! ¡Te juro que voy a gritar!

Levanté las manos al aire y retrocedí tres pasos.

—Vale, vale. Tranquilízate...

—Mírame las uñas —dijo con una mueca desagradable en los labios—. He rascado dentro de tu maletero. Estás en un área de autopista con una niña en bata y ni siquiera sabes su nombre. Las... voces... me dijeron que escondiese cosas, en tu casa. Bajo el colchón, en los armarios... Tienen muy buenas ideas, a veces, las voces...

Daba vueltas sobre mí mismo, con los dedos alzados hacia el cielo.

—¡No puede ser! ¿Qué has escondido? ¡Eres un demonio!

Estiró la boca con esa sonrisa peligrosa.

—Bra... braguitas de niña... ¿A quién piensas que creerán? ¡Y no es porque seas policía!

Tuve que emplear toda mi fuerza para contenerme y no darle una bofetada. ¡Estaba trastornado, desorientado por el chantaje de una mocosa! ¿Cantar para qué? ¡No tenía nada que reprocharme! ¡Absolutamente nada! Y sin embargo, me tenía bien pillado. Tenía a la IGS sobre las espaldas, Leclerc me observaba con una mirada curiosa estos últimos tiempos, al igual que, por

otra parte, la mayoría de mis colegas. Las apariencias jugaban tremendamente en mi contra. Braguitas de niña... Era el mismísimo diablo.

¿Cómo iba a deshacerme de ella, tan lejos de París? Ni hablar de llevarla de vuelta. ¿Pero entonces qué? ¿Arrastrarla conmigo durante una investigación criminal? ¿Y si su madre la buscaba? Le eché un vistazo al reloj. Las tres de la mañana. En absoluto momento de molestar a quien fuese; me tomarían por un chalado.

«Perdone que le moleste, pero ¿sabe qué? ¡Hay una chiquilla emboscada en mi coche! ¡No quiere decirme su nombre, tan sólo quiere quedarse conmigo!»

Siete, apartamentos Los Hibiscos, decía... ¿Volvía a mentir, una vez más? Pronto lo sabría a ciencia cierta. ¡Muy pronto! ¡Habría, por supuesto que lo haría!

—¡Venga, al coche! Y no quiero oírte, ¿de acuerdo?

—¡Síííí!

Hizo el trayecto de ida y vuelta al maletero.

—¡Mi libro de *Fantomette*! ¡Ves, no lo he olvidado! ¡A Éloïse le gustaban mucho, estos cuentos!

Inspiré profundamente, me despegué con un movimiento breve la camisa empapada del cuerpo y arranqué. La otra, detrás, canturreaba *Stewball*, la historia de ese caballo herido. Cada noche se la cantaba a Éloïse, mientras la arropaba... ¿Cómo podía saberlo esa chiquilla? El corazón a la derecha, ella y el asesino... Fresno lacerado... Sus apariciones nocturnas... Su violencia, su dulzura... Su madre, que nunca había visto... El apartamento vacío del siete... Siete, otra vez el siete... Algo irracional impregnaba esta historia. ¿Pero qué?

A pesar de la furia, de la incomprensión, no pude evitar, en el retrovisor, mirarla con esa ternura instintiva, verla dormir, mientras alrededor, las colinas crecían, los valles se hundían, ya atormentados por el gruñido lejano de los Alpes...

Capítulo 27

Los campos se habían agrietado bajo el empuje de las rocas, las carreteras se habían torcido de forma brusca, el horizonte se había rasgado en una gran mandíbula afilada, de un negro que casi daba miedo en la noche furiosa. Luego el alba había crecido, tirando de su pesado sol por el este. En ese polvo de aurora, el vapor blanco de los escapes subía todo rosa de la ciudad. Grenoble, entonces, se hinchaba de vida, estremeciéndose en la gran cuna de las montañas.

La niña, detrás. Ahí, en el sitio que solía ocupar Éloïse. En la oscuridad, sólo tuve que imaginar. Mi hija, tumbada en los asientos, dormida. La habría despertado despacito, con un beso en la mejilla. Hubiese querido su gran vaso de leche, con unas galletas troceadas dentro.

Todo eso había acabado... La imaginación. Tan sólo la imaginación.

El centro hospitalario en las alturas, a los pies del cerro Bastille y al lado de las aguas palpitantes del Isère. Era una gran nave espacial, cuyo blanco deslumbrante de los edificios ultramodernos brillaba por encima del azul grisáceo del granito alpino.

En la entrada, un vigilante me indicó la dirección de la unidad de cuidados pediátricos. Su voz sacó de sus sueños a mi pequeña pasajera, que se frotó mucho los ojos antes de pegar la frente contra el cristal.

—¡Las montañas!

—¡Exactamente! Has dormido bien, parece.

—¿Estamos de vacaciones?

—¿Y qué más?

Aparqué frente a una inmensa barra de ventanas oblongas. Tenía la nuca en plena tensión, los músculos como piedras. Me serví una taza de café templado y agité un paquete de galletas por encima de mi hombro.

—¿Quieres galletas?

Sacudió la cabeza.

—¿Y un vaso de agua? ¿Un plátano?

La misma respuesta muda.

—Como quieras, pero lo dejo todo aquí; si te apetece... Bueno... Vas a esperarme en el coche, ¿de acuerdo? Debería llevarme una hora como mucho.

—¡Quiero venir contigo! —replicó con su voz aguda de pajarillo.

—¡Chss! Recuerda lo que me has prometido. ¡Te he llevado conmigo, pero, a cambio, no me molestas!

Se resignó y se arrellanó tranquilamente en el fondo del asiento, con el libro de *Fantomette* abierto entre las piernas.

Escogí una camisa limpia de la bolsa, me pasé un poco de agua sobre el rostro y alisé los pliegues de la chaqueta.

Casi renovado, el viejo Sharko. Y no muerto del todo.

Encontrar rápidamente al interlocutor adecuado en un hospital puede, para la persona x, ser una misión imposible. Así que había que actuar con ímpetu. Con la primera bata que me crucé, en este caso una enfermera, exigí hablar al jefe de servicio lo antes posible. Había utilizado mi voz más grave, la del poli severo. Cuando, además, leyó DIRECCIÓN DE LA POLICÍA JUDICIAL DE PARÍS sobre mi placa y entrevió el arma en su funda, casi se deshojó.

Entonces tuve derecho al desfile de grados, a quienes había que repetir una y otra vez la misma historia. Enfermera jefe, médico, jefe de médicos y, finalmente, jefe de servicio adjunto.

Este último mostraba una falsa apariencia del doctor Magoo. Cráneo moteado de un puñado de pelo, ojos brillantes y un bonito par de bambas en los pies. Su chapa indicaba DOCTOR CROSS.

—Debo confesarle que su visita... me sorprende un poco —dijo quitándose las gafas—. Estamos más acostumbrados a las brigadas de la zona. Pero ahora, ¿la policía de París? ¿A... las siete de la mañana?

Una nube de enfermeras se había agrupado al final del pasillo. Susurraban sin ambages, pero el corral se volatilizó en cuanto Cross echó unas cuantas miradas furibundas. Me reajusté la chaqueta sobre los hombros y expliqué:

—Tenemos razones para pensar que una persona que buscamos fue hospitalizada en su establecimiento. Estoy aquí para comprobarlo.

—En ese caso, vamos a resolverlo enseguida. Tengo muchísimo trabajo y muy poco tiempo para llevarlo a cabo.

El médico me rogó que lo siguiese y se dirigió con paso de granadero tras el mostrador de la recepción para instalarse frente a una pantalla.

—¡Bien! ¡Vamos allá! ¿Su nombre?

—Desgraciadamente, no todo es tan fácil. Tan sólo conozco su nombre... Y... esa hospitalización se remonta a hace veinticinco años...

El médico se perdió en un largo silbido.

—¡Ah, vale! Y... ¿qué quiere que haga?

—Que consulte los archivos. Ese niño permaneció varias semanas en coma. Es...

—Espere —zanjó Cross apagando la pantalla—. Ya no tenemos esos historiales.

Una bofetada en pleno rostro. El doctor Magoo se metió las manos en los bolsillos de la bata.

—Hay centenares y centenares de metros cuadrados de historiales muertos bajo el suelo de este hospital. Historiales de entradas, de salidas, de consultas, los protocolos quirúrgicos, establecidos mucho antes de que la informática se convirtiese en algo habitual. La mayoría de esos historiales están en curso de informatización, pero el Código Civil nos autoriza a destruir los que tienen más de veinte años. Y debo decirle que no nos privamos de ello.

Seis horas de carretera en las piernas para oír decir eso. Las venas se me hincharon todas azules en los antebrazos.

—¿Y los médicos, las enfermeras que se ocuparon de él? Dispondrá de los medios para encontrarlos, ¿no? ¡Año mil novecientos ochenta! ¡Deme los nombres, sólo los nombres!

Apareció una mujer con un bebé en brazos. Chillaba más que el niño.

—¡Por favor! ¡Que venga alguien! ¡Doctor! ¡Doctor!

—¡Urgencias! —espetó casi sin mirarla—. ¡Hay que pasar por urgencias de pediatría antes de venir aquí! ¡La otra ala del edificio, a la izquierda!

—¡Pero qué hace! ¡Ha tenido más de cuarenta de fiebre! ¡Toda la noche! ¡Doctor!

Una enfermera alejó a la madre alarmada, bajo la mirada censora de Cross.

—¡Fiebres, fiebres y más fiebres! ¡Estos golpes de calor saturan las urgencias! ¡No para desde hace unos días! Jóvenes, viejos, niños. Todo el mundo pasa por el aro. ¡Maldita canícula!

Recobró la calma tras unos pequeños movimientos de pecho, y luego me comió con los ojos.

—A ver, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Un coma, hace veinticinco años... Y le gustaría dar con los facultativos de la época... ¿Sabe a cuántos pacientes tratamos al año, comisario? Más de mil... ¡Esperar desterrar recuerdos viejos de hace un cuarto de siglo es una pura utopía!

—Eso es problema mío. ¿Existe un medio de conseguirlo, sí o no?

El médico levantó los hombros e hizo un gesto de irritación.

—¡Pruebe con los servicios de administración! Un edificio con los cristales tintados, enfrente de la geoda de cardiología, justo detrás. Se encargan de todo eso. ¡Bueno! Discúlpeme, comisario, pero tengo cosas que hacer. Y salude a la torre Eiffel de mi parte...

Lo cogí por los pelos por un faldón trasero. No lo apreció mucho.

—¡Una última pregunta, doctor! ¿Estos nombres le evocan algo?

Me arrancó la Lista del *Diluvio* de las manos, con expresión furibunda.

—¡Menudo es usted, con sus nombres!

—Es muy importante... Tómese su tiempo...

Tras un silencio de reflexión, dijo:

—Nada que coincida. Sí que conozco a unos cuantos Olivier, Pascal, Jean. Pero... La primera letra del apellido no corresponde... Lo siento...

Me abandonó ahí, boquiabierto. ¡Venga, ánimos! Dirección los servicios de administración...

Al salir del edificio de pediatría, le eché un ojo de lejos a mi coche. La niña leía tranquilamente en la parte trasera. Quinientos kilómetros para tragarse *Fantomette*. ¿Y si a su madre le había entrado el pánico? ¿Y si había llamado a la policía, inquieta de no ver regresar a su niña? ¿En qué follón me había metido?

Servicios de administración. El mismo discurso. Placa de policía, el responsable del responsable del responsable. Una espera interminable, llamadas. Tuve derecho finalmente a una gorda simpática, con cara de saxofonista y dedos amorcillados.

—¡La Criminalística de París! —dijo pulsando sin prisas un teclado—. Me gusta mucho el comisario Moulin.⁶ ¿Lo conoce?

—Trabaja en el despacho justo al lado del mío.

No me ahorró su más bonita sonrisita.

—Bueno, mil novecientos ochenta... Unidad de cuidados pediátricos... El jefe de servicio era el doctor Reynolds, lo dirigió desde el setenta y uno hasta el ochenta y tres. Y... —después de clicar varias veces con el ratón, imprimió una hoja—. Aquí tiene el listado de todos los médicos que trabajaron en la unidad ese año. Catorce en total... Sin contar las enfermeras, cuarenta y siete... También le saco su lista... Tenga en cuenta que las direcciones que aparecen son las de esa época...

—Me espabilaré, muchas gracias. ¿Puedo utilizar su fax?

—¡Por supuesto!

Se puso a susurrar.

—Dígame, ¿sobre qué investiga? ¿Un asesino sádico, como en las novelas policíacas? Me encantan las novelas policíacas.

—Aún más sádico. Mete gusanos blancos en las heridas de sus víctimas y las cose. Las pobres son entonces devoradas desde el interior...

Las mejillas se le hincharon como dos pequeños globos aerostáticos. Se alejó sin decir nada más, con una mano delante de la boca.

⁶ Protagonista de la serie de televisión francesa *Commissaire Moulin, police judiciaire*. (N. de la T.)

Le envié por fax las hojas impresas a Leclerc y le expliqué que había que interrogar por teléfono a esa cincuentena de personas, pedirles que recordasen a un chaval, con un *situs inversus* y potencialmente hospitalizado en su servicio hacía un cuarto de siglo. Ya lo veía partirse de risa... En fin, de risa... Si se puede decir así...

Le di las gracias a la fan de las series policíacas y regresé al coche. La chiquilla de botines rojos sonrió de oreja a oreja.

—¡Franck!

—Ves, no he tardado mucho —repliqué con una voz que me hubiese gustado que fuese más dura—. ¿Quieres estirar las piernas? Hay una máquina que hace unos buenos chocolates calientes en la entrada.

—No me gustan los hospitales —refunfuñó arrebuñándose en la bata—. Están llenos de microbios...

—¡Es verdad, lo había olvidado! ¡La señorita es una pava! Por lo menos vas a comer algo, ¿no? O beber un poco.

—¡No, no y no! ¡Deja de darme la lata con eso!

Levanté los hombros y apoyé las manos totalmente planas sobre el capó, con la enumeración del *Diluvio* bajo los ojos. Un montón de desconocidos que sin duda alguna habían vivido cerca de Vincent, cuando el chico no había cumplido aún los quince. El hospital de Grenoble... Es probable que hubiese pasado su infancia en la región. Y, fatalmente, esa gente también. Debía olvidar París y buscar aquí, alrededor, en el círculo de las montañas... La solución estaba cerca, la sentía vibrar sobre la trama de la hoja. Cincuenta y dos nombres... Un pasado común hace veinticinco años... Un niño en un hospital... La memoria fracturada... Grenoble...

La chapa se tornaba parda de calor. Levanté una ceja hacia ese sol ya agresivo que, más allá del granito, atenuaba su quemadura sibilina.

Detrás, la madre con su bebé salía de urgencias con un móvil pegado al oído. Histérica. En el aparcamiento, los coches ya se amontonaban, llenos de enfermos con rostros marchitados.

«Golpes de calor», había dicho Cross. Los golpes de calor... Los primeros síntomas del paludismo se parecían a golpes de calor... ¿Y si el asesino había aprovechado el pico de temperaturas para dar el golpe? ¿Para que la enfermedad se anegue en la saturación de fiebres relacionadas con la canícula? ¿Para que pueda desarrollarse al máximo y... matar?

Es cierto que la vigilancia sanitaria había sido reforzada en la región parisina, a todos los niveles. Se plantearían las preguntas correctas a los pacientes, se realizarían las pruebas pertinentes. Pero ¿y en el resto del territorio? Como aquí, en Grenoble. Un buen vaso de agua, buenos consejos y, hala, fuera.

Las urgencias... El gran letrero rojo y blanco me llamaba, así que me metí en el bolsillo la famosa lista de nombres. Había que comprobarlo... Tan sólo comprobarlo... Me incliné por la ventana.

—Espérame un ratito más...

—Date prisa, Franck —dijo sin levantar la barbilla—. Ya casi he terminado el *Fantomette*.

—Si es lo único que hago, darme prisa... —mascullé entre dientes.

El ala del servicio desplegababa sus grandes pasillos atestados, bañados en olores de antisépticos y murmulantes gemidos lejanos. Los médicos estaban agrupados en una sala de paredes de plexiglás, a la que se accedía tras la etapa de la recepción, donde una fila de espera ya iba creciendo. Me la salté sin miramientos, provocando gruñidos y protestas en voz baja, y luego esgrimí mi placa de policía a la secretaria.

—¡Un médico, y rápido!

Una mujer con bata, muy ojerosa, apareció al instante. Le volví a soltar mi discurso todo terreno y le conté que necesitaba absolutamente la lista de sus clientes recientes. Me llevó a un despacho cerrado y dio un gran respiro.

—Un poco de tranquilidad..., qué bien sienta... —Puso en marcha un programa—. Esto no se acaba nunca. Hemos tenido más de cien pacientes de media estos últimos días...

—¿Puede imprimir?

—Prefiero no hacerlo, por razones de confidencialidad, pero puedo contestar a sus preguntas. ¿Qué desea, concretamente?

Desplegué la hoja de papel.

—Tengo en mi haber una serie de nombres con, cada vez, la primera letra del apellido. Necesito saber si esas personas han pasado por aquí.

—De acuerdo... Deme simplemente una fecha de partida...

—Apunte... dos semanas hacia atrás...

—Vale... Vamos a empezar la búsqueda en el cinco de julio... Le escucho...

—Odette F...

—... No...

—Gérard G... Monique L...

—No... No...

—Frédéric T... Jeanne P... David O...

Tuvo un gesto cansado, mientras le soltaba las identidades.

—No... No... Y no. ¿Tiene muchos más como éstos?

Perdí las últimas fuerzas que me animaban. Estaba más que harto. Quinientos kilómetros de asfalto, para remover un pasado del que nadie quería acordarse. Aplasté la hoja entre los dedos y, en un último sobresalto de rabia, espeté:

—¡Hay que... seguir probando! Alexis U... Nathalie R... Roland D...

La doctora suspiró de hastío.

—No... No... y... N... ¡Espere! ¡Tengo a un Roland Dumortier! ¡Anteayer a media tarde!

El corazón me empezó a latir a toda prisa.

—¿Cuál... cuál fue el motivo?

—Fiebre y sudores fuertes. Un simple golpe de calor...

El giro de una investigación criminal, surgida de los labios de una doctora que no sospechaba nada.

—Pu... puede que sólo sea una coincidencia, una pura coincidencia... ¡Sigamos! Thierry H..., Arnaud P..., Valérie U...

Dejó de teclear.

—¿Pero qué es lo que busca exactamente?

—¡Continúe, por favor! Repito, Thierry H..., Arnaud P..., Valérie U...

—Despacio, comisario No... No... Y no...

—René G... Yvonne G...

Otra expresión de sorpresa le hizo abrir los ojos de par en par.

—¡Esto es de locos! Ambos vinieron ayer por... ¡un golpe de calor!

Deslizó el dedo por la pantalla, frunciendo el ceño.

—Pero... es bastante curioso... ¡Un momento!

—¿Cómo? ¡Qué!

Le marcaban la frente unas arrugas.

—¿Tiene a un... Christian Valentín en su lista, a una... Laurette Boidin y a un... Michel Vortreux?

Christian V..., Laurette B..., Michel V. Sacudí la cabeza con fuerza, al borde de la asfixia. La doctora me invitó a pasar detrás de la mesa, con pequeños gestos rápidos de la mano.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Jadeé.

—¡Mire! Todas esas personas viven en una aldea, situada en las alturas, a unos quince kilómetros de aquí...

—¡Madre de Dios! ¡Es imposible! ¡Dígame que son alucinaciones mías!

—Discúlpeme, comisario, pero... ¿cuál es el problema? Yo...

—La Trompette Blanche... ¡Toda esa gente vive en la Trompette Blanche!

—¿Y?

Me llevé las palmas a las mejillas. Tenía la impresión de que el cuerpo se me vaciaba de sangre. «Entonces, al son de la trompeta, la plaga se extenderá.» La Trompette Blanche, «la Trompeta blanca»...

—¿Comisario? ¿Comisario?

Un dolor me quemó las entrañas, un profundo desgarró de las carnes. Los nombres, esa tinta invisible sobre papel cobraba de pronto vida. Hombres, mujeres... quizás estaban muriendo. Aún veía el cadáver de Viviane Tisserand, desnudo, fulminado por esa enfermedad innoble. Miles de parásitos en su organismo destruyendo uno por uno los glóbulos rojos, escalando las vísceras hasta ocultarse en su cerebro. Me llevé una mano al vientre, instintivamente, porque esa porquería quizás había crecido en su interior y una gran ola nauseabunda me subió hasta la garganta. Me doblé. La frente se me empapaba de sudor, los ojos me hervían en las órbitas. La doctora me asió por el hombro.

—¿Qué ocurre? ¡Comisario!

—Hay que... ir a comprobarlo, de inmediato... De inmediato...

—¿Comprobar el qué?

—¡El paludismo!

—Pero de qué...

—¡Un método! ¿Existe algún método rápido para saber si alguien está contagiado?

De repente se exasperó.

—¡Pero suélteme, por el amor de Dios! ¿Qué mosca le ha picado?

Levanté los brazos al aire.

—Per... ¡Perdóneme! ¡Pero hay personas en peligro! ¡Dígame si existe un medio de saber si uno está infectado por esa jodida enfermedad!

Imposible dominar mis manos, presas de violentos sobresaltos. Mi interlocutora retrocedió, un paso detrás de otro, dividida entre el terror y la incompreensión.

—Ha... habría que consultar al servicio de enfermedades infecciosas. Yo...

—¡Hágalo! ¡Que me traigan lo necesario! ¡Rápido! ¡Rápido!

Se mordió los labios.

—No sé a qué está jugando, pero... ¡Espere aquí!

Ya no podía estarme quieto. Mi cuerpo se desmoronaba en pingajos, el flujo sanguíneo golpeaba las paredes de las venas. Cincuenta y dos nombres, esparcidos sobre el papel como tantas piedras sepulcrales. Una matanza desmedida.

Reapareció con un tío cachas, tipo vigilante de faro, que llevaba una maleta de aluminio. Doctor Flament.

—¡Pero qué es este follón! —fueron sus primeras palabras.

—Comisario Sharko, de París. ¿Tiene con qué hacer pruebas, ahí dentro?

Asintió con la cabeza.

—Tengo kits de Parachecks, que utilizan los equipos móviles que viajan a...

—Perfecto. ¡Vamos allá! —solté lanzándome hacia la entrada.

Pero Flament no se movió ni un milímetro. Su gran bigote negro ocultaba unos labios prietos.

—¡Antes me va a explicar qué está pasando! —replicó con una voz muy grave—. Se planta aquí, exige un montón de informaciones, casi agrade a mi compañera, me pide que le siga para... ¿comprobar si unos pacientes están afectados de paludismo? ¡No tiene ningún sentido! ¿Dónde están sus colegas?

Lo así por la manga.

—¡Le juro que lo entenderá! ¡Pero, por favor, sígame! ¡Hay vidas en juego!

El coloso titubeó, pero acabó dirigiéndose a la doctora.

—¡Podéis localizarme en el móvil!

Asintió, boquiabierta.

Corrimos por el asfalto, remontamos el largo edificio de pediatría hasta mi vehículo. Una vez sentado, Flament se colocó el maletín sobre las rodillas.

—Aquí tiene... las direcciones que... su colega me ha dado... —jadeé tendiéndole una hoja impresa—. Tenemos que ir... a la Trompette Blanche y... ver si esa gente... reacciona a su test de paludismo.

En la parte trasera, la pequeña apretó las rodillas contra el pecho.

—¡Es un doctor! ¿Por qué traes a un doctor aquí? ¡Estás intentado jugarme una mala pasada!

Me giré bruscamente.

—Oye, ahora no es el momento, ¿de acuerdo? ¡No está aquí por ti! ¡Tan sólo quiere ayudarme!

Metí la marcha atrás e hice chirriar los neumáticos.

—No preste atención a... mi sobrina —justifiqué mirando el retrovisor—. Me ha tocado hacer de canguro; en principio no teníamos que movernos, pero surgió un imprevisto. No pensé que el día fuese tan... agitado...

El médico apretó con tanta fuerza el maletín que los nudillos de los puños se le volvieron blancos.

—Parece... encantadora...

Se había vuelto blanco como la muerte.

—¿Hay algún problema? —dije observándole de reojo—. Las manos... Le... tiemblan mucho...

—¿Po... Podría... detenerse en la entrada? Tengo que... informar de mi salida...

Fruncí el ceño. Su voz revelaba un miedo cerval.

—¿Informar de su salida? Pero... ¡No tiene ningún sentido!

Hablaba sin mirarme, con una mueca desagradable en los labios.

—Es... el procedimiento...

—¿Por qué me miente?

—No... No le estoy mintiendo...

Mientras disminuía la marcha hasta ponerme a la altura de la caseta del vigilante, me lanzó el maletín a la cara y se tiró encima de mí, con los dos brazos delante. Tuve tiempo de pisar por reflejo el pedal del freno.

—¡Pero qué hace! ¡Pare!

Me dominó con todo su peso y me comprimió la mejilla contra el cristal. Una mano me agarraba el pelo, otra se apoyaba sobre la nuez. Conseguí asestar un puñetazo hacia el lado, entonces se oyó un ruido de hueso roto. En un largo grito ronco, siguió apretando, cada vez más fuerte, mientras subían clamores del exterior. Me arqueé con violencia, su cabeza golpeó el techo y acabó en su asiento, medio tocado.

Delante, la barrera se bajaba, dos hombres corrían en mi dirección.

Arranqué a toda prisa, me salté un semáforo y aceleré por la avenida, dejando el gran navío blanco en el retrovisor.

Sacudí al médico por la bata.

—¿Pero qué mosca le ha picado?

Flament desplegó un pañuelo sobre su nariz, un brazo alzado para protegerse.

—Es... Está enfermo... Tienen... que curarlo...

—¡Es usted el que necesita un tratamiento! ¡Me ha agredido sin ningún motivo! ¡Joder, que soy comisario de policía! ¡Comisario de policía!

Se encogió contra la ventana del acompañante.

—Déjeme marcharme... Se lo ruego... Qué... ¿Qué me va a hacer?

—¡Pero si no voy a hacerle nada! ¡¡Esto es de locos!! ¿Por quién me ha tomado?

—Se... se ha creado un universo demente... Esa gente no tiene... el paludismo... Usted no es... comisario de policía...

—¡Ah, vale! Quizá debería haberle informado antes, es verdad que la situación...

—Tampoco hay nadie en la parte trasera de este coche... Ninguna niña... Todo esto... sale de su imaginación.

Frené bruscamente y lo cogí del cuello. Varios coches frenaron y pitaron.

—Está empezando a calentarme las orejas, ¿vale?

En la parte trasera, la niña hacía muecas, tirándose de la nariz y levantándose los párpados.

El médico se estaba poniendo histérico. Abarcó la parte trasera del habitáculo con grandes gestos circulares.

—¡Nada! ¡No hay absolutamente nada! —vociferaba—. ¡Está en su cabeza!

La niña deslizó su cara entre nosotros.

—Es porque no puede verme —susurró—. No tiene esa sensibilidad que tienen algunos, predispuestos... Tú eres... diferente... Nunca lo podrá entender. No pierdas el tiempo con él, ¿vale? Nunca deberías haberlo traído aquí... Es un científico, los científicos son peligrosos...

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Pero qué estás diciendo? No puede ser... ¡Doctor! ¡Dígame que la ve! ¡Está justo aquí! ¡Detrás de usted! ¡Bata azul! ¡Zapatos rojos! ¡Willy, mi vecino, también la conoce!

Flament sacudió la cabeza.

—¡No hay nada, señor...! ¡Absolutamente nada...!

Los brazos me huían, las piernas me fallaban. Una increíble impresión de evaporarme.

—Ya... Ya no puedo conducir... Hágalo usted, doctor, por favor... Vamos a ese lugar...

—De acuerdo, pero... prométame que me dejará marchar en cuanto... haya... examinado a esas personas...

Salí del coche, titubeando, mientras él ocupaba mi sitio al volante.

La niña me seguía con la mirada, esa mirada de un negro profundo, brillante como una piedra de vida. Mientras me sentaba, se deslizó entre los asientos y me puso el dedo sobre los labios. Ese dedo, cuyo calor no percibí.

—¡Sshh! Franck... ¡Sshh! Te lo explicaré todo, cuando llegue el problema... Pero a partir de ahora no le hables a nadie de mí. Para nuestra seguridad, la de los dos...

Un fantasma... Por muy increíble que pudiese parecer, el fantasma de una niña flotaba en mi vehículo.

Menos mal que Willy la había visto, él también. El único vínculo que demostraba que no me había vuelto loco.

Capítulo 28

Muy rápidamente, el paisaje se había desgarrado, la roca rozaba ahora el asfalto con sus escudos azulados. La carretera era sinuosa y salvaje, el vacío se abría a un lado, en contradicción con los empinamientos desvergonzados del otro. Ya sólo se respiraba, por las ventanas abiertas, el aliento blanco de los Alpes.

Los dedos crispados del doctor ya no se despegaban del volante. Miraba fijamente la serpiente de asfalto, sin decir palabra, secándose de vez en cuando el sudor que le resbalaba por las sienes.

Yo me concentraba en el retrovisor. Estaba ahí, en la parte trasera, con la frente pegada al cristal. ¡Podía describirla con tanta precisión! Su cabello de jade, la finura de sus facciones, los motivos de sus cordones, con su doble nudo. ¿Por qué Flament no la veía?

En el pasado, había llegado a creer en los espíritus, en las presencias espectrales que volvían para cumplir una última misión. Pero en este caso... ¿Un fantasma al que había llevado en brazos? ¿Cuyo corazón había sentido latir? ¿Ese corazón a la derecha?

La carretera cayó precipitadamente hacia una meseta verde esmeralda, donde la naturaleza se estremecía con generosidad. Esparcidas sobre las llanuras suaves, un puñado de casas alzaban los orgullosos tejados rojos por encima del gris claro de las piedras. El lugar, aislado, olía bien, entre las cabras y las vacas, en la paz del silencio alpino. Y decir que la muerte se desplegaba ahí, feroz y cruel.

En el corazón de la aldea, la calma recordaba la de esos pueblos perdidos del Este americano. Sillas vacías delante de fachadas de persianas cerradas. Aquí como en otras partes, la gente intentaba preservarse del calor sofocante que bajaba por las llanuras y estallaba en la calle en grandes llamas devastadoras. Sin embargo, por encima de las cimas, un frente nuboso parecía crecer. Una alucinación, probablemente.

—Ya hemos llegado —anunció mi chófer aparcando frente a un viejo caserón—. Roland Dumortier...

—No parece que haya mucha gente...

Me giré.

—Lo sé, Franck, voy a esperar —soltó la niña agitando el libro—. Casi he llegado al final de la historia... Tú también, ¿verdad?

Lanzó una risa ligera de pajarillo antes de volver a sumirse con pasión en la lectura.

Los golpes en la puerta de entrada de Dumortier sólo obtuvieron por respuesta una tos cargada, lejana. Nadie acudió a abrir.

—Tenemos que entrar —me limité a decir.

El rostro de Flament se había tornado más serio. Desde el interior, la tos sonaba fuerte, igual a una bronquitis severa.

—Vamos allá...

Pero la puerta estaba cerrada con llave, las persianas cerradas. La cerradura no resistió mucho tiempo a las limas de uñas del kit especial. Flament titubeó antes de entrar. En varias ocasiones podría haber huido, pero optó por acompañarme, con la mandíbula apretada. El instinto de médico, probablemente.

Unas lanzas de luz rasgaban la oscuridad de la habitación, llenando de estrellas un rostro de ojos muy brillantes. Acurrucado en la cama, tembloroso por encima de las sábanas empapadas, Dumortier nos observó con una expresión extraña antes de ahogarse en un ataque de tos severo.

—¿Cómo... habéis entrado...? —gimió, con una toalla en las sienes.

El listado del hospital indicaba cuarenta y dos años, pero el oso aparentaba diez más. Le salían de las mejillas pelos hirsutos, el rostro se le contraía en un montón de arrugas profundas.

—Soy médico —explicó Flament mientras se acercaba a él—. Acudió a urgencias hace dos días. ¿Desde cuándo tose?

—Empecé... esta noche... Esta jodida fiebre rebrota cada dos por tres... Nunca..., nunca he tenido tanto frío en mi vida...

Flament abrió su maletín.

—Y... ¿por qué no llamó a un médico?

Dumortier se incorporó febrilmente sobre los codos.

—El gilipollas del doctor... del pueblo de al lado... aún está de vacaciones... Lo más cerca... es... Grenoble... Me dijeron... que esta jodida fiebre pasaría... Y una mierda...

El hombre encamado recobró una muy relativa lucidez cuando entrevió una aguja.

—Pero... ¿Qué coño hacen aquí? ¿Qué es lo que tengo?

—Control rutinario —replicó el médico mientras se ponía unos guantes de látex—. Queremos asegurarnos de que es sólo un simple golpe de calor y no una infección o algún virus. Voy a pincharle el dedo para extraerle una gota de sangre. No sentirá nada.

—¿Y ése? ¿Quién es?

—Un auxiliar —mintió el doctor.

Dumortier extendió un brazo tembloroso. Con la aguja estéril, Flament hizo florecer un pétalo de sangre, que extendió luego sobre una tira, amarilla en un extremo. Mientras procedía, me dirigió una mirada severa.

—¡Espero que después de esto me deje en paz!

Agitó la tira de prueba, mientras ponía la mano sobre la frente del paciente, y se petrificó bruscamente cuando el amarillo claro se tornó azul cobalto.

—¡Virgen santísima! ¿Cómo puede ser que...?

—¡Qué! —gritó Dumortier chupándose el índice—. ¡Qué!

A Flament le costó recobrar la voz.

—Ese color... demuestra la presencia de antígenos del *Plasmodium* en su sangre. Lo siento, pero... padece... el paludismo...

Dumortier se sobresaltó, se perdió en una expresión de vacuidad antes de que la realidad lo golpease con violencia.

—Pero... ¡Pero no puede ser! ¡Es imposible! ¡Doctor! ¡Nunca he salido de este lugar! ¡Es un error! ¡Un jodido error!

—Lo siento —susurró el médico sacudiendo la cabeza—. Pero el test es muy fiable... No puede decir... qué porcentaje de parásito, pero... el período de incubación ha pasado. Vamos a ingresarlo. Ahora...

Dumortier se despegó de su lecho y lo asió por la manga.

—¡Está de guasa, doctor! ¡No puede ser!

Se desmoronó sobre la cama, de rodillas, con las palmas al cielo, mientras Flament se acercaba a mí quitándose los guantes.

—¿Cuántas... personas tiene en... su lista?

Desplegué con dificultad la hoja, con las falanges paralizadas.

—Cincuenta y dos...

—¡Madre de Dios!

Ya estaba... La plaga estaba ahí, en los hogares. Se podía sentir en el trasudor, en el dolor de los rostros. Ese aire cargado, húmedo, mancillado. Llegábamos tarde, demasiado tarde...

Me repuse y coloqué las identidades bajo los ojos azorados de Dumortier.

—Lo siento sinceramente, señor... Pero... tiene que decirme si conoce a estas personas.

Apretó una sábana entre los puños, con las facciones descompuestas, antes de asentir lentamente.

—Odette Fanien... Gérard Greux... Frédéric Tavernier... Sí... a todos... Viven... aquí... al pie de las colinas...

Un nuevo ataque de tos lo hizo doblarse. Me senté sobre la cama, con las piernas febriles. Hoy más que nunca, odiaba mi oficio.

—Comisario... ¿Qué es lo que ocurre aquí? —se asombró el médico, con la tira azul entre sus manos agitadas.

Saqué el móvil.

—Este pueblo se está muriendo... No..., no haga ninguna llamada hasta que me haya puesto en contacto con mis superiores...

Capítulo 29

Leclerc había recibido un buen golpe al otro extremo de la línea. Le había explicado que la malaria había afectado a una aldea en los altos de Grenoble y que, por ahora, ignorábamos la extensión de los daños.

Sin embargo, algo era seguro. El plazo de incubación había expirado. Si las personas afectadas no morían, arrastrarían fiebres y malestares hasta el fin de su existencia.

El comisario de división me había pedido que mantuviese la mayor discreción, a la espera de directrices precisas de las altas instancias. No se trataba de dejar que se propagase el pánico. Para introducir un plan de emergencia, se había puesto en contacto con la delegación de Grenoble del Servicio Regional de la Policía Judicial de Lyon. Los equipos no tardarían en personarse, con ambulancias y personal médico.

En el piso de arriba, Dumortier temblaba acurrucado, ardiente de fiebre. Casi deliraba; sus ojos daban vueltas en las órbitas amarillo ceroso.

El médico, a su lado, parecía desamparado.

—¡Tenemos que llevarlo al hospital! ¡Ahora mismo! ¡A él y... a los demás de la lista!

—La asistencia médica llegará muy pronto, acompañada de policías.

Flament me lanzó una mirada colérica.

—¿Supongo que no me va a decir qué está pasando? ¡Tengo derecho a saberlo, maldita sea! ¿A qué... experimento diabólico han sido expuestas estas personas? ¿Es usted... de los servicios secretos? ¿Acaso son víctimas de un atentado terrorista?

Lo tiré del brazo hacia el otro extremo de la habitación.

—¡Nada de terrorismo! Son las locuras de un enfermo que se pasea por nuestras calles. Se venga de... esas cincuenta y dos personas... Por cierto, usted conoce la zona. ¿Existe riesgo de que los mosquitos se hayan propagado a otros pueblos?

—El más cercano está a más de tres kilómetros de aquí. No ha habido ni una brizna de aire los últimos quince días y los anófeles son más bien endófagos. Así que el riesgo es casi nulo... Pero... ¿Por qué quiere vengarse de esos individuos?

—Lo ignoro, es muy probable que tenga que ver con su pasado, hace veinticinco años. La respuesta deben tenerla estos aldeanos. Así que va a permanecer con él, a la espera de que lleguen refuerzos. Voy a interrogar a alguien más válido.

—¡Comisario! ¡Me debe aún explicaciones!

—¡No le debo nada de nada! ¡Haga su trabajo, yo hago el mío! ¿De acuerdo?

Antes de salir de la habitación, me di la vuelta:

—¿Aún cree que estoy loco?

El médico, con una expresión todavía muy seria, permaneció en silencio. Tendí un dedo amenazador en su dirección.

—¡No le hable a nadie de lo que ha ocurrido en el coche! Sobre todo a los policías que lleguen, ¿me ha oído? Todo esto... se le escapa...

—Intentaré actuar en consecuencia...

Asentí y desaparecí a grandes zancadas.

Mi vehículo brillaba bajo el sol, el asfalto se resquebrajaba bajo el calor. Me incliné por la ventana trasera, con una mano a modo de visera. Se me hizo un nudo en la garganta. Ni libro de *Fantomette*, ni chiquilla.

Dirigí una mirada de pánico a los alrededores. Las llanuras, la calle desierta. ¿Qué nombre gritar? ¡Ni siquiera conocía su nombre! Me lancé a través de la vía de asfalto corriendo. No había un alma.

—¡Chiquilla! ¡Chiquilla! ¡Maldita sea!

Flament no la había visto... Un fantasma... No bebía, no comía, no sudaba. ¿Iba y venía a su antojo? Como en mi apartamento, a pesar de... ¿las puertas cerradas?

No era momento de divagar, había asuntos más urgentes. Odette Fanien. Dos manzanas más lejos. Una casa minúscula.

Gracias a Dios, contestó. Era una mujer mayor de tez fresca, erguida sobre dos buenas piernas, con manos parecidas a piedras erosionadas. Su nombre figuraba en la lista, y sin embargo no había consultado urgencias y parecía que no se tambaleaba tanto como Dumortier. Placa ante sus ojos.

—¿La policía?

—¿Podríamos hablar dentro?

Un aroma de lavanda y menta fresca subía, potente, de unas macetas de barro cocido.

En la parte trasera, un gran ventanal tenía vistas a las grandes mandíbulas blancas de los Alpes.

—Le va a parecer extraño que le haga esta pregunta —empecé mientras la ayudaba a sentarse en su mecedora—, pero, ¿qué tal se encuentra? ¿No tiene fiebre, dolores de cabeza, tos?

—Extraña pregunta, sí, pero me encuentro bien, gracias. ¿Qué ocurre?

Vastos ramos de flores explotaban en mariposas multicolores, subrayando con una crueldad pasiva lo agradable que debía de ser vivir en esas tierras elevadas. Por invitación de la señora, me instalé en una banqueta de mimbre.

—Estoy llevando a cabo una investigación —articulé lentamente— y las circunstancias me han traído hasta aquí, a la Trompette Blanche. Dígame, ¿se producen mudanzas con frecuencia?

—¿Está de broma? La Trompette Blanche envejece al ritmo de sus habitantes. Hoy en día los jóvenes se marchan, pero los viejos se quedan. Hemos crecido todos juntos y moriremos todos juntos...

La Trompette Blanche, como una foto antigua, cuyos colores amarilleaban con el tiempo pero sin perder su identidad profunda. A ciencia cierta, los aldeanos de hace veinticinco años no se habían movido.

—Uno de sus vecinos, el señor Dumortier, está bastante enfermo. Creemos que varias personas de la aldea, usted incluida, podrían estar afectadas por... una enfermedad.

—Una... ¿una enfermedad? ¿De qué tipo?

—La transmiten determinados mosquitos, aparece con la fiebre y...

—¡Vaya! ¡Por Dios! ¡Es eso! ¡Hay tres o cuatro que han pillado fiebre! ¡Todos pensaron que era un golpe de calor; el sol es tan malo este año! Y... ¿es peligroso?

—Se hace difícil darle más detalles por ahora. Un médico vendrá a auscultarla.

Dio un empujón con sus pies cansados, la mirada bruscamente evasiva.

—Qué rara esta historia... Mosquitos no hay nunca por aquí, pero el otro día vi un montón en la entrada. Otros también tenían en sus casas. Parecía una invasión.

Ese desgraciado no se había andado con chiquitas. Cuanto más siembro, más cosecho.

—¿No la han picado?

Señaló un jarrón rebosante de hojas de menta.

—¡Llevo treinta años frotándome los brazos y las piernas con menta fresca, cada noche! Una receta de mi madre, para la circulación sanguínea. Seguro que los ahuyentó.

Hablaba con simplicidad, como si esos «detalles» no la incumbiesen.

Adopté una expresión más grave.

—Escúcheme con gran atención, señora Fanien. ¿El nombre de Vincent le sugiere algo?

—¿Vincent? No, no... Para nada...

Había contestado muy deprisa, sin reflexionar realmente.

—¿Y Tisserand? ¿Viviane, Olivier Tisserand? Busque lejos, en el pasado. Se remonta a hace veinticinco años.

Volvió a mover la mecedora con un balanceo tranquilo.

—¿Veinticinco años? ¡Oh! Hace demasiado de eso... No, no, lo siento. Todo eso no me suena de nada.

—¡Haga un esfuerzo, por el amor de Dios! ¡Hace veinticinco años! Tuvo que ocurrir algo serio aquí, en la Trompette Blanche!

—¿Grave? Pero...

—¡Recuerde a dos médicos, los Tisserand! ¡Un chaval de quince años, Vincent! ¡Una mujer de cabellera larga rizada, joven y muy guapa, quizá su madre! ¡Con cicatrices, por todo el pecho! ¡Tiene que sonarle de algo, por Dios!

De repente se estremeció. Las mejillas que vibran, las manos sobre las sienes. El torbellino de un malestar.

—¡Vin... Vincent! ¡Qué estúpida soy! ¡Es de ese Vincent del que me habla!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ese Vincent!

—¡Oh! ¡Dios mío!

El recuerdo estaba ahí, en la punta de sus labios. Tan frágil, tan lejos, pero sin embargo muy cerca. Un pétalo a punto de eclosionar. Leí en sus ojos el desamparo de un marinero perdido. La mecedora se inmovilizó en un último crujido.

—¡Oh! Vincent... Vincent... Vincent...

Adopté una postura más emprendedora, la espalda hacia delante, la frente bien recta.

—Hábleme de él.

Sacudía la cabeza con desesperación.

—No me extraña que no se me haya encendido la bombilla... Después del drama, ningún habitante de la Trompette volvió a hablar de ello. Queríamos olvidar... Olvidarlo todo... ¡Oh! ¿Por qué vuelve a removerlo todo, después de tantos años? Es una cicatriz... tan dolorosa...

Su mirada triste se centró en la foto de su marido. La acompañaba en el silencio cuando señaló con un índice febril.

—Vincent vivía en la otra vertiente de esa colina...

—¿Con sus padres?

—Solamente su madre... Su padre los abandonó cuando su madre empezó a... oír las voces... No estaban casados... Eran tan sólo una pareja de hecho... Se marchó así, de la noche a la mañana. Nunca lo hemos vuelto a ver...

—¿Su madre oía voces?

Odette asintió, con los ojos clavados en los valles verdes.

—No tenía ni veinticinco años... Una mujer... preciosa... Pero era... una belleza envenenada... ¡Una representación oculta del Diablo!

Reaccionaba a sus propias palabras. Las arrugas se plegaban, el rostro se convertía en cólera.

—Juana de Arco, lo recuerdo... Todo el mundo, en la Trompette, la llamaba Juana de Arco... Estaba convencida de que... —La señora mayor se santiguó—. ... el Señor la había escogido, junto a seis mensajeros más, para poner a prueba los hombres frente a los pecados. Los siete pecados capitales... —Contó con los dedos, muy despacio—. ... Avaricia... Cólera... Envidia... Gula... Lujuria... Orgullo... Y pereza...

Esta vez, su mano señaló una Biblia, apoyada en una estantería. La yugular le latía con fuerza, toda azul sobre el cuello, muy pálido.

—Todo esto no tiene ningún sentido —prosiguió con una voz apagada—. Los pecados capitales no existen en la Biblia, ninguno de los Padres de la Iglesia los menciona. ¡No aparecieron hasta el siglo seis, no tienen nada que ver con Dios! ¡Era una absoluta... locura, surgida de un burdo error! ¿Y esa... loca pretendía hablar en nombre del Señor? ¡Y se atrevía a acudir a la iglesia, el domingo, arrastrando tras de sí a su pobre hijo! ¡La odié por eso! —Se llevó una mano temblorosa a los labios—. Recordar todo eso me pone la carne de gallina...

Cruzó los brazos sobre el pecho, con la mirada perdida.

—¿No la trataba nadie? ¿Un médico, un especialista?

—Duró años así. Cómo decirlo... Sólo estaba loca de forma intermitente. Podía trabajar, criar a su hijo, mantener su casa. Pero cuando las crisis la azotaban... se convertía en una persona totalmente distinta. Era... espeluznante... Mucho más tarde, vino gente con bata, le pusieron un nombre a su enfermedad... Esquizofrenia...

—¿Gente con bata? ¿Quiénes?

Estiró los brazos, el rostro arrugado, y se sirvió un gran vaso de agua. El cuello chocó contra el cristal, incluso derramó un poco de líquido sobre la mesa.

—¿Qu... quiere?

—Sí, por favor... ¿Quién eran esas personas con bata?

Emitió un largo suspiro.

—Quiere... Quiere despertar esa historia infeliz, así que se la voy a contar... Pero, se lo ruego... No quememos etapas...

—De acuerdo, de acuerdo... Tan sólo un pequeño detalle, antes. Su apellido... El apellido de Vincent...

Me lanzó una mirada ensombrecida.

—Sí, por supuesto. ¡Es policía, tan sólo esas cosas le interesan!
¡Nombres! ¡El resto, le importa un comino!

—Se equivoca. No puede saber hasta qué punto tengo ganas de conocerlo, saber quién era, por qué sufrió tanto. ¿Porque sufrió, señora, verdad?

Apartó una cortina de una de las ventanas de la fachada.

—Muchísimo... Se llamaba... Vincent Crooke. Sí, Vincent Crooke...

Por fin lo tenía.

—Vaya —anunció con el ojo pegado al cristal—, hay hombres con uniforme militar entrando en las casas. ¿Sería pedir demasiado que me dijese qué está ocurriendo?

—¡No... no preste atención! ¡Continúe, se lo ruego! ¡La historia!

—¡No antes de que me dé explicaciones! ¡Parece que también pretenden venir a mi casa!

—¡Maldita sea!

Me lancé al exterior, furioso. Dos tipos de paso duro se precipitaron hacia mí.

—Comisario principal Lallain, delegación de Grenoble —comenzó el más alto, con traje azul y corbata de rayas—. Y éste es el médico suboficial mayor Bracks.

—¡Joder! ¿Qué pinta el ejército aquí? —espeté sin tender la mano.

—¡Preferimos conservar el máximo control de la información! —contestó Bracks en un tono sin ambigüedades—. ¡Órdenes del Ministerio! ¡Vamos a llevar a esta población al servicio de parasitología del Hospital Militar de Grenoble, bajo nuestra escolta!

Lejos, muy lejos en el cielo, hubo un crujido de tormenta.

El aire se saturaba de una humedad eléctrica.

—¡Veo de qué va el tema! —repliqué en un tono seco—. ¡Discúlpenme, pero regreso al interior para acabar mi interrogatorio!

—¡Un momento! —intervino el poli—. Va a tener que detallarme todo el caso, Sharko, ¡y muy deprisa!

Mis nervios empezaban a tensarse. Llevé al dúo un poco aparte.

—No es momento de incordiar me con lo administrativo, ¿entendido? ¡Hagan su trabajo de recogida, yo acabaré el mío! ¡Esta gente la está diñando, tenemos cosas más urgentes que hacer que hablar!

Odette Fanién nos observaba a través de la ventana con los puños sobre el pecho.

Rodeados de batas y uniformes militares, los aldeanos se adentraban en las ambulancias alineadas en una larga procesión blanca. Hombres, mujeres, incluso niños. Sollozos ahogados rodaban por la llanura, mezclados a las

lamentaciones siniestras de los más enfermos. El lugar no era más que una losa de gemidos, un campo mórbido desde donde estallaban sin medida plegarias violentas y gritos de incompreensión.

—¡Un jodido follón! —espetó Lallain soltándose la corbata y quitándose la chaqueta.

Un médico quiso cruzar el umbral de Odette Fanien. Me precipité sobre él.

—¡No entre ahí, maldita sea! ¡Me ocupo yo!

Emitió un gruñido antes de pasar a la casa colindante.

—Escuche, Lallain. Déjeme acabar ese interrogatorio en paz antes de llevarse a Fanien, ¿de acuerdo? ¡Después le contaré todo lo que quiera!

—Está bien, Sharko. ¡Pero espabile! No tenemos todo el día.

Me aislé, llamé a Leclerc y le comuniqué un apellido, Crooke, antes de regresar a esa casa minúscula, acurrucada en las profundidades de los Alpes. Ahí donde me esperaba el final de la historia...

Y el nacimiento de un monstruo...

Capítulo 30

La señora mayor ya no despegaba la frente de la ventana. Las personas con quienes había convivido toda su vida, sus vecinos, amigos, compañeros, desaparecían bruscamente, atrapados por la venganza de un solo ser.

—¿Qué está ocurriendo fuera? ¿Por qué hay ahí todas esas ambulancias? ¿Esos militares, esos doctores? ¡Ha hablado de una enfermedad! ¡Los mosquitos!

—Transportan un parásito que podría provocar fiebres, pero los médicos les darán un tratamiento muy eficaz. Fuera, es impresionante, pero preferimos tomar precauciones y hacerles pasar exámenes en el hospital.

—¿El..., el hospital? Pero... ¿y usted? ¿Por qué la policía?

No soltaba el asunto. Esos cretinos de caqui habían aparecido realmente en el peor momento.

—Es... estoy buscando a Vincent. Pensamos que regresó a la Trompette Blanche a propagar esos insectos, para vengarse. Mire, señora Fanien, sé que es difícil para usted, pero tiene que contarme esa historia porque, si no, Vincent podría volver a hacerlo. ¿Lo entiende?

Odette se dejó invadir por las emociones, los surcos profundos de su rostro se comprimieron, se entrecruzaron, llamando a la pena, la cólera y el pesar. A punto de llorar, toda acurrucada en una silla, se presionó las mejillas de roca con un pañuelo.

—No nos lo merecíamos... No nos lo merecíamos...

Me coloqué a su lado y le cogí las manos.

—Ningún ser humano se merece algo así, sea lo que sea que haya podido hacer... Odette, se lo ruego... Ayúdenos a atraparlo.

Le cayó una lágrima y luego levantó la barbilla en señal de colaboración.

—Así pues —retomé muy bajito—, su madre oye voces, que le ordenan poner a prueba los hombres confrontándolos a uno de los siete pecados capitales. ¿Es así?

—Sí...

—¿Qué pecado se le confió?

Sus dedos nudosos se doblaron sobre los míos.

—La envidia... A través de la envidia, pondría a prueba la fidelidad. De la envidia nacería el adulterio, que la Biblia condena con severidad. La envidia iba a diseminarse por nuestras colinas apacibles como una gran serpiente hipócrita y destructora.

Sus palabras sangraban, su rostro volvía a oscurecerse, como las nubes que descendían furiosas sobre el valle. Un crujido más grave resonó en los valles. Se estaba acercando...

—Usaré todos los subterfugios, los artificios para atrapar a nuestros maridos. Y lo conseguiré. ¡Vaya si lo conseguiré!

—¿Cómo?

—Con encanto. Con sobrentendidos. Con ropa provocativa. Con los baños que se daba al alba, desnuda, en la cascada, lejos en el bosque... ¡Oh! ¡Créame, los hombres conocían ese lugar! Luego... Más tarde descubrirán en su casa un montón de compuestos afrodisíacos o alucinógenos potentes... Especialmente hongos psilocibios, setas de la zona...

—¿Como filtros de amor?

—Algo así, sí...

—Le confieso que me cuesta entenderlo... ¿No deberían haber reaccionado? No sé yo, podrían...

Apoyó la palma sobre la mesa.

—¡Usted no ha vivido aquí, no sabe cuál era la mentalidad de la época! No lo puede entender...

Levanté la frente hacia las ondulaciones verdes. Imaginaba ahí al ser de carne de larga cabellera ondulada, ojos de jade, senos turgentes, surgida de uno de los dibujos de carboncillo para perfumar a los machos con sus pociones diabólicas.

—¿Y Vincent?

Inspiró profundamente, con los pulmones cansados.

—La policía nos contó más tarde que lo forzaba a espiar sus perversidades... En la habitación, había un espejo deformante en el techo que... hacía ondular los cuerpos... Un poco como los que hay en las ferias, ¿sabe?

Asentí.

—... También había un armario, en el que había practicado un agujero, donde encerraba al niño antes de llevarse a tipos a la cama... Un agujero demasiado alto para que el chaval tuviese los ojos enfrente... Así que supusimos que sólo veía a su madre..., de bies, por intermediación de ese curioso espejo... Nunca supimos... la razón de esa estratagema... Des... Des...

Su verbo se doblaba, tanto la herían sus pensamientos. Volvía a apretarle con fuerza las manos entre las mías.

—Tómese su tiempo, Odette. Todo el tiempo que necesite...

—Después... del acto, se... mutilaba el pecho con... un cuchillo... Trazaba... una cruz... Como un trofeo más...

Ade... Además, parece ser que... que se había... hecho ligar las trompas... para... para no ser fecundada nunca más...

La ligadura de trompas. El tatuaje que representaba el nudo... Odette iba a venirse abajo, no llegaría hasta el final. Cogí las riendas de la conversación, inclinando un poco la cabeza.

—Creo que conozco el porqué de esa estratagema, el espejo deformante. ¿Quiere saber el motivo?

Levantó un rostro entristecido, asintiendo lentamente.

—La madre sólo quería mostrar a su hijo un reflejo de ella, una simple imagen. Quizá para hacerle sentir que no era ella quien actuaba, no su alma, sino solamente su envoltorio carnal. El cuerpo es únicamente un instrumento; el espejo lo desmaterializa aún más, lo aplanar, lo deforma, lo desvincula de su propietario, separa la carne del alma... Creo que Vincent lo percibió así y nunca estuvo resentido con su madre... Incluso estoy convencido de ello...

Emitió un largo soplido ronco. También a mí la historia me revolvía el estómago, me levantaba del suelo, me trastornaba.

Nos serví otro vaso de agua. Lo bebió a grandes sorbos ruidosos.

—Así pues —retomé con una voz comparable a un susurro—, Vincent crece con una madre que tiene crisis de delirio y atrae a hombres a su casa. ¿Cómo es su juventud en la Trompette Blanche?

Conservó el vaso en el hueco de las palmas.

—Un muro de asco creció contra esos dos seres... Las mujeres odian a la madre, sus hijos odian a Vincent... Nadie los conoce realmente, de hecho... Él es muy solitario, habla poco, permanece siempre encerrado, al lado de... esa loca. Creo que incluso se..., se ocupaba de ella, cuando no podía hacerlo... A menudo se le veía traer leños del bosque... o ir a buscar la leche y el pan al pueblo de al lado...

—A Veyron, ¿es así?

—Sí, Veyron... Los cuatro o cinco años que vivió aquí, padeció agresiones verbales, humillaciones, apodos. «El ojo de Satán, Juan de Arco.» En la escuela primaria de Veyron, o en el autobús que lo llevaba al instituto, a Grenoble, era, tanto para los hijos como para los padres, unas veces el hijo de la loca, otras veces el hijo de... la furcia... Cruzó esa carretera todas las tardes en llanto, antes de subir hasta su colina, bajo los insultos. ¿Qué quiere que le diga? No..., no fui diferente de los demás... Los odié, yo también... —Miró la foto de su marido, con los ojos llenos de lágrimas—, por lo que me habían robado...

Odette se levantó y se quedó petrificada delante del ventanal, con las pupilas clavadas en ese verde esmeralda.

—Estamos en mil novecientos ochenta —proseguí uniéndome a ella—. Vincent tiene entonces quince años. ¿Cómo acabó todo?

Cruzó los brazos, trastornada por el frío intenso de los recuerdos.

—Mal, muy mal... Habíamos... prometido no volver a hablar nunca más... a nadie... Había que olvidar... Todo ese mal...

—Uno nunca olvida... Todo se queda oculto ahí, en nuestro interior, hagamos lo que hagamos...

Se encontró con mi mirada en el reflejo del cristal.

—Un... un atardecer de verano, la loca bajó llorando, sollozando que su hijo había desaparecido, que..., que se había marchado de compras a Veyron y no había regresado. ¡Tendría que haberla visto llamar a nuestras puertas! Nadie le abrió, incluso... le... le...

—¿Se rieron en sus narices?

—Se podría decir así, sí... El aire era muy caliente, incluso quemaba, lo recuerdo... Sin lugar a dudas, uno de los veranos más sofocantes, hasta este año... Luego... se marchó a errar por las colinas y después... se metió en el bosque, cuando la noche caía y la tormenta bramaba con mucha fuerza a lo lejos... Los hombres quisieron impedirle que fuese ahí y partir ellos mismos en busca del chaval, pero..., las mujeres cerraron filas. ¡Ni hablar de acudir en su ayuda, sobre todo ellos no! En ese momento, nadie piensa en Vincent, la cólera, la rabia, el hartazgo son demasiado fuertes...

—¿Y?

—Regresó a la mañana siguiente..., los miembros ensangrentados, las palmas abiertas... La tormenta había sido de una violencia inusitada, el bosque es peligroso, muy empinado y lleno de sílex cortantes, raíces... Su hijo no estaba con ella... Esta vez, la inquietud creció... Sin avisar, la loca se abalanzó sobre Renée, la madre de los hermanos Ménard... Le arrancó cabellos, le laceró el rostro con las uñas, gritando que sus chavales siempre habían odiado a su pequeño y que querían hacerle daño... Los hombres se precipitan, alguien llama a la policía...

El drama crecía, se podía palpar, con sólo observar esas colinas, el ambiente mórbido de la época. Habitantes aislados, asustados, llenos de odio, unidos en masa contra una pobre mujer y su hijo.

—... Uno de los Ménard acabó por confesar, bajo la presión de la policía... Entonces lo contó... Con su hermano, habían querido asustar a Vincent arrastrándolo a un lugar que descubrieron, tras la cascada de la Goutte d'Or, ahí lejos, tras el bosque... El chaval habría resbalado al fondo de una galería, y entonces huyeron, presos del pánico... A Vincent lo subieron de la caverna una noche y un día después de su desaparición...

Ahora lloraba, con lágrimas silenciosas.

—Los hombres que fueron a... ver esa caverna profunda explicaron que estaba invadida... de insectos... Centenares de arañas, cucarachas, un montón de bichejos horribles..., peor que en una pesadilla... Parece ser que se debe...

a la humedad y la luz, no lo sé muy bien... Imagínese por un instante el terror del chaval... Un chaval de quince años...

—Me lo imagino perfectamente, créame, me lo imagino perfectamente...
¿Entonces Vincent se reúne con su madre?

—Cuando regresó a su casa..., descubre a dos médicos..., un hombre y una mujer, que..., que le explican que su madre no está bien..., que..., que la van a meter en un lugar seguro, para curarla...

—¿En el hospital psiquiátrico?

—Sí...

—Los Tisserand...

—¿Cómo dice?

—Esos doctores se apellidaban Tisserand...

No levantó la cabeza, apretando en esa última línea recta.

—Un policía tenía a Vincent con él, pero..., en un momento de descuido, el chico se escapó y consiguió meterse en la habitación..., donde la madre estaba atada a la cama, mientras los médicos se disponían a llevársela... Abjuraba, gritaba que eran enviados de Satán, que perjudicaban su misión y que había que eliminarlos... Vincent se puso a gritar a su vez, le arrancaron de su madre, a la que se asía con firmeza... Luego... Se produjo el drama... Cuan..., cuando la liberaron... para... hacerla salir..., se apoderó... del cuchillo oculto bajo el colchón..., ese mismo cuchillo que utilizaba para mutilarse... Se infligió tres golpes en pleno pecho... —Había imitado el gesto—. Uno de los dos doctores, la mujer creo recordar..., informó entonces a Vincent de que... su madre iba a morir... Se desvanecería al instante, parece ser... Lo evacuaron en ambulancia... —Se giró bruscamente—. Lo que ocurrió luego, no lo sabemos... No quisimos saberlo... Todo había terminado...

Sus labios se cerraron como un viejo libro que nunca se volverá a abrir. Su mirada se perdió hacia el techo. ¿Acaso buscaba la respuesta en alguna plegaria?

Enderecé los hombros, lentamente, sacudido hasta los últimos huesos. Ante mí, se esbozaba el retrato de un chaval humillado, con una infancia herida en una sucesión de imágenes violentas y roces incesantes.

Entendía el silencio de sus tíos, esa puerta cerrada sobre su pasado ensangrentado, esas ganas de ofrecerle un segundo nacimiento. ¿Cuál había sido el último pensamiento de Vincent antes de caer en coma? ¿El de dos médicos, los Tisserand, despojándole de su madre para la eternidad? ¿O la de esos rostros malos, hombres sin escrúpulos, mujeres y niños, que lo habían acorralado en las trincheras de la maldad?

En el exterior, la última ambulancia tomaba la carretera.

Fue el turno de Odette, que ya sólo avanzaba cabizbaja como si, en alguna parte, llevase el peso muerto de sus arrepentimientos.

Las cenizas negras de las nubes se comían el sol, el paisaje se tornaba gris, la hierba se estremecía con un viento creciente. La tormenta llegaba, directa hacia nosotros. Con su armada de relámpagos y su frescura hiriente...

Un coche se detuvo, justo a mi lado.

—¡Síguenos! —ordenó Lallain—. Vamos al hospital militar a proseguir los interrogatorios, y luego a las oficinas. ¡Me lo explicará todo ahí!

—¿Qué hay de los primeros resultados sobre paludismo?

—Veintinueve personas infectadas, sobre las cincuenta analizadas. Más tres fuera de la lista, pero de vacaciones en casa de los enfermos... Tres nietos...

—¡Joder, no puede ser! Me..., me ha hablado de cincuenta... Pero había cincuenta y dos nombres.

—Esos dos ya no viven aquí sino en Grenoble. Un equipo se ha desplazado ahí, no conseguimos dar con ellos...

Fruncí el ceño.

—¿De quiénes se trata?

—Los hermanos Damien y Fabien Ménard...

Me costó tragar. Los dos hombres martirizando al cuerpo juvenil acurrucado en los carbonillos. Sus manos corvas, sus dientes puntiagudas... Ellos... Los hermanos Ménard...

Me incliné por la ventana.

—Les..., les alcanzaré... Tengo una cosita más que comprobar...

—¡Espabilese entonces! —gruñó Lallain—. ¿Me equivoco o hace todo lo posible para ponerme trabas?

Capítulo 31

Había permanecido ahí, solo, apoyado sobre mi coche, la cabeza entre las manos temblorosas. La Trompette Blanche ya no respiraba, privada de sus almas, ahogada por la enfermedad. Todo había ocurrido tan deprisa... El asesino compensaba su juventud robada, como Zeus con Tántalo, había condenado a esa gente a un suplicio eterno; la prisión de su cuerpo. La fiebre se iría y volvería, haciendo mella en ellos, indemne a las nociones de tiempo y espacio. Peor que una ejecución. Una bomba en el hueco de sus entrañas. Recordarían, siempre, cada vez... Recordarían a una mujer a la que deberían haber curado, un niño al que deberían haber ayudado.

Las primeras gotas estallaron como grandes besos húmedos. Blandí las palmas al cielo, el agua se cayó sobre ellas sin recato, mientras las colinas se estremecían, los suelos liberando de repente los buenos olores de tierra fresca. Entonces me marché, las casas de paredes blancas y tejados rojos se desvanecieron lentamente, en esa bruma de agua, como si nada de todo eso hubiese existido. Sólo un sueño...

Conduje hasta Veyron, ese pueblo desde donde se desplegaba el inmenso bosque de pinos de pendiente agresiva, erigida de árbol en árbol hasta los flancos de las cimas. En pocas horas, buscarían a Vincent por toda Francia, recorrerían cada adoquín, interrogarían a allegados, vecinos, amigos. Buscarían, pero no lo encontrarían. Porque tenía una última misión por cumplir. Aquí, en esas tierras fracturadas.

Los hermanos Ménard.

Me metí en un bar, con la chaqueta por encima de la cabeza para protegerme de tanto como escupía el cielo, y pregunté el modo de llegar a la Goutte d'Or. La dueña, un poco sorprendida, me acompañó a la terraza y señaló una montaña en forma de diente de tiburón.

—No hay un sendero balizado que lleve a la cascada. Es un lugar salvaje y peligroso, al borde de un abismo de unos diez metros de profundidad... Le desaconsejaría ir hoy... Aún no estamos en el corazón de la tormenta y, créame, ¡va a ser muy violenta!

—Me arriesgaré...

—¿No será usted parisino?

Se tragó muy rápidamente la sonrisa.

—Bueno, si no tiene miedo de los relámpagos, ni de caer en el desfiladero, ¡allá usted! Hay un aparcamiento, un poco más arriba. Aparque ahí y entre en el bosque desde allí. Conserve siempre la Dent du Diable en el punto de mira. Dos kilómetros después, debería llegar al borde del cañón. Bordéelo por la derecha. Entonces encontrará la cascada... Pero, una vez más...

Ya me alejaba, bajo esas cortinas de lluvia, dándole las gracias con un movimiento rápido de barbilla.

Entre una ida y vuelta del limpiaparabrisas, di con la zona de estacionamiento, un simple espacio roturado apartado de cualquier forma de civilización. Comprobé el estado del Glock. Cargado, seguro del percutor en su sitio. La Maglite, en la guantera. El móvil, que envolví en la bolsa de un bocadillo. Estaba preparado. El único problema, esa lluvia torrencial, tan deseada... Y que se alzaba ante mí con un estruendo de ventana rota.

Al instante, la camisa y los pantalones se empaparon de agua, los zapatos de barro. Por delante, raíces peligrosas, sílex acerados, agujas crujientes. Y una brusca negrura de hollín. La tormenta. Fogosa y diabólica.

En el punto de mira, la Dent du Diable... Arrollada en la punta por el diluvio... Recortada por los troncos siniestros... Pero siempre ahí, poderosa, erguida.

Me imaginaba... Me imaginaba a Vincent, arrastrado por los hermanos, bajo la cólera del cielo, en esos mismos furores líquidos, insultado, quizá maltratado. Veía las sombras crecer, alrededor, como tantos demonios, mientras el bosque se cerraba, oscuro, igual que una gran mano asesina. Avancé sobre sus pasos de niño y me estremecí por igual. Su pasado me explotaba ante los ojos. Sus gritos, sus miedos, su calvario. Ahora les tocaba a los otros padecer. Se lo iba a devolver con intereses. A través de la brutalidad de sus asesinatos.

Lo odiaba por eso.

¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo tenía que seguir andando? El suelo se empinaba, sin cesar. Me agarré a las ramas, me subí a los tocones, me arañé hasta sangrar, esa sangre que me chorreaba hasta los pies. Los torrentes llenos de fango crecían, la lluvia restallaba sobre mi cuerpo, fumando como una caldera vieja, y tuve, en varias ocasiones, que hacer una pausa, secarme los dedos entumecidos y volver a llamar ese aliento que ya no acudía.

Ese final, tenía la impresión de haberlo vivido ya. No era una impresión. La realidad. Hacía tantos años. Esos lugares convertidos en algo irreal por los elementos desencadenados. Esa búsqueda del Mal absoluto. El sufrimiento de los seres, más allá del entendimiento. ¿Acaso todo iba a terminar en el mismo baño de terror?

Los malos presentimientos de Del Piero. Quizá para este momento...

Debería haber avisado a un equipo. Helicópteros, escopetas, muerte. ¿Llamar a Leclerc, quizá? ¿Saber quién era Vincent? No... No... Lo quería, frente a mí, en la pureza de mi ignorancia. Lo quería tal y como lo concebía.

Auténtico. Atractivo y violento. Sencillo y abominable. Un ser más allá de las fronteras entre el bien y el mal.

El último enfrentamiento. Un único vencedor... Lo mataría... Lo mataría con mis propias manos por lo que había hecho.

Una pendiente más abrupta, escalada con arrancada, en un desgarrador de desfiladero. Luego el aliento de un barranco. Poco profundo. Quince metros, como mucho. En el fondo, el gran borbotón de un torrente. «Por la derecha», había dicho la mujer. Un rayo destrozó un árbol en la otra orilla. El paisaje ardió, antes de volver a sumirse en esa negrura de cataclismo. El trueno estuvo a punto de estremecer la tierra.

Me agarraba a todo lo que podía, con un dolor insoportable en las articulaciones y los muslos ardientes. El paso era realmente estrecho, de lo más resbaladizo. El abismo acechaba. El aguacero aprisionaba el paisaje. Troncos grises, paredes grises, montañas grises. La uniformidad de una necrópolis.

Ahí, aún más a la derecha, la roca se extirpaba del suelo en un coloso de granito. Un flanco de montaña, tosco y ofensivo. Tocado de su cascada, abrumadora de potencia. Me acerqué al diluvio de agua con las manos sobre las rodillas, jadeando. «Una cavidad, detrás de la cascada», había dicho la anciana. ¿Dónde? ¿Y cómo alcanzarla? Los torrentes descendían de una pared vertical, a flor de vacío, antes de estallar al fondo del cañón en un lago. No, imposible. No sin cuerdas. Niños...

¿Cómo habían podido descubrir una caverna, llevar ahí a Vincent?

¿Y su madre? ¿Era ése el lugar donde avivaba las miradas de los machos, en su desnudez original?

Había tomado el camino incorrecto, seguro. «Los dibujos al carboncillo. El reflejo de los ojos en el lago.» ¡Sí!

El dibujo estaba ahí, bajo mis pies. No había que atacar la Goutte d'Or por arriba... Sino por abajo... Por el laguito...

Una vibración, en el bolsillo. El móvil. Un nombre, en la pantalla, martilleado por las lanzas de agua. Leclerc. Dudé, y saqué el aparato de su envoltorio. Voz lejana, apenas audible. Interferencias, de todo tipo, estruendo incesante del trueno.

—¡Shark! Escucha bi... lo que... te vo...

—¡Diga! ¡Comisario!

—Vincent Croo... ¡Lo... ontrado!

Me pegué el aparato a la oreja.

—¡No oigo nada! ¿Me ha dicho que lo han encontrado? ¿Han encontrado a Vincent Crooke?

—¡Sí! ¡Lo hemos enco... do!

De repente me sentí muy gilipollas, en el corazón del diluvio, en el agujero del culo del mundo. Lo habían pillado... Sin mí...

—¡Está lloviendo! ¡No puedo ponerme a cubierto! ¡Le llamo dentro de una hora! Lo que tardo en volver al coche, ¿de acuerdo?

—¡No! No... uelgues... ¡Te... mos un... oblema! ¡... ema enorme!

Me agaché, protegiendo como podía el teléfono de la lluvia.

—¿Un problema? ¿Qué problema? ¡Qué problema!

—¡Vin... Crooke ... muerto! Está... erto...

—¿Cómo? ¿Qué me está contando? ¿Que está muerto?

—¡Hace cuat... años! Cuatro...

—¡Diga! ¡Diga! ¡Comisario!

Ya no había señal. Volví a marcar su número. Sin éxito.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Destrocé esa mierda de aparato contra una roca, colérico. ¿Lo había entendido bien? ¿Vincent Crooke, muerto hacía cuatro años? ¡No! ¡Era imposible! ¡No tenía ningún sentido! ¡No estaba persiguiendo a un fantasma, por Dios! ¡Esos cadáveres, esa gente enferma, el mal aire! ¡El mensaje, Maleborne, el hospital, la Trompette Blanche! ¡Todo me había llevado hasta Vincent Crooke! ¡Hasta su juventud! Pero entonces...

Otra persona mataba. Otra persona remontaba hasta la fuente, en la piel de Vincent Crooke. El usurpador de un anónimo... Animado por una crueldad desmedida. ¿Por qué?

La respuesta, ahí, tras la cascada. Llegar hasta el final. Bajo mis pies, el encajonamiento. ¿Cómo iba a bajar? ¿Desandando el camino? ¿Evitando el bosque? Me froté las mejillas, la frente, saturadas de agua, la lluvia me chorreaba sobre la nuca, entre los omoplatos. La tormenta desplegaba su saña, bien cerca. El bosque por todas partes, sus espolones tendidos hacia los cielos. Delante, detrás, encima. El vacío. ¿Dos horas más de camino o... tres segundos?

El todo por todo. Para saber, entender. Linterna en una mano. El Glock en la otra. Y luego la nada. La caída me aspiró. Un estrépito. Una bofetada. Burbujas.

Un gran sorbo de aire. Respiraba. Los edificios de agua bramaban, muy cerca, en una nube de espuma, de vapor frío, mientras las rocas se comprimían. Me icé a la orilla, me agarré a los flancos de granito, me acerqué al monstruo líquido...

Un corte, sobre una roca cortante. Palma ensangrentada. Lancé un gran chillido al atravesar la muralla acuosa. Cabeza metida entre los hombros, ojos cerrados. Toneladas de agua sobre el cráneo... Una pared, por fin. Entonces mis dedos palparon una entrada... Una gruta...

Veinticinco años atrás. Viaje en los tramos del tiempo.

La Maglite hecha una pena, pero funcionaba. En cuanto al Glock... Había visto peores.

Me hundí en las telas de sombra, los dedos pegados a la piedra. El suelo resbalaba, como cubierto de flemas. El rugido de la cascada se alejaba, relegado por extrañas crepitaciones. Batidos de alas, crujidos de patas.

Encendí la linterna. Justo a tiempo, porque el suelo se hundía en las tinieblas, justo delante, en una especie de tobogán gigante. Y ahí, en el lado, una cuerda anudada alrededor de una protuberancia. Una cuerda trenzada con grandes nudos. La cogí.

Al filo de la bajada, el pueblo de insectos cavernícolas crecía. Moscas enormes reunidas sobre hongos. Arañas monstruosas, equipadas con una especie de pinzas. Polillas negruzcas, sin ojos. Un mundo de repugnancia. La pesadilla de Vincent.

El suelo por fin, mandíbula de estalagmitas y estalactitas. Una boca húmeda. El frío penetrante. El flop lánguido de las gotas. Y gemidos lejanos... Inhumanos... Estaban ahí, en la garganta del vacío...

Una luz, a más profundidad. Sombras que se alargan, las siluetas petrificadas de las rocas desgarradas. Apague la linterna, me así al arma. Lejos del mundo, al fondo de la tierra, el miedo me envolvía.

El cuello giró bruscamente a la derecha, la luz creció de pronto. Un potente proyector, colgado arriba. Espacios que se apartan. Fustes de calcáreo de una tonalidad de pétalo. Concreciones torcidas, ropajes ondulantes, coliflores minerales. Y el verde esmeralda de un lago subterráneo. La belleza oculta del infierno.

Me arrodillé en un rincón, entre las estalactitas, la pistola ante mí. Ligeramente más abajo, a la orilla del lago, dos hombres, frente a frente, atados a columnas separadas por apenas un metro. Desnudos, el rostro ardiendo de terror. Puntos rojos, diminutos, en movimiento sobre sus cuerpos. No lo distinguía con claridad. ¿Insectos?

Panorámica visual. La bóveda, explosión de rosas, azules, amarillos, cubierta de picos mortales. Arcos resplandecientes, laberintos rocosos, cavidades estrechas.

Entonces lo descubrí, de espaldas, sentado como un indio en un nicho sobreelevado... Vincent. No, Vincent no. Sino su usurpador... Un amplio abrigo sobre los hombros, una capucha sobre la cabeza... Ocupado en dibujar.

Me levanté despacio, con paso ligero, avancé, encogido sobre mí mismo. Uno de los hermanos me vio, luego el otro, justo después. Hormigas..., hormigas rojas, que se escapaban en cuentagotas de una caja transparente y escalaban sus cuerpos rasurados. Órganos genitales, ombligo, pecho, orejas, estaban por todas partes, hambrientas de carne. Algunas se adentraban en sus bocas mantenidas abiertas mediante un anillo de metal. Sus puños y tobillos estaban raídos de sangre, de haber luchado contra las cadenas; el sufrimiento, el fuego de los picotazos debía de ser grande. Un calvario abominable.

Me llevé un dedo a los labios, pidiendo silencio. Exactamente en el mismo instante, se pusieron a chillar.

¡Ya no me quedaba otra! Me lancé, patiné sobre una capa de agua, me enderecé por los pelos gritando:

—¡No te muevas! ¡Arriba las manos! ¡Arriba las manos!

La silueta se estremeció, sin darse la vuelta. Los hermanos chillaban como descosidos. Mis falanges apretaban el gatillo, el cañón apuntaba la capucha zumbante. Tres metros, dos metros... Hojas de papel bajo mis pies. Blanco y negro. Mujeres, esqueletos, cielos tormentosos. Dibujos.

—¡Date la vuelta! ¡Espacio!

No obedecía. Su mano pesada comprimía un carboncillo entre el pulgar y el índice. Me acerqué más. Con el Glock, le empujé la parte trasera del cráneo.

—¡Date la vuelta, maldita sea!

Entonces el cuerpo se derrumbó hacia el lado. Racimos de gusanos blancos rezumaron por sus orificios como yemas blanquecinas. Ventanas de las narices, orejas, globos oculares... Un cadáver... ¡Estaba apuntando a un cadáver! Pero entonces...

Un clic, detrás de mí. El beso frío de un cañón en la sien.

—¿Divertido, verdad?, un poco de oscuridad, unos pocos gusanos y uno tiene la impresión de que la carne se mueve. Los sentidos del hombre son tan imperfectos...

La voz... nada que ver con la de Ray Charles... Muchísimo menos madura, casi infantil.

Levanté la cabeza, pero un golpe en la nuca me hizo tambalear. Mi arma rodó por la pendiente.

—¿Así que tú eres «el Meritorio»?

Con la punta de la pistola, me forzó a mirarlo. Frente a mí, una máscara de brujo africano, de colores vivos, por encima de un cuerpo desnudo hinchado de músculos prominentes. Altura, anchura de hombros, volumen de los muslos... Espaldas idénticas a las mías. Exactas.

—Debo reconocer que te has espabilado bien —prosiguió—. Sobre todo en lo relativo a la chalana... Efectivamente, quería llevarte ahí, a la escena del *Diluvio*, hacerte descubrir lo que fue, durante unas semanas, el lugar donde viví, pero... fuiste más rápido de lo previsto, no tuve tiempo de pulir los últimos detalles y limpiar un poco.

Se golpeó los pectorales.

—*Sanctus Toxici*... Supongo que es por donde llegaste hasta mí... ¿Cómo lo supiste?

Me enderecé sobre los antebrazos con el occipucio adolorido.

—Pero... ¿quién eres? ¿Qué relación tienes con Vincent Crooke? ¿Por qué nos has... engañado?

Apretó un botón, detrás de la máscara.

—¡No he engañado a nadie!

Ahora su voz se convertía, efectivamente, en la de Ray Charles, la de Vincent Crooke...

—Tan sólo he seguido el camino que nunca se atrevió a seguir. Actué como debería haber actuado, respetando cada punto, cada uno de sus defectos y sus cualidades. Hasta las máscaras. Las máscaras... Supongo que tú y tu montón de analistas dedujisteis de ello que Vincent padecía un problema en el rostro, ¿a que sí? ¡Qué estúpidos sois!

Estaba orgulloso de sí mismo, salía de sus poros.

—Te veo reflexionar, parece pensativo —añadió—. ¿Te lo preguntas, eh? Crees que soy un pobre tío maltratado, violado por un padre alcohólico. ¿Crees que siendo adolescente torturaba animales o caía extasiado ante incendios, pelándomela bajo las mantas?

—En parte, sí. En cualquier caso, estás seriamente trastornado.

Rio con malicia.

—¡Tuve una juventud de lo más feliz; cada domingo asisto a misa; acabé entre los primeros de mi promoción y tenía incluso que terminar mi tesis de tercer ciclo sobre el *Plasmodium* con dos años de adelanto! Ahora lo conoces bien el *Plasmodium*, ¿verdad? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero esa tesis... No la terminaré... Ahora tengo aspiraciones diferentes... Mucho más... simples...

Describió una espiral con el arma sobre mi sien.

—Mi madre me mimó; a mi padre le hubiese gustado quererme, pero nunca pudo. Porquerías de su cabeza. Montones de pesadillas, crisis de angustia, el repliegue sobre él mismo. Recuerdo, más joven, que se ponía a menudo máscaras, en casa, máscaras de payaso con grandes sonrisas, pero..., pero lo hacía sólo para disimular su desamparo... Para no hacernos sentir su malestar, para esconder los ojos, cada día hinchados de lágrimas. No puedes saber hasta qué punto lo admiro por eso.

El hijo... Era el hijo de Vincent Crooke... ¿Qué edad podía tener? ¿Veintidós, veintitrés años? Apretó con más fuerza la culata.

—Te deja a cuadros todo esto, ¿eh? Mi padre se suicidó hace cuatro años. Aún lo recuerdo, al regresar de la consulta de Maleborne, el hipnotizador. Llevaba la máscara lívida de Pierrot, esa máscara de una tristeza espantosa, de la que ya no se separó hasta la muerte. Esa noche nos lo contó todo. Su infancia, a la que te he iniciado... La belleza de su madre, su locura, su hastío por los hombres. Las agresiones, las burlas. Nos comentó cada uno de sus dibujos, los que están aquí, bajo tus pies, y los que abandoné a propósito en la chalana... Quería que aprendieses a conocer a mi padre, de forma progresiva, que reconocieses su calvario. Que entendieses por qué esas personas han

sido castigadas. ¡Se lo merecían todos! Conocerán el significado profundo de la palabra «sufrimiento».

—Pero... ¿Por qué la hija de los Tisserand? ¡Era inocente!

—Esos dos médicos privaron a mi padre del ser que más le importaba. Quería pagarles con la misma moneda, a mi manera... Y además... Era bastante buena...

Uno de los hermanos chilló. Desde el fondo de su máscara, el hombre profirió una risa espeluznante.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Escucha a esos dos! ¡Deberías haberles oído suplicar! «¡Se lo ruego, señor! ¡Piedad! ¡Piedad!» ¡Que si patatín, que si patatán! ¡Sin embargo, eran mucho más emprendedores cuando arrastraron a la fuerza a mi padre aquí, cuando le dijeron que lo dejarían reventar como un chuchó! Nunca resbaló. ¡Querían matarlo! Matarlo, ¿me oyes? ¡Eh, tíos! ¿Es así? ¿Me equivoco?

—¿Qué... qué le has hecho?

Sacudió su larga cabeza de madera.

—*Wasmannia auropunctata*. Hormigas urticantes de América del Sur, extremadamente agresivas. Les encanta picar los ojos y los órganos genitales y penetran de buen grado en los lugares al abrigo de la luz. Una boca, por ejemplo. Su veneno acabará por matarlos, a fuego lento. Un suplicio largo..., muy largo... A la altura de su maldad.

Señalé el cadáver, cuyas órbitas se sumían en las mías.

—¿Y ése?

La máscara osciló, como una marioneta loca.

—¿Ese desgraciado? ¿No lo has adivinado?

—Tu abuelo... También asesinaste a tu abuelo...

—Los abandonó a su triste suerte como si fuesen calcetines viejos. ¿Quieres que te cuente lo que le reservé?

—¡No te saldrás con la tuya! Sabemos quién eres, toda la policía del país te está pisando los talones. Ya tan sólo es una cuestión de horas.

Acercó el rostro de madera a mi cara. Me cubrió con la tibieza de su aliento.

—Es extraño —dijo apretando el cañón contra mi frente—. Has venido solo aquí. Me esperaba más bien la armada.

—Quería a Vincent, aquí, frente a mí. Y descubro en su lugar a su hijo. No te oculto mi decepción... ¡Esos crímenes son tuyos, sólo tuyos! ¡No tienen nada que ver con tu padre!

La cara de brujo se inmovilizó de pronto.

—¡No, no imitas a tu padre! —proseguí intentando insuflar seguridad en mi voz—. ¡Llevaba máscaras para ocultar sus emociones y protegeros! ¡Tú, tú

te ocultas porque te avergüenzas de lo que haces!, ¿no te atreves a enfrentarte a la mirada de tus víctimas? ¿Por qué violaste a Maria Tisserand por detrás? ¿Por qué pusiste esa venda sobre los ojos de su madre? ¡Con el espejo en el techo te veían sin verte, intentas desculpabilizarte de tus actos! Tienes miedo del juicio divino, ¿me equivoco?

—¡Para!

—Qué dilema, ¿verdad? Creer en Dios por un lado, y cargarse a gente por otro. ¿El infierno o el paraíso? ¡Para ti el infierno, sin lugar a dudas! No, no vengas a tu padre. ¡Mancillas su memoria! ¡Sacias una necesidad de desafiar, de torturar! No captas la razón, quizá disfrutas con ello y es lo que más te duele. No te diferencias en nada de un Ted Bundy o un Francis Heaulmes. Un canalla. ¡El peor de los canallas!

El cañón, sobre mi ojo izquierdo. La respiración de las ventanas de su nariz, corta, entrecortada. Iba a apretar el gatillo. Mi mujer, mi hija... Tan cercanas... Un último sobresalto.

—¡Espera! ¡Te lo ruego! Tengo..., ¡tengo una última pregunta! ¡Puedes por lo menos concederme esto! ¡Una última pregunta!

—¿Por qué?

—Soy... soy «el Meritorio», he comprendido la historia de tu padre, he sentido su sufrimiento... Me debes eso... Te lo ruego...

Jugaba cruelmente con el silencio.

—Te escucho...

Me alcé un poco más, sobre las rodillas.

—El parque de la Roseraie... ¿Cómo supiste lo del mensaje sobre el Fresno? Nunca se lo conté a nadie.

Tras la máscara, pareció reflexionar.

—¿De qué estás hablando?

—Me gustaría saberlo, antes de reunirme con mi familia... Por favor... ¿Por qué laceraste lo que mi mujer y yo habíamos grabado sobre el viejo árbol?

—¡Yo nunca he destruido un tronco! ¡No te había visto nunca antes! ¡Puedes creerme, no te mentaría en tu último instante! ¿Has terminado? ¿Estás listo para pudrirte en el infierno?

—Muy..., muy pronto te reuni... rás con... migo...

Se produjo un ruido, detrás de él. Sonidos de pasos...

Mis pupilas temblaron, por encima de su hombro. ¡La chiquilla, ahí, a pocos centímetros!

—¡No! ¡Vete! ¡Vete! ¡No quiero que veas esto!

Sorprendido, el criminal dudó una décima de segundo. Con la fuerza de las pantorrillas, me propulsé hacia un lado, lejos de su campo de visión restringido.

Disparó una vez, demasiado alto, con dificultades para girar su pesada cabeza de madera. Le asesté el pie contra el flanco, gruñó, disparó, una y otra vez, a ciegas... Unas estalactitas se desprendieron, como puñales acerados. Los hermanos seguían berreando, de miedo, de dolor.

Me abalancé sobre el hombre, me asió por el cuello, con todos los músculos en tensión. La pendiente nos aspiró, nuestros cuerpos rodaron, rompiendo las estalagmitas más frágiles, golpeándose contra las demás. Golpeó, con toda su rabia. Costillas, pecho, nariz. Chorros de sangre... Luego se abalanzó sobre mí con todo su peso. Sus pectorales que sobresalían, y su jadeo, siempre... ¡Me había quedado sin aire!

Me debatía con toda mi saña, pero mi espalda permanecía pegada al suelo. Movimientos vanos, era demasiado pesado, el desnivel me impedía levantarme... Estaba agonizando...

De repente, dos pies, justo delante de mis narices. Dos zapatitos rojos, uno de los cuales propulsó una estalactita rota en mi mano. Cerré los dedos sin fuerza. Un último gesto...

Blandí el pico y, berreando con todas mis fuerzas, se lo planté entre los omoplatos, hasta sentir el calor de su carne y oí el sonido ronco de su último estertor.

Se desmoronó sobre mí, con la flojedad terrible de un animal abatido.

Me enderecé, lentamente, me puse las manos sobre la garganta, escupí, lloré casi, con esas lágrimas frías, sin vida.

La niña se me echó a los brazos, pude sentir el perfume de su cabello, percibir los latidos de su corazón. Vivía. Y acababa de salvarme la vida.

—Tengo que hacer una última cosa... —susurré dejándola suavemente en el suelo.

—Adelante, Franck... Adelante...

Me arrodillé cerca del cuerpo sin vida, ese cuerpo tan joven, en la plenitud, y le di la vuelta.

La máscara africana palidecía bajo el destello blanco del proyector, sus facciones petrificadas daban miedo, recordando la terrible ira de un viejo brujo vudú.

Con sumo cuidado, le retiré la cinta de cuero de la parte trasera del cráneo. El aderezo se deslizó entonces hacia el lado, casi a cámara lenta, desvelando un rostro muy bello, de facciones puras... El rostro de un niño que podría haber sido mi hijo.

Ese hijo que no tuve nunca; esa hija que no veré crecer nunca. Esa mujer amada que sólo envejecerá en mis recuerdos... A ambas, os quiero tanto...

Y estreché a la niña contra mi pecho. La niña con el corazón a la derecha...

Capítulo 32

Veyron. Un buen chocolate caliente, en ese único bareto, bajo esa misma lluvia inclemente, en el corazón de esa tormenta cuyo furor parecía crecer de las entrañas de la Tierra. En el hueco de las montañas, el negro del cielo se tragaba el menor rayo de esperanza. Todo había acabado.

Una ambulancia había evacuado el cuerpo de Jérémy Crooke hacia el depósito de cadáveres, pero su única tumba debería de haber sido, al fin y al cabo, permanecer en esa caverna lúgubre y glacial.

Los hermanos Ménard habían resistido al veneno de las hormigas, vivirían, pero ¿a qué precio? Sus noches temblarían de pesadillas y despertares furiosos, con el terror como único sabor sobre la lengua. En cuanto a los habitantes de la Trompette Blanche... Que Dios los bendiga...

La niña estaba ahí, frente a mí, con un nuevo libro de *Fantomette* entre las manos. De vez en cuando, levantaba sus bonitos ojos negros, me sonreía con una infinita ternura antes de volver a sumirse en la lectura. Me levantaba, se levantaba, yo bebía, ella me miraba, como alimentada por cada uno de mis gestos. Se convertía en mi sombra, mi sol, mi vida.

No le hacía preguntas, todavía no, por lo menos. Tan sólo aceptaba su presencia, de momento, su presencia cálida y helada, peligrosa y terriblemente embriagadora. Me daría explicaciones. Pronto.

Tomé la ruta de Grenoble, donde pensaba coger una habitación de hotel antes de volver a subir hacia la capital. Eso era mi vida. Recorrer la lluvia.

Un perpetuo volver a empezar, jalonado de persecución y tristeza. Uno detenía a uno, diez más lo relevaban, engendrados por la vena inagotable del mal. Sí, me sentía triste, pero ahora ella estaba aquí, a mi lado. Tan sólo para mí. Me escuchaba cavilar, veía a la gente mirarme de forma extraña... Me dije que, de alguna manera, me debía de estar volviendo loco. Una locura muy dulce...

De bajada hacia la ciudad, golpeaban el parabrisas gotas gordas, los faros apenas iluminaban. Centré la mirada en la depresión.

«—Ten cuidado con ese barranco, Franck. Sé que ya nada te retiene aquí abajo, ahora. Pero no hagas tonterías, ¿de acuerdo? Te esperaremos todo el tiempo que haga falta. Éloïse también se armará de paciencia. Así debe ser, aunque sea difícil.» Sacudía la cabeza, arrugaba la frente. En el asiento del

acompañante, la niña se agitaba. Con la punta del pulgar, giraba las páginas de su libro a toda velocidad.

«—¡La carretera! ¡Ten cuidado con la carretera!»

Un parapeto, delante. La violencia de una curva... Los frenos chirriaron, los neumáticos consiguieron por los pelos adherirse a la carretera... El alivio del último giro.

—Por poco, ¿eh? —espeté con una voz blanca.

—¿Poco para qué?

—¡Pues para que saltáramos al vacío!

—¿Sabes?, yo no hubiese sentido gran cosa...

Una sonrisa tímida ahuyentó mi angustia.

—¿Cu..., cuándo piensas marcharte? Quiero decir..., ahí de donde provienes.

—No soy yo la que «va» a marcharse. Eres tú el que va a acompañarme.

De repente, su rostro se oscureció, los ojos se le ensombrecieron más aún, enturbiados por tinieblas. Las páginas de *Fantomette* giraban solas, a un ritmo loco, mientras el cabello se le electrizaba con el aire.

—¡Tienes que acompañarme, Franck! ¡Al otro mundo! ¡Ha llegado la hora!

La pendiente crecía, el cambio de marchas gemía.

—No... no te muevas de tu sitio, ¿de acuerdo? —ordené tendiendo un brazo en su dirección—. ¡Sobre todo, no te muevas de aquí! ¡Este mundo me está muy bien!

Se enderezó en su asiento, como una cobra.

—¡Ya no puedes escoger! ¡Demasiado tarde!

—¿Pero por qué? ¿Qué esperas de mí, maldita sea?

Se abatió sobre el volante.

—¡No! ¡Para!

El coche cambió bruscamente de dirección. Un último destello que iluminó mi existencia explotó en un gran fuego de chispas...

Capítulo 33

La lenta respiración de los órganos. El bramido cálido de la sangre, en alguna parte, en sus túneles prietos. Bum, bum... Bum, bum... El rugido del aire, en la garganta. Una pulsación de párpados... El gran destello blanco del día. Y los espacios cerrados de una habitación de hospital.

Tras mi despertar, fue Leclerc quien primero se acercó, seguido por dos hombres, uno de los cuales iba en bata y el otro en traje oscuro.

—¡Estoy contento de volverte a ver entre nosotros, Shark!

Me llevé una mano al cráneo. Un vendaje me lo comprimía.

—Qué... ¿qué ha pasado?

El médico me apretó el pecho, cuando yo intenté incorporarme un poco.

—Su vehículo chocó contra un parapeto y se empotró contra una roca, a pocos centímetros de un barranco. Se golpeó con violencia la cabeza contra la ventana del acompañante. Ha tenido una suerte increíble. Tan sólo tiene un traumatismo craneal mínimo.

Por la ventana, las cumbres nevadas resplandecían bajo el sol.

—¿Cu... cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unas veinte horas... Se despertó en la ambulancia y, como estaba muy inquieto, le administramos un sedante. Está en el Centro Hospitalario Regional de Grenoble...

Me dejé ir un instante, abrumado por un gran cansancio. Todo me volvía a la memoria... La tormenta, la niña sobre el volante, el parapeto...

Tras haberme masajado las sienes, me interesé por el hombre de la corbata:

—¿Y este señor?

El interesado se acercó con las manos en la espalda.

—Doctor Reeve. Soy psiquiatra...

Fruncí el ceño.

—¿Otro psicólogo? No lo entiendo.

Reeve se aclaró la voz.

—El doctor Flament, que le acompañó a La Trompette Blanche, nos informó de sus... alucinaciones. Esa... niña de zapatos rojos y bata azul. Estoy aquí para que hablemos de ello.

Un fuego de cólera me enrojé las mejillas.

—¿Cómo? ¡Es... es una locura!

No perdió el aplomo.

—Intente conservar la calma, comisario. No he venido aquí para agredirlo, sino sólo para hablar un poco.

Quise encerrarme en el silencio, pero no pude evitar estallar.

—Pero... ¿Qué quiere que le explique? ¡Es inexplicable! ¡Sí, hay una niña que aparece cuando le apetece! ¡Se instala en mi casa, observa mi red de trenes, en el salón! ¡Lee libros que mi hija leía! ¡Dice que se comunica con ella! Pero... ¿Qué más le puedo decir? ¡Parece ser que nadie la ve, y eso es lo peor! ¡Tan sólo yo y Willy!

—Su vecino, ¿no?

—Sí. ¡Pregúnteselo! ¡Y verá que no tengo alucinaciones! ¡Por Dios! ¡Le aseguro que soy el último que creería en fantasmas!

Leclerc se acercó a la cama, con el rostro impenetrable.

—He... He hecho comprobar algunas cosas...

—Comisario... No me diga que... Usted tampoco...

Bajó la vista y la volvió a alzar enseguida.

—Nadie volvió a vivir en el apartamento de tu vecina guayanesa tras su muerte. No tienes ningún vecino llamado Willy. Estás solo en el rellano.

Esta vez me incorporé con ímpetu.

—¡No puede ser! ¡Pero! ¿Cómo pueden decir ese tipo de gilipolleces?

—No estoy diciendo gilipolleces... Ese Willy, ¿te ha invitado a entrar en su casa? ¿Puedes describirme el interior de su vivienda? ¿Y de qué trabaja? ¿Es estudiante, obrero? ¡Dime, te escucho...!

—¡Comisario! Pero...

—La..., la puerta de tu domicilio estaba entreabierta. ¿Te ocurre a menudo?

Me llevé las manos a la cabeza.

—Así que Polo pensó que sería bueno comprobar que no habían entrado a robarte y entró a echar un vistazo en tu casa... En... encontró dos cuchillos, bajo la mesa de la cocina. Uno con savia de árbol en el mango, pero el otro... con sangre seca... La herida, en tu brazo... No era una lata de conservas... Creo que te cortaste solo.

Lo miré fijamente.

—¡Pero cómo se atreve! ¿Está de guasa, no?

—Y eso no es todo... El Frank Sharko que conocía nunca le habría dado una somanta de palos a alguien, como hiciste con Patrick Chartreux. Ese Franck Sharko tenía principios.

—Yo...

—¡Hablabas a menudo a los colegas de tu red de trenes en el salón de tu casa, de todos esos personajes, de las locomotoras eléctricas, de los vapores vivos! ¡Pero no hay nada, en tu casa! ¡Tan sólo embalajes de raíles amontonados, docenas de cajas, ni siquiera abiertas!

Tendió las palmas al cielo.

—Recuerda también que te había hablado de ausencias, cuando entrevistaste con el inspector de la IGS. Todas esas señales... Esos montones de cajas vacías de medicamentos, en tu casa. Antidepresivos, estimulantes, somníferos...

Se giró de forma brusca, con la cabeza metida en los hombros.

—Joder, Franck! Lo siento... No puedes saber hasta qué punto... Y decir que no nos habíamos dado cuenta de nada...

Me temblaban los labios. Las palabras ya no acudían a ellos. Niebla. Mareo. Escalofríos. De repente, dos dedos aparecieron, detrás de la cabeza del loquero, imitando las orejas de un conejo.

—Yo, tío. ¿Parece ser que das unos sustos de muerte?

Emití un largo suspiro.

—¡Willy! ¡Oh! ¡Willy! ¡Ayúdame a deshacer este entuerto! Me toman por... ¡No sé qué! ¡Un chalado! ¡Explícales lo de la niña! ¡Tú también la has visto! ¡Diles que no estoy loco!

Aspiró bien su cigarrillo y dispersó una gran nube de humo.

—No escuches lo que cuentan, tío. Tan sólo quieren liarte. Pero yo estoy aquí para ayudarte. Me llamas y vengo.

Me puse las manos sobre el rostro.

—¡Oh, no! Tampoco te ven... Dios mío...

Y mientras Willy hacía el payaso, mientras la niña llegaba, detrás de él, con los ojos llenos de lágrimas, como para hacerse perdonar, dos voces continuaban entrando en mi interior, lejanas, muy lejanas.

Dos voces que ya no escuchaba. La de Leclerc y el hombre trajeado...

—Doctor... ¿Qué le ocurre?

—Sólo un análisis a fondo nos lo dirá... Prefiero no ir demasiado deprisa.

—Por favor...

—De acuerdo... A primera vista, lo que usted mismo y el doctor Flament me han contado hace suponer una esquizofrenia paranoica, caracterizada por una riqueza de producciones delirantes y alucinatorias.

—¿Uno de nuestros mejores polis, esquizofrénico? ¡Pero eso es impensable! ¡Acaba de llevar a cabo una de las investigaciones más agotadoras de su carrera! ¡Nadie lo hubiera conseguido tan bien!

—Existen varias formas de esquizofrenia, más o menos violentas. Algunos enfermos, especialmente los esquizoides paranoicos, pueden continuar perfectamente su actividad socioprofesional y están lejos de ser enfermos mentales. Esa patología no afecta en nada a la inteligencia. A veces se instaura tan lentamente que la familia, e incluso el sujeto afectado, pueden tardar tiempo en darse cuenta de que algo no acaba de funcionar como debiera. A esta forma de degradación lenta se la denomina «esquizofrenia insidiosa».

—Pero... ¡Si tiene más de cuarenta y cinco años! ¿Porqué esas alucinaciones han aparecido tan tarde? ¿Están relacionadas con la desaparición de su esposa y su hija?

—Entre otras cosas. Sin olvidar los factores del día a día. Estrés, tensiones, presiones, encierro en uno mismo y soledad. Además, esta investigación lo ha afectado profundamente, supongo...

—Sí...

—Además de todos estos factores, también se sospecha el factor genético. Pero todo eso es aún muy incipiente y vago. Sea como sea, su mente se ha ido fracturando de forma progresiva, incapacitándoles para disociar lo ficticio de lo real. Empezó de forma muy anodina, con las locomotoras, donde se recreó un universo que le era familiar, una especie de capullo protector, de vivero de recuerdos. Esos trencitos debían de recordarle a su hija, los momentos agradables que pasó con ella. Inconscientemente, quería traerla de vuelta con él.

—Es evidente, sí...

—Entonces aparecieron los personajes ficticios y, poco a poco, se inmiscuyeron en su vida. Es probable que al principio sólo se manifestasen de forma puntual. Al girar un pasillo, por la calle, en la cocina, el dormitorio. Sólo la impresión de una presencia. Luego su influencia creció. Lo distraen, le hablan, empiezan a acompañarlo en sus salidas antes de desaparecer cuando menos lo espera. Al poco tiempo, ya no lo dejarán, lo trastornarán, acapararán toda su atención.

—Y... ¿ese cuchillazo, en el brazo? ¿Y el accidente de coche? ¿Es también fruto de la enfermedad?

—Aparentemente, uno de los personajes, la niña, es peligroso, y eso es lo que más me preocupa. Puede desembocar en mutilaciones o tendencias suicidas. La niña es la proyección de lo que tiene en el fondo de él, en su inconsciente. Esa voluntad, quizá, de reunirse con su familia. Mediante el suicidio.

—Madre de Dios... ¿Vamos a recuperar al Franck Sharko de antaño?

—Para superarlo, deberá entender que esos seres son ficticios, que son fruto de su imaginación. Lo conseguirá dándose cuenta de sus errores, de las situaciones imposibles en las que se encontrará. Por ejemplo, los ficticios que acompañan a los esquizofrénicos nunca envejecen, raramente se cambian de ropa, fuman cigarrillos que no se consumen nunca. Si va a la piscina., ¿serán capaces de nadar? Les planteará esas preguntas, deberán contestarle y quizá caerán en su trampa... Es una dura lucha contra él mismo, lo que le espera.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo durará este infierno?

—Desgraciadamente, la mente no puede curarse sola. Deberá seguir un tratamiento psicosocial, con apoyo psicoterapéutico y medicación adecuada, a base de antipsicóticos que atenuarán y quizás acabarán con las alucinaciones. De media, necesitará de cuatro a seis semanas para que mejore su estado. Luego necesitará además un período de tres meses como mínimo para ajustar la posología y eventualmente modificarla, con los mínimos efectos secundarios. Según los casos, el tratamiento puede extenderse a varios años. A veces, incluso toda la vida...

—Mierda... No puede ser... No puede ser...

De repente sentí el calor de una mano, sobre el hombro. Leclerc se sentó en el borde de la cama, mientras Willy seguía haciendo el payaso, agitando su cabello de espaguetis como si fuese un rockero duro desfasado.

—Aún no te lo he dicho, pero has hecho un trabajo de primera con Jérémy Crooke —me confió el comisario de división con una voz un poco febril—. No conozco a nadie que hubiese dado la talla como tú.

Asentí, lentamente, sin separar la nuca de la almohada.

—Y su padre, Vincent, ¿quién era realmente?

—Tuvo a Jérémy siendo muy joven —dijo Leclerc—, a los dieciséis, con una mujer de la que no se separaría nunca más. Era una persona muy sencilla, que se ganaba el sustento en una fábrica textil... Pero con grandes problemas afectivos. Depresiones reiteradas, tristeza permanente. Según cuenta su esposa, llevaba muy a menudo máscaras alegres, para darse una ilusión de bienestar... En el fondo de sí mismo, sin ni siquiera saberlo, seguramente no quería imponer a sus allegados lo que había padecido en su infancia.

Tuve una mirada vaga.

—Me hubiese gustado tanto conocer a ese Vincent... Es una historia muy triste... Tan triste como la mía...

Miré a Leclerc intensamente, con los labios prietos, llenos de mi dolor. Finalmente espeté:

—Supongo que si me levantara ahora, y regresara a la central para ejercer mi oficio, no me sería posible, ¿eh?

Leclerc apretó las mandíbulas.

—Se van a hacer cargo de ti personas competentes, Franck. Y además, podrás ayudarnos, incluso lejos del terreno. ¡No faltan las escenas del crimen por analizar! ¡Necesitamos tanto buenos cerebros!

—¿Como un viejo amigo a quien de vez en cuando pedirán un favor? — Le cogí la mano y sonreí—. Encantado de haber trabajado con usted, comisario... Ha sido un muy gran honor...

Me envolvió la mano con las suyas, las llevó a su corazón y se alejó lentamente, concediéndome esa última mirada de los que sienten compasión.

Y retuve las lágrimas, con ese orgullo de los reyes destronados. Porque no quería que la niña, que acababa de aparecer, me viera llorar. Esa niña de quien ni siquiera conocía aún el nombre...

Epílogo

Cuatro años después

En ese crepúsculo de primavera, la arena cruje tibia bajo mis pies, una suave caricia levantada por una ligera brisa me pesa un poco sobre los párpados. La jornada ha sido bonita, el mar arrastra olas tranquilas, que vienen a morir silenciosas sobre la costa del norte.

Tengo buen paso, la respiración suelta. En la gran semiluna dorada de la playa, acelero la cadencia. Mi cuerpo sigue sin tener un pelo de tonto, responde a la primera. Ah, por supuesto, he engordado un poco, sobre todo en el rostro, pero tengo esperanzas de recuperar ese contorno elegante de hace unos años. Y además, la motivación está ahí, con ese ímpetu que ruga en mi interior, ese ímpetu de vida y de grandes espacios. Cuando corro, ni Willy ni Eugénie encuentran fuerzas para seguirme. Con el pitillo en los labios, el negro vomita sus pulmones al cabo de diez metros, y la niña tiene las piernas demasiado cortas para pretender competir. En esas parcelas de evasión, por fin desaparecen de mi cabeza y no vuelven hasta bien entrada la tarde.

Si pudiese, atravesaría el planeta corriendo, sin pararme nunca, por las montañas majestuosas y los océanos infinitos.

Sólo por esa tranquilidad del alma.

El otro día, viví una situación realmente insólita con Willy, en una pared de escalada.

Es un verdadero mono, se arrima a mi cuerda de rápel detrás de mí y me sigue, subiendo con una mano, fumando con la otra. Incluso en el vacío, habla, más y más, se agita, hace el idiota, como siempre. ¡Si pudiese verle la gente!

Entonces cogí el cuchillo y corté la cuerda. Lo dejé realmente sorprendido, no pudo parar el golpe y los ojos se le hundieron de sorpresa. Al caer gritó:

—¡Me has pillado, tío! ¡Nos vemos luego, abajo!

Estos subterfugios, en su debilidad profunda, me permiten encontrar ese simple descanso que, a mis ojos, vale todas las perlas del mundo. Llevo a cabo un combate continuo, mi mente en pugna con mi mente.

Este anochecer, el sol se pone sobre un lecho de rojos maravillosos. Me siento sobre una roca y me deleito con la respiración tranquila del gran vacío. Las gaviotas vuelan alto, describiendo pequeños ochos impacientes.

Aprecio esta escapada en solitario más que nunca. Yo, solo frente al infinito.

Con rostros sonrientes como telón de fondo. Qué guapas están Suzanne y Éloïse en mi memoria... Ya no hay gritos, ni chillidos. Se acabaron las imágenes violentas. Sólo la pureza de lo que realmente fueron. Diamantes. Mis diamantes...

Hoy sé que «ellos» no existen, que «ellos» son fruto de mi imaginación, pero no puedo impedirles que me acosen. Así que los ignoro, en la medida de lo posible. Los comprimidos, esas decenas y decenas de comprimidos, me ayudan muchísimo en esta delicada empresa, aunque afectan un poco mi atención y me desconectan, a veces, de la realidad.

Existe un equilibrio entre la medicación y la abstinencia que, parece ser, es muy difícil de encontrar, a causa de la amenaza de las recaídas. Pero creo que avanzo por la buena vía. Me siento bien...

Me gusta mi nuevo oficio. Durante mi larga convalecencia, obtuve una diplomatura en Criminología con estudiantes que no tenían la mitad de mi edad. Un regreso hacia atrás necesario para obtener el diploma que actualmente me permite impartir clases en la Escuela de Policía de París. Mis relaciones en la DCPJ, el apoyo de Leclerc y mis colegas me permitieron obtener ese tan codiciado puesto. Ahora, tengo que dar muestras de mi aptitud, pero confío en mí mismo, ya que siempre he dado la talla hasta el final, fuese cual fuese mi misión. Debe de formar parte de mi naturaleza. Además, estoy tan bien en contacto con los jóvenes... De alguna manera, me devuelven a mi hija. En fin, lo que podría haber sido, quiero decir...

Enfrente, el sol enciende las últimas brasas del cielo. El día muere, mientras otro se prepara ya, detrás, más fuerte todavía. La naturaleza nos lo enseña cada día, hay que despedirse de las cosas pasadas, porque lo que apunta delante brilla con una belleza constantemente renovada.

Llevar luto, conservando sobre los labios el sabor de lo que fueron. Luto de miel...

No os olvidaré nunca.

Fin